

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO IV.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO IV.

MADRID Septiembre 1830:

Oficina de D. F. Moreno.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO I.

Reyes de Roma.

Introduccion á la historia romana. Pueblos primitivos de Italia. Orígen de Rómulo y Remo. Fundacion de Roma. Rómulo, primer rey de Roma. Robo de las Sabinas. Paz con los veyentes. Numa Pompilio, segundo rey de Roma. Instituciones religiosas de Numa. Tulo Hostilio, rey. Combate de los Horacios y Curiacios. Traicion de Mecio y ruina de Alba. Anco Marcio, rey. Tarquino el antiguo. Cervio Tulio. Establecimiento del censo. Tarquino el soberbio. Violacion de Lucrecia y establecimiento de la república.

INTRODUCCION *á la historia romana.* Como el viajero que sigue el curso de los grandes

rios para embarcarse en el Occéano que á todos los devora, asi hemos recorrido la historia de egipcios, fenicios, judíos y de los imperios del Asia, de los reinos y estados libres de Grecia, de las repúblicas de Sicilia y Cártago, y ahora vamos á contar los hechos del pueblo romano, que se hizo señor del mundo. Un nuevo espectáculo se presenta á nuestra vista. No nos perderemos, como en Egipto, en la antigüedad de una tradicion remota y misteriosa, que mezclando pocas verdades á muchas fábulas, no tiene mas pruebas que antiguos monumentos y geroglíficos indescifrables. Abandonamos el Asia voluptuosa, donde reinaban juntas la molicie, el lujo, la ignorancia y el despotismo. Hemos salido de la patria de las fábulas y los prodigios de aquella Grecia encantada que la imaginacion siente dejar, porque todo era en aquel pais móvil y variado como ella. El tiempo, que todo lo produce y lo arruina, ha marchitado los colores de aquel cuadro risueño en que se reunieron toda la grandeza y pequeñez, toda la sabiduría y locura de la especie humana, los mas crueles tiranos, los reyes mas virtuosos, los conquistadores mas afamados, los sábios mas célebres, los pueblos mas libres, los esclavos mas s ometidos, virtudes brillantes, vi-

cios deificados, modelos en todo género de talentos y artes, de lujo y austeridad; y en fin, todas las formas de gobierno y de anarquía. La Sicilia nos ha dado otras lecciones; porque el destino presentó en aquella isla los reyes mas ilustrados y los tiranos mas feroces como para enseñarnos á qué grado de felicidad puede llegar un pueblo gobernado por príncipes como Gelon, ó por gefes como Timoleon, y todos los males que pueden afligir á una nacion cuando confia el poder á unos monstruos como Dionisio y Agatocles. Cártago, durante muchos siglos, muestra los efectos de una prudente libertad y de un sábio equilibrio de los poderes; pero el esceso de su opulencia, y la corrupcion que resultó de ella, su decadencia y su ruina, prueban que el fundamento de los estados es la virtud, y que caen apenas falta.

Llegamos en fin á Roma: observaremos algunas fábulas groseras que rodean su cuna; pero observaremos en el pueblo romano, desde sus primeros pasos, un carácter de fuerza, gravedad y grandeza que no hemos visto en ninguna otra nacion: su infancia es como la de Hércules que ahogaba las serpientes en la cuna. Su primer rey, adorado despues como hijo de Marte, muda á los pastores en héroes,

somete los foragidos á leyes sábias y á una prudente disciplina: hace temibles á sus vecinos las murallas que acaba de fundar: estiende su territorio por medio de conquistas, aumenta su poblacion con tratados, anuncia á los siglos y á las naciones la dominacion de Roma, y desaparece de la vista de sus súbditos, cuya crédula admiracion le coloca en el cielo junto á Júpiter. Sus sucesores, hombres de grandes virtudes y talentos, unieron en un interes comun, el trono, el pueblo y los grandes: confiaron el depósito de la libertad á los plebeyos, el de las leyes y las virtudes á los senadores y el de la fuerza pública á los reyes: enlazaron los ricos á los pobres con el vínculo de la clientela, y todos los ciudadanos al estado por medio de una religion que preside á la suerte del pueblo, que dirige sus acciones, y que le obliga á los mayores sacrificios por la gloria y la patria. Un tirano emprende destruir esta grande obra: la moral grabada en todos los corazones, le resiste y lo precipita del trono: la república se levanta y admira el universo con los prodigios de su heroismo y su virtud, hasta que el esceso de su grandeza y poder, corrompiendo sus costumbres, le hace adoptar los vicios de los pueblos conquistados, somete á la tiranía los señores

del universo y entrega á los bárbaros del norte aquella Roma que fue tantos años capital del mundo por sus armas, y que no tardó en volverlo á ser por el imperio de la cruz.

En otros paises se puede estudiar la gloria de los siglos pasados en monumentos que han sobrevivido á la ruina del tiempo; pero en Roma se deben estudiar los hombres. Los ciudadanos de aquella ciudad fueron los monumentos mas bellos y grandiosos de su patria.

Pueblos primitivos de Italia. La historia de los tiempos anteriores á Rómulo, nada cierto nos dice acerca de los primeros habitantes de Italia. Esta península se une al continente europeo por la cadena de los Alpes en la cual hay tres desfiladeros principales, uno al norte, otro al mediodia, y otro al oriente. Se puede presumir que los celtas y los ilirios, buscando un clima mas suave ó impelidos por otras tribus mas septentrionales, poblaron la Italia; asi como en tiempos posteriores la devastaron por las mismas causas los pueblos del norte. Esta poblacion selvática tenia un culto grosero y habitudes propias de los pueblos errantes; pero la influencia de un suelo hermoso y de un pais fecundo, suavizó sus costumbres. Dejaron de ser cazadores y se aplicaron al pastoreo y

á la labranza. Mas tarde algunas colonias griegas y asiáticas trajeron á Italia las artes y ciencias del oriente, asi como los egipcios las llevaron á Grecia. Cultiváronse, pues, los campos: levantáronse aldeas; pero como esta civilizacion primitiva no era obra ni de un solo hombre, ni de un solo pueblo, la Italia se halló dividida en muchos pequeños estados que adoptaron el gobierno monárquico, el mas natural de todos y el mas conveniente para defenderse de los pueblos vecinos. La autoridad del rey era limitada, y los ciudadanos conservaban una parte de su antigua independencia. Muchas veces se confederaban estos estados y formaban naciones, como los latinos, ligures y etruscos, que fueron los pueblos mas célebres de Italia en los tiempos primitivos. La causa de estas confederaciones fue, como parece probable, la comunidad de orígen y la igualdad de idioma. Los etruscos ocupaban lo que hoy es la Toscana; los latinos el espacio comprendido entre el Tiber y el Liris. Estas pequeñas ciudades peleaban frecuentemente por la posesion de un campo ó para vengarse de una injuria; pero no tenian ni la intencion ni los medios de hacer conquistas. Se dejaba el arado para tomar la espada, y se volvia del campo de batalla al arado. Eran

desconocidas las máquinas de guerra, y una muralla y un foso detenian un ejército. No habia tropas pagadas. Cuando un ejército estrangero invadia el pais, los habitantes si eran vencidos le cedian una parte del territorio para que edificase una nueva ciudad.

Segun Dionisio de Halicarnaso, los pueblos de Italia adoptaron desde tiempos muy antiguos la religion de los griegos, descartando de ella las fábulas que envilecian á los dioses. Parece que los etruscos hicieron progresos en las letras y artes, pues de las demas ciudades de Italia enviaban los hijos á Etruria para que estudiasen. Los antiguos monumentos y los vasos etruscos que se conservan, fortifican esta opinion. Los griegos creían que los dioses hablaban por medio de los oráculos: como no los habia en Italia, el deseo de saber lo futuro hizo que se estudiasen los presagios. El encuentro de un animal destructor era de mal aguero, la vista de un enjambre de abejas ó de una paloma, era favorable. Se juzgaba de la voluntad de los dioses por el número par ó impar de las piedras que se juntaban casualmente, ó de los animales que se encontraban, ó de los truenos que se oían. La direccion de los relámpagos y la del vuelo de los pájaros eran tambien presagios. Las palabras de *au-*

gures y de *aúspices* nacen, la primera del grito de las aves, y la segunda de su vuelo, direccion y figura. Llamábanse *arúspices* los que adivinaban lo porvenir, examinando las entrañas de los animales inmolados. Los sacerdotes, para aumentar su autoridad, se jactaban de poder trocar los malos presagios en buenos. Exigian sacrificios y espiaciones para aplacar á las deidades irritadas, y esta superstición, no contenta con derramar la sangre de los animales, enseñó casi á todos los pueblos á inmolar víctimas humanas. De aqui procedió tambien la mágia, arte impostora por el cual se lisonjeaban, con el ausilio de los génios buenos y malos, no solo de conocer lo venidero sino tambien trastornar el órden de la naturaleza. Estas supersticiones gravadas en los ánimos, formaron una gran parte del culto y legislacion de los pueblos de Italia. No se hacia ningun acto público ó privado sin consultar los agoreros, ofrecer sacrificios y aplacar á los dioses con espiaciones. Habia en las cercanías de cada ciudad un sitio que se miraba como sagrado: no se labraba su suelo ni la hoz tocaba á sus árboles: los desterrados y delincuentes tenian allí un asilo inviolable. Cada pueblo honraba particularmente á su génio ó dios protector, cuyo nombre se ocul-

taba cuidadosamente para que los enemigos no pudieran hacerlo propicio invocándolo. Cada casa tenia sus dioses tutelares, que se llamaban *penátes*.

Dionisio de Halicarnaso dice que los primeros habitantes del Lacio se llamaron *sículos*, y que los latinos, que los reemplazaron, traian su orígen de Grecia. Antes de Fabio Pictor, el mas antiguo de los historiadores romanos que floreció durante la segunda guerra púnica, no se conocian los primeros tiempos de Roma sino por una tradicion incierta, habiéndose quemado los archivos de la ciudad en el incendio de los galos. Los archivos sacerdotales no contenian sino hechos mezclados con muchos errores á los cuales se queria dar autenticidad. Todos los pueblos antiguos atribuían su orígen á un Dios, y Roma se complacia en descender de Marte. El pueblo romano, que despues se llamó tan justamente el *pueblo rey*, tuvo tambien quien le adulase: los historiadores, los pueblos vencidos y hasta los monarcas repetian todas las fábulas que lisonjeaban el orgullo de Roma. Esta creencia, aunque errónea, religiosa, fue una de las principales causas de la grandeza y duracion del imperio. El pueblo romano mas grave y religioso que los demas, respetó por mas tiempo la autoridad paternal, las leyes y

las costumbres. Fue mas admirable por sus virtudes que temible por sus armas.

Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio y Plutarco, son las fuentes de donde sacaremos la tradicion oscura é incierta de los sucesos anteriores á la fundacion de Roma.

Antes del sitio de Troya, condujo Enotro á Italia una colonia de arcades. Muchos años despues otra colonia de pelasgos, echados de Tesalia, se reunió á los aborigenes ó descendientes de los arcades, y arrojaron de las orillas del Tiber á los sículos, los cuales se refugiaron en Sicilia. Un siglo antes de la guerra de Troya, Erandro, desterrado del Peloponeso, trajo á Italia la segunda colonia de arcades. Fauno, que era entonces rey de los aborigenes, les dió un terreno en el monte, que despues se llamó Palatino, donde fundaron una ciudad llamada Palancio, de Palante, abuelo de Evandro. En tiempo de este se dice que vino Hércules á Itália, mató al ladron Caco, y obtuvo altares por este beneficio. Este héroe enseñó á los aborigenes los ritos griegos, é instituyó las familias sacerdotales de los Poticios y Pinarios. Cincuenta años despues de la partida de Hércules, Latino, hijo de este semidios, aunque se creia que su padre era Fauno, fue rey de los aborigenes, á los cuales dió el

nombre de latinos, y al pais el de Lacio. Otros creen que este nombre procede de *latere* (ocultarse), y que se dió á aquella tierra porque en ella se refugió Saturno de la persecucion de Júpiter su hijo.

Dionisio de Halicarnaso cuenta que en el reinado de Latino llegó Eneas á Italia con una colonia de troyanos, trayendo consigo los dioses de Troya y el *Paladio*, depositado despues en el templo de Vesta. Latino hizo alianza con Eneas, le cedió un territorio, y le dió por esposa á su hija Lavinia. Turno, rey de los rutulos, que esperaba casar con ella, irritado de la injuria hizo guerra á Latino y á Eneas. Fue vencido en el combate; pero Latino murió. Turno con el ausilio de Mezencio, rey de Etruria, continuó la guerra. Eneas los venció, dió muerte á Turno y le sobrevivió pocos dias. Fue adorado bajo el nombre de Júpiter Indígete. En la ciudad de Lavinio, que habia fundado, gobernó su viuda en la menor edad de Ascanio su hijo con tanta prudencia que la prosperidad del nuevo estado hizo progresos rápidos. Lavinia fundó la ciudad de Alba, y la hizo capital del reino: este duró 430 años hasta la fundacion de Roma (A. M. 2822. A. J. 1182). El Tiber se llamaba entonces Albula y servia de límite entre el Lacio y la Etru-

ria. Despues de Ascanio reinaron sucesivamente Silvio, Eneas Silvio, Latino Silvio, Alba, Atis, Capís, Capeto, Tiberio, que dió su nombre al rio del Lacio por haberse ahogado en él, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino, que dió su nombre al monte en que fue enterrado, y Procas, padre de Numitor y Amulio.

Orígen de Rómulo y Remo. Despues de la muerte de Procas debia reinar Numitor, su hijo mayor; pero Amulio usurpó el trono, dió muerte á Egestio, hijo de su hermano, é hizo entrar á su sobrina Rea Silvia sacerdotisa de Vesta. Dícese que no contento con este rigor, la violó para tener el derecho de acusarla de impudicia y condenarla á muerte. Rea dió á luz dos niños gemelos, á los cuales se dieron los nombres de Rómulo y Remo. Acusada, se disculpó diciendo que eran hijos del dios Marte. Amulio mandó encerrarla en un calabozo y arrojar al Tiber los dos hijos. El rio estaba entonces crecido y llevó la cuna hasta la ribera. Una loba que oyó los gritos de los niños, vino á darles de mamar, y un pájaro les trajo alimento en su pico. Faustulo, mayoral de los rebaños del rey, admirado de este suceso prodigioso, que pasaba á la sombra de una higuera, conservada segun Tácito 800 años despues, llevó los niños á su casa para que los

cuidase su muger Laurencia. Esta muger era de mala vida, y los pastores le daban el apodo de *loba*, y este fue probablemente el orígen de la fábula que hemos contado.

Rómulo y Remo habiendo llegado á la edad juvenil, se distinguieron por su hermosura, fuerza y valor. Plutarco dice que estudiaron en Etruria: Dionisio de Halicarnaso que se quedaron entre los pastores, y que en su tiempo se conservaba religiosamente la choza en que vivieron. Para ejercitar su vigor, perseguian á los animales en los bosques, y á los ladrones en los caminos. Agregáronse á ellos hombres valerosos y decididos que formaron una escuadra bastante numerosa, y celebraron asambleas y juegos. En una de estas fiestas una cuadrilla de ladrones los atacó, prendió á Remo, lo llevó al rey Amulio y lo acusó de haber talado los dominios de Numitor. Amulio le envió á su hermano para que lo juzgase, y Faustulo avisó á Rómulo el peligro que corria Remo. Numitor interrogándole, descubre el secreto de su nacimiento y averigua con júbilo que los dos hermanos son hijos de Rea y nietos suyos. Los tres forman el proyecto de destronar al tirano Amulio. Remo con los sirvientes de Numitor se reune á las tropas de su hermano que se dirige al palacio por diferentes

caminos, rompe sus puertas y da muerte á Amulio. Entretanto Numitor reune á los albanos con el pretesto de oponerse á este ataque imprevisto: sabe en el mismo instante el triunfo de los príncipes, y cuenta al pueblo su libertad milagrosa y la caida del tirano. El pueblo, libre de aquel rey cruel, dá alegre el trono á Numitor, y los príncipes seguidos de un gran número de pastores albanos y de guerreros latinos forman el proyecto de edificar una nueva ciudad.

Fundacion de Roma. (A. M. 3252. A. J. 752.) Antes de ejecutar esta empresa consultaron el vuelo de los pájaros para saber á cual de los dos hermanos pertenecia el honor de la fundacion y gobierno de la ciudad. Remo descubrió desde el monte Aventino seis buitres; Rómulo vió doce desde el Palatino; pero mas tarde que su hermano. De este doble presagio nació una grande altercacion, declarándose unos por Remo, á quien las aves habian aparecido primero, y otros por Rómulo, que habia visto mayor número de ellas. Por otra parte Remo tenia ofendido á su hermano, porque se burlaba de los trabajos que Rómulo dirigia, saltando un foso que habia escavado. Unos historiadores dicen que Rómulo mató á su hermano en un movimiento de ira: otros que ha-



biendo parado en venir á las manos la disputa de los agüeros, Remo pereció en la pelea. Otros dicen que Roma existia antes de Rómulo, y que éste no hizo mas que restaurarla. Pero la opinion comun es que empezó á fundarla 753 años antes de Jesucristo, al principio del año cuarto de la sesta olimpiada, 120 años despues de la legislacion de Licurgo, y 14 años antes de la era de Nabonasar.

Rómulo, primer rey de Roma. (A. M. 3252. A. J. 752.) Rómulo, construidas las murallas de Roma, se halló gefe de solo 3000 hombres de á pie y 300 caballos: tan obstinado y sangriento habia sido el combate en que murió su hermano. Persuadido de que el poder de la fuerza es variable, y que la autoridad no tiene base mas segura que la confianza pública, reunió el pueblo y le preguntó si queria un gobierno democrático, aristocrático ó monárquico. Despues de una breve deliberacion, le entregaron sus compañeros la corona, de la cual era digno tanto por su valor y sus grandes cualidades, como por su nacimiento real. Para dar á su poder el apoyo de la religion, dijo que no admitiria el cetro si los dioses no confirmaban su eleccion con un prodigio estraordinario. Se señaló un dia para consultarlos, y despues del sacrificio Rómulo hizo un

círculo en el aire con el *lituo* ó báculo encorvado de que usaban los agoreros. Dícese que al momento apareció un brillante relámpago que atravesó el cielo de izquierda á derecha. El pueblo creyó oir la determinacion de los dioses, y proclamó rey á Rómulo.

Este conformándose con los usos de los reyes confederados de Etruria, que llevaban delante de sí doce lictores, enviados por las doce tribus confederadas, con ramos de varas y segures en medio, símbolos de la autoridad real, nombró doce ejecutores de la justicia. Dividió el pueblo en tres tribus mandadas por tres gefes, y cada tribu en diez secciones llamadas *curias*. Un sacerdote con el título de *curion* estaba encargado de presidir las ceremonias religiosas y ofrecer los sacrificios de cada tribu. Las tierras se dividieron igualmente entre las treinta curias, escepto una parte que se reservó para los gastos del templo y del tesoro público. Se dividieron los ciudadanos en dos clases, los *senadores* y la *plebe*. Las curias eligieron cien senadores, á los cuales se dió el nombre de *padres*, y á sus descendientes *patricios*, nobleza la mas antigua que hubo en Roma. Cuando en lo sucesivo se aumentó el número de senadores, se dió á los nuevos el nombre de *padres conscriptos*, título que con el tiempo

llegó á darse á todos. Esta dignidad fue hereditaria. El pueblo escogió 300 guerreros designados con el nombre de *celeres*, que denotaba su valor y actividad, y componian la guardia del rey. Este fue el orígen de los caballeros romanos, que formaron una clase intermedia entre los patricios y el pueblo.

El rey era gefe de la religion; promulgaba y ejecutaba las leyes; convocaba el pueblo y el senado, y mandaba los ejércitos. Los empleos sacerdotales, civiles, militares y de judicatura pertenecian esclusivamente á los patricios. El senado decidia sobre las cuestiones y negocios de estado en que el rey lo consultaba. El pueblo elegia los magistrados, hacia las leyes, decidia de la paz y de la guerra cuando el rey lo consultaba, y juzgaba en apelacion las causas criminales. Se le convocaba rara vez: deliberaba por curias: el dictámen de la mayoría se anunciaba al senado, y no tenia fuerza de ley sin su confirmacion.

La institucion del patronato nos dá una alta idea del talento de Rómulo. Para establecer el orden y oponer una barrera á la anarquía, habia separado los patricios de los plebeyos; y para impedir las disensiones que podian originarse del poder de los unos y de la envidia de los otros, unió entrambas clases con in-

tereses comunes y deberes recíprocos. Cada patricio escogia en el pueblo un gran número de clientes, y estaba obligado á preservarlos de todo daño, á mirar por sus intereses, á defender sus pleitos, á entender en sus contratos y esplicarles las leyes. El cliente por su parte asociaba sus intereses á los de su patrono, le socorria si venia á pobre, le rescataba si caía en cautiverio, y pagaba por él la multa si era condenado. El patrono y sus clientes formaban en cierto modo una sola familia; no podian acusar el uno al otro, ni dar su sufragio á los competidores, ni ser del partido de los enemigos. Esta union política duró muchos siglos, y se estendió á las colonias y ciudades conquistadas, aumentándose con la república; se vió á los reyes y á los reinos buscar patronos en Roma, y sufrir la humillacion de la dependencia por conseguir una proteccion útil. La sabiduría de estas instituciones es tanto mas de admirar, cuanto nacian en un siglo de ignorancia y en medio de costumbres tan bárbaras que Rómulo para conservar la poblacion se vió obligado á mandar á los padres por una ley que educasen sus hijos, y no los matasen ni espusiesen sino á los que nacian impedidos. Deseando aumentar con rapidéz el número de sus vasallos, abrió en Roma un asilo á los des-

terrados y condenados de otras ciudades. Un gran número de aventureros acudieron de todas las partes de Italia, y de esta impura gavilla nacieron los señores del universo.

Rómulo estendia su poder tanto por las armas como por las leyes; y la guerra, que despuebla los estados, fue durante muchos años uno de los medios de que se valieron los romanos para aumentar su poblacion. Cuando eran vencedores, perdonaban á los jóvenes enemigos, los incorporaban en sus legiones, tomaban tierras en los paises conquistados, y enviaban á ellas romanos para formar colonias, á las cuales se daba despues el derecho de ciudadanía. Romulo fundó la ciudad con 3300 hombres, y á su muerte habia 45000. Todos sus reglamentos se dirijian á inspirar á los ciudadanos el amor de la patria, de la gloria, de la religion y de la justicia; el aprecio de la pobreza laboriosa y el desprecio de los ricos ociosos. Dionisio de Halicarnaso vió aun en su tiempo presentar las ofrendas hechas á los dioses en mesas de madera y en cestas de mimbre. Ciceron las creia mas agradables al cielo con esta sencillez que cuando se llevaban en vasos de oro y plata.

La ley establecia la comunidad de bienes entre los esposos. El marido, dueño y juez de

su muger, podia hacerla condenar por un consejo de familia que recibia su declaracion. El divorcio era permitido; pero las costumbres, mas fuertes que las leyes, lo prohibian; y durante cinco siglos no se verificó en Roma ningun divorcio, ni hubo causa de adulterio. En ningun pais fue mas sagrada la autoridad paterna. Se estendió mas allá de los límites de la justicia y la razon: solo la naturaleza pudo enfrenarla. Segun la ley, el padre era dueño absoluto de su hijo; y cualquiera que fuese la edad ó dignidad de éste, podia venderlo ó matarlo. Numa esceptuó de esta dependencia á los hijos casados.

En Roma no habia mas profesiones honrosas que la guerra y la agricultura. Las artes y oficios eran ejercidos por esclavos ó estrangeros. Mas tarde estuvieron los comerciantes en alguna estimacion, mas los vendedores por menor fueron siempre despreciados.

Robo de las Sabinas. Roma edificada, poblada, gobernada por leyes, y victoriosa en algunos combates, ofrecia un espectáculo estraordinario. Casi no habia mugeres en ella, y la futura dominatriz del universo parecia un campamento que se aumentaba con reclutas, no una poblacion que se propagaba y perpetuaba. El rey envió embajadores á las

ciudades vecinas pidiendo en matrimonio sus doncellas para los romanos, alegando como prueba de la proteccion de los dioses la prosperidad de Roma. Su propuesta fue mal recibida, porque los gobernadores de los pueblos cercanos estaban ya envidiosos de aquella ciudad naciente; y respondieron con menosprecio á los embajadores, que si Rómulo y sus bandidos querian tener mugeres, abriesen un asilo á las aventureras de todos los paises. Rómulo disimuló su ira para asegurar mejor la ejecucion de su intento. Algun tiempo despues, habiendo anunciado solemnes fiestas en honor de Neptuno, invitó á ellas los habitantes de las cercanías. Concùrrieron á Roma muchos espectadores atraidos por la novedad. Los de Cecina, Crustumerio, Amtemnas y Cures, vinieron con sus familias.

Enmedio del espectáculo á una señal dada, la juventud romana, que llevaba armas ocultas, se arroja sobre los estrangeros, y les quita las hijas á pesar de la resistencia y las lágrimas de sus padres. La mas bella fue dada por aclamacion á un patricio jóven y valiente llamado Talasio, y despues de este suceso se estableció en Roma la costumbre de invocar el nombre de Talasio en todas las fiestas nupciales. Los romanos adquirieron con esta vio

lencia setecientas mugeres; procuraron en vano aplacar con ruegos la ira de los padres ultrajados, y legitimar el robo con su consentimiento. Los estrangeros salieron enfurecidos de Roma, y corrieron la Italia para interesar las demas naciones en su venganza.

Acron, rey de Cecina, fue el primero que atacó á los romanos. Rómulo lo venció y mató, y se apoderó de su capital. Despues entró en Roma con una vestidura de púrpura, coronado de laurel, y trayendo en la mano un asta con las armas de Acron. Las tropas por entre las cuales pasaba, cantaban himnos en su honor. Este fue el primer triunfo. Edificóse en el monte Capitolino un templo dedicado á Júpiter Feretrio, donde debian depositarse los despojos que los descendientes de Rómulo quitasen á los reyes ó generales enemigos, muertos por sus manos. En el espacio de cinco siglos solo dos romanos ofrecieron estos despojos, que se llámaban *opimos*. Cornelio Coso, vencedor de Folumnio rey de los veyentes, y Claudio Marcelo que mató á Viridomaro, rey de los galos. Dionisio de Halicarnaso alcanzó á ver los restos de este antiguo templo de Júpiter, cuya longitud era solo de quince pies. Rómulo venció despues á los antemnates y crustuminos, conquistó su pais, trasladó los habi-

tantes á Roma, y pobló de romanos aquellas dos ciudades.

Tacio, rey de los sabinos, peleó con mas felicidad contra Roma. Despues de algunos reencuentros se acercó á la ciudad. Tarpeya, hija de Tarpeyo, comandante de la fortaleza del monte Capitolino sobornada por el enemigo, ofreció abrirles por la noche la entrada, á condicion que le diesen los brazaletes de marfil, oro y plata que llevaban los sabinos en el brazo izquierdo. Favorecidos por esta traicion, penetraron en la ciudadela; y para premiar á Tarpeya como merecia, la oprimieron echándole encima sus escudos y brazaletes. Desde este suceso se llamó aquel sitio la *roca Tarpeya*, y desde ella se despeñaba á los reos de estado. Los sabinos descendieron del monte capitolino para tomar la ciudad, mandados por Tacio y Hostilio. Rómulo se opuso á su ataque; pero fue rechazado hasta el monte palatino. Desesperado levanta las manos al cielo y ofrece edificar un templo á Júpiter en el sitio donde lograse rehacer sus soldados. Creyéndose seguro del socorro divino esclama: »romanos, Júpiter os manda deteneros aqui y hacer frente al enemigo." A estas palabras el pavor se calma, renace el corage, cesa la fuga y vuelve á comenzar la batalla. Los dos pue-

blos igualmente enfurecidos, parecen resueltos á terminar la guerra con la muerte de todos sus enemigos; cuando Hersilia al frente de las sabinas se presenta esparcidos los cabellos, los ojos llenos de lágrimas, con los hijos en los brazos dando gemidos. Sin temor de la muerte se meten por medio de las armas, separan á los combatientes y se echan á sus pies. « No os mancheis, les decian, pues sois suegros y yernos con una sangre prohibida: no deshonreis con el parricidio á nuestros hijos, generacion de los unos, nietos de los otros. Si aborreceis el parentesco y nuestros casamientos, volved vuestras iras contra nosotras que fuimos causa de la guerra, de la matanza y de las heridas á nuestros maridos y padres. Mejor nos es morir, que quedar ó huérfanas ó viudas." A estas palabras sucede la piedad á la ira, y la ternura al ódio: depónense las armas, los dos reyes se abrazan, y se hace la paz. Sus condiciones fueron que Rómulo y Tacio reinarian juntos: que la ciudad conservaria el nombre de Roma; pero que el pueblo tomaria el de *quirites*, en honor de *Cures*, capital de los sabinos. Estos fueron admitidos en Roma como ciudadanos: se dobló el número de los senadores, y se estendió el recinto de la ciudad, comprendiendo en él

el monte Quirinal y el monte Celio.

Estas disposiciones se observaron religiosamente. Los dos pueblos formaron uno solo, y vivieron los reyes cinco años en buena armonía. Tacio ocupaba el Capitolio, y Rómulo el monte Palatino. Sus ejércitos reunidos vencieron al de Fidena, y convirtieron esta ciudad en colonia romana. Los amigos de Tacio habiendo hecho algunos estragos en el territorio de Lavinio, los de esta ciudad pidieron justicia á los romanos. Rómulo opinaba que se les entregasen los delincuentes. Tacio se oponia á ello queriendo que la causa se juzgase en Roma. Los embajadores de Lavinio se retiraron quejosos, y algunos de ellos fueron muertos por los sabinos. Rómulo irritado prende á los culpables, y los entrega á los otros embajadores: Tacio acude con tropas y liberta á los reos. Por entonces quedó impune esta violencia; pero algun tiempo despues, habiendo concurrido á Lavinio los dos reyes para hacer, segun la costumbre antigua, un sacrificio á los penates de los troyanos. los hijos de los embajadores degollados que no habian podido obtener justicia, entran en el templo y asesinan á Tacio junto al altar. Su cadáver fue llevado á Roma y enterrado con mucha pompa. Rómulo, único dueño del trono, exigió

que se le entregasen los asesinos de Tacio; pero éstos, habiendo venido á Roma, defendieron su causa de modo que fueron absueltos, como si la venganza mas justa pudiese disculpar un asesinato.

Paz con los veyentes. (A. M. 3289. A. J. 715). Los veyentes, aliados de los fidenates, hicieron guerra á los romanos con vario suceso, hasta que al fin vencidos en un batalla decisiva, cedieron parte de su territorio, é hicieron la paz por cien años. Rómulo, vencedor de todos los pueblos de las cercanías, no pudo libertarse del orgullo que produce la prosperidad y la gloria. Sufria con impaciencia los límites que el senado ponia á su autoridad, y quiso abatirlo: asi inspiró con el temor el aborrecimiento. Un dia que pasaba revista á sus tropas á la orilla de un lago, se oscureció el cielo de repente y estalló una horrible tempestad de truenos y rayos: mares de lluvia y granizo cayeron sobre la tierra. La oscuridad, el estruendo y los relámpagos causaron espanto y desorden universal. Enmedio de este tumulto se perdió al rey de vista y no volvió á parecer. El pueblo consternado queria vengar su muerte: los senadores le decian en vano que habia sido arrebatado por los dioses. En este momento de sedicion é in-

certidumbre, Proculo Julio, el mas estimado de los patricios, venerable por su edad y prudencia, se presenta al pueblo y le dice: «ciudadanos, Rómulo, padre de esta ciudad, se me ha aparecido descendiendo del cielo. Como lleno de pavor y respeto le pidiese que me fuera lícito mirarlo, me dijo: *Ve y dí á los romanos que por disposicion del cielo será mi ciudad la señora de las naciones. Dedíquense, pues, á la milicia, y enseñen á sus nietos que ninguna fuerza humana podrá resistir á los hijos de Roma*: y dicho esto desapareció." Esta fábula lisonjeaba demasiado el orgullo romano para no ser creida; y la vanidad complacida calmó el sentimiento y acalló las sospechas. Rómulo murió á los 55 años de edad y 35 de reinado.

Numa Pompilio, segundo rey de Roma. (A. M. 3291. A. J. 713). Roma, ciudad tan soberbia despues y que no teniendo aun 40 años de edad, se creia llamada por los dioses á dominar la tierra, no era mas que una aldea compuesta de algunas casas y muchas cabañas dispuestas sin orden. Sus estandartes eran manojos de heno; sus trofeos gavillas de trigo; sus tesoros rebaños. Nada era grande en ella sino el valor y la ambicion de sus habitantes. Su territorio fue muy limitado; y sin embar-

go sus primeros monumentos públicos, construidos bajo los sucesores de Rómulo, anunciaban la ciudad eterna. Se admiraban aun en tiempo de Dionisio de Halicarnaso, las murallas, acueductos y cloacas hechas por Tarquino. Rómulo dió á su pueblo el primer impulso de grandeza, haciéndole adoptar la máxima de imitar los reglamentos y costumbres útiles de los pueblos vencidos. Y asi sus soldados habiendo vencido á los sabinos descendientes de los lacedemonios, usaron de escudos á su usanza, y dejaron los argivos. Tambien les enseñó á ganar el afecto de los pueblos vencidos, dejándoles que se gobernasen por sí mismos; y á pesar del ódio de los romanos á la monarquía despues de la espulsion de sus reyes, es incontestable que debieron gran parte de su gloria y poder á las grandes cualidades de Rómulo y sus sucesores.

Los historiadores no estan de acuerdo acerca del origen de la palabra *Roma*, que en griego significa fuerza ó poder Unos dicen que una troyana llamada Roma, temiendo que los compañeros de Eneas se volviesen á embarcar huyendo de la guerra, quemó las naves y los obligó á fijarse en Italia. Otros que Roma era hija de Italo y Eucaria: otros de Teleso, hijo de Hércules: otros de Ascanio.

Ni falta quien diga que la ciudad fue edificada por Romano, hijo de Ulíses y Circe; ó por Romo., hijo de Emacion, enviado á Italia por Diomedes; ô por Romis, tirano de los latinos y vencedor de los etruscos. Fabio Pictor, siguiendo á Diocles el peripatético, dice que en el antiguo idioma latino, la palabra *ruma* significaba teta; y en memoria de la loba que crió á Rómulo, tomó este héroe su nombre, y Roma el de su fundador. Añádese que trabajando Rómulo en abrir los cimientos de su ciudad, halló bajo tierra la estátua del dios *Conso*, del cual proceden los nombres de *consejos* y *cónsules*.

Despues de la muerte de Rómulo, los sabinos y romanos no pudieron durante muchos dias convenirse en la eleccion de un sucesor. Cada uno de los dos pueblos queria dar un rey al estado, y ningun ciudadano tenia bastante preeminencia para fijar los votos. En esta incertidumbre, el senado nombró un *interrey*, que se renovaba de cinco en cinco dias. Este uso de confiar el gobierno á interreyes hasta la eleccion de los nuevos magistrados, se conservó aun despues de establecida la república. El interregno agradaba al senado y queria prolongarlo; pero temiendo que el pueblo eligiese sin su participacion, le pro-

puso hábilmente que nombrase un rey, y se reservó el derecho de confirmar su nombramiento. El pueblo, contento con esta deferencia, dejó la eleccion á arbitrio del senado. Vióse muchas veces en Roma esta noble disputa, efecto saludable de los miramientos recíprocos de ambas clases y prenda felíz de union, sin la cual no existe ni fuerza ni espíritu público. Estando convenidos plebeyos y patricios para conciliar las pretensiones de sabinos y romanos, se resolvió que se sacaria á la suerte la nacion que habia de elegir, y que esta nombraria un rey de la otra. La suerte favoreció á los romanos. Habia un sabino, natural de Cúres, generalmente respetado por sus virtudes, enemigo del lujo, esento de ambicion, religioso, observador ferviente de la justicia, y habituado á vencer sus pasiones. Los ciudadanos y estrangeros le tomaban por árbitro. El rey Tacio, apreciando sus grandes cualidades, le habia dado su hija en casamiento; pero este insigne honor no le movió á dejar su patria para venir á Roma, y se quedó en Cúres cuidando de su anciano padre. Trece años despues, habiendo muerto su esposa, se retiró al campo y se entregó al estudio. Este era el sábio Numa: la eleccion de los romanos le nombró rey, y la aprobacion universal lo confirmó. Ve-

leso, á quien querian los sabinos elevar al trono, y Próculo, que confiaba en los votos de los romanos, uno y otro, personas muy distinguidas, fueron encargados de ir á anunciar á Numa su eleccion. El príncipe filósofo, léjos de deslumbrarse con el esplendor de la corona. conoció su peso y la rehusó « Las cualidades, dijo, que me han ganado vuestra estimacion, me apartan del trono, porque me llaman al retiro, al estudio y al descanso. Sois ambiciosos y yo no: gustais de guerras y conquistas; y yo prefiero la paz á todo. Vosotros necesitais de un general mas bien que de un rey. » Su negativa aumentó el deseo de tenerlo por gefe. Se resistió algun tiempo á las instancias del pueblo romano y de su familia; pero los preságios, que fueron felices, y los ruegos de los habitantes de Cúres, que le instaban á aceptar, para unirlos mas estrechamente con los romanos, le decidieron á abandonar su soledad: hizo sacrificios á los dioses y partió á Roma. El senado y el pueblo salieron á recibirle: la entrada de un rey pacífico en aquella ciudad, templo de la guerra, fue el triunfo de la sabiduría y de la virtud. Espurio Vetio, que era interrey, para hacer mas solemne la inauguracion del monarca, y mas completa la satisfaccion pública, mandó que el pueblo procediese

otra vez á la eleccion. Los sufragios fueron unánimes; pero Numa no quiso revestirse de los ornamentos reales hasta que los dioses hubiesen confirmado su nombramiento; y así hizo un sacrificio en el monte Tarpeyo con los sacerdotes y los augures. Los auspicios consultados fueron favorables, y Numa, adornado del cetro, la corona y manto real, bajó á la plaza pública en medio de las aclamaciones del pueblo.

Instituciones religiosas de Numa. Rómulo habia fundado á Roma con las armas: Numa emprendió consolidarla con la paz y la religion. Dedicóse á calmar el espíritu belicoso y á suavizar las costumbres feroces del pueblo. Edificó el templo de Jano, cuyas puertas debian estar abiertas en tiempo de guerra, y cerradas en tiempo de paz. No se abrieron en todo el tiempo que él reinó; pero despues no se cerraron sino dos veces; concluida la primer guerra púnica, y despues de la batalla de Accio. Numa, para dar á sus instituciones una sancion celeste, hizo creer al pueblo que eran dictadas por la ninfa Egeria, á la cual consultaba en un bosque sagrado cercano á Roma.

Rómulo no habia contado en el año mas que diez meses, y al primero dió el nombre

de *marcio*, en honor del dios que se creia padre suyo. Numa corrigió este error grosero, añadiendo los dos meses de *januario* y *februario*. El año, pues, fue de 365 dias divididos en doce meses lunares con la intercalacion de dias complementarios, que al fin de veinte y cuatro años hacian coincidir el tiempo civil con la posicion del sol. Julio César completó despues esta reforma con un nuevo calendario, que fue definitivamente corregido por el Papa Gregorio XIII. Numa estableció dias *fastos* y *nefastos* para distinguir los tiempos en que era permitido ó prohibido reunir el pueblo y juzgar. Creó muchos sacerdotes, como los de Marte, Júpiter y Rómulo, á quien se adoraba con el nombre de Quirino. Estos sacerdotes, elegidos de entre los patricios, y presididos por el sumo pontífice, eran nombrados por el pueblo. Su número y el de los augures aumentó despues. Arreglaban los sacrificios y ceremonias, los dias de fiesta, las espiaciones, lutos y funerales; velaban sobre los ministros subalternos, instruian el pueblo, esplicaban los prodigios y juzgaban todas las contiendas relativas á la religion. Numa arregló el establecimiento de las vestales: creó cuatro que no habian de tener menos de seis años, ni mas de diez. Guardaban el fuego sagrado y el paladio, y obser-

vaban virginidad; pero á los treinta años podian renunciar al sacerdocio y casarse. La ley les concedia grandes privilegios: eran las únicas mugeres que podian disponer de sus bienes sin curador: su dicho era admitido en justicia sin juramento, y llevaban un lictor delante cuando salian en público; y si encontraban un delincuente era perdonado. El tesoro público las mantenia; pero estaban espuestas á terribles castigos si quebrantaban sus deberes. La que dejaba apagar el fuego sagrado, que no podia volverse á encender sino á los rayos del sol, era azotada con varas por orden del sumo pontífice. La que violaba el voto de castidad, moria emparedada en una cueva, donde solo se le dejaba un pan, una cántara de agua, un botecillo de aceite, y un jarro de leche. Se ecsigia de ellas la mayor decencia. Postumia fue puesta en juicio y reprendida por haberse presentado en público demasiado adornada.

Numa, creyendo necesaria la religion para enfrenar á un pueblo grosero, que no podia serlo por la razon, buscaba todos los medios, y aprovechaba todas las ocasiones de imprimir en las almas sentimientos religiosos. Hubo un contagio horrendo, y cuando cesó, Numa atribuyó este beneficio á un escudo de bronce

que habia caido en sus manos, añadiendo que, segun la ninfa Egeria, este escudo seria la prenda de la prosperidad de Roma mientras se conservase; y para que no pudiesen robarle, hizo construir otros once semejantes á él, entre los cuales era imposible distinguirle. Se crearon unos sacerdotes, llamados *salios* que bailaban y cantaban himnos, durante la fiesta que se instituyó para recordar este suceso. Creó tambien un colegio de *feciales* ó reyes de armas. Unos mantenian el orden y el silencio en las asambleas públicas: otros declaraban la guerra y la paz; se les enviaba á hacer reclamaciones á los pueblos estrangeros; daban á los dioses, por testigos de su sinceridad, pronunciando imprecaciones contra sí mismos si faltaban á la verdad. Fijaban un término para recibir la respuesta; y si no obtenian la satisfaccion pedida, daban cuenta al senado y declaraban la guerra por lícita. Para hacer respetar la justicia y las propiedades, estableció fiestas en honor del dios *Término*, deificando la base de la civilizacion y de la sociedad política, que es la propiedad. Antes de su reinado los estrangeros miraban á Roma como un campo amenazador: bajo su gobierno fue respetada como una ciudad virtuosa y un templo de justicia. Este rey pacífico hizo escelentes

reglamentos de policía; y para mantener el orden, la tranquilidad y la union de los ciudadanos, clasificó el pueblo por corporaciones, mezclando hábilmente en ellas á los sabinos y á los romanos. Convencido de que la indigencia estingue el amor de la patria y dispone á la sedicion, repartió entre los pobres las tierras conquistadas, y dió tal honor á la agricultura, que mucho tiempo despues de él los generales y magistrados se complacian en dirigir el arado, y empleaban en la labranza aquellas nobles manos que habian sostenido la balanza de la justicia y la espada de la victoria.

Numa no peleó: en un reinado de 43 años no hubo en Roma ni guerras ni sediciones: la felicidad pública fue la consecuencia de este sueño de la gloria militar. Los estrangeros, admirando las virtudes de un pueblo que en su nacimiento los habia aterrado, le elegian entonces por arbitro de sus diferencias. Numa realizó la idea de un sábio de la antigüdad: *la filosofía en el trono es la felicidad de los pueblos*. Algunos autores han creido erradamente que Numa fue discípulo de Pitágoras; pero este filósofo florecia 150 años despues, cuando reinaba Tarquino II. Numa licenció la guardia creada por Rómulo, diciendo: « *No reinaré*

en un pueblo que me inspire alguna desconfianza. » Erigió un altar á la buena fé. Amigo de las letras y de la religion, decia que tenia trato con las musas. A una de ellas puso el dombre de *Tácita*, probablemente para dar á entender con esta alegoría cuán útiles son al entendimiento el silencio y la meditacion. Algunos autores han querido hacernos dudar de la verdad de estos sucesos, que es tan agradable creer. Plutarco dice, que habiendo quemado los galos los archivos de Roma, todo lo que se cuenta de los primeros tiempos fue inventado para alhagar el orgullo del pueblo y la vanidad de las principales familias. Esta opinion carece de probabilidad: quemados los archivos, la tradicion pudo suplir su falta en un pais, donde unas mismas familias se conservaron por tantos siglos. Numa murió a los 83 años de edad y 43 de reinado. En su vejez, su cuerpo estuvo esento de enfermedades como su alma de vicios. Los patricios llevaron su féretro, los sacerdotes formaban el duelo y los gemidos de todo el pueblo fueron su oracion funebre. Habia prohibido que quemasen su cadáver. Fue enterrado en un atahud de piedra al pie del Janículo, y en otro atahud semejante, catorce libros que habia compuesto. Uno y otro se hallaron cinco siglos despues.

De su cuerpo nada quedaba; pero sus manuscritos estaban intactos: el pretor Petilio los leyó, declaró al senado que su publicidad haria daño á la religion y fueron quemados.

Tulo Hostilio, rey. (A. M. 3334. A. J. 670). Despues de un corto interregno, el pueblo eligió por rey á Tulo Hostilio, y el senado confirmó la eleccion. Este príncipe era nieto de Hersilia, aquella sabina cuyo valor desarmó y reunió los dos pueblos que estaban dispuestos á esterminarse. Tulo, natural de Medulia, ciudad en el territorio de Alba y colonia romana, poseia en ella grandes propiedades que repartió entre los ciudadanos pobres apenas subió al trono. La poblacion de Roma se aumentaba, y se estendió el recinto de sus murallas. El carácter de Tulo fue diferente del de Numa: era belicoso y poseia las prendas de un general y el valor de un soldado.

Combate de los horacios y curiacios. En este tiempo, Clelio, dictador de Alba, envidioso de la grandeza de Roma, permitió á la juventud albana talar las tierras de los romanos. Estos se vengaron con represalias: de ambas partes hubo quejas y reclamaciones. Tulo Hostilio acogió benignamente á los embajadores de Alba, pero retardó la respuesta. Los de Roma fueron mal recibidos en Alba y se les negó to-

da satisfaocion. Tulo, que lo habia previsto, teniendo la justicia de su parte, ventaja muy importante atendido el espíritu religioso y la buena fe de aquel siglo, declaró la guerra á los albanos. Los dos ejércitos estaban prósimos ya á venir á las manos, cuando Clelio murió de repente en su tienda. Su sucesor Mecio Sufecio, mas justo y pacífico, quiso impedir la efusion de sangre por un convenio: pidió y obtuvo del rey de Roma una conferencia en que le representó los peligros de una guerra sangrienta, de la cual se aprovecharian los etruscos para atacar y oprimir á entrambos pueblos cuando estuviesen debilitados. Se resolvió, pues, que en lugar de una batalla general solo habria un combate de tres campeones por cada ciudad para decidir la querella; y que el pueblo vencido quedaria enteramente sumisio al vencedor. De este modo quedaron encargados tres romanos y tres albanos del destino de sus patrias.

Habia en el ejército de Roma tres hermanos con el nombre de horacios, distinguidos por su fuerza y valor. La familia albana de los curiacios tenia tambien tres hermanos superiores á los demas guerreros de su ciudad. La eleccion de Roma y Alba recayó sobre ellos. Señalado dia para el combate, salen al campo

los dos ejércitos los rodean: los parientes, gefes y conciudadanos les dan armas de fino temple, los conjuran que aseguren su independencia, los eshortan á sostener el honor de su pais, y les dan la señal con la inquietud propia de aquel momento crítico, pero con la confianza que inspiraba á cada partido el ardor, la habilidad y la osadia de sus jóvenes campeones. Dos pueblos numerosos, sin correr ningun peligro personal, estaban agitados entre el temor y la esperanza de un combate que iba á decidir la suerte de todos. Animados de su corage y encargados de los intereses de dos grandes ejércitos, se adelantan los seis guerreros; se amenazan con la vista; brillan las espadas; se acometen; el aire resuena al choque de sus aceros y escudos. Los dos pueblos, presentes á esta lucha terrible, atentos, inmóviles y silenciosos, siguen con los ojos todos los movimientos, y parecen haber perdido la voz y la respiracion. Los tres albanos fueron los primeros en recibir heridas; pero ardiendo con el deseo de vengarlas, atraviesan á dos de los romanos y los derriban muertos sobre la arena. Alba da un grito de alegría: Roma gime aterrada. No le queda mas que un defensor, cuya muerte parecia inevitable rodeado de tres enemigos. Sin embargo, Horacio no habia recibido

ninguna herida: demasiado débil contra los tres curiacios, pero muy superior á cada uno de ellos huye con el fin de separarlos; pues le habian de seguir con mas ó menos lentitud á proporcion del vigor que les dejaban sus heridas. Los romanos, que no penetran su intencion, se indignan de su cobardía y lo cargan de imprecaciones. Alba triunfa y grita á sus combatientes que aceleren el paso y completen la victoria. Pero Horacio, viendo á los curiacios que le perseguian bastante separados el uno del otro, suspende su fuga, se lanza sobre el enemigo mas prósimo, y lo hiere de muerte antes que sus hermanos, escitados por los gritos de los albanos, puedan socorrerle. En el corazon de los romanos renace la esperanza: animan á Horacio con el ademan y la voz. mas ardiente que sus votos, mas rápido que sus pensamientos, acomete al segundo curiacio y le da la muerte. Todo el campo albano lanza un grito de terror. Ya no quedaba mas que un combatiente de cada partido; pero Horacio no estaba herido; y el albano, debilitado por una larga carrera y por la sangre que salia de su costado, mas se arrastra que camina, apenas puede sostener sus armas y solo presenta una víctima al vencedor. Horacio, seguro del triunfo esclama: «sacrifiqué dos ene-

migos á los manes de mis hermanos: el tercero será para que se decida esta guerra y el romano mande en Alba.» Dichas estas palabras, sepulta su espada en el pecho del contrario y le despoja de sus armas. Roma triunfante y Alba consternada, se reunieron para celebrar las esequias de los dos horacios y los tres curiacios muertos en el combate. En tiempo de Augusto se conservaban todavía sus sepulcros erigidos en el lugar en que habia muerto cada uno.

El amor de la patria y el ódio de sus enemigos inflamaban el corazon de Horacio y le habian dado fuerzas para triunfar de los albanos; pero esta pasion noble degeneró en fanatismo y produjo el crímen. No pudo sufrir que un alma romana fuese indiferente á su victoria y llorase á los vencidos. Entrando en la ciudad, encontró á su hermana Camila, amante y prometida esposa de uno de los curiacios. Al ver á su hermano revestido con el manto de curiacio, que ella misma habia hecho, se arranca los cabellos é invoca llorosa el nombre de su infeliz amante. Horacio, enfurecido de ver á su hermana lastimada por su victoria y afligida por la alegría pública, sepulta su espada en el seno de la jóven, clamando: «vé con ese importuno amor á reunirte con tu esposo ya

que desconoces á tus hermanos difuntos y al vivo, ya que desconoces tu patria. ¡Perezca asi toda romana que llore á un enemigo!»

Este crímen horrorizó al senado; y el reo fue puesto en juicio. El rey nombró los *duumviros*, es decir los dos jueces que debian sentenciarle. Condenado á muerte por ellos, apeló al pueblo. Su padre clamaba que daba por bien hecha la muerte de su hija, sino, hubiera condenado á Horacio segun el derecho paternal: que no dejasen huérfano al que poco antes habian visto colmado de ilustre y generosa prole; se abrazó con su hijo, y señalando á los despojos de los curiacios, que se habian fijado en el sitio donde se celebraba la junta: »A este, dijo, ó romanos, que poco ha visteis entrar glorioso y triunfante, ¿lo podreis ver atado debajo de la horca, sufriendo los azotes y los tormentos? ¡Espectáculo horrendo, que apenas podrian tolerar los ojos de los albanos! *Ve, lictor, ata las manos*, que armadas poco ha dieron el imperio al pueblo romano. *Ve, cubre la cabeza* del libertador de esta ciudad. *Ahórcale del árbol funesto: azôtale ó dentro de la ciudad*, como sea entre aquellas armas y despojos de los enemigos, *ó fuera de la ciudad*, como sea entre los sepulcros de los curiacios; porque ¿á dónde podreis llevar este guerrero,

que no le esima su gloria de suplicio tan ignominioso?» El pueblo, movido por la gratitud, impuso silencio á la ley y concedió la vida al culpable; mas para conciliar la clemencia con la justicia, se le hizo pasar bajo un yugo, que se llamó *la viga de la hermana*, y se le condenó á una multa que pagó su padre. Despues de haber satisfecho en algun modo á la justicia de los hombres, Horacio ofreció sacrificios espiatorios á los dioses, y Roma erigió un sepulcro donde fue enterrado el cadáver de la infeliz Camila.

Traicion de Mecio y ruina de Alba. (A. M. 3337. A. J. 667). Dos años despues de estos sucesos, los albanos sometidos, pero conservando el resentimiento de su derrota, prometieron secretamente á los senadores y veyentes favorecer sus armas si las volvian contra Roma. Hiciéronlo asi, y Tulo se puso al frente del ejército romano. Llegado el momento de la batalla, los albanos que estaban en el á la derecha del rey de Roma, se separaron de ella y se retiraron á una montaña. Los soldados de Tulo se turban y conmueven con esta defeccion imprevista. El rey hace voto á los dioses de crear doce nuevos sacerdotes salios y de edificar templos á la Palidez y al Temor; corre por las filas, dice á sus tropas que la retirada

de los albanos es un movimiento dirigido por él mismo, y manda á su caballería arremeter con las lanzas altas, y estendiéndose para ocultar á los enemigos el movimiento del ala derecha. Estas órdenes se ejecutaron con el éscito mas feliz. Los fidenates, creyendo que los albanos faltaban á su palabra, turbados y desanimados, opusieron débil resistencia á los romanos y echaron á huir ahogándose muchos de ellos en el Tiber. Mecio Fufecio, viendo que la victoria quedaba por Hostilio, junta con él sus tropas, sigue el alcance de los enemigos y le da la enhorabuena de su triunfo. El romano disimula la ira, dispone un sacrificio para el dia siguiente; deja á los albanos en entera seguridad, va á Roma, informa al senado de la traicion, se adopta una resolucion atrevida que él mismo sugirió, vuelve al campo por la noche y manda al valiente Horacio que con las mejores tropas del ejército se dirija á Alba.

Al dia siguiente á la hora del sacrificio se presentaron sin armas los dos ejércitos, segun la costumbre, y una legion romana los rodeó, teniendo ocultas las espadas. Tulo hizo el discurso siguiente: «Romanos, si habeis peleado algun combate por el cual debais dar las gracias á los dioses inmortales y á vuestro valor

fue el de ayer; porque luchasteis no tanto con el enemigo, cuanto (lo que es mas grave y peligroso) con la traicion y perfidia de los aliados. Ya es tiempo de desengañaros: los albanos subieron al monte, no por orden mia, la cual fingí para que la noticia de la desercion no disminuyese vuestro brío, y los enemigos creyendo que iban á ser cogidos por la espalda, se aterrasen y huyesen. Ni la culpa que acuso fue de todos los albanos; siguieron á su gefe como vosotros me hubiérais seguido. Mecio es el autor de aquel movimiento: Mecio el maquinador de la guerra: Mecio el quebrantador de la alianza entre Roma y Alba. Consiento que su traicion tenga imitadores, sino hiciere yo en el un insigne escarmiento. Lo que sea bueno, fausto y feliz para el pueblo romano y para mi y vosotros, ó albanos, resuelvo que pase á Roma todo el pueblo de vuestra ciudad: dar la ciudadanía á la plebe albana, nombrar senadores á los principales, hacer de ambas una sola ciudad y república para que Alba, dividida antiguamente en dos pueblos, vuelva á formar uno solo. Y tú Mecio Fufecio, si fueses capaz de observar la fe y la alianza, te dejaria vivo con esta leccion; pero ya que tu carácter es incurable, enseña con tu suplicio á los hombres á creer santas las cosas que has violado; y

asi como vaciló ayer tu ánimo entre los romanos y los fidenates, hoy se dividirá tu cuerpo en opuestas direcciones. » Dicho esto, mandó atarle á dos carros, que tirado cada uno por cuatro caballos, le destrozaron: suplicio que llenó ambos ejércitos de horror y espanto.

Entretanto llevaba Horacio á Alba las órdenes del rey y el decreto del senado. Los habitantes, inmóviles y afligidos, vieron demoler aquella ciudad que habia durado quinientos años, y fueron transferidos á Roma, cuyo poder y gloria aumentaron. Tulio volvió á hacer la guerra á los fidenates, ganó la batalla y tomó su ciudad. Venció asimismo á los sabinos y obligó á someterse á Roma treinta ciudades del Lacio, colonias de Alba. Esta guerra duró cinco años, y se terminó con una paz gloriosa. Poco despues cayó una lluvia de piedras en el monte Albano, y este y otros supuestos prodigios hicieron creer que los dioses de Alba estaban irritados por haberse descuidado su culto. La peste causó grandes estragos y aumentó la superstición. El rey hizo muchas espiaciones para aplacar á los dioses, y murió despues de un reinado de treinta y dos años. Unos dicen que haciendo un sacrificio á Júpiter, le mató un rayo por no haber observado las ceremonias prescritas: otros creen que An-

co Marcio, nieto de Numa, lo hizo asesinar. Sino cometió el crímen, se aprovechó de él. Tulo fue uno de los reyes mas grandes de Roma por sus prendas militares, su prudencia política y su sabia administracion. Algunos rasgos de supersticion y crueldad que obscurecieron su gloria, deben atribuirse á los vicios del siglo en que vivió.

Anco Marcio, rey. (A. M. 3365. A. J. 639). El interregno no fue largo, y el senado confirmó la eleccion del pueblo que recayó en Anco Marcio, hijo de Pompilia hija de Numa. Al principio quiso seguir el sistema pacífico de su abuelo. Hizo gravar los reglamentos de este príncipe en tablas de encina y solo se ocupó en promover la religion y la agricultura. Los latinos, mal informados, le creyeron mas tímido que pacífico, tomaron las armas y talaron las tierras de Roma. Anco no tardó en probarles que poseia los talentos de Rómulo y las virtudes de Numa. Observando escrupulosamente las leyes y las formalidades, pidió justicia á los agresores. Los latinos le respondieron que la muerte de Tulo habia roto los tratados anteriores. El fecial romano, habiendo llegado al territorio latino, dijo en alta voz: oid, Júpiter, Juno, Quirino, dioses del cielo, de la tierra y del infierno: á todos pongo

por testigos que el pueblo latino nos ha ultrajado injustamente y que el pueblo romano y yo, con el consentimiento del senado, le declaramos la guerra.» Esta fórmula prueba que aun en tiempo de los reyes el gobierno de Roma era mas republicano que monárquico; Anco Marcio derrotó á los latinos y recobró la ciudad de Politorio que habian tomado; venció á los sabinos y fidenates, aumentó la poblacion de Roma con nuevos habitantes, encerró el monte Aventino en el recinto de la ciudad, echó los fundamentos de la ciudad de Ostia en la embocadura del Tiber, y construyó en ella un puerto que fue para los romanos una fuente de abundancia y comercio. Edificó una cárcel: hizo abrir salinas y distribuyó sal al pueblo: rodeó de murallas y torres la montaña del Janículo, situada al otro lado del Tiber, y colocó en ella una fuerte guarnicion.

En su tiempo un ciudadano de Corinto, llamado Lucumon, hijo de Demarato, que se habia enriquecido por el comercio, fue echado de su patria por una faccion, y se refugio á Tarquinios, ciudad de Etruria. Allí casó con una muger muy rica, de la cual tuvo dos hijos, Arunte y Lucumon. Muerto Arunte, Lucumon heredó solo todo el caudal de sus padres, y casó con Tanaquil

muger de un nacimiento distinguido y muy ambiciosa. No pudiendo sufrir en su patria la igualdad de las otras matronas, creyó que sus riquezas le darian mas esplendor en Roma, donde entonces no habia quien llegase á su opulencia. Su marido cedió á sus instancias y pasó á Roma con el nombre de Lucio Tarquino. La fortuna le favoreció: el pueblo que siempre gusta de fundar la historia en fábulas y esplicar los grandes sucesos con prodigios, contaba despues que cuando llegó al Janículo, un águila volando sobre su carro, le habia quitado el sombrero y se la habia vuelto á poner. La verdadera causa de la fortuna de Tarquino fueron sus riquezas y talentos y las luces que su padre habia adquirido en Grecia. Sus grandes cualidades le grangearon el favor del rey que lo empleó con utilidad en la guerra y en el gobierno. Anco Marcio murió despues de 24 años de reinado. Tenia formada tan buena opinion de Tarquino que le confió la tutela de sus hijos.

Tarquino el antiguo. (A. M. 3390. A. J. 614.) Anco Marcio juzgó sanamente de los talentos de Tarquino; pero se engañó acerca de su carácter. El afecto que le habia manifestado este hombre astuto, era solamente un velo para encubrir sus miras ambiciosas. No

queriendo dejar á los romanos tiempo para reflecsionar sobre los derechos de sus púpilos, los envió al campo con el pretesto de que se entretuviesen en la caza, reunió el pueblo estando ellos ausentes, y sus numerosos partidarios le ganaron la pluralidad de los votos. Un rey estrangero no era nuevo en Roma, donde Tacio y Numa habian ocupado el trono. El senado no le opuso dificultades, y fue nombrado, como su muger deseaba, rey de los romanos. Para hacerse popular y afirmar su autoridad, elevó cien plebeyos á la dignidad de senadores, con lo cual llegó el número de estos á 300. El de las vestales ascendió á seis. Los latinos, etruscos y sabinos, cuya envidia crecia con el poder de Roma, le hicieron la guerra; pero cometieron el yerro de atacarlo separadamente, y esta desunion fue causa de sus reveses. Tarquino, empleando sucesivamente la contemporizacion y la audacia, la astucia y la fuerza, los venció á unos despues de otros. En fin, todos los pueblos de Etruria se coligaron contra Roma, y una traicion les entregó la ciudad de Fidenas; pero Tarquino la recobró, castigó á los traidores, y puso en ella una colonia romana. Venció despues á los etruscos en una gran batalla y les dictó las condiciones de paz. Volvieron á la guerra y

fueron derrotados y sometidos de nuevo. Algunos historiadores dicen que despues de estas victorias se introdujo en Roma el uso de los doce lictores que iban delante del rey.

Tarquino se aprovechó de la paz para embellecer á Roma con grandes monumentos: construyó acueductos y cloacas; dió mas estension y solidez á las murallas de la ciudad; formó un circo con graderías, y hechó los cimientos del capitolio que consagró á Júpiter, Juno y Minerva. En este tiempo la astucia de un agorero aumentó la credulidad del pueblo. Tarquino queria añadir tres centurias á las de los caballeros: el agorero Accio Nevio, instaba en que se consultase antes á los dioses. El rey, para probar su ciencia, le dijo que consultase los auspicios con el fin de averiguar si podria lograrse otro proyecto que tenia en su mente. Nevio lo hizo, y cuando volvió le aseguró que el proyecto era ejecutable. "Pues bien, le dijo Tarquino, mi pensamiento era si podrias partir con una navaja esta piedra que tengo en las manos." Accio, sin perder su serenidad, tomó la navaja y partió la piedra. Erigiósele una estátua de bronce, y el crédito de los agoreros, fue tan grande, que despues nada se emprendia sin consultarlos.

Tarquino, en una campaña que hizo en

el reinado de Anco, habia tomado la ciudad de Corníoulo y traido de ella una esclava, cuyo hijo Servio Julio, nacido en Roma, logró la libertad y adquirió por su mérito grande reputacion. Se contaba de él que siendo niño, se vió una llama que rodeó su cuna y giró sobre su cabeza. La reina Tanáquil, tan crédula como ambiciosa, movida de este prodigio, aconsejó al rey que tomase aquel niño bajo su proteccion. El rey le cobró afecto, le trató como á hijo, le dió en matrimonio su hija, y le hizo comandante de un cuerpo del ejército. Su valor, su prudencia y sus hazañas, le adquirieron la confianza general, y el pueblo se acostumbró á mirarle como sucesor del trono, aunque el rey tenia hijos, bien que de corta edad. Los hijos de Anco Marcio, envidiosos de su favor, orgullosos por ser hijos de rey, é irritados de este nuevo obstáculo que se oponia á su elevacion, resolvieron la muerte de Tarquino. Sobornaron á dos hombres del campo, que trayendo el hacha á la espalda, fingieron reñir á las puertas de palacio. En aquellos tiempos en que las costumbres eran sencillas, los reyes juzgaban muchas veces las desavenencias de sus vasallos. Tarquino, oyendo el ruido de la pendencia, los manda entrar: ellos continúan en su presencia la al-

fueron derrotados y sometidos de nuevo. Algunos historiadores dicen que despues de estas victorias se introdujo en Roma el uso de los doce lictores que iban delante del rey.

Tarquino se aprovechó de la paz para embellecer á Roma con grandes monumentos: construyó acueductos y cloacas; dió mas estension y solidez á las murallas de la ciudad; formó un circo con graderías, y hechó los cimientos del capitolio que consagró á Júpiter, Juno y Minerva. En este tiempo la astucia de un agorero aumentó la credulidad del pueblo. Tarquino queria añadir tres centurias á las de los caballeros: el agorero Accio Nevio, instaba en que se consultase antes á los dioses. El rey, para probar su ciencia, le dijo que consultase los auspicios con el fin de averiguar si podria lograrse otro proyecto que tenia en su mente. Nevio lo hizo, y cuando volvió le aseguró que el proyecto era ejecutable. "Pues bien, le dijo Tarquino, mi pensamiento era si podrias partir con una navaja esta piedra que tengo en las manos." Accio, sin perder su serenidad, tomó la navaja y partió la piedra. Erigiósele una estátua de bronce, y el crédito de los agoreros, fue tan grande, que despues nada se emprendia sin consultarlos.

Tarquino, en una campaña que hizo en

el reinado de Anco, habia tomado la ciudad de Cornículo y traido de ella una esclava, cuyo hijo Servio Julio, nacido en Roma, logró la libertad y adquirió por su mérito grande reputacion. Se contaba de él que siendo niño, se vió una llama que rodeó su cuna y giró sobre su cabeza. La reina Tanáquil, tan crédula como ambiciosa, movida de este prodigio, aconsejó al rey que tomase aquel niño bajo su proteccion. El rey le cobró afecto, le trató como á hijo, le dió en matrimonio su hija, y le hizo comandante de un cuerpo del ejército. Su valor, su prudencia y sus hazañas, le adquirieron la confianza general, y el pueblo se acostumbró á mirarle como sucesor del trono, aunque el rey tenia hijos, bien que de corta edad. Los hijos de Anco Marcio, envidiosos de su favor, orgullosos por ser hijos de rey, é irritados de este nuevo obstáculo que se oponia á su elevacion, resolvieron la muerte de Tarquino. Sobornaron á dos hombres del campo, que trayendo el hacha á la espalda, fingieron reñir á las puertas de palacio. En aquellos tiempos en que las costumbres eran sencillas, los reyes juzgaban muchas veces las desavenencias de sus vasallos. Tarquino, oyendo el ruido de la pendencia, los manda entrar: ellos continúan en su presencia la al-

tercacion; y mientras fija la vista en uno de ellos que estaba hablando, el otro le abre la cabeza con su hacha y huyen los dos. El pueblo se alborota: Tanáquil desesperada, pero siempre atrevida, cierra las puertas de palacio, llama á Servio Tulio, y le demuestra que tiene que elegir ó la corona ó la muerte. Habiéndole determinado á subir al trono y á vengar al rey, se presenta en el balcon y dice al pueblo; que Tarquino, ligeramente herido, ha recobrado el sentido y continúa tratando los negocios públicos con Servio. Este se presenta en la sala de audiencia con los ornamentos propios del heredero del trono y los lictores, despacha algunos negocios en nombre del rey, dice que le consultará otros y se retira. Los hijos de Anco Marcio, engañados por este artificio, creen descubierta su conjuracion, se refugian en el pais de los Volscos y dejan á Servio libre de rivales y enemigos. Tarquino murió á los ochenta años de edad y treinta y ocho de reinado. Dejó dos hijos, Lucio y Arunte, y dos hijas ya casadas. Tulio despues de haber gobernado algunos dias en nombre del rey, declaró en público su muerte y reinó como tutor de los hijos de Tarquino.

Servio Tulio. (A. M. 3428. A. J. 576.) Los senadores, indignados de la infraccion ma-

nifiesta de las leyes, se negaban á reconocer su autoridad. Tulio usurpaba un trono; no pudiéndose volver atrás sin peligro, y conociendo que en su situacion la osadía es prudencia, convoca el pueblo, le recuerda sus pasados servicios y los bienes que habia dispensado á los pobres: espone el riesgo que el ódio del senado le prepara: ódio que no ha grangeado sino por hacer beneficios al pueblo. Pone á los hijos de Tarquino bajo la salvaguardia de sus conciudadanos, y declara que huirá de Roma para que su presencia no sea pretesto de discordias. El pueblo movido de sus quejas y lisongeado por su deferencia, le insta á que se quede, le ofrece la corona y lo elige rey por unanimidad. Subió al trono sin el consentimiento del senado, el cual no ratificó la eleccion del pueblo sino mucho tiempo despues. Tulio, temiendo que la ilegalidad de su poder no fijase la atencion de la muchedumbre, tan fácil de pasar del amor al ódio, procuró entretenerla en otros objetos. Primero hizo la guerra á los veyentes y á otros pueblos de la Etruria. La fortuna coronó sus empresas: triunfó tres veces; confiscó las tierras de los de Veyes, Cere y Tarquinos, y las distribuyó á los romanos. Los etruscos, cuya resistencia podia temer, juraron observar los tratados hechos con el rey anterior.

Establecimiento del censo. Despues de haber manifestado su gratitud á los ciudadanos que lo habian elegido, buscó los medios de grangear la amistad de los patricios; porque conocia que el favor del pueblo es inconstante y el ódio de la aristocracia durable. Con pretesto de contar el número de los ciudadanos y de impedir que los pobres contribuyesen tanto como los ricos, estableció el censo. Habia 80000 hombres en estado de llevar armas: los dividió en seis clases, y cada clase en centurias. La primer clase se compuso de 80 centurias, en las cuales entraron todos los patricios y ciudadanos bastante ricos para pagar 100000 ases de cobre, lo que representaba un capital de 20000 duros. La segunda clase tuvo 20 centurias, y su contribucion de 75000 ases; la tercera otras 20, y su cuota 50000 ases; la cuarta otras 20, con 35000 ases de contribucion; la quinta 30, y su contribucion 12500 ases, y la sesta formaba una sola centuria, en que entraron todos los pobres llamados *proletarios*, porque solo contribuian dando hijos al estado. Las armas de las clases eran diferentes: la primera usaba de todas; la segunda no tenia petos, y gastaba escudos mas pequeños; á la tercera no se le permitia la armadura del muslo; la cuarta tenia adargas, picas y espadas;

la quinta hondas, y la sesta no usaba de ninguna arma.

Esta organizacion, militar en la apariencia, encerraba un gran sistema político, porque se estableció al mismo tiempo que cuando se procediese á la eleccion de los magistrados, ó á la votacion de las leyes, de la paz y de la guerra, ó á los juicios en apelacion, se recogerían los votos por centurias. Asi, en 93 centurias, la plebe no tenia mas que un voto, porque las demas eran de los patricios y los ricos; de modo que los mas interesados en el órden público, tenian mas parte en la legislacion y contribuian mas al estado. Los pobres tenian menos derechos políticos, y pagaban menos. Antes de esta mudanza se votaba por cabeza; despues no se reunió el pueblo por curias, sino en algunos casos poco importantes. En el nacimiento ó muerte de cada hombre, se presentaba una moneda en el templo de Juno (1) Algunos escritos que se hallaron des-

---

(1) El censo afirmó la aristocracia del nacimiento con la de la riqueza; porque siendo los patricios los únicos que podian obtener empleos, eran tambien los únicos que podian adquirir grandes caudales. Asi que desde Servio Tulio el gobierno fue rigorosamente aristocrático, y se debió preveer la ruina del trono; porque el patriciado era hereditario y el trono no, al mismo tiempo que el pueblo, aliado natural del rey, quedó reducido á la nulidad. (N. del T.)

pues de la muerte de Servio, hicieron creer que este príncipe, cansado del mando, pensaba en abdicar y en establecer en Roma el gobierno republicano.

Terminado el censo, reunió todo el pueblo en el campo de Marte, y ofreció á los dioses un sacrificio solemne. Este monarca introdujo la costumbre de dar libertad á los esclavos y rescatarlos. A los que se oponian á esta innovacion, dijo: "la naturaleza ha criado libres á los hombres: la ley debe corregir el yerro de la fortuna que les ha quitado la libertad. Ademas, es interés de Roma aumentar el número de sus ciudadanos." Los esclavos públicos quedaban libres, incluyéndolos en el censo: los de los particulares por testamento ó declaracion. En este caso el amo daba al esclavo con una vara, último acto de su autoridad. Este modo de manumision se practicó le vez primera con un esclavo, llamado Vindex, á quien se dió la libertad por haber descubierto una conspiracion. Los libertos (asi se llamaban los esclavos libres) no ascendieron á las dignidades del estado hasta el tiempo de los emperadores.

Tulio tenia conocimientos superiores á los que hasta entonces se habian visto en Italia. Propuso á los pueblos latinos una confederacion

semejante á la de los anfictiones en Grecia. Esta idea fue adoptada, y el tratado se gravó en una columna de bronce. Está escrito en latin, pero con letras griegas; lo que prueba el orígen benéfico de los latinos. Servio tuvo dos hijas que casó con los dos hijos de Tarquino. Al formar estos lazos, Lucio Tarquino, orgulloso y cruel, se halló unido con una esposa de carácter suave; y Arunte Tarquino, su hermano, de génio blando y manso, con Julia, muger ambiciosa, violenta y capaz de todos los crímenes. La conformidad de carácter, enlazó bien pronto á Lucio y Julia en un amor adúltero é incestuoso, que les impelió á usar del veneno para librarse de sus consortes, y á unir despues secretamente sus manos parricidas. El rey era el único obstáculo á sus miras ambiciosas. Julia no cesaba de instar á su marido que se acordase que era hijo de Tarquino: que no se debian haber cometido tantos crímenes en valde, y que no le quedaba mas opcion que apoderarse del trono, ó huir de Roma. Tarquino, inflamado por las contínuas sugestiones de aquella muger detestable, se entrega á sus consejos, participa de sus furores, atrae á su partido una porcion del senado, seduce la juventud, corrompe el pueblo y calumnia al rey; y cuando se cree

bastante poderoso, vá á la plaza rodeado de satélites, convoca á los senadores, sube al trono, recuerda á la curia que Servio era usurpador del trono y que en desprecio de las leyes y costumbres de Roma, apenas salido de la esclavitud, habia empuñado el cetro sin interregno ni consentimiento del senado. Lo acusa de haber impuesto á los ricos contribuciones muy gravosas por dejar al pueblo esento de ellas; ehsorta á los senadores á sacudir un yugo tan vergonzoso y á derribar del trono á un hombre nacido en la esclavitud. En el momento que pronunciaba estas palabras, Servio entra en la curia y le pregunta con qué derecho ocupaba su trono. "Ocupo, le respondió, el asiento de mi padre, heredero de su reino, mejor que un esclavo: demasiado tiempo te has burlado de tus amos " Tulio y una parte del senado responden con furor á esta insolencia: los partidarios de Tarquino le defienden: el pueblo acude: Tarquino se arroja sobre el anciano rey, lo coge en sus brazos, lo saca fuera de la curia, y le precipita por las gradas á la plaza pública. Servio medio muerto iba hácia su palacio seguido de un pequeño número de personas que tuvieron valor para conservarse fieles en la desgracia; pero le alcanzaron los satélites de Tarquino en el cuartel

ciprio, y lo asesinaron de órden de su misma hija. Tulia atraviesa en su carro la plaza pública; entra en el senado, y fue la primera en saludar rey á su marido. Tarquino, admirado de su osadía, la manda retirarse. Al volver á su palacio sus caballos se asombran, el cochero se detiene, y horrorizado le muestra el cadáver sangriento de su padre. Aquella furia le manda que camine, y hace pasar las ruedas por cima del cuerpo: accion atroz, por la cual dió el pueblo á la calle el nombre de *Scelerata* ó malvada. Servio Tulio habia reinado 44 años, estimado por su valor, talento y prudencia; pero ingrato á su bienhechor, habia quitado el trono á sus hijos. Tulia, mas criminal aun, castigó su ingratitud. Tarquino le negó los honores de la sepultura; pero su viuda Tarquinia, acompañada de algunos amigos fieles, sin temer la ira del tirano, condujo de noche su cadáver al sepulcro que le estaba destinado, y murió de dolor algunos dias despues.

Tarquino el Soberbio. (A. M. 3472. A. J. 532.) Tarquino, elevado al trono por un parricidio, y rey sin preceder eleccion, habia violado las leyes divinas y humanas, y no podia respetar ninguna porque todas le hubieran condenado. Rompió los límites de la autoridad

real, mudó los reglamentos de sus predecesores, ejerció un poder despótico, y formó una guardia de estrangeros y de hombres adictos que le rodeaba á todas horas. Se mostraba poco en público, solo trataba con sus validos, y nunca consultaba al senado. Su trato era ceñudo, sus palabras amenazadoras. Hizo matar á los mas ilustres ciudadanos, cuyo crédito ó virtud le eran temibles, y confiscó sus bienes. Su pariente el patricio Junio, que descendia de un compañero de Eneas, era universalmente respetado. Tarquino le quitó la vida y tambien á uno de sus hijos: el otro se salvó fingiéndose imbécil, por lo cual se le dió el nombre de *Bruto*, que libertó de la espada del tirano al futuro esterminador de la tiranía. En el reinado de Tarquino la riqueza fue un delito, la virtud un crímen, y la delacion un título para las recompensas. Su crueldad despobló el senado; mas no reemplazó sus víctimas, porque su objeto era abolirlo. Declaraba la guerra y firmaba la paz sin consultar al pueblo, cuyas asambleas prohibió: sus espías circulaban por las plazas públicas y los templos, y penetraban hasta en el interior de las casas.

Tarquino, resuelto á hacer la guerra á los sabinos, formó alianza con algunos pueblos del Lacio, y convocó sus diputados á la montaña

de Alba, en la cual, segun el tratado, debian concurrir los 47 pueblos aliados á celebrar sacrificios y fiestas, que se llamaban *las ferias latinas*. Este uso se conservó en tiempo de la república. Habiéndose reunido puntualmente los diputados desde por la mañana del dia señalado, el rey los hizo esperar hasta la tarde. Esta descortesía los ofendió, y Turno Herdon, diputado por Aricia, se quejó agriamente. El rey llegó en fin, y disculpó su tardanza diciendo que habia tenido que juzgar un pleito entre un padre y su hijo. «Ese pleito, respondió »Turno, es facil de sentenciar: cuando un hijo »ofende á su padre se le castiga rigorosamente." Dichas estas palabras, cuya aplicacion hicieron todos, se retiró, y la asamblea se prorogó para el dia siguiente: Tarquino indignado corrompió á los sirvientes de Turno, y durante la noche pusieron armas escondidas en su casa. El rey le acusó en la asamblea de haber intentado conspirar contra él, é incitó á los diputados á que examinasen la verdad por sí mismos. Fueron á su casa, hallan las armas y le creen delincuente; le entierran vivo, y construyen un templo en el lugar de su suplicio para perpetuar la memoria del hecho. Aunque Tarquino mereciese el ódio y el desprecio universal, no se puede negar que poseia las prendas de

un buen general. Venció á los volscos y á los sabinos; y habiendo encerrado, por sus atrevidos movimientos, el ejército enemigo en la ciudad de Suesa Pomecia, la tomó por asalto y degolló á todos los que encontró con armas. Sesto Tarquino, tan artificioso como su padre, se retiró á Gabios fingiendo estar enemistado con él, y ganó de tal modo el afecto de los gabinos que le confiaron el gobierno de su república. Sesto envió un emisario al rey preguntándole cómo debia portarse en lo sucesivo. Tarquino, que estaba á la sazon en su jardin, en lugar de dar respuesta continuó paseándose delante del emisario, divirtiéndose en derribar con una vara las cabezas de las adormideras mas altas. El enviado de Sesto cuando volvió á Gabios le dijo lo que habia visto. El príncipe comprendió la intencion de su padre, dió muerte á los principales de la ciudad, se proclamó rey, gobernó despues con mas humanidad, y puso á los gabinos bajo la proteccion de Roma. El tratado que hizo entonces esistia aun, mucho tiempo despues, en el templo de Júpiter Sango. Estaba escrito en la piel de un buey, asentada sobre un escudo de madera.

Si Tarquino oprimió á Roma con sus crueldades, la embelleció con su magnificencia. Concluyó la obra de las cloacas, rodeó el an-

fiteatro de pórticos, y adelantó la construccion del Capitolio. Pero el pueblo pagó estos edificios trabajando en ellos y contribuyendo con enormes impuestos. Como el capitolio estaba consagrado esclusivamente á Júpiter, se trasladaron á otros templos las estátuas de los demas dioses; mas los agoreros declararon que el dios Termino y la diosa Juventud no habian podido moverse de sus puestos, persuadiendo con este artificio á los romanos que la propiedad seria siempre sagrada, que Roma defenderia sus límites contra el enemigo, y gozaria de juventud vigorosa y eterna. Cavando la tierra de aquella montaña muy profundamente, se encontró una cabeza de hombre teñida de sangre. Los agoreros declararon aquella señal anuncio de que Roma seria la capital de la Italia, y por eso se dió el nombre de Capitolio al monte llamado antes Saturnio y Tarpeyo. Dionisio de Halicarnaso cuenta que una muger desconocida y estrangera trajo al rey nueve libros de los oráculos de las sibilas, y le pidió por ellos una cantidad grande de dinero que Tarquino no quiso pagar. La muger quemó tres libros, y pidió la misma cantidad por los restantes: se la trató de loca: quemó otros tres y pidió el mismo dinero por los últimos, diciendo que los quemaria tambien si no se le pagaban. Tar-

quino consultó á los agoreros, y por su consejo los compró, encargando su custodia á dos magistrados. Fueron depositados en el Capitolio, y se quemaron en el incendio que consumió este edificio durante la guerra civil de Mario y Sila. Los romanos hicieron grandes indagaciones en todo el imperio para formar otra coleccion. Las sibilas eran unas mugeres que se creian inspiradas: las mas célebres eran las de Delfos, de Eritrea y Cumas. La política romana se valió contínuamente de la supersticion; pero como el error es siempre peligroso, aun cuando accidentalmente sea útil, los mismos gefes del estado participaron de la credulidad general, y se afligian por los acontecimientos mas triviales. Una serpiente, que salió un dia de una columna de bronce, espantó de tal manera á Tarquino que envió dos de sus hijos á consultar el oráculo de Delfos. Los príncipes pidieron que su primo Bruto los acompañase para distraerse con sus locuras del fastidio del viage. Cuando llegaron á Grecia ofrecieron á Apolo presentes magníficos, y se rieron mucho de Bruto, que dió un baston por ofrenda. Pero ignoraban que estaba hueco, y que encerraba una varita de oro, símbolo de los proyectos que meditaba el futuro libertador de Roma. Los príncipes preguntaron cuál de ellos

mandaria en Roma. «El que bese primero á »su madre" respondió el oráculo. Ocultaron cuidadosamente esta respuesta para que no llegase á los oidos de su hermano Sesto, que estaba en Roma. Bruto entendió el oráculo de otro modo: se echó en el suelo y besó la tierra, madre comun de todos los hombres. Los príncipes volvieron á Italia, y hallaron á su padre empleado en hacer la guerra á los rutulos, cuya capital Ardea, distante siete leguas de Roma, cercaba entonces el ejército romano.

Violacion de Lucrecia, y establecimiento de la república. La resistencia del enemigo prolongó el sitio. En el intervalo de los combates los príncipes se entretenian en banquetes. Un dia cenaban en la tienda de Sesto Tarquino los oficiales mas distinguidos del ejército: recayó la conversacion en sus mugeres, y cada uno, animado por el vino, celebraba las virtudes y la belleza de la suya á costa de las agenas. Colatino, pariente de Tarquino y marido de Lucrecia, dijo que era inútil disputar, pues en pocas horas podian ver por sus mismos ojos cuánto se aventajaba Lucrecia á las demas. «Somos jóvenes y vigorosos: montemos á ca»ballo y hagámosles una visita repentina, en »la cual no siendo esperados, podremos cono»cer lo que vale cada una." Se adopta esta re-

solucion: llegan á Roma y encuentran á las princesas en fiestas y diversiones. Pasan despues á Colacia y hallan á Lucrecia, sola con sus criadas, ocupada en la labor. Diósele de comun acuerdo la supremacía, y ella gozó de su triunfo con una modestia que la hacia mas merecedora de él.

Pero su hermosura y su virtud encendieron en el alma de Sesto Tarquino una pasion tan violenta como criminal. Incapaz de vencerse y arrastrado por su amor, dejó el campamento pocos dias despues, vuela á Colacia, es hospedado como pariente en casa de Lucrecia: la asalta en su lecho cuando la familia estaba durmiendo, y despues de haber empleado en vano todos los medios de seduccion, dice que la dará de puñaladas, matará un esclavo y lo pondrá en su cama, para quitarle á un mismo tiempo la vida y la reputacion. Lucrecia despreciaba la muerte; mas no pudo soportar la idea del deshonor, y sacrificó su virtud á su reputacion. Tarquino huyó, y ella desesperada escribió á su padre y marido que vinieran á verla, acompañados cada uno de un amigo. Llegaron con Valerio y Bruto; Colatino viendo llorar á su muger, la preguntó ¿si estaba mala? «Sí, respondió Lucrecia, porque »¿qué salud puede tener una muger perdida la

»honestidad? En tu lecho, ó Colatino, hay »huellas de hombre ageno. Mas si mi cuerpo »fue violado, mi alma está pura, como lo tes»tificará mi muerte. Sesto Tarquino es el que »con semblante de huésped se presentó enemi»go en la noche pasada, y se llevó de aquí un »placer funesto para mí, y si vosotros sois »hombres, tambien para él." Su padre y su esposo, Bruto y Valerio, juraron vengarla, y trataron de consolarla diciéndole que no hay delito sin voluntad. «En cuanto á Tarquino, »replicó ella, vosotros vereis el castigo que me»rece; mas yo, aunque libre de culpa, no me »esceptúo de la pena: ninguna muger desho»nesta se atreverá á vivir tomando por ejem»plar á Lucrecia." Dichas estas palabras se atraviesa el pecho con un cuchillo que tenia oculto. Su padre y esposo lanzan un grito de dolor.

Bruto, sin detenerse en lágrimas inútiles, sacando del seno de Lucrecia el cuchillo, que goteaba sangre, dijo: «Por esta sangre, tan pura antes del ultraje de Tarquino, y por to»dos los dioses juro perseguir á Lucio Tarqui»no el Soberbio, á su impía muger y á todos »sus hijos con el hierro, con la llama, con »cuantos medios me sean concedidos, y no »permitir que ni él ni otro alguno reine en

»Roma." Colatino, Lucrecio y Valerio, sorprendidos de ver repentinamente tanto génio, valor y elevacion en el que creian insensato, repitieron con transporte el mismo juramento, que fue bien pronto la señal de una sublevacion general. El cuerpo de Lucrecia sangriento fue llevado á la plaza de Colacia, y abrasó todos los corazones en el deseo de venganza. La juventud toma las armas, Bruto la manda, y se dirige con ella á Roma, dejando guardias en las puertas de Colacia para que no pudiesen enviarle á Tarquino noticia del suceso.

El pueblo romano se alarma á la vista de aquella tropa; pero al ver los gefes que la guian, recobra la seguridad. Bruto, aprovechándose de la autoridad que tenia como capitan de céleres, reune los ciudadanos, sube á la tribuna, cuenta la funesta escena de Colacia, la perfidia de Sesto, y la muerte de Lucrecia. Despierta en todos los corazones el recuerdo de los crímenes de Tarquino, sus confiscaciones y homicidios, el asesinato de Servio, la barbarie atroz de Tulia: pinta con calor estas maldades, consagra sus autores á la esecracion pública y á la venganza de las furias. Este discurso, frecuentemente interrumpido por las aclamaciones del pueblo, disipa el terror, anima el brio: el génio de Bru-

to habia revelado el secreto de todas las almas. Aquella numerosa asamblea repite unánimemente el juramento de Bruto, y destierra para siempre de Roma á Tarquino, su muger y familia. Bruto sin perder tiempo, dejando el gobierno de Roma á Lucrecio, que á la sazon era prefecto, se pone al frente de la juventud y marcha á Ardea para sublevar el ejército. La feroz Tulia huye de la ciudad, cargada de las imprecaciones del pueblo. Entretanto Tarquino, habiendo recibido en su campo noticia de la revolucion, habia marchado á Roma repentinamente. Bruto que lo supo tomó otro camino para no encontrarse con él, y llegó á Ardea casi al mismo tiempo que Tarquino á la ciudad. El rey halló cerradas las puertas, y los magistrados se le presentaron para intimarle el decreto de destierro. Bruto fue recibido con aplausos en el ejército, y echó del campo á los hijos del tirano. Tarquino tuvo que buscar un asilo en Etruria, adonde se retiró con dos de sus hijos Sesto se fue á Gabios. El ejército romano hizo paces con los de Ardea y volvió á Roma á consolidar la república.

CAPÍTULO II.

Guerra contra Tarquino y sus aliados.

Bruto y Colatino, primeros cónsules. Conjuracion y suplicio de los hijos de Bruto Guerra con los etruscos. Guerra de Porsena y sitio de Roma. Mucio Escevola. Clelia. Guerra con los sabinos. Orígen de las discordias entre la plebe y el senado. Creacion de la dictadura. Batalla del lago Regilo.

Bruto *y Colatino primeros cónsules.* (A. M. 3496. A. J. 508.) Arrojados los tarquinos faltaba destruir la tiranía. Los romanos, inciertos acerca de la forma de gobierno que debian adoptar, pagaron un noble homenage á las virtudes de un gran rey, consultando los comentarios de Servio Tulio; y de comun acuerdo resolvieron ejecutar los planes que aquel príncipe habia consignado en ellos. En lugar del rey se nombraron dos cónsules anuales de la clase patricia. Sobrevigilaban los tribunales,

convocaban el senado y las asambleas del pueblo, mandaban los ejércitos, nombraban los oficiales, y trataban con las potencias estrangeras. Su nombre de cónsules les recordaba que solo eran consejeros de la república. El senado quiso que la eleccion se hiciese por centurias, mas favorables á los ricos, y fueron nombrados cónsules Junio Bruto, y Lucio Tarquinio Colatino, que fue preferido á Valerio, porque se le creia mas interesado en la venganza. Valerio irritado no volvió á presentarse en ninguna junta; pero cuando se señaló dia para jurar la abolicion del regimen monárquico, asistió á los comicios y juró defender la república. Los cónsules se instalaron en el mes de junio del año 244 de la fundacion de Roma. La costumbre de empezar el consulado en el mes de enero, no se estableció hasta tres siglos despues. El senado y el pueblo concedieron á los cónsules, en honor de su dignidad, la púrpura, la silla curul de marfil, doce lictores para cada uno de ellos y las demas insignias de la dignidad real esceptuadas la corona y el cetro; y para disminuir el terror que inspirarian al pueblo dos magistrados con autoridad para castigar, se decidió que los cónsules mandasen alternativamente por dias, y que solo el que estuviese

de mando, pudiese llevar sus lictores con segures.

Los cónsules hicieron que se eligiesen 160 ciudadanos, distinguidos por su mérito y riqueza, para hacerlos patricios y despues senadores, con los cuales completaron el primer órden de la república. Es singular que siendo á la sazon tan odioso el nombre de rey al pueblo romano, se conservase este título á un sacrificador, encargado principalmente del servicio de los cónsules. Quizá, aplicándolo á un ministerio subalterno, quisieron hacerle perder la veneracion que antes infundia. Temiendo que este sacerdocio ejerciese alguna influencia en el ánimo de la muchedumbre, le era prohibido hablar en los comicios. El primer rey *sacrificulo* fue Papirio, autor de una coleccion de las leyes promulgadas por los monarcas de Roma, á la cual se dió el nombre de derecho papiriano. La nueva forma del gobierno romano daba bien á entender que la guerra seria el estado permanente de aquella república. El senado y el pueblo, rivales y celosos uno de otro, no siendo enfrenados en su lucha por ningun poder superior, solo la guerra podia contener sus discordias y era interés del senado dar ocupacion lejos de la ciudad á una juventud ardiente, inquieta y

tumultuosa. Los cónsules, elegidos del órden senatorial, tenian aun mas interés que este órden en hacer la guerra; porque su autoridad era mas estensa en los campamentos que en la ciudad. Debian emprender las lides con ardor y pelear con impetuosidad, porque siendo su poder de corta duracion se daban prisa para lograr en una sola campaña grandes victorias y los honores del triunfo. Una sola guerra feliz bastaba antes para hacer glorioso un reinado: despues de la república, la gloria de los cónsules esigia una victoria cada año. Por otra parte el pueblo no gustaba de aplicarse al comercio, y no tenia mas medios para enriquecerse que el botin y el repartimiento de las tierras conquistadas. Asi que todo concurria á hacer á Roma belicosa, y como observa muy sábiamente Bossuet, esta ciudad, siempre en guerra, debia ó perecer ó ser la señora del universo.

Conjuracion y suplicio de los hijos de Bruto. Tarquino buscaba un asilo en todas partes, no lo halló sino en Etruria. Los de este pais enviaron embajadores á Roma á pedir que se permitiese á Tarquino venir á dar cuenta de su gobierno ante el senado y el pueblo, los cuales le juzgarian despues de oido. Desechada unánimente esta proposicion los

embajadores se limitaron á solicitar la restitucion de los bienes de Tarquino para que pudiera vivir con decencia. Esta demanda fue objeto de una discusion acalorada. Bruto decia que volverle sus riquezas era darle armas; y Colatino, que la venganza debia recaer en su persona y no en sus bienes: que la dignidad de Roma esigia que no se creyese que habia sacudido el yugo de Tarquino, solo con el fin de apoderarse de sus riquezas; y en fin, que negar una demanda justa, era dar pretesto á los etruscos para hacer la guerra y empeñar en ella á otros pueblos. Cada uno defendió con ardor su dictámen, el senado se dividió y no pudo tomar ninguna decision. Convocáronse las curias: los cónsules presentaron sus razones al pueblo, y este decidió á la mayoría de un solo voto que se devolviesen á Tarquino todos sus bienes. Este buen suceso reanimó las esperanzas de los embajadores: dieron noticia de él á Tarquino, y prolongaron su mansion en Roma, con el pretesto de velar por la ejecucion del decreto, pero en la realidad con el designio de formar una conspiracion á favor de los tarquinos.

Lograron pervertir con sus intrigas á algunos jóvenes patricios que echaban menos los honores y los placeres de la corte, y no po-

dian sufrir el austero dominio de las leyes y la abolicion de los privilegios concedidos por el favor. Ganaron tambien muchos partidarios en el pueblo, diciendo que el gobierno de los reyes, algunas veces severo, era casi siempre suave; pero que la ley, sorda é inflecsible, los sometia con el nombre de libertad á la mas dura servidumbre. Entraron en la conjuracion dos hijos de Bruto, dos vitelios, sobrinos de Colatino: eran gefes de ella dos aquilios, parientes tambien de este cónsul. Los conspiradores, fiándose en su número y fuerzas, tuvieron la imprudencia de escribir cartas á Tarquino y firmarlas. Ellas contenian todos los pormenores de la conjuracion. El dia antes de la partida de los embajadores, los aquilios dieron un gran banquete á sus cómplices. Un esclavo, llamado Vinicio, á quien se le hacian sospechosas estas reuniones nocturnas, se oculta en un gabinete cercano á la sala del convite: asiste invisible á sus deliberaciones, á la lectura de las cartas, las vé firmar, sale al momento, despierta á Bruto, y le da parte del peligro que amenaza á la república. El cónsul, sin perder tiempo hace que sus lictores prendan á los conjurados, y se apodera de las cartas que probaban el delito. Por respeto al derecho de gentes, se dejó salir libres á los

embajadores. Al dia siguiente, Bruto convoca el pueblo á su tribunal, y hace venir los reos: se oye la declaracion de Vindicio: se leen las cartas: los acusados no responden á las preguntas sino con sollozos: el pueblo, al ver un padre que juzgaba á sus mismos hijos y que sacrificaba la naturaleza á la patria, no se atrevia á mirarle y guardaba un profundo silencio, interrumpido solamente por la palabra *destierro*, que la lástima hacia murmurar mas bien que pronunciar. El inflecsible Bruto no oyó mas voz que la del interés público, dictó la sentencia de muerte y la hizo ejecutar en su presencia. El rigor del juez y la atrocidad del suplicio llenó las almas de admiracion, tristeza y horror. Por mas nobles que fuesen las otras víctimas, los ojos de todos estaban fijos en los hijos de Bruto y en su infeliz padre. Su ademan sereno manifestaba la firmeza de su alma, y las lágrimas descubrian á su pesar su dolor. Colatino, mas humano ó mas débil, hizo vanos esfuerzos para conservar la vida á sus sobrinos: no pudo salvarlos y perdió la confianza del pueblo. El senado revocó el decreto por el cual se restituian á Tarquino sus bienes, declaró que no queria contaminar con ellos el tesoro público, y los entregó al pillage de la plebe. Los palacios y casas de los príncipes

fueron arrasados: el campo que poseian fuera de la ciudad, se consagró á Marte. En él se celebraron despues los comicios por centurias, los juegos y ejercicios de la juventud. A Vindicio se concedió la libertad, la ciudadanía y grandes recompensas: se dió amnistía á los romanos que habian seguido en su destierro á los Tarquinos, señalándoles un término fijo para su vuelta. El ódio contra el rey se aumentó con aquella tentativa inútil para su restablecimiento. Colatino escitó la desconfianza general y se murmuraba contra él violentamente. Bruto, sabedor de esta disposicion de los ánimos convoca el pueblo, recuerda los juramentos y decretos anteriores, y declara que Roma vé en su seno con indignacion á algunos ciudadanos, cuyo nombre solo es una amenaza para la república. Volviéndose á Colatino, le dijo: «Tú, Lucio Tarquino, libértanos voluntariamente de este temor. Confieso que vemos todavía en tí á un fundador de la república; pero completa este beneficio, apartando del gobierno un nombre infausto. No solo poseerás tus bienes; mas se te aumentarán con munificencia á propuesta mia. Retírate amigo de nosotros: libra á la ciudad de un miedo, quizá vano; pero Roma está persuadida á que con los Tarquinos se desterrará la tiranía.» El esposo de Lucrecia, sor-

prendido de este ataque imprevisto, quiso defenderse y disipar aquellos temores injustos; pero los principales senadores unieron sus súplicas á las de Bruto; y cuando vió á su mismo suegro Espurio Lucrecio, anciano venerable, añadir sus instancias á las de los otros, se resolvió al sacrificio que le ecsigian, abdicó el consulado, y se retiró á Lavinio. El pueblo le dió veinte talentos, y Bruto, de su propio caudal cinco. Asi el amor de la libertad, la mas celosa de las pasiones políticas, no permitió á un esposo ofendido, gozar de una revolucion emprendida para vengarle.

Guerra con los etruscos. Tarquino, viendo burladas sus intrigas y descubierta su conjuracion, apeló á las armas. Logró que los de Veyes y tarquinios, pueblos poderosos de Etruria, y animados contra los romanos por sus pasadas derrotas, se decidiesen en su favor. Los ejércitos se encontraron: Arunte, hijo de Tarquino, y el cónsul Bruto, pelearon uno con otro al frente de dos cuerpos de caballería. Arunte esclamó, viendo á Bruto: «aquel es el que nos desterró de la patria y se presenta orgulloso con las insignias que son nuestras: dioses vengadores de los reyes, favorecedme.» Se acometen con furia mas cuidadosos de dar la muerte que de evitarla; y cubiertos de heridas,

cayeron muertos entrambos á un mismo tiempo. Los dos ejércitos pelearon muchas horas con la misma osadía y obstinacion qne sus gefes. La pérdida fue casi la misma por ambas partes; pero el campo de batalla quedó por los romanos. Valerio, á quien despues se dió el nombre de Publícola que habia sucedido en el consulado á Colatino, tomó el mando del ejército y entró triunfante en Roma en un carro tirado por cuatro caballos. Desde esta época triunfaron constantemente los generales victoriosos, en premio de sus hazañas.

Valerio no tardó en esperimentar cuan suspicaz es el pueblo en una república. Porque tardó en convocar los comicios para nombrar un colega, y porque edificó una casa hermosa en un parage elevado, se murmuró que aspiraba á la tiranía. Apenas lo supo, reune el pueblo, enumera sus servicios y se queja modestamente de sospechas tan injustas. ¡Feliz Bruto, esclamó, á quien concedió la fortuna libertada la patria con sumo honor, morir peleando por ella sin perder nada de su gloria por los tiros de la envidia! Yo, sobreviviendo á la mia, quedo para las acusaciones y el ódio; y desde libertador de la patria desciendo al nivel de los Aquilios y Vitelios. ¿No habrá, pues, ninguna virtud que no violeis con vues-

tras sospechas? Yo, declarado enemigo de la tiranía, ¿podria temer que se me acusase de desearla? ¿podria creer, aunque habitase en el mismo Capitolio, que me temiesen mis conciudadanos? ¿De cosa tan frívola pende la opinion que teneis de mí? ¿Tan débil es vuestra confianza que importe mas saber donde habito, que quien soy? Romanos, no será contraria á vuestra libertad la casa de Publio Valerio. La colina de Velia quedará segura: bajaré á vivir, no á la falda, sino al pie de esa altura, para que vuestras casas estén encima de la de un ciudadano sospechoso. Vayan á habitar á Velia aquellos á quienes se confia la república mejor que á Publio Valerio.» Retírase y por la noche reunió muchos obreros y demolió su casa. El pueblo que censura hoy lo que ensalzaba ayer, y que querria resucitar mañana á quien hoy da la muerte, reconoció su injusticia y retractó sus quejas. Valerio, mas ambicioso de gloria que de autoridad, antes de proceder á la eleccion de un colega, promulgó muchos reglamentos favorables al pueblo. Mandó que sus lictores bajasen los haces ante la asamblea de los comicios, y que llevasen segures en el campo y no en la ciudad. Todo ciudadano condenado á multa, azotes ó muerte, podia apelar al pueblo. Ningun

magistrado podia instalarse en su destino, sin que precediese la confirmacion popular. Dió al pueblo el derecho de nombrar los *cuestores* ó tesoreros del erario público, que eran antes de nombramiento real. En fin, promulgó una ley, por la cual se permitia á todo ciudadano matar al que aspiraba á ser rey, y quedaba absuelto del homicidio con tal que probase la certeza de la conspiracion. Por todas estas concesiones hechas al pueblo, se le dió el nombre de Publícola Estos reglamentos demasiado populares, disminuyeron la autoridad del senado, aumentaron las pretensiones de la plebe, y fueron el origen de una lucha ostinada entre los dos ordenes de la república. Procedióse despues á la eleccion de un cónsul, y con este motivo se celebró el censo. Habia entonces en Roma 130000 ciudadanos. Fue nombrado cónsul Espurio Lucrecio, padre de Lucrecia, que murió pocos dias despues y le sucedió Marco Horacio: á este tocó dedicar el Capitolio, cuya obra se acabó en su año. En esta época concluyeron los romanos un tratado con los cartagineses por el cual se obligaban ellos y sus aliados á no navegar mas allá del promontorio de Mercurio. Los romanos adquirian la facultad de comerciar en Africa y Cerdeña, sin mas derechos que los de prego-

nero y notario, y con dos testigos hacian legítimas sus ventas. En Sicilia se les concedia proteccion. Los cartagineses se obligaban á no hacer armas contra Roma ó sus aliados, á no edificar ninguna fortaleza en el Lacio y á no pernoctar en esta provincia si entraban armados en ella. Este primer tratado prueba la inquietud que la superioridad de Cartago causaba ya á los romanos.

Guerra de Porsena y sitio de Roma. Tarquino se retiró á la corte de Porsena, rey de Clusio y el mayor potentado de Italia, y consiguió persuadirle que su causa era la de los reyes, y que si quedaba impune la rebelion de los romanos, los demas pueblos se animarian con este ejemplo para aniquilar los tronos. Porsena conmovido por sus discursos, lastimado de sus desgracias y envidioso de los progresos de la república, declaró la guerra á Roma. El senado temió el poderío de aquel rey y la movilidad del pueblo, que naturalmente prefiere la paz á la libertad. Los cónsules para ganar el afecto del pueblo, hicieron grandes acopios de trigo y lo distribuyeron á precio muy bajo: se puso en administracion la sal que antes estaba en arriendo, se abolieron los derechos de entrada y se libertó á la plebe de todo impuesto. Estas medidas produ-

geron su efecto y aumentaron el amor á la república y el ódio á la monarquía. Porsena sin perder tiempo marchó á Roma rapidamente, y tomó el Janículo por asalto. Los romanos disputaron con valor el paso del Tiber, y la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo con igual pérdida de ambas partes: pero habiendo sido heridos los cónsules y puestos fuera de combate, el ejército romano privado de sus gefes huyó, pasó el puente y entró desordenado en la ciudad. Porsena lo hubiera seguido, á no impedírselo la intrepidez de un solo romano. Horacio, llamado por sobrenombre Cócles, á causa de haber perdido un ojo en la guerra, probó en esta circunstancia crítica que descendia del vencedor de los curiacios. Despues de haber hecho vanos esfuerzos para reunir á los fugitivos, resolvió oponerse al paso de los enemigos mientras los romanos cortaban el puente. Dos soldados se le reunieron: colocado con ellos á la entrada se mantuvo imperturbable en aquel sitio, provocando con injurias á la multitud que le amenazaba. Cuando vió el puente casi roto y que solo quedaba una tabla, despidió á sus compañeros y se espuso á una muerte casi inevitable, peleando solo contra todo un ejército. Cubierto de su ancho escudo, que bien pron-

to quedó herizado de flechas, mataba con su espada á todos los que se atrevian á acercársele, y formaba con sus cadáveres una muralla contra los que le acometian de nuevo. En fin, roto el puente, cuando ya se arrojaba sobre él una nube de soldados se precipitó armado al Tiber y lo atravesó nadando. En la ciudad se le recibió en triunfo: y para premiar una accion, que segun Tito Livio, era mas admirable que creible, se le erigió una estátua de bronce y se le dió tanto campo como puede una yunta comprender en un dia moviéndose circularmente.

Porsena, orgulloso por su victoria, esperaba apoderarse en breve de la ciudad: pero todos los romanos, sin distincion de edad acudieron á las armas y le opusieron un obstáculo mas fuerte que las mismas murallas. Tomaron despues la ofensiva y atacaron á los sitiadores. En una de las salidas, los cónsules, habiendo dispuesto una emboscada, hicieron caer en el lazo á Porsena, que perdió en aquella accion mas de cinco mil hombres. Renunciando á tomar la ciudad por fuerza convirtió el sitio en bloqueo para estrecharla por hambre y taló la campaña.

Mucio Escévola. Roma sufrió todos los males de una espantosa carestía, Cayo Mucio,

jóven romano, desesperado por el infortunio de su patria, concibió para librarla un proyecto tan criminal como atrevido. Pide licencia para ir al campo enemigo á lograr una empresa que no queria descubrir hasta consumarla. Sale de Roma con armas ocultas, engaña fácilmente las guardias, por estar acostumbrado á hablar la lengua etrusca y penetra hasta la tienda del rey que estaba con su secretario arreglando las cuentas del ejército. Como los oficiales que entraban se dirijian al secretario, Mucio creyô que era Porsena, se arroja sobre él y le mata á puñaladas. Préndenle y llévanle al tribunal del rey. El aparato de los suplicios mas horribles no abate su altivez, y con un ademán mas espantoso que atemorizado, dice: soy romano: mi nombre es Cayo Mucio, enemigo de Porsena, emprendí matarlo; ni tendré menos valor para morir que tuve para dar la muerte; porque es propio de los romanos emprender y sufrir cosas grandes. Ni solo yo soy contra tí: hay muchos que sucediéndose unos á otros, emprenderán igual hazaña. Prepárate, si quieres, á esta lid, en la que tu cabeza peligra á todas horas, y tendrás en el vestíbulo de tu palacio la espada y el enemigo. Esta es la guerra que te declara la juventud de Roma. No temas batalla ni ejércitos: á tí solo

acometerán; pero uno solo de cada vez. "Porsena irritado de sus amenazas, mandó atormentarle con fuego para que descubriese todo el proyecto y el número de sus cómplices." Mucio no intimidado, le dijo metiendo su brazo en la hoguera: "Mira como desprecian su cuerpo los que aspiran á una grande hazaña." El rey, asombrado y como fuera de sí al ver una accion tan intrépida, baja del trono, manda alejar el fuego y le dice: "Retírate: mas enemigo eres tuyo que mio: te elogiaria si tu valor se emplease por mí. Ahora te dejo ir libre, intacto y esento del derecho de la guerra." Mucio que habia sido inaccesible al dolor, cede á la gratitud y declara al rey que trescientos jóvenes romanos han jurado darle la muerte: que á él le tocó por suerte haber sido el primero y que los demas le seguirian infaliblemente. La heroica firmeza de Mucio fue consagrada por el sobrenombre de *Escévola.* Su valor es tan digno de elogio, como su accion de vituperio. Ningun estusiasmo, por legítimo que sea, puede disculpar el asesinato: y la generosidad de Porsena tiene mas de verdadera grandeza que el valor del romano.

Clelia. Porsena, espantado de la conjuracion formada contra él, y persuadido á que todos los romanos preferirian la muerte á la

servidumbre, conoció que no se trataba de conquistar una ciudad, sino de destruir un pueblo. Renunciando, pues, á su proyecto, envió con Mucio embajadores á Roma, y sin tratar del restablecimiento del trono, solo ecsijió que se devolviesen á los etruscos las tierras que se les habian conquistado, y que Roma diese rehenes para la seguridad del tratado. Aceptadas estas condiciones, Porsena evacuó el Janículo. Recibió por rehenes diez patricios y diez doncellas. Entre ellas se distinguia Clelia, la cual, incapaz de sufrir ni aun aquella esclavitud momentánea, se mostró por su valor digna émula de Cócles y de Escévola; persuadió á sus oompañeras á volverse á Roma, atravesando el Tiber á nado. El cónsul Valerio, observador escrupuloso de los tratados las devolvió al rey de Etruria. Tarquino, sabiéndolo, se habia emboscado en el camino para interceptarlas, pero el hijo de Porsona las escoltó hasta el campamento de su padre. El rey, que gustaba del valor, aunque fuese en un enemigo, regaló á Clelia un hermoso caballo, le dió la libertad y le permitió llevar consigo la mitad de los rehenes. Queriendo ademas mostrar el aprecio que hacia de los romanos, les volvió sin rescate todos los prisioneros, solicitó su alianza, y les dejó las riquezas de su cam-

pamento, sin esceptuar su propio equipage. El senado, en prueba de su gratitud, le envió la silla de marfil, el cetro, la corona y el manto de los reyes de Roma. Mucio recibió el mismo premio que Cócles; y el campo que se le dió fue llamado *el prado de Mucio.* A Clelia se erigió una estátua en la calle Sagrada. Asi se terminó esta guerra, en la cual la república estuvo á pique de perecer en su misma cuna (A. M 3498. A. J. 506.)

Poco tiempo despues Arunte, hijo de Porsena, fue vencido y muerto por los de Aricia. Los estruscos, perseguidos por el enemigo, hallaron un asilo en Roma, y se establecieron cerca del monte Palatino, en un terreno que se llamó *calle de los Etruscos* Porsena escribió al senado en favor de Tarquino: pero habiéndosele respondido que se abririan las puertas de Roma al enemigo primero que á los príncipes, desistió de su pretension. Tarquino desanimado se retiró á Tusculo en casa de su yerno Octavio.

Guerra con los sabinos. (A. M. 3501. A. J. 503. La guerra con los sabinos comenzó en el consulado de Marco Valerio y Publio Postumio. Su causa fue la envidia que escitaba el engrandecimiento progresivo de Roma. No produjo mas que una alternativa de victorias y

derrotas poco decisivas. Oponiase á esta guerra un partido bastante numeroso entre los sabinos, á cuya frente estaba Accio Clauso. Este pasó á establecerse en Roma con todos sus parientes y clientes, en número de cinco mil hombres, tomó el nombre de Apio Claudio y se les recibió en la clase de los patricios y senadores. El año de Roma 251 murió Valerio Publícola, uno de los fundadores de la república. Habia sido cuatro veces cónsul y obtenido dos triunfos. Su modestia realzaba su gloria y su popularidad hacía amable su poder. Este ciudadano íntegro murió tan pobre, que el tesoro público costeó sus funerales: pero legó á sus hijos un inmenso tesoro de virtud y de gloria. Las matronas romanas llevaron luto por su muerte durante un año. La guerra con los sabinos continuaba: los cónsules Virginio y Espurio Casio, tomaron la ciudad de Pomecia por lo cual se les concedió el triunfo. Esta victoria inquietó á los latinos y á los fidenates que se dispusieron á abrazar el partido de los latinos. En el mismo año formaron les esclavos que habia en Roma, conspiracion á favor de los tarquinos, en la cual entraron muchos proletarios y ciudadanos arruinados. Se descubrió la trama, los gefes fueron castigados con el último suplicio, y el senado decre-

tó sacrificios á los dioses y juegos públicos por tres dias.

Orígen de las discordias entre la plebe y el senado. (A M. 3508. A. J. 496). Los latinos irritados por la toma de Pomecia, se armaban contra Roma y Sesto Tarquino y Octavio Manilio, eran los gefes de sus ejércitos. Mientras que esta tempestad amenazaba á la república la ciudad estaba en la mayor turbacion. La parte mas numerosa é indigente del pueblo, oprimida de deudas pedia la abolicion de éstas, rehusaba alistarse y amenazaba que dejaria sus hogares. Los cónsules intentaron en vano traerlos á la obediencia con sus esortaciones. Las opiniones eran diversas en el senado: unos querian que se usase de rigor, y otros de indulgencia. Marco Valerio, varon consular y hermano de Publicola, tomó la defensa del pueblo, alegando que era inútil que los romanos venciesen á los enemigos esteriores, si perecian dentro de la ciudad, é implorando el ejemplo de Solon que en un caso igual abolió las deudas en Aténas. Apio Claudio, violento y duro como todos los de su familia, sostuvo que la ley debia ser inflesible; que arruinar á los acreedores, seria quitarles aun á los mismos deudores, el recurso que ahora tenian de encontrar quien les prestase; y que

en fin, violar la propiedad era el mayor de los males. Despues de una larga discusion se decretó conceder una moratoria á los deudores y esperar para tomar una resolucion definitiva á que concluyese la guerra. Esto no apaciguó á la plebe que desconfiaba del senado: sin embargo, el peligro crecia, los latinos aumentaban sus legiones, el pueblo no queria tomar las armas, y el senado no podia usar de un rigor, que hubiera sido inútil; pues la ley de Publícola permitia apelar al pueblo de las sentencias dadas por los cónsules. Por otra parte, abrogar la ley valeria seria producir una sedicion espantosa.

Creacion de la dictadura. En estas circunstancias críticas el senado concibió la idea de una institucion nueva, cual fue la creacion de un magistrado temporal, revestido de autoridad absoluta. La necesidad, el mas imperioso de los legisladores, obligó á adoptar unánimemente esta resolucion. El decreto de creacion decia que los cónsules abdicarian su magistratura y serian reemplazados por un solo magistrado, elegido por el senado, cuya autoridad no podria durar mas que seis meses. El pueblo que gusta, como los enfermos, de mudar postura creyendo que se hallará mejor, aprobó el decreto con alegría y dejó al senado

la eleccion definitiva del señor que iba á mandarle. Este remedio violento salvó la república. Los cónsules Larcio y Clelio eran recomendables por sus virtudes y talentos y el senado decidió que uno de ellos elegiria al otro. Esta determinacion, en lugar de producir una lucha ambiciosa, puso en claro la modestia de aquellos dos ciudadanos: el uno eligió al otro y ambos rehusaron el honor que se les daba. Esta rara disputa duró veinte y cuatro horas hasta que al fin las instancias del senado movieron á Larcio á aceptar la nueva dignidad, con el nombre de *Gefe del pueblo.* En lo sucesivo se trocó esta denominacion en la de *Dictador.* Larcio, primer dictador de los romanos, nombró un general de la caballería, encargado de ejecutar sus órdenes: este nombramiento recayó en Espurio Casio, baron consular. El dictador recibió poder ilimitado para hacer la guerra y la paz, para tomar por sí solo todas las resoluciones gubernativas, y para juzgar sin apelacion. Dobló el número de los lictores y les hizo llevar las segures, no tanto para castigar como para amenazar. Este poder absoluto aterró al pueblo: privado del recurso de apelar á las curias, su obediencia fue sin límites como la autoridad del dictador. Las quejas cesaron: los romanos se alis-

taron: el censo fue de ciento cincuenta mil setecientos de mas de diez y seis años. Larcio formó cuatro cuerpos de ejército; el primero á sus órdenes y los demas á las de Espurio Larcio su hermano, que quedó en defensa de la ciudad, de Clelio y del general de la caballería.

Un cuerpo de latinos que habia entrado imprudentemente en el territorio de Roma fue vencido por Clelio, dejando gran número de prisioneros. El dictador cuidó con mucha humanidad de los heridos y despidió á los demas sin rescate, yendo con ellos embajadores romanos que concluyeron con los latinos una tregua de un año. El ejército de estos evacuó el territorio de la república. Vencido el contrario y hecha la tregua, el dictador volvió á Roma sin haber ejercido un solo acto de rigor y antes del término prescrito por la ley abdicó su magistratura. Esta prudencia del primer dictador, hizo amable su dignidad, único remedio eficaz que la imperfecta constitucion de Roma podia poner á la anarquía. Larcio señaló con sus virtudes el camino que siguieron los dictadores durante muchos siglos.

Un decreto del senado permitió á las romanas casadas con latinos, y á las latinas casadas con romanos, fijar su domicilio en el

pais que prefiriesen. Todas las latinas se quedaron en Roma y todas las romanas volvieron á esta ciudad.

Batalla del lago Regilo. (A. M. 3510. A. J. 494). Cuando espiró la tregua con los latinos volvieron á comenzar las hostilidades. Los cónsules Aulo Postumio y Tito Virginio creyeron necesaria la dictadura; y fue nombrado dictador el cónsul Postumio. General de la caballería fue Ebucio Elva. Entraron en campaña los dos ejércitos y se encontraron junto al lago Regilo. Las fuerzas de los romanos consistian en veinte y cuatro mil infantes y tres mil caballos. La caballería latina no escedia este número; pero su infantería constaba de cuarenta mil hombres. Sesto Tarquino mandaba su ala izquierda. Octavio Manilio la derecha y Tito Tarquino el centro, compuesto de romanos desterrados, aunque Tito Livio dice que el centro estaba á las órdenes del rey Tarquino, cuya edad era entonces de noventa años. Ebucio mandaba la izquierda de los romanos, Virginio la derecha y el dictador el centro. Postumio queria retardar el combate por la desigualdad de las fuerzas; pero desde que los romanos conocieron á los tarquinos, el enojo pareció que habia doblado su número y pidieron á gritos la batalla. El dictador, sa-

biendo que el enemigo esperaba un refuerzo, juzgó dañosa la tardanza y dió la señal del combate. Los dos ejércitos se arremeten con furia, mezclando sus filas. Los gefes pelean como soldados gregarios. El centro de los latinos ceja. Tito es herido y se retira momentáneamente: su hermano Sesto acude á aquella parte, y restablece el combate. Ebucio y Manilio se atraviesan con sus lanzas el uno al otro; pero Manilio, despues que lo curaron vuelve al combate. Valerio, hermano de Publícola y lugarteniento de Ebucio, acomete á Sesto y le obliga á retirarse, persíguele y recibe una herida mortal con lo que se animan los latinos. El dictador, viendo su izquierda batida por los emigrados, la refuerza con caballería y ahuyenta á los enemigos. Tito Tarquino perece en este ataque. Manilio quiere socorrer á los suyos, y un oficial romano llamado Herminio lo derriba muerto en el campo y al ir á quitarle las armas, recibe la muerte. El ala izquierda de los latinos resistia aun, mandada por Sesto Tarquino: el dictador la ataca al frente de su caballería: Sesto, viéndose vencido se precipita con furor en medio de los romanos, derriba todo lo que se le opone y cubierto de heridas, cae y muere con mas gloria que habia vivido. Los latinos hu-

yeron, abandonando su campamento al vencedor, despues de haber perdido tres mil hombres en esta jornada.

Los romanos contaban que habian visto dos caballeros, de estatura mas que humana marchando á su frente y haciendo mucho estrago en los enemigos; y que aquella misma tarde se presentaron en Roma, anunciaron la victoria y desaparecieron. El vulgo creyó que eran Castor y Polux. Tito Livio nada dice de esta aparicion, sino que despues de la victoria se erigió un templo á Castor. El dictador triunfó: los latinos se sometieron y pidieron la paz. Los volscos, sus aliados, que llegaron demasiado tarde al campo de batalla se retiraron. El senado respondió á las proposiciones pacíficas de los latinos que les perdonaba en razon del orígen comun de entrambos pueblos, con tal que entregasen los desertores y arrojasen de sus ciudades á los emigrados de Roma. Hicieronlo asi y se concluyó la guerra que los tarquinos habian hecho á Roma durante catorce años. Tarquino, ya nonagenario, escluido del Lacio y de la Etruria, se retiró á Cúmas, colonia griega de Campania al palacio de Aristodemo, tirano de aquella ciudad y allí murió. La notici de su muerte caus en Roma una alegría universal (A. M. 3511. A. J. 93.)

CAPITULO III.

Desde la muerte de Tarquino hasta la expulsion de los galos.

Guerra con los volscos. Retirada del pueblo al monte Sagrado. Creacion de los tribunos de la plebe. Toma de Coriólos. Destierro de Coriolano. Sitio de Roma por Coriolano. Conjuracion de Casio. Combate del Cremera. Ley de Voleron. Conspiracion de Herdonio. Creacion de los decemviros. Virginia. Retirada del pueblo al Aventino. Creacion de los tribunos militares. Creacion de la censura. Conjuracion de Espurio Melio. Sitio de Véyos. Batalla del Alia.

Guerra *con los volscos.* El senado, libre del temor que le inspiraban los tarquinos, creyó que podia oprimir sin peligro á la plebe, y esta injusticia produjo su efecto natural que es la rebelion. Los volscos y hérnicos, informados de la division que reinaba en Roma, se aprovecharon de este momento favorable para

atacarla. Dieron parte de su proyecto á los latinos; pero éstos entregaron los embajadores volscos al senado y le advirtieron del peligro que le amenazaba. La fermentacion popular se aumentó en Roma por haberse presentado en la asamblea del pueblo un ciudadano, con la barba crecida, rotas las vestiduras, pálido el rostro, los cabellos herizados: todas señales de infortunio que apenas permiten á sus antiguos compañeros de milicia reconocer en él un valeroso centurion cubierto de cicatrices. Le rodean, le hacen preguntas, y dice que los sabinos habian talado su campo y robado su manadilla: que no por eso se habia podido librar de pagar el tributo: que para ello habia contraido deudas á una usura muy alta y vendido todo lo que poseía; y que su acreedor, hombre desapiadado, no solo le tenia esclavo en su casa, sino le azotaba frecuentemente con varas, cuyas señales tenia y mostraba á los concurrentes. Al verlas, se levanta un grito general de indignacion, que crece por momentos. La plebe corre por todos los cuarteles de la ciudad, amenazando á los senadores: los esclavos por deudas muestran su cadenas y cicatrices, y piden que se reuna a momento el senado. Pocos senadores se atreven á concurrir á la curia con los cónsules

Apio Claudio y Publio Servilio : los que se habian reunido no siendo suficientes en número para deliberar, aguardan la llegada de sus colegas. La plebe atribuye á traicion esta tardanza y redobla su furor: al fin, los senadores llegan y la deliberacion comienza. Al mismo tiempo se presenta un correo de los latinos avisando, que un grande ejército de volscos marchaba contra Roma. Esta noticia consterna al senado y llena de júbilo á la plebe. «Los volscos, dicen, nos vienen á vengar; pues los senadores son los únicos que recogen el fruto de la guerra, participen solos de sus peligros:" y juran no alistarse. La junta del senado se concluye.

El cónsul Servilio se presenta en la junta del pueblo, y le dice que estando el enemigo á las puertas, seria vergonzoso al senado hacer concesiones por miedo, y á la plebe recibir premio para combatir. «Trataremos de nuestros intereses cuando se haya salvado la patria, y hecho la paz. El senado concede á los deudores por término todo el tiempo que dure la guerra.» La moderacion y la prudente firmeza del cónsul apaciguaron la furia del pueblo, como los rayos del sol las tempestades. Segun el censo que hizo, habia ciento cincuenta mil setecientos hombres. Todos se alis-

taron y volaron al enemigo con ardor: los deudores fueron los primeros en pedir á gritos la batalla. Los volscos fueron vencidos y saqueado su campo. Los romanos tomaron por asalto á Suesa Pomecia, donde encontraron un rico botin. En este tiempo, el cruel Apio, que habia quedado en Roma, mandó azotar y degollar en la plaza pública á trescientos niños, rehenes de los volscos, y mancilló con esta crueldad la gloria de la república. Servilio debia gozar cuando volvió á Roma de los honores del triunfo: su colega hizo que el senado se lo negase, acusándole de ser demasiado popular. Servilio irritado convocó el pueblo en el campo de Marte, enumera sus hazañas, se queja de la iniquidad del senado, y hollando con injusticia un decreto injusto, marcha en triunfo al capitolio, seguido de todos los ciudadanos.

Concluida la guerra, reclamó el pueblo la ejecucion de las promesas que se le habian hecho. Apio Claudio desprecia sus quejas, deshecha sus peticiones y sentencia todas las causas de deudas á favor de los acreedores con todo el rigor de la ley. Los deudores fueron mas oprimidos que nunca. Servilio que tenia que respetar la ley, y estaba obligado por su palabra á defender al pueblo, estuvo indeciso entre los dos partidos y descontentó á uno y

otro. Entonces disputaban los dos cónsules sobre cuál de ellos habia de dedicar el templo de Mercurio. El pueblo, para mortificarlos, encargó esta ceremonia á un mero oficial llamado Letorio: ni se limitó á esta venganza pueril; despreciando las sentencias de Apio, se opuso á su ejecucion, maltrató á los lictores y arrancó de entre sus manos á un gefe de sediciosos que habian preso.

Retirada del pueblo al monte Sagrado (A. M. 3508. A. J. 496). Los nuevos cónsules Veturio y Virginio, se hallaron, como sus predecesores, entre el temor de una rebelion y de una guerra, con que entonces amenazaban los sabinos. En todos los barrios estaba el pueblo formado en tropas de dia y de noche: resistiendo á los alhagos y á la autoridad de los cónsules, se negaba á alistarse y desarmaba á los lictores que iban á prender á los refractarios. La opinion de Virginio en el senado era que se hiciese distincion entre los deudores: la de Larcio, que se aboliesen todas las deudas, y la de Apio Claudio, que se nombrase un dictador. El senado siguió esta opinion; pero en lugar de elegir un patricio severo, como deseaba Apio, se eligió á Manio Valerio, estimado por la moderacion de su carácter. El pueblo se calmó con este nombramiento y se alistó. Va-

lerio formó tres cuerpos de ejército, mandados por él y por los dos cónsules. La fortuna coronó sus empresas: los sabinos fueron vencidos en batalla, y el dictador triunfó. Ademas de este honor se le concedió la silla curul y un sitio distinguido en el circo.

Valerio, despues de haber licenciado las tropas, hizo entrar á cuatrocientos plebeyos en el orden de los caballeros, y propuso en el senado un decreto para la abolicion de las deudas. Los senadores jóvenes, olvidando el respeto debido á la dictadura, peroraron violentamente contra él. Impúsoles silencio en defensa de su autoridad, salió de la curia, convocó el pueblo y declaró que los senadores le han insultado, porque habia licenciado el ejército y amaba la plebe. «Yo renuncio, dijo, á mi autoridad, pues que no puedo seros útil con ella.» El pueblo le acompañó hasta su casa con honor. La indignacion pública habia llegado á su colmo, porque el senado habia anulado el decreto de licenciar el ejército: pero el respeto al juramento militar era tan grande que los soldados no se atrevian á dejar las banderas sin tener cada uno su licencia. Obedecieron, pues, y entraron en el campamento. Al principio querian matar á los cónsules, para libertarse con un solo golpe de su juramento y de sus

enemigos: pero uno de ellos llamado Sicinio, les probó que ese crímen no los esceptuaba del servicio. Para eludir el juramento y calmar sus conciencias, les propuso que se retirasen, llevando consigo las banderas que habian jurado no abandonar. Todos adoptaron con alegría este dictámen: destituyeron á los centuriones: nombraron otros, y se retiraron al monte Sagrado.

Creacion de los tribunos de la plebe. El senado, arrepentido entonces de no haber adoptado los consejos de Valerio, envió una diputacion á los rebeldes para aplacar su enojo con promesas y traerlos á su obediencia. Sicinio les respondió que el pueblo no se dejaba ya engañar con palabras. «¿Quereis ser los únicos señores de la ciudad? poseedla. Los pobres no os incomodarán. Nosotros hallaremos patria donde quiera que vivamos libres.» La mayor parte del pueblo vino á reunirse con los soldados que se fortificaron en el monte, observaron una esacta disciplina y no cometieron el menor pillage. Esta buena policía, este orden desconocido en una sedicion, la hacian mas temible. Era la época de nombrar nuevos cónsules en Roma: ningun candidato se presentó, y Postunio Cominio y Espurio Casio fueron elegidos de oficio. En el senado, los mas jóvenes opi-

naban por la severidad, y los ancianos por la indulgencia. Menenio Agripa, uno de estos últimos, patricio de los que Bruto eligió para completar el senado, habló con tanta energía de la necesidad de restablecer la concordia para salvar la patria, que su dictámen fue seguido unánimemente, y se dieron plenos poderes á diez senadores para tratar la paz.

Menenio, el primero de ellos, fue al monte sagrado, y dió con destreza mucho valor á esta deferencia del senado; y despues de haber formado un cuadro espantoso de los males de la discordia y de la ruina que acarrea á los estados, concluyó por este apólogo. «En el tiempo que el cuerpo del hombre no era todo uno, sino cada miembro tenia su intencion y lenguage particular, se indignaron todos los miembros contra el estómago, porque descuidado no hacía mas que gozar de los placeres que los demas le proporcionaban: conspiraron, pues, contra él, y ni la mano llevaba el alimento á la boca, ni la boca lo aceptaba aunque se lo diesen, ni las muelas lo desmenuzaban. Asi queriendo enojados matar de hambre al estómago, ellos mismos se consumian; y se desengañaron de que no era inútil el ministerio de aquella entraña que repartia la comida, convertida en sangre, á las

demas partes del cuerpo." Era obvia la aplicacion de esta fábula. Viendo Menenio los ánimos en disposicion favorable, propuso perdonar las deudas de los insolventes, libertar á los que estaban presos, y hacer una ley de comun acuerdo entre el senado y el pueblo, para arreglar en lo sucesivo los derechos de los acreedores y deudores. El pueblo aceptó estas proposiciones: pero al mismo tiempo pidió, para libertarse de la autoridad ilimitada de los dictadores, que se creasen dos magistrados que habian de ser plebeyos, para defender y proteger los intereses de la plebe. Los diputados dieron aviso de la propuesta al senado, y éste se conformó. Apio protestó contra la innovacion que segun él causaría la ruina de la república: pero á pesar de su resistencia, las curias eligieron estos dos magistrados. que tomaron el nombre de *tribunos de la plebe*: el nombramiento recayó en Lucio Junio Bruto y Cayo Sicinio Beluto. Se declaró que sus personas eran inviolables, y se dió la denominacion de sagrada á la ley que les instituia. Tambien se eligieron dos magistrados anuales con el nombre de ediles del pueblo, encargados bajo las órdenes de los tribunos, de varios objetos de policía urbana. Asi fue como el orgullo y la avaricia de los patricios

produjo una revolucion que se terminó de un modo dañoso á la aristocracia patricial.

Al principio los tribunos no eran mas que los protectores de los pobres contra los grandes: mas no tardó en establecerse por la ley que la oposicion de uno de estos magistrados bastaba para impedir la ejecucion de los senatus-consultos, y trabajaron con tanto ardor y perseverancia en elevar la autoridad de la plebe, y deprimir la de los patricios, que algunas veces se atrevieron á prender á los cónsules.

Toma de Coriólos. Restablecida la paz interior, se continuó la guerra contra los volscos. El consul Postumio Cominio venció á los enemigos, se apoderó de dos ciudades, y sitió á Coriólos. Despues de dos asaltos infructuosos, iba á dar el tercero cuando supo que los de Ancio venian á socorrer la plaza. El cónsul dividió su ejército en dos cuerpos, dejando el uno en el sitio, y marchando con el otro al encuentro de los anciates. En el primero, que quedó á las órdenes de Larcio, se distinguia un joven patricio, igualmente fogoso para concebir y ejecutar grandes proyectos. Marcio era su nombre. Habiendo perdido en su infancia á su padre, su madre Veturia, muger de una virtud austera, habia

formado su carácter y dotádole de una firmeza obstinada, que fue la causa de sus infortunios. Insensible al deleite, infatigable en los trabajos, intrépido en el peligro, era invencible en el combate, imperioso en el mando, y muchas veces insufrible á sus iguales. Los habitantes de Coriolos, confiando en el socorro que esperaban, y viendo disminuido el ejército de sitio, toman las armas, abren sus puertas, y se arrojan impetuosamente sobre los sitiadores. Los romanos, despues de una valerosa resistencia, ceden al número, y se retiran desordenadamente. Marcio, indignado de esta fuga, se detiene con algunos valerosos, hace frente á los enemigos, los obliga á retroceder, y llama á gritos á los romanos. Estos, avergonzados de su debilidad, se reunen á él, persiguen á los volscos, entran mezclados con ellos en la ciudad, y se apoderan de ella. Marcio, despues de esta hazaña, vuela con los compañeros de su victoria al ejército del cónsul, que estaba pronto á dar batalla. Los soldados, segun el uso, estaban dictando su testamento, que se reducia á nombrar un heredero en presencia de cuatro testigos. Marcio dió noticia al cónsul de la toma de Coriolos, con lo cual se alentaron los romanos y desmayaron los enemigos. Dada la señal del

combate, Marcio acometió el primero, sin que ni escuadrones ni gefes enemigos fuesen bastantes á resistir su furia. Aunque rodeado y asaltado por todas partes, penetró hasta el centro de los contrarios, dando golpes tan terribles, que nadie se atrevia á acercársele, y el miedo formaba un ancho círculo al rededor de él. Sin embargo, cubierto de una nube de dardos que le lanzaban, hubiera quizá perecido, cuando la flor del ejército romano formada en masa, vuela á su socorro, se abre paso por medio de los enemigos, y llega hasta el héroe, que ya estaba casi solo, cubierto de heridas y rodeado de cadáveres volscos. Marcio con este ausilio vuelve á cargar sobre los enemigos, y hace en ellos una gran matanza. Huyen los anciates, de modo que mas bien parecian esclavos arrojados, que guerreros vencidos. La victoria fue completa: los volscos firmaron la paz, y el tratado se gravó en una columna, de la cual constaba solamente el nombre del cónsul. Pero este general tuvo la gloria, nada comun, de no envidiar las hazañas de Marcio. Al frente de las tropas lo colmó de elogios, lo coronó de laurel, le regaló un caballo ricamente enjaezado, y le cedió diez prisioneros y la décima parte del botin. Marcio dió gracias al consul, mas no admitió de sus presentes sino el

caballo y un prisionero que deseaba libertar, porque habia sido su huésped antes de la guerra. Esta moderacion puso el colmo á su gloria, y el voto unánime del ejército le dió el nombre de Coriolano; premio mas precioso que todas las riquezas que habia rehusado. Concluida la páz, el cónsul volvió á Roma y licenció las tropas: se renovó la alianza con los latinos, y se añadió á las ferias un tercer dia. Los ediles nuevamente creados se encargaron de la superintendencia de estas fiestas. Este año murió Menenio Agripa: los tribunos pronunciaron su elogio, y el pueblo pagó sus funerales. El senado trató de reembolsarlo del erario público: pero ningun ciudadano quiso tomar su cuota.

Destierro de Coriolano. (A. M. 3515. A. J. 489). Roma sufrió entonces una hambre cruel, y los granos que el senado habia traido de Sicilia, fueron interceptados por el tirano de Cúmas. Los volscos querian aprovecharse de esta circunstancia para volver á comenzar la guerra; pero impidiólo una peste horrible que esterminó los nueve décimos de su poblacion, y Roma compadecida envió una colonia á aquellos parages. El hambre continuaba siempre en la ciudad, aunque habian llegado granos de Sicilia enviados gene-

rosamente por Gelon, rey de Siracusa. El pueblo y los tribunos acusaron á los ricos de que los guardaban para hacer morir la plebe de hambre, y que no habian enviado una colonia al pais de los volscos sino para que muriese de peste. Los cónsules se indignaban de que los tribunos hablasen en los comicios, donde hasta entonces solo ellos habian tenido derecho de perorar. En una de aquellas altercaciones tumultuosas, uno de los cónsules dijo imprudentemente, que á él le tocaba hablar, pues él habia convocado los comicios. Entonces el edil Junio dijo á los tribunos: «dejad á los cónsules que hablen hoy cuanto quieran: mañana yo os haré conocer la estension de vuestra dignidad.” Al dia siguiente los tribunos convocaron el pueblo. Icilio, uno de ellos, subió á las gradas del templo de Vulcano, y propuso una ley prohibiendo, bajo pena de multa, y aun de muerte, interrumpir á los tribunos en las juntas del pueblo que convocasen. El pueblo la aceptó, y el senado no se atrevió á rehusarle su consentimiento. Los pobres, satisfechos con este triunfo, llevaron con mas paciencia la carestía. Recibieron socorros de los ricos, y ademas para quitar de la ciudad las bocas inútiles, se formó un ejército, pequeño á la verdad, pero

Coriolano lo mandaba. Logró con él grandes triunfos, y volvió á Roma con un botin tan considerable de esclavos, granos y rebaños, que los ciudadanos murmuraban de los tribunos, porque los habian disuadido de ir á aquella espedicion.

Coroliano miraba el consulado como la recompensa debida á sus servicios, y creia poder lograr sin oposicion una dignidad tan bien merecida: pero ciego por la prosperidad, olvidó que la modestia habia doblado el valor de sus hazañas, y se presentó en Roma tan orgulloso como habia sido modesto en el ejército. El uso exigia que los aspirantes al consulado solicitasen los votos de sus conciudadanos; porque en una república es preciso que los magistrados sean populares. Habia ciertos hombres llamados *nomenclatores*, que decian al candidato los nombres de los ciudadanos que encontraba para que pudiese saludarlos. El pueblo era favorable á Coriolano: pero el dia de la eleccion, este altivo guerrero se presentó rodeado de patricios y afectó tanto orgullo, que mas bien parecia mandar que solicitar. La plebe indignada de esta arrogancia, pasó repentinamente del amor al ódio, y nombró cónsules á Marco Minucio y Aulo Sempronio. El orgullo de Coriolano no pudo to-

lerar este desaire, asi como no habia sabido calmar las tempestades del Océano-popular. Su carácter era inflecsible, y su enojo se manifestó sin rebozo. Habiendo llegado á Roma los granos enviados por Gelon, y otras remesas compradas por el senado, se movió en este cuerpo una gran disputa acerca de su distribucion. Unos opinaban que debia repartirse gratuitamente el enviado por el rey, y vender el otro á bajo precio: otros querian que se vendiese todo para enriquecer el tesoro público. «Si el pueblo quiere, dijo Coriolano, distribuciones de trigo como en otro tiempo, restituya á los senadores su antigua autoridad. «¿Por qué han de ser tan poderosos unos magistrados plebeyos, un Sicinio, mientras nosotros yacemos como esclavos rescatados? ¿Yo tolerar semejantes indignidades? ¿No sufrí á Tarquino y sufriria á Sicinio? Si quieren retirarse al monte sagrado, yo mismo les abriré las puertas. Esta es la ocasion oportuna de obligarlos á cultivar los campos y á preferir el trabajo á la sedicion." Los tribunos, que estaban presentes, dieron cuenta al pueblo de la diatriva de Coriolano. La multitud enfurecida quiere romper las puertas de la curia: los tribunos la templan, y envían un edil para prender al orador: los patricios lo defienden

y rechazan á los tribunos, y maltratan á los ediles. La noche puso fin al tumulto.

En los dias siguientes se celebraron nuevas juntas á cual mas alborotada, en las cuales se pronunciaron discursos violentos. En fin Sicinio. en medio de los gritos del pueblo, propone un decreto segun el cual debia ser precipitado Coriolano de la roca Tarpeya. Los demas tribunos representan cuan injusto era condenar á un ciudadano sin oirlo; y se decreta que aquel fiero patricio fuese juzgado por el pueblo. Coriolano se negó á comparecer; pero el senado que temia las funestas consecuencias de la ostinacion de Marcio y de la audacia de los tribunos, y que deseaba captar la benevolencia del pueblo, dió un decreto para vender los granos muy baratos. Esta condescendencia no movió á los tribunos á desistir de la acusacion; pero prometieron que la retardarian todo el tiempo que quisiesen los cónsules. Entretanto los anciates robaron algunas remesas de trigo que venian de Sicilia: los cónsules salieron con un ejército contra ellos y los obligaron á pedir la paz. Licenciadas las tropas, Sicinio convocó el pueblo y fijó dia para el juicio de Coriolano. El senado se opuso á la ejecucion de este decreto, fundándose en el uso constante de proponer en el senado los asuntos de im-

portancia antes de presentarlos al pueblo. El tribuno Junio respondió que pudiéndose apelar al pueblo de las sentencias de los cónsules, no habia necesidad en el caso presente de esperar el decreto del senado. «El pueblo, dijo, »tiene derecho de citar á su tribunal al enemi»go declarado de la institucion que protege »nuestra libertad." Apio Claudio oró contra esta usurpacion manifiesta de autoridad, pues la ley valeria solo permitia el juicio del pueblo en apelacion y no en primera instancia. Manio Valerio dijo que no habia otro medio de salvar á Coriolano que la deferencia á la plebe, y propuso á todos los patricios que asistiesen á la causa para inclinar el pueblo á la suavidad. Despues suplicó á Coriolano que moderase su orgullo y se justificase con modestia, y concluyó aconsejando á los dos partidos la concordia y el justo medio de gobierno entre la tiranía y el orden. Coriolano pidió entonces que los tribunos especificasen el delito de que le acusaban. De aspirar á la tiranía, respondieron los magistrados de la plebe. «Si no es mas que eso, replicó, me someto al juicio del pueblo."

Se fijó el dia en que se debia oir su defensa. El senado queria que se votase por centurias; pero la plebe decidió, á propuesta de

los tribunos, que se votase por tribus, forma en la cual los pobres eran dueños de la votadura. Cuando se reunió el pueblo subió el cónsul Minucio á la tribuna, y pidió que no se tuviesen presentes para juzgar á Coriolano algunas palabras inconsideradas y proferidas en el calor de la disputa. Pintó con elocuencia los servicios y hazañas del acusado, recordó sus virtudes, y representó al pueblo que era digno de su generosidad mirar con clemencia al ilustre guerrero que se entregaba á su discrecion. Sicinio echó en cara á Marcio su proyecto de abolir el tribunado y aumentar el precio de los granos, con el objeto de escitar turbaciones y llegar por medio de ellas á la tiranía. Coriolano respondió á la acusacion, refiriendo circunstanciadamente sus servicios, combates y victorias: recordó al pueblo el gran número de ciudadanos á quienes habia salvado la vida: invocó el testimonio de los oficiales y soldados que estaban presentes, y apoyaban lo que decia con sus gritos y lágrimas; y en fin, rompiendo sus vestidos y mostrando sus numerosas cicatrices, preguntó á los tribunos si eran aquellas pruebas de delito y señales de tiranía. El pueblo, conmovido por este discurso, se mostraba dispuesto en su favor. Los tribunos, temiendo el efecto que habian producido las

palabras de Marcio, subieron á la tribuna y le acusaron por no haber entregado al erario público el botin de los anciates, sino haberlo repartido entre los soldados para convertirlos en instrumentos de tiranía. Coriolano, turbado por este ataque imprevisto y de mala fé, respondió con violencia, prorumpiendo en quejas indiscretas y en imprudentes amenazas. Sus furores irritaron al pueblo: los tribunos aprovechándose de la ocasion reasumieron sus acusaciones y opinaron por el destierro perpetuo. Puesto en votos nueve tribus opinaron por la absolucion y doce por la condenacion. Este triunfo, conseguido de los patricios, dió á la plebe mas orgullo y alegria que cuantas victorias habia logrado de los enemigos. Coriolano no dió señal ninguna de debilidad, aunque sus amigos le acompañaban llorando. Tampoco le perturbó el espectáculo de su muger y su madre, que rompian sus vestiduras en señal de dolor. Despues de haberlas eshortado á la paciencia, único remedio con aquella calamidad, les recomendó sus hijos, no quiso llevar nada en su destierro, y partió con algunos clientes que le acompañaron hasta las puertas de la ciudad.

Sitio de Roma por Coriolano. (A. M. 3516. A. J. 488) A nadie dijo el punto que habia

elegido para su destierro. El enojo y el deseo de la venganza le llevaron á Ancio, ciudad de los volscos, nacion poderosa, que vencida por los romanos conservaba el profundo resentimiento de esta injuria. Cada dia aumentaba su envidia y animosidad, y Coriolano alimentaba la esperanza criminal de moverlos á la guerra para vengar sus comunes iras. Pidió la hospitalidad á Atio Tulo, el hombre mas distinguido del pais por su nacimiento, riqueza y hazañas: el ódio que ambos tenian á Roma fue el lazo de su amistad. Tulo deseaba aprovecharse de las disensiones de la república y de la incapacidad de sus gefes. Coriolano le aconsejó que difiriese la ejecucion de sus designios para lograrlos con mas seguridad, y reparase las pérdidas que habian sufrido los volscos por la guerra y la peste: que aumentase y disciplinase sus tropas, y buscase con habilidad la ocasion de romper el último tratado de paz; porque en aquellos tiempos se combatia con incertidumbre y debilidad cuando no se creia tener de su parte la justicia y los dioses. Poco tiempo despues se celebraron juegos públicos en Roma. Tulo fue á ellos y un gran número de jóvenes volscos; y como no habia proporcion de alojamientos en las casas particulares para una multitud tan grande de estrangeros, la

mayor parte se retiró á los templos y lugares públicos. Un romano, sobornado por Tulo, avisó á los cónsules que los volscos tenian el proyecto de acometer é incendiar la ciudad. Con este informe, creido con demasiada ligereza, el senado mandó á los volscos, so pena de la vida, salir al instante de Roma. Tulo, que salió el primero, esperó en el camino á sus conciudadanos y los inflamó del deseo de vengar tamaño insulto. Cuando llegaron á Ancio sublevaron el pueblo: declararon la guerra á Roma por haber infringido el tratado, y dieron el mando del ejército á Tulo y Coriolano. Este entró inmediatamente en el territorio de Roma con una tropa escogida, y taló el campo con la precaucion pérfida de no tocar á las tierras de los patricios para sembrar la desconfianza entre ellos y la plebe. Apoderóse despues de Circeyos, colonia romana, é invadió el campo latino con el objeto de apartar á los romanos de la ciudad y darles batalla; pero Roma, dividida en parcialidades, no estaba dispuesta á pelear.

El año siguiente, siendo cónsules Espurio Naucio y Sesto Furio, Coriolano se adelantó hasta dos leguas de Roma. El terror dominaba en la ciudad: la plebe, poco antes tan orgullosa, pedia con bajeza que se implorase la cle-

mencia del desterrado. El senado, conservando mas dignidad decretó que no se trataria de paz hasta que los volscos hubiesen evacuado el territorio de la república: pero el pueblo sublevado le obligó á ceder á su miedo. Enviaron, pues, embajadores á Coriolano para pedirle la paz y ofrecerle que se levantaria la sentencia de destierro. El respondió con altanería, que Roma debia restituir las conquistàs, hechas á los volscos, y concederles el derecho de ciudadanía como á los latinos: y si no, que les probaria como el destierro habia aumentado su valor. El senado, con la esperanza de mitigar su enojo y obtener condiciones mas suaves, le envió otra diputacion, compuesta de los senadores mas ancianos, los pontífices y los agoreros. Coriolano persistió con dureza en su propuesta anterior.

El peligro era inminente. El pueblo, pronto á castigar, y tardío para combatir, no tenia ya ninguna esperanza en las armas. Las matronas, romanas que conocian el amor de Coriolano á su madre, única virtud que le habia dejado la venganza, se reunen en casa de Veturia, y le suplican que haga una prueba de su poder sobre el corazon de su hijo. Esta noble romana se pone al frente de todas ellas con Volumnia, muger de Coriolano, y sus hijos. Salen de la

ciudad, penetran en el campo enemigo y se presentan á la vista de Coriolano. Este implacable guerrero, insensible á los ruegos del senado, de los cónsules y sacerdotes, y á los gemidos de la patria, desciende, conmovido, del tribunal á la vista de su madre, y quiere arrojarse en sus brazos « Antes de estrecharte en mi seno, dijo ella, permíteme que averigüe si me he presentado á un enemigo ó á un hijo.: si soy en tus reales esclava ó madre. ¿Para esto prolongué mi edad, para verte primero desterrado, y ahora contrario? ¿Pudiste talar esta tierra, donde naciste, que te alimentó? Aunque vinieses con el corazon ulcerado y amenazador, ¿no desfallecieron tus iras al entrar en el territorio de Roma? ni te ocurrió cuando viste la ciudad: *dentro de aquellas murallas estan mi casa, mis penates, mi madre, mi esposa y mis hijos*? ¡Ah! si yo no hubiera sido fecunda, Roma estaria libre: si no hubiese tenido un hijo, moriria independiente en mi patria segura. Mas ya no me es posible sufrir nada mas vergonzoso para tí, ni mas doloroso para mí: basta para ser la mas infeliz de las mugeres, haber vivido tanto. Pero atiende á tu muger é hijos, á los cuales, si continúas, espera ó una muerte temprana, ó una larga servidumbre." A estas

palabras, cuya energía aumentaban los gemidos y sollozos de las matronas, el fiero Coriolano se enterneció: y cediendo el orgullo á la naturaleza, se arroja en los brazos de su madre, y esclama: «¡O madre! has logrado una victoria que me será funesta.» Levantó el sitio y se retiró. Roma concluye la paz con los volscos. Se ignora qué fin tuvo Coriolano: algunos historiadores dicen que Tulo, envidioso de su gloria, le asesinó en un tumulto popular: Tito Libio y Fabio Pictor dicen que vivió muchos años y murió en el destierro: y en apoyo de esta opinion refieren un dicho que se le atribuye: «en la vejez se siente mucho mas la desgracia de ser desterrado.» Los volscos y romanos le lloraron, y las matronas de Roma llevaron luto por él. Léjos de envidiar á las mugeres la gloria de haber salvado la ciudad, se erigió un templo á la fortuna mugeril en el sitio donde Veturia habia triunfado de su hijo.

Conjuracion de Casio. (A. M. 3518. A. J. 486). Los años siguientes peleó Roma con felicidad contra los écuos, volscos y hernicos. Hecha la paz, nació en Roma el gérmen de mayores discordias que las pasadas; desenvolviéndose gradualmente, causó las mas terribles convulsiones en la república. Espurio Casio y

Próculo Virginio eran cónsules. El primero, mas atrevido que hábil, no habia debido sino á sus intrigas los honores del triunfo: su ambicion desmesurada aspiraba al poder absoluto: para lograrlo, quiso hacerse popular, y propuso al senado que repartiese al pueblo en porciones iguales, las tierras conquistadas. La costumbre antigua era vender una parte y pagar con ella los gastos de la guerra: reservar otra para aumentar las rentas del estado, y repartir lo demas entre los ciudadanos pobres. Algunos patricios avarientos habian conseguido que se les adjudicasen á bajo precio algunas de las tierras vendidas: y Casio, orando contra este abuso, queria que las restituyesen. Esta ley *agrária*, propuesta al senado, causó grande terror: el cónsul Virginio se opuso á su adopcion; el pueblo fue de su dictámen sin dejarse deslumbrar de la codicia: ademas, es·e beneficio era ilusorio, pues el proyecto admitia en aquel repartimiento á los latinos, mucho mas numerosos que los romanos. Casio no se desalentó con esta primer derrota, y recurrió á otro medio. Propuso que se reembolsase al pueblo, á costa del erario, de las cantidades con que habia pagado el trigo que envió Gelon. Este favor, en lugar de ganarle el afecto de la plebe, escitó sospechas contra él. Los

romanos conocieron que queria comprar la tiranía, y prefirieron la pobreza á la servidumbre. El senado, apoyado en la opinion pública, siguió el parecer de Apio y desechó ambos proyectos. Mandó ademas que se crease una comision compuesta de diez varones consulares, para decidir cuáles tierras habian de venderse, arrendarse y repartirse. Su reglamento debia someterse á la aprobacion de los cónsules.

El año siguiente, siendo cónsules Servio Cornelio y Quinto Fabio, Casio fue acusado como conspirador y convencido de juntar armas, recibir dinero de los hernicos y haber corrompido á muchos ciudadanos que le acompañaban siempre. No pudo salvarle ni la destreza de sus respuestas, ni la memoria de sus servicios, ni tres consulados y dos triunfos. Fue condenado á muerte y precipitado de la roca Tarpeya Este acto de justicia privó al partido popular de un firme apoyo y aumentó el orgullo de los patricios. Menos prudentes que el pueblo, dilataron el nombramiento de los decemviros y la distribucion prometida de las tierras. La falta de buena fé renovó las discordias entre los dos ordenes. Muchas guerras, emprendidas contra los volscos y los ecuos, interrumpian los debates; porque en las re-

públicas el peligro reune á los ciudadanos. Sin embargo, como se retardaba el nombramiento, los plebeyos se enojaron, y cuando los cónsules Ceson, Fabio y Espurio Furio quisieron alistarlos para marchar contra los volscos y los ecuos, rehusaron hacerlo sino se adoptaba la ley agraria, que el tribuno Icilio habia resucitado. Apio Claudio persuadió al senado que ganase á uno de los tribunos: pues la oposicion de uno solo bastaba para suspender las deliberaciones. Este arbitrio produjo buen efecto: cuatro tribunos se declararon contra Icilio y se determinó que no se decidiria la cuestion hasta el fin de la guerra. Furio consiguió grandes ventajas contra los enemigos: pero su colega Fabio tan hábil como él, mandaba un ejército mas débil é indisciplinado y fue vencido. Esta derrota y la division de los ánimos dió esperanzas á los antiguos enemigos de la república, y la Etruria armó contra ella todos sus habitantes, inclusos los esclavos. Los cónsules, aterrados por la huida reciente del ejército de Fabio, se encerraron en su campamento y no se atrevian á pelear sin estar mas seguros de las disposiciones del soldado: los enemigos se acercaban hasta el valladar, é insultaban á los romanos llamándolos cobardes y mugeres. Dos pasiones opuestas agitaban al

ejércíto de la república, el ódio á los patricios que los movia á desear que los cónsules fuesen vencidos y el enojo contra el enemigo, que inflamaba su valor. Venció al fin el enojo y pidieron la batalla á los generales. Estos, disimulando su alegria, respondieron que no era tiempo y que castigarian á los que peleasen sin ordenes. El deseo no satisfecho irrita á los soldados, y piden á gritos el combate. Entonces el cónsul Marco Fabio dijo á su colega: «Yo sé, Cneyo Manlio, que estos pueden vencer: ellos tienen la culpa de que yo no sepa si quieren. He resuelto, pues, no dar la señal hasta que juren que han de volver vencedores. Ya engañaron en el campo de batalla á su cónsul: mas no podrán engañar á los dioses.» El ejército hizo el juramento y lo cumplió. La batalla fue larga y sangrienta: el cónsul Manlio, persiguiendo el ala izquierda del enemigo, fue rodeado por los etruscos: su lugar teniente Quinto Fabio murió lleno de heridas: el cónsul Marco Fabio, con Ceson su hermano, cónsul del año anterior, acomete al enemigo, liberta á Manlio y recibe el último suspiro de Quinto. Manlio estaba herido y no podia sostener el valor de sus tropas: estas se replegan: Fabio acude y las hace volver al combate. Manlio, habiéndose repuesto un

poco, se une con él y hacen grande matanza en los etruscos. Durante la batalla, un cuerpo enemigo se apodera del campamento romano. Manlio vuela, los encuentra entretenidos en saquear los bagages y los rodea. La desesperacion aumentó el valor de aquella tropa, se arrojan sobre los romanos, matan al cónsul y se abren paso: pero Fabio los acomete y hace pedazos. Roma jamas habia conseguido una victoria mas costosa ni contra enemigos mas numerosos. Se concedió el triunfo al cónsul Fabio: pero rehusó este honor comprado con la vida de su hermano.

Combate del Cremera. (A. M. 3526. A. J. 478.) Los volscos y veyentes continuaban la guerra, y aunque frecuentemente derrotados, no por eso dejaban de talar el territorio de la república. El senado para impedir este latrocinio, queria construir una fortaleza y poner guarnicion en ella: mas la república estaba esausta de hombres y dinero. Ceson Fabio pidió el permiso de hacer, él solo con su familia, los gastos del castillo y guarnecerlo. El pueblo, entusiasmado de esta oferta generosa, dijo que á haber en Roma dos familias como los Fabios, podria la república confiándoles su defensa, gozar, aun en tiempo de guerra, de la paz mas completa. La proposicion fue acep-

tada, y el cónsul cen trescientos soldados, todos patricios y de su familia, todos capaces de mandar un ejército, salieron al dia siguiente de Roma y marcharon contra Veyos con una comitiva numerosa de amigos y clientes, en medio de las aclamaciones populares. Talaron el territorio de los veyentes y edificaron en lo alto de una montaña la fortaleza. Este ejemplo de patriotismo, inflamando á los demas ciudadanos, favoreció al cónsul Emilio, que batió completamente á los volscos y ecuos: pero se le negó el triunfo, por haberles cencedido condiciones de paz demasiado favorables. Los pueblos vecinos de Roma, tan belicosos como esta ciudad, rompian los tratados con la misma facilidad que los habian hecho. Las victorias solo producian gloria y botin, las fuerzas quedaban casi iguales y las paces eran treguas de corta duracion. En el consulado de Servilio sufrió Roma algunas derrotas: Emilio la vengó de los ecuos: algun tiempo despues los etruscos pusieron una emboscada á la valerosa familia de los Fabios, esparciendo muchas bestias de carga en las cercanías de la fortaleza. La guarnicion salió á cogerlas y se halló rodeada por los enemigos. Los Fabios formaron la cuña, se defienden con heroico valor, rompen la multitud que los cercaba y

llegan á su montaña: pero encuentran en ella el ejército de los veyentes que los esperaba y que los oprime con la multitud de los dardos. Los trescientos héroes tan intrépidos como los espartanos de las Termópilas, pelean contra ambos ejércitos con el valor de la desesperacion, prefiriendo la muerte á la esclavitud y perecieron todos. El dia de su muerte fue contado entre los *nefastos*. Tito Livio dice, que solo quedó de esta familia un niño llamado Quinto Fabio Vibulano, tronco de la ilustre familia de los Fabios, que opuso despues al grande Annibal un general digno de él. A este desastre se siguió una grande derrota de los romanos. Los etruscos batieron completamente al cónsul Menenio y adelantaron hasta las puertas de Roma. Horacio, el otro cónsul, acudió y libertó la ciudad: mas no pudo impedir que los enemigos se fortificasen en el Janículo desde donde hacian incursiones en el territorio de Roma, asi como los Fabios las habian hecho en el de Veyos. Al año siguiente vencieron á Servilio, que marchó contra ellos con mas valor que prudencia: pero su colega Virginio le salvó del peligro en que se habia metido. Los tribunos de la plebe formaron causa á Servilio que se defendió con modestia y firmeza. En vez de suplicar, reprendió al

pueblo su inconstancia é injusticia, y á los tribunos el abuso que hacian de su autoridad. En aquellos tiempos virtuosos habia mas emulacion que rivalidad: Virginio defendió la causa de su colega é hizo que le absolviesen.

Esta alternativa de victorias y derrotas que esperimentaron los romanos en la primera edad de su república, les sirvió de educacion militar para fortificarlos y prepararlos á la conquista del mundo. Si se hubieran engrandecido al principio sin obstáculos, se habrian afeminado con triunfos fáciles. Su poder colosal fue hijo de los esfuerzos laboriosos de su juventud. El cónsul Valerio resarció las pérdidas de Servilio: triunfó de los sabinos y etruscos, y concedió una tregua de cuarenta años á los veyentes despues de haberlos batido. Los disturbios renacieron en Roma con la paz. El tribuno Genucio pidió la ley agraria y el nombramiento de los decemviros, y quiso poner en acusacion á los cónsules del año anterior. Estos representaron al senado, que si se permitia tal indignidad, era inútil nombrar cónsules que solo serian unos esclavos de los tribunos. Llegado el dia en que debian presentarse en juicio, el pueblo se reune; pero Genucio no parece, y bien pronto se sabe que se le habia hallado muerto en su cama. A esta noticia, el senado mani-

fiesta mucha alegría y los tribunos mucho terror.

Ley de Voleron. (A. M. 3533. A. J. 471). En este momento, un oficial plebeyo, llamado Voleron, distinguido por su valor y fuerza prodigiosa, fue preso por los cónsules, porque no queria alistarse de soldado gregario. Uno de los cónsules, manda azotarlo. «Apelo al pueblo; esclamó, porque los tribunos quieren mas dejar azotar á los ciudadanos que ser asesinados en su casa.» Al decir esto derriba á los lictores, y se refugia enmedio de la plebe: ésta lo defiende, rompe los haces de los lictores, arroja á los cónsules de la plaza y los persigue hasta las puertas del senado. Los ánimos se esasperan: la causa de Voleron es ya la del pueblo, olvídanse las demas cuestiones y hasta la ley agraria; y cuando la plebe, despues de muchas altercaciones, hubo conseguido la libertad de Voleron, creyó haber triunfado completamente del senado. El año siguiente eligió por tribuno á su protegido, el cual para humillar á los patricios, propuso una ley segun la cual el pueblo se reuniria por tribus, para elegirlos magistrados populares, sin necesidad de auspicios ni del permiso del senado. Hasta entonces se habian elegido en los comicios por curias, que requerian lo uno y lo otro.

El senado, para detener este golpe, que transferia al pueblo la autoridad, ganó á dos tribunos, cuya oposicion prolongó la disputa sin terminarla. Una peste que hubo en Roma, calmó las disensiones: pero en el consulado de Apio Claudio y Tito Quincio, Voleron, elegido de nuevo por tribuno, redobló los esfuerzos para que se adoptase su ley. Apio, irritado, aconsejaba al senado medios violentos: Tito, con la dulzura y moderacion de su carácter, iba calmando la efervescencia del pueblo: cuando de repente, Apio, dejándose llevar de la fogosidad de sus pasiones, pronunció un discurso tan insultante contra el pueblo y sus magistrados, que llegó al último grado el furor de la plebe. La junta se iba convirtiendo en tumulto: ningun dictamen prevalecia, ni podian recogerse los votos. El tribuno Letorio esclamó: «Reunios mañana, ciudadanos: ó moriré ó la ley pasará: soy mas á propósito para hacerlo que para orár.» Al dia siguiente concurrió una gran multitud: Letorio manda salir de los comicios á los patricios y jóvenes que aun no tenian voto por su corta edad: el cónsul Apio se opone á ello: el tribuno manda prenderlo: Apio ordena á sus lictores que se apoderen de la persona del tribuno: la plebe se declara por sus magistrados y la no-

bleza por sus gefes. Cuando la querella iba á decidirse por un combate, Tito Quincio sube á la tribuna, invita á su colega á retirarse y calma poco á poco la ira del pueblo, representándole las calamidades de las discordias civiles, la necesidad de la union entre los órdenes del estado, y la obligacion, impuesta á cada uno, de sostener sus derechos por la razon y no por la violencia. Asegura á los plebeyos, que obtendrán del senado cuanto sea justo con tal que respeten su dignidad, y propone que sometan á la aprobacion de este cuerpo la ley de Voleron. Todos adhirieron á su dictámen, y á pesar de la viva oposicion de Apio, la ley fue adoptada y publicada con el consentimiento de entrambos órdenes.

Terminada esta cuestion, se trató de la guerra que los ecuos y volscos habian renovado. Apio, duro é inflecsible en el ejército como en el senado, era aborrecido en el campamento como en la ciudad. Los soldados se divertian en irritar su violencia y contrariar sus deseos. Si queria acelerar la marcha, se detenian: si les mandaba ir despacio, volaban: en fin, llevaron su ódio á tal estremo, que huyeron del enemigo para que el cónsul fuese derrotado, y no consintieron pelear sino en defensa de su campamento. Apio quiso mandar con ri-

gor y no se hizo caso de sus órdenes. Desanimado por esta indisciplina, dió órden de retirarse: el enemigo atacó y derrotó la retaguardia. Cuando llegó al territorio de Roma, hizo azotar y degollar á los centuriones y diezmar el ejército. El otro cónsul, tan amado de las tropas como su colega, era aborrecido, taló el pais de los ecuos: y los soldados, cuando ya estaban de vuelta en la ciudad, decian que el senado podia aprender en el suceso de esta campaña, á darles por general un padre y no un tirano.

En el consulado de Lucio Valerio y Tiberio Emilio, los tribunos volvieron á pedir la ley agraria. Emilio habló á favor de la ley: Apio la impugnó con su violencia acostumbrada, declamando contra el tribunado y pronosticando la ruina de la república sino era abolida. Los tribunos se aprovecharon de su imprudencia, y lo acusaron ante el pueblo: ninguna causa habia aterrado á los patricios y plebeyos tanto como esta. El orgulloso Apio desecha todos los consejos de la prudencia, y se presenta en los comicios con la misma altivez que en el senado. En vez de rogar, reprende: en lugar de defenderse como reo, ordena como cónsul: y parece mas bien acusador que acusado. Como la osadía agrada siempre,

aunque sea en el enemigo, la temeridad de Apio admiró y atemorizó al pueblo ; y los tribunos viendo el enojo público neutralizado por el espanto, prorogaron la causa para otro dia. En el intervalo murió Apio, y el pueblo permitió á su hijo pronunciar su elogio en los comicios.

En el espacio de ocho años Roma continuó la guerra con los estados limítrofes sin sucesos decisivos. La discordia de las órdenes, duraba siempre y llegó hasta el punto de no querer el pueblo proceder á la eleccion de los cónsules, y Tilo Quincio y Quinto Servilio no fueron elegidos sino por sus clientes y los patricios. No por eso dejaron de mandar los ejércitos y aun se apoderaron de la ciudad de Ancio. (A. M. 3538. A. J. 466). Al año siguiente los cónsules Tiberio Emilio y Quinto Fabio, el que quedó solo de su familia, hicieron que el senado repartiese al pueblo las tierras conquistadas á los anciates; y como pocos ciudadanos, aun de los mas pobres, quisieron ir á aquel pais, se dieron á los latinos y hérnicos. Segun el censo que se hizo en esta época habia en Roma ciento ochenta mil doscientos catorce ciudadanos capaces de tomar las armas La guerra contra los pueblos vecinos era contínua: porque ni los reveses los detruian

ni las victorias aumentaban considerablemente su poder. El cónsul Espurio Furio, habiendo penetrado con temeridad en el pais de los ecuos, se halló repentinamente rodeado en su campamento por el ejército enemigo. El riesgo que corria, movió al senado á usar de un espediente, que despues se empló en los grandes peligros del estado; y fue dar un decreto encargando á los cónsules que preservasen á la república de todo *detrimento*. Esta fórmula les daba un poder casi igual al de un dictador. El otro cónsul Cayo Postumio, armado de este decreto, levantó y organizó el ejército como lo quiso, marchó á socorrer á su colega, le libertó y derrotó completamente á los enemigos. Dos años despues, Roma fue afligida por la peste: eran tantos los muertos que no habia suficientes carros para transportarlos y se arrojaban al Tiber. Los volscos se aprovecharon de esta calamidad para atacar á los romanos: pero fueron vencidos y tuvieron que pedir la paz.

En este tiempo, los cónsules, que habian heredado la autoridad de los reyes, administraban la justicia arbitrariamente. Habia muy pocas leyes y solo los patricios las conocian. Mientras Roma estuvo en su infancia, pudo ser gobernada asi, porque la moral suplia

la falta de la legislacion : pero habiendo llegado á complicarse los intereses públicos y privados ya no era posible que dependiese la justicia de los hombres y no de las leyes. El tribuno Terentilo Arsa, fue el primero que propuso al pueblo la abolicion de esta especie de servidumbre y la redaccion de un código de leyes para poner un límite legítimo á la autoridad consular. Fabio se quejó de esta innovacion diciendo que nunca se habia propuesto una ley importante estando ausentes los cónsules. Muchos tribunos fueron de su opinion, y este negocio quedó por entonces sin decidir. Algun tiempo despues se volvió á altercar sobre la ley Terentila: el senado se opuso á un proyecto contrario á sus derechos, y sostenia que no podian hacerse leyes sin su participacion. Ceson Quincio, jóven patricio, hijo del que despues se llamó Cincinato, en el calor de la discusion prorumpió en injurias contra el tribunado y el pueblo. Fue citado en juicio ante este y condenado al destierro, á pesar de las lágrimas y súplicas de su padre, que se afligió, sin indignarse, por la desgracia de su hijo, y que no por eso se mostró menos ardiente en defender la gloria y la independencia de aquel pueblo severo.

El castigo de Ceson y la moderacion del

senado restablecieron la paz por algun tiempo. Los tribunos, cuyo poder era mayor durante las disputas, no estaban contentos con la tranquilidad, y para turbarla fingieron cartas, en las cuales se denigraba á muchos patricios haciéndolos sospechosos al pueblo.

Conspiracion de Herdonio. (A. M. 3544. A. J. 460). En el mismo momento que se fingia una conspiracion, se verificaba otra verdadera. Herdonio, Sabino rico y devorado de ambicion, esperando aprovecharse de las discordias entre el senado y el pueblo, juntó de esclavos y desterrados un partido que ascendia á cinco mil hombres. Los convocó y armó tan secretamente, que los cónsules no tuvieron el menor conocimiento de ello. Ponese al frente de los suyos en medio de la noche, marcha al capitolio, se apodera de él y esparce por la ciudad proclamas, en las que esortaba á los esclavos á que se reuniesen con su tropa para que no hubiese en Roma, decia, ni esclavitud ni destierro. Los cónsules apenas supieron el suceso, mandaron al pueblo tomar les armas; los tribunos cegados por el ódio, se opusieron con el pretesto de que la conspiracion era fingida. Publio Valerio, uno de los cónsules, indignado de aquella impostura, pone á los dio-

por testigos de su verdad, representa lo

inminente del riesgo y esorta al pueblo á combatir contra aquellos esclavos que quieren ser sus señores. "Todos debemos marchar añadió, senadores, cónsules, plebeyos, dioses y hombres: tú, padre Rómulo, que recobraste esta fortaleza de los sabinos, guianos contra un Sabino: yo cónsul, te seguiré de la manera que un mortal puede seguir á un dios. Ciudadanos, yo os mando tomar las armas; si alguno lo impide, le tendré por enemigo olvidándome del consulado, de la autoridad tribunicia, y de las leyes. Si los tribunos mueven contra mí á los romanos, ya que vedan hacerlo contra Apio Herdonio, yo emprenderé contra ellos lo que el gefe de mi familia contra los reyes." El pueblo vacilaba todavía: los senadores esparciéndose en medio de la muchedumbre, la instan, la esortan y la obligan á seguir á Valerio. Al mismo tiempo llegan á la ciudad algunas tropas de Túsculo, y el espanto hace creer que estos aliados fieles son enemigos. Marchan precipitadamente y atacan el capitolio. Valerio perece en el principio de la accion: Voluminio, varon consular, hace ocultar su cadáver, para evitar el desórden que podia causar en la tropa la muerte del gefe. Los romanos triunfan de los enemigos; hacen en ellos una gran carnicería y á pesar de su ostinada resistencia recobran la

fortaleza despues de tres dias de combate. Herdonio murió peleando: todos sus cómplices perecieron: los ingénuos fueron degollados, los esclavos crucificados. A Valerio se hicieron magníficas esequias.

Apesar de todo, los tribunos no cesaban de agitar el pueblo. Para humillarlos, el cónsul Claudio, hizo que la clase de los ricos le nombrase un colega, sin llamar á las demas centurias, porque la unanimidad de las primeras hacia inútiles los sufragios de las demas. El cónsul elegido fue Quincio Cincinnato.

Los diputados que el senado le envió, le hallaron en su campo en trage de jornalero, guiando el arado. A la vista de la comitiva, pára sus bueyes: los lictores bajan los haces delante de él, se le viste la púrpura consular, y los diputados le invitan á venir á Roma. Al despedirse de su muger, le encargó el cuidado de su casa y le dijo con afliccion. ¿"quién sembrará este año nuestro campo?" Toma posesion en el senado y convoca inmediatamente el pueblo; y sin contemplacion á ningun partido, reprende á los patricios su orgullo y debilidad, á los tribunos su audacia, y al pueblo su licencia. "El tribuno Virginio, dijo: aunque no estuvo en el capitolio, ¿fué menos digno de castigo que Apio Herdonio? Bien con-

sideradas las cosas, fue mas culpablé. Herdonio por lo menos, declarándose enemigo, casi os eshortó á tomar las armas: el tribuno, diciendo que no habia guerra, os entregó desarmados á vuestros esclavos y reveldes: y vosotros (lo diré con vénia de Cayo Claudio y del difunto P. Valerio) ¿pór qué acometisteis la colina del capitolio, antes de quitar del foro estos contrarios? ¡O baldon de los hombres y de los dioses! Ocupando los enemigos el alcazar, y habitando un gefe de esclavos en el santuario de Júpiter Optimo Maximio, profanadas todas nuestras deidades, se tomaron primero las armas en Túsculo que en Roma; y ha sido dudoso si la ciudad debió su libertad á Lucio Mamiiio, general de los tusculanos ó á los cónsules Publio Valerio y Cayo Claudio. ¿Creeis ó tribunos, que habeis de conseguir la ley este año? A fe mia, que si la lograis, consiento que sea maldito el dia en que fui creado cónsul, mas que aquel en que pereció Publio Valerio. Hemos resuelto yo y mi colega llevar las legiones contra los volscos y los ecuos. "El vigor del cónsul reanimó al senado y asombró á la plebe. Solo los tribunos se atrevieron á oponerse á su autoridad, diciendo que no le permitirian hacer alistamiento." Ni es necesario, replicó Cincinnato: cuando Publio

Valerio armó la plebe para recuperar el capitolio, todos juraron que se reunirian á la órden del cónsul, y no se retirarian sin ella. Los que jurasteis, reunios mañana junto al lago Regilo. "Los tribunos espantados de su firmeza, concurrieron al senado con muchos ciudadanos é imploraron su benevolencia. Se esigió que se sometiesen. Hiciéronlo asi y el senado dió un decreto para que ni los tribunos propusiesen la ley ni el ejército saliese de Roma por aquel año. Cincinnato, tan prudente en la administracion como severo en el mando, se concilió, no solo la estimacion, sino tambien el amor del pueblo por su celo, dulzura, é imparcialidad. Sosegó los partidos con su justicia, y restableció la concordia entre el pueblo y los grandes. Cuando concluyó el tiempo de su magistratura, el senado, que tenia en él la mayor confianza, quiso que continuase haciendo las funciones de cónsul: se negó á ello y reprendió á los senadores con mas vehemencia que al pueblo, porque violaban las leyes, cuando su obligacion era hacerlas respetar. Despues de haber llenado religiosamente todos sus deberes, volvió con serenidad á su arado.

La paz y la fortuna de Roma, parecia que habian salido con él de la ciudad. La discordia

volvió: los ecuos, volscos y sabinos se aprovecharon de ella para atacar á Roma: Vencieron al cónsul Minucio y lo sitiaron en su campo. El senado creyó necesario elegir un dictador y el cónsul Naucio nombró á Cincinnato, á quien se separó otra vez de sus trabajos rústicos. Viene á Roma, arenga al pueblo consternado, reanima su valor, nombra general de la caballería á Lucio Tarquicio: manda cerrar las tiendas (señal de un gran peligro) y ordena á todos los ciudadanos capaces de militar, que se reunan á la tarde en el campo de Marte, con armas, pan cocido para quince dias, y doce estacas cada uno. A la noche empezó la marcha: el ejército llegó sin ruido cerca del enemigo y rodeó su campo: abre cada soldado por órden del dictador un foso delante de sí, planta la estacada y empieza á dar gritos altísimos. El cónsul Minucio, que estaba sitiado por los enemigos, oye los gritos de los romanos y hace una vigorosa salida, contra los ecuos. El dictador los acomete, habiendo ya concluido sus atrincheramientos. Cogidos los enemigos entre dos ejércitos, arrojan las armas, se rinden, consienten en pasar por debajo del yugo, que ara una especie de horca, formada de tres astas, y entregan encadenados á su general Graco y á sus gefes. El dictador reunió

despues el ejército de Minucio, subió á su tribunal, y mirando con severidad á los soldados, les dijo : «No tendreis parte en el botin de un enemigo, al cual faltó poco para teneros en su poder. Y tú, Lucio Minucio, hasta que no adquieras el espíritu de un cónsul, mandarás esas tropas solo como lugar-teniente." Despues entró triunfante en Roma, precedido de las banderas y gefes enemigos, y seguido de su ejército cargado de botin. Los soldados cantaban su gloria, y hallaban á las puertas de todas las casas las mesas que el pueblo les tenia preparadas. Al mismo tiempo se descubrieron pruebas de la inocencia de su hijo : éste fue llamado del destierro y se castigó al calumniador. La dictadura podia durar seis meses: Cincinnato la abdicó á los diez y seis dias. El senado le habia ofrecido una parte de las tierras conquistadas : no la admitió, mas contento con su pobreza que un avaro con sus tesoros.

Algun tiempo despues los pueblos vencidos invadieron el territorio romano, y los tribunos empezaban á intrigar para que el pueblo no se armase. Cincinnato volvió á Roma y persuadió á los patricios salir al encuentro al enemigo con solos sus clientes. El espectáculo de esta tropa respetable de cónsules, senadores y oficiales superiores que se entregaban á la

muerte por la patria, conmovió al pueblo; y los tribunos, previendo que tendrian que ceder, prometieron no oponerse al alistamiento, con tal que se aumentase hasta diez el número de los magistrados populares. Apio Claudio se oponia á esta ley, pero Cincinnato hizo que se adoptase. El pueblo se armó, y la guerra se terminó con gloria de la república. Poco despues comenzaron las disensiones con motivo de la ley agrária, animados los plebeyos por el discurso de Siccio Dentato, guerrero sesagenario y de una estatura colosal. «He militado, dijo, cuarenta años: he sido oficial treinta: me he hallado en ciento veinte batallas: he recibido cuarenta y cinco heridas: me han premiado con catorce coronas cívicas, tres murales y otras ocho por haber recobrado banderas romanas, cogidas por el enemigo, con ochenta y tres collares, con sesenta brazaletes de oro, diez y ocho astas, y veinte y cinco jaeces: ¡y no poseo media yugada de tierra! Esta es mi suerte y la de mis compañeros de armas, mientras los patricios gozan de las tierras conquistadas con nuestra sangre.» La muchedumbre, escitada por este discurso, pedia á gritos la restitucion de las tierras usurpadas, y un nuevo repartimiento en las de conquista. El senado estaba convencido de cuán justas eran estas reclamaciones; pero

era dificil reparar abusos tan antiguos, distinguir lo heredado de lo adquirido, y las usurpaciones de las compras legítimas. Esta grande disputa no impidió á los romanos alistarse contra los écuos y vencerlos. El ardiente orador Siccio peleó flojamente en esta guerra, y persuadió al pueblo, que los cónsules Romilio y Veturio lo habian espuesto á peligros no necesarios.

Al año siguiente fue Tribuno, citó en juicio á dichos cónsules, que fueron condenados á una multa. Los nuevos tribunos, apoyados por el pueblo, instaron al senado que pusiese término á la arbitrariedad y sostituyese la justicia de las leyes al capricho de los cónsules. El senado creyó que no debia resistir mas á la opinion pública. En el consulado de Espurio Tarpeyo y Aulo Eternio, mandó que se enviasen embajadores á Aténas para estudiar las leyes de aquella célebre ciudad y traer las que le pareciesen mas convenientes á la república; y que despues se deliberase sobre el nombramiento de los legisladores y la duracion y límites de su autoridad. Los embajadores fueron Espurio Postumio, Servio Sulpicio y Aulo Manlio, todos consulares (A. M. 3552 A. J. 452). Partieron en tres galeras magníficas. Su viaje duró dos años. Cuando volvieron

el cónsul Menenio fingió estar malo, con el fin de retardar una deliberacion que debia producir grandes mudanzas; pero el pueblo, á instancia de los tribunos, aceleró los comicios y eligió por cónsules á Apio Claudio y Tito Genucio.

Creacion de los decemviros. (A. M. 3553. A. J. 451.). El senado no pudiendo retardar ya el cumplimiento de sus promesas, decidió que diez magistrados, elegidos entre los senadores, se encargarian de redactar el nuevo código: que sus funciones durarian un año: que en este tiempo no habria cónsules ni tribunos, y que los decemviros dirigirian todos los negocios y juzgarian todas las causas sin apelacion. Este decreto, inspirado por el ódio de los senadores contra los tribunos, fue adoptado con alegría por el pueblo, porque destruía la autoridad de los cónsules. Así la envidia mútua de los dos órdenes produjo una institucion que podia destruir la libertad y convertir el gobierno misto de Roma en una oligarquia. Los cónsules abdicaron dando el primer ejemplo de obediencia á la ley: y las curias eligieron por decemviros á Apio Claudio, Tito Genucio, Publio Sextio, Espurio Veturio, Cayo Julio, Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Publio Curiacio, Tito Romilio y Espurio Postumio Albo.

Roma cometió un gran yerro encargando el cuidado de los negocios públicos á los legisladores (1), quitándoles el tiempo necesario para la meditacion de las leyes, y despertando en ellos el espíritu de ambicion tan contrario á la equidad: pero los decemviros eran el producto de las pasiones, cuya antorcha quema y no ilumina. El senado creía aumentar su autoridad dejando el poder en manos de diez patricios, sin considerar que los decemviros, una vez nombrados, formaban un cuerpo aparte con intereses contrarios á los del patriciado. Todas las magistraturas cesaron. Los nuevos gefes de la república llevaban todos el vestido consular: solo el presidente tenia lictores con haces. Su autoridad no duraba mas que un dia: convocaba el senado, proponia y ejecutaba los decretos. El tribunal de los decemviros se reunia todas las mañanas: en él se decidian las causas de los ciudadanos y las contestaciones esteriores. En el primer año los nuevos magistrados fueron protectores de los débiles, apoyo de los pobres, prudentes en la administracion, justos en sus sentencias,

---

(1) En esta parte siguió el ejemplo de Atenas, Esparta y demas repúblicas de la antigüedad, que concedieron á sus legisladores una dictadura tempora

y mostraron tantas virtudes, moderacion y equidad, qne hicieron reinar el órden mas perfecto. El pueblo, sin intrigas ni disensiones, gozaba á un mismo tiempo de reposo y de libertad, y decia que con aquel gobierno no se acordaba de cónsules ni de tribunos. Apio ganó el amor y la estimacion del pueblo, aun mas que sus colegas. Este hombre, antes tan violento, se mostraba dulce, humano y afable. El orgulloso enemigo de los plebeyos solo atendia ahora á hacerles bien, saludaba á los ciudadanos mas pobres, conocia sus nombres y hablaba familiarmente con ellos. Entre los decemviros reinaba la mayor union: trabajaron todo el año bajo la influencia de Apio, en redactar el nuevo código, que compusieron con las mejores leyes de Grecia y las que se habian promulgado en Roma hasta entonces. Las de Grecia fueron traducidas por un desterrado de Efeso, llamado Hermodoro, al cual, en premio de su trabajo, se erigió una estátua. Concluido el código, fue grabado en diez tablas de bronce que los decemviros presentaron al pueblo para que las esaminase. Apio eshortó á todos los ciudadanos á meditar y discutir todas las leyes, y á dar parte de sus observaciones á los decemviros, para que el código fuese no solo aceptado, sino

formado por el mismo pueblo. Los legisladores se valieron tambien del consejo de los hombres mas sábios de la república: y modificadas las leyes segun los dictámenes de estos, fueron adoptadas, primero por el senado, y despues por el pueblo, reunido en centurias y á presencia de los pontífices y augures. Este código, tan solemnemente ratificado, se gravó de nuevo en tablas de bronce que se colocaron en una columna erigida en medio del foro. Estas tablas, segun Tito Livio, eran todavía en su tiempo las fuentes de todo derecho público y privado. Ciceron, el mas sábio y elocuente de los romanos, hace de ellas un elogio magnífico.

Un año habia pasado desde el establecimiento de los decemviros, y como su autoridad concluia, se deliberó en el senado sobre la forma de gobierno que habia de darse á la república; porque el nuevo código era civil y no fundamental. Algunos senadores digeron que las tablas estaban todavía incompletas, y se creyó útil continuar otro año el gobierno decemviral, con el cual habian estado igualmente contentos todos los órdenes. Mandó, pues, que se nombrasen nuevos decemviros, y el pueblo aprobó con alegría esta resolucion. Reunidos los comicios, los senadores mas dis-

tinguidos solicitaron el favor del pueblo. Apio, el mas ambicioso de todos, ocultando sus miras con el fingido deseo de descansar, aparentó alejarse de su objeto para llegar mas pronto á él. Mientras mas indiferencia mostraba por el poder, mas le instaba el pueblo á que lo solicitase. Cediendo en fin, se une con la plebe, y se pasea familiarmente en la plaza con los plebeyos mas fogosos, con los Duilios, Icilios y Siccios. Esta popularidad no estaba en su caracter; pero nadie es mas bajo que un orgulloso cuando quiere elevarse. Semejante conducta engañaba al pueblo; pero inspiró sospechas á los senadores. No atreviéndose á contrariarle abiertamente, le nombraron presidente de los comicios, esperando que obligándole este empleo á designar los candidatos, el pudor le haría no designarse á sí mismo: porque una ambicion tan escandalosa, de que solo habian dado egemplo algunos tribunos, era siempre castigada por la desaprobacion general. Pero conocian mal á Apio. Este hombre arrogante se puso el primero en la lista, apartó del concurso á todos aquellos cuyo caracter y firmeza temia, é hizo recaer la eleccion del pueblo en nueve senadores que estaban á su devocion. El segundo elegido fue Quinto Fabio, que habia sido cónsul tres ve-

ces, hombre hasta entonces irreprehensible, pero ganado por las intrigas de Apio. Marco Cornelio; Marco Servilio, Lucio Minucio, Tito Antonio y Manio Rabuleyo, patricios, fueron nombrados sin mas mérito que una ciega sumision á la voluntad del presidente. En fin, insultando abiertamente al senado, propuso é hizo elegir á tres plebeyos, Quinto Petilio, Ceson Duilio y Espurio Opio, cuyas intrigas le habian grangeado los votos del pueblo. Hecha la eleccion, los nuevos decemviros tomaron posesion de su empleo el dia de las idus de mayo. Apio se quitó osadamente la máscara: reune sus colegas, les hace jurar que participarian todos igualmente de la autoridad, que no recurririan sino rara vez al senado y al pueblo, que se ausiliarian unos á otros, y se perpetuarian en sus destinos. Para llegar al poder habia creido necesaria la popularidad; para conservarlo se valió del terror. Desde el primer dia se presentaron los decemviros en la plaza, cada uno con doce lictores armados de segures, amenazando con ellas á los ciudadanos de arrogarse la facultad de vida y muerte. Los nuevos tiranos se hacen inaccesibles, desechan las súplicas y las quejas, castigan la murmuracion, escuchan con desden, responden con dureza, conciertan las sentencias an-

tes de oir á las partes, y agravan las penas de las cuales hay apelacion. El pueblo conociendo que se ha dado señores, implora el favor del senado, que en los primeros dias, en lugar de compadecerlo, se gozó en sus padecimientos y humillacion. Los decemviros corrompen á los patricios jóvenes, favorecen sus vicios, y son ministros complacientes de sus caprichos. Entregándose desenfrenadamente á sus pasiones, roban á los ciudadanos sus riquezas, á las mugeres su pudor: hacen azotar ó perecer á los que se atreven á resistir ó á amenazar. La opulencia es un crimen, la queja una conspiracion, la hermosura una calamidad: la libertad conduce á la muerte, y la virtud ó habita las cárceles ó sube al cadalso.

Todos los romanos esperaban para verse libres de esta tiranía, que llegasen las idus de mayo. Llegaron, pero Apio y sus colegas, en desprecio de la costumbre y de las leyes que acababan de publicar, promulgaron, sin consultar al pueblo ni al senado, un decreto por el cual continuaban su magistratura; y añadieron á sus tablas una nueva ley prohibiendo espresamente los matrimonios entre patricios y plebeyos. El pueblo romano, ya vencedor de tantas naciones, temblaba delante de diez

magistrados, y de ciento veinte lictores. Los que arrojaron á sus reyes, no se atrevian á defender la libertad. Roma no era ya Roma, sino una vil caverna en que los decemviros entregaban la vida y los bienes de todos á su voracidad y á la de sus satélites. Los plebeyos, que tenian honor ó caudal que conservar, habian huido de Roma: los senadores se retiraban ó á sus casas de campo, ó á las ciudades vecinas. Solo quedaban al rededor de los decemviros sus criminales amigos, y la multitud, segura en su oscuridad, que no conoce mas ley que el interes, y que aumenta siempre con su indiferencia las fuerzas del partido dominante. El abatimiento de los romanos inspiró á los ecuos y sabinos la confianza de vengar sus antiguas derrotas, y acometieron á un pueblo descontento y humillado que aborrecia mas á su gobierno que á sus enemigos. Talaron el territorio de Roma y se acamparon á seis leguas de la ciudad. Los decemviros aterrados no conocieron su error hasta que tuvieron necesidad del espíritu público que habian destruido. Convocan el senado, y el pueblo decia que ese era un favor debido á los enemigos. El presidente espone la triste situacion de la república y el peligro de la invasion estrangera. Lucio Vale-

rio Potito habló aunque no le tocaba. Apio Claudio quiso obligarle á callar. «No hablo, dijo él, para responderte, sino para acusaros á todos diez de conspiracion contra el estado: tú, Fabio, acuérdate de tus pasadas virtudes y hazañas; no quieras ser cómplice de la tiranía.” Fabio vacilaba: mas engañado que pervertido, dudaba entre su nueva amistad y sus antiguos deberes. Sus colegas, temiendo su debilidad, le rodearon para que no respondiese. Marco Horacio Barbato, descendiente del antiguo Horacio, esclamó: «Dan cuenta de la guerra de los sabinos, como si el pueblo romano tuviese otra mas cruel que con los nombrados para formar las leyes que no han dejado en la ciudad ningun derecho, destruyendo los comicios, los magistrados anuales, la vicisitud del mando, unico antemural de la justicia, y ejerciendo el imperio regio, cuando no son mas que particulares. Hemos tenido despues de los tarquinos, magistrados patricios: despues de la retirada de la plebe, magistrados plebeyos. ¿A qué clase pertenecen los decemviros? ¿A los plebeyos? nada han hecho por medio del pueblo. ¿A los patricios? En un año no han reunido el senado: y ahora que lo convocan, prohiben hablar del estado de la república. Pues no confien en

el miedo ageno; porque ya es mas grave lo que se sufre que lo que se teme." Apio, disimulando su furor, no respondió á los ataques de Horacio y Valerio: fingió sacrificar todo interes privado al público, y habló solamente de los peligros de la patria, y de la necesidad de prepararse á la guerra. Pero Apio Claudio, su tio, á quien pidió que hablase primero, creyendo que su dictámen le sería favorable, apoyó la opinion de Horacio, y conjuró á los decemviros por los manes de sus abuelos, que renunciasen á la tiranía, é hiciesen voluntariamente lo que tendrian que hacer por la fuerza. Concluyó diciendo que la convocacion del senàdo era ilegal; por tanto, que no debia dar ningun decreto. Esta opinion prevalecia cuando Cornelio, hermano de uno de los decemviros y ganado por ellos, hizo presente que la costumbre de Roma era combatir y no deliberar y suspender todas las querellas interiores cuando un enemigo estrangero amenazaba la independencia pública. «Venzamos á los sabinos, y despues deliberaremos acerca de las proposiciones de Horacio y Valerio." La mayoría de los senadores se decidió, como hacen todos los débiles, por este partido medio. Los decemviros obtuvieron todo lo que deseaban; hicieron el alista-

miento y partieron al frente de dos ejércitos, uno contra los ecuos, y otro contra los sabinos. Apio y Opio se quedaron en Roma. Las legiones, no queriendo dar la victoria á unos gefes que detestaban, se dejaron vencer, y los enemigos se apoderaron del campamento romano. Esta noticia alarmó á Apio: levantó nuevas tropas, y las mandó estar á la defensiva: pero dos nuevos crímenes, cometidos uno en el ejército y otro en la ciudad, apresuraron la revolucion que destruyó la tiranía, confiada neciamente en la paciencia y el silencio público: pero los combustibles estaban preparados, y una chispa produjo la esplosion. Los decemviros que mandaban los ejércitos, temian al antiguo tribuno Siccio, que hablaba libremente contra su prepotencia. Confiáronle una espedicion, y le dieron una tropa de soldados sobornada para asesinarle. Siccio vendió cara la vida, y pereció despues de haber muerto á muchos de sus asesinos. Sus compañeros cuando volvieron al campo, contaron que los enemigos los habian rodeado y batido, y que su gefe habia muerto en el combate. La pérdida de un guerrero tan valiente, causó mucho dolor en el ejército. Una cohorte que habia salido para enterrar los muertos, observó que no estaban despojados, que no

habia vestigios de tropas enemigas, y que todos los cadáveres eran romanos. El crimen no era dudoso: el cuerpo de Siccio fue traido al campo: las legiones indignadas pedian que se castigase á sus asesinos; pero los decemviros habian hecho que desapareciesen Desde este momento el ejército estuvo preparado á la rebelion.

Virginia. En el mismo tiempo se cometia en Roma un crímen, quizá mas horrendo. Lucio Virginio, plebeyo, tenia una hija de notable hermosura, que estaba prometida por esposa á Icilio, tribuno del pueblo antes del decemvirado. Esta jóven, huérfana de madre, vivia bajo la tutela de unas mugeres que cuidaban de su educacion. Como siempre que iba á las escuelas públicas pasaba por la plaza delante del tribunal de Apio, el decemviro la vió, y ardió por ella. La ley, que él mismo habia promulgado, le prohibia casar con una plebeya: intentó, pues, todos los medios de seduccion, que fueron inútiles por la inocencia de Virginia, y la probidad incorruptible de las mugeres que la guardaban. Apio, no acostumbrado á hallar resistencia á sus voluntades, determinó lograr por la injusticia lo que no habia podido por el soborno Marco Claudio, uno de sus clientes, intrigante sin

honor y ministro de las deshonestidades del decemviro, encuentra á Virginia acompañada de su nodriza: la detiene, la reclama como una esclava que le pertenece, y quiere llevársela por fuerza á su casa. La nodriza implora el socorro del pueblo en favor de la hija de Virginio y prometida esposa de Icilio. Los amigos de ambas familias acuden en tropel y la defienden. Claudio, cobarde como todos los hombres viles, habla con mas suavidad, asegura que no usará de violencia, y cita á la doncella para el tribunal del decemviro. Ante él espone que Virginia es hija de una de sus esclavas; la cual, habiéndola robado de su casa, la llevó á la de Virginio, cuya muger siendo estéril, habia fingido que aquella era su hija. Aseguraba que daría tales pruebas de este hecho, que Virginio no podria resistir á ellas: y como no era posible dar sentencia definitiva durante la ausencia de Virginio que estaba en el ejército, pedia que provisoriamente se mandase á la esclava seguir á su señor. Numitorio, tio de Virginia, respondió que segun una ley dada por los mismos decemviros, toda persona de cuya condicion se dudaba, debia gozar provisoriamente de libertad; por tanto pidió un término hasta que Virginio pudiese venir á defender su hija.

Apio dijo que en efecto esistia la ley citada, y que si Virginio estuviese presente se le entregaria su supuesta hija interinamente; pero que su ausencia variaba el caso de la ley: que á su vuelta podria reclamar á Virginia, y entretanto Claudio debia tenerla en su poder bajo la obligacion de presentarla á peticion de Virginio. Virginia y las mugeres prorumpieron en lágrimas y gemidos al oir esta injusta sentencia: la indignacion del pueblo era general; pero el terror impedia que se manifestase. Ibase ya á poner en ejecucion el orden del decemviro, cuando el ardiente Icilio, rompiendo por en medio de la muchedumbre, acude para defender á su esposa: un lictor quiere rechazarlo: «Apio esclama, solo con las armas me echarás de aqui, si has de lograr en silencio lo que deseas que quede oculto. He de casarme con esta doncella, y ha de llegar á mis brazos intacta. Asi convoca todos los lictores de tus colegas y mándales que desaten sus varas y segures. No estará un momento la esposa de Icilio fuera de la casa de su padre. No porque nos hayas quitado la potestad tribunicia y la apelacion al pueblo, dos baluartes de la libertad, ha de tener tu liviandad un dominio injusto sobre nuestras hijas y mugeres. Despedazad nuestras espaldas y cuellos; pero respetad por

lo menos la castidad. Si se hace violencia á esta doncella, yo invocaré á favor de mi esposa la fé de los Quirites que estan presentes: Virginio, por su única, la de los soldados y todos, la de los dioses y los hombres; y sin matarnos no se ejecutará tu sentencia. Te pido, ó Apio, que reflesiones una y otra vez á cuánto te espones." Estas palabras conmovieron todo el pueblo, y Apio viéndolo dispuesto á romper se creyó obligado á ceder á la tempestad. «Icilio, dijo, no defiende á Virginia, sino como hombre turbulento que respira aun los fuegos tribunicios, busca pretestos para sediciones: no los daré, atento mas que á su impudencia, al mérito de Virginio ausente, á la patria potestad y al nombre de la libertad. Pediré á Marco Claudio que ceda de su derecho y espere á mañana. Si Virginio no se presenta, mostraré á Icilio y á sus camaradas que me bastan mis lictores para castigar á un sedicioso." Disimulando su resentimiento despachó otras causas, y concluido el tribunal se retiró furioso y devorado de inquietudes. Envió un aviso á sus colegas para encargarles que detuviesen á Virginio; pero el amor, mas pronto que el ódio, se habia anticipado. Virginio, informado del peligro de su hija, salió del campamento antes que llegasen las órdenes de Apio, y si-

guiendo un camino diferente del real, llegó á Roma y calmó la furia de Icilio y los temores de Virginia.

Al dia siguiente se presenta con ella en el foro. La palidéz de la joven, su hermosura realzada con las lágrimas, y el dolor varonil de su padre que tendia á los conciudadanos sus membrudos brazos implorando socorro, enternecieron todos los corazones. Su infortunio advertia á cada familia los peligros que la amenazaban. Apio sube al tribunal con ademan fiero: las tropas bajan del capitolio y guarnecen la plaza. El pueblo en un profundo silencio parecia esperar su condenacion. El insolente Claudio se queja de la lentitud del juicio; revistiendo su vileza con la apariencia del valor, acusa de parcial al decemviro y renueva su demanda. Virginio demuestra hasta la evidencia lo absurdo de su peticion. Su esposa no habia sido estéril, sino madre de muchos hijos: habia alimentado á Virginia á sus pechos, y un gran número de parientes y amigos daban testimonio de estos hechos, á los cuales ya era imposible replicar. El juez se enfurece al ver la conviccion que subyuga todos los ánimos: ciego por la violencia de su pasion no quiere oir mas á los defensores de Virginia, y sentencia que pertenece á Claudio. Los circunstantes

levantan las manos al cielo y llenan el aire con sus clamores. Apio, ya fuera de sí, dice que si los sediciosos no se callan allí estan las tropas para castigarlos; y manda á los lictores que separen el pueblo y entreguen la esclava á su dueño. La multitud temerosa se retira, y la infeliz doncella va á ser víctima del crímen. Virginio con una serenidad, precursora de la desesperacion, suplica á Apio que le permita consolar á su hija, é indagar de ella la verdad, interrogando en su presencia á la muger que la habia asistido en su infancia. Apio lo consiente. Virginio se separa á un lado con su hija, cerca del puesto de un carnicero, y tomando de él un cuchillo dijo: «no tengo otro medio de ponerte en libertad." Sepúltale el cuchillo en el seno, y sacándolo ensangrentado «Apio, clamó, con esta sangre consagro tu cabeza á los dioses del infierno."

Retirada del pueblo al Aventino. (A. M. 3555. A. J. 449.) Este atroz espectáculo produjo un tumulto espantoso. Apio inmóvil en su tribunal queda helado de horror. Virginio, bañado con la sangre de su hija, levantando el puñal que aun humea, corre furioso por la plaza, llama los ciudadanos á la libertad, se abre camino hasta las puertas de Roma, monta á caballo y vuela al campamento seguido de

mas de cuatrocientos plebeyos. Icilio y Numitorio se prosternan junto al cadáver: las mugeres lo rodean y esclaman entre lágrimas y gemidos: «¿Es este el premio de la honestidad? ¿es esta la suerte de los padres?» Al dolor sucede la rabia: Icilio y sus amigos gritan *venganza* y *libertad*: la multitud repite estas palabras. Apio manda prender á Icilio: una parte del pueblo, á la cual se juntan Horacio y Valerio, le defiende. El decemviro, seguido de una tropa de jóvenes patricios, acude á dar ánimo á sus lictores; pero el pueblo los maltrata y dispersa y rompe los haces. Apio se aleja y tiene la imprudencia de convocar los comicios: Horacio y Valerio le siguen: mandan poner sobre un tablado el cuerpo de Virginia; acusan á los decemviros por su usurpacion y sus atentados. En vano se esfuerza Apio para contener el tumulto. La vista de Virginia, testigo irrecusable, subleva el pueblo contra él. Su voz no es oida en medio de los gritos: su partido le abandona. Creyéndose perdido se cubre con su manto, y oculta en una casa vecina su oprobio, su miedo y su desesperacion. El pueblo que hubiera debido defender á Virginia, se apresura á dar los últimos honores á su cadáver. Se le hacen magníficos funerales: las matronas romanas la cubren de flores y coronas,

y la llevan en triunfo al sepulcro. Mientras que en Roma la lloraban, Virginio se disponia á vengarla. Todo el ejército, sabida su desgracia, acudió á verle. «No me atribuyais, les dice, la maldad de Apio Claudio: no me detesteis como parricida: hubiera muerto por conservar la vida de mi hija, á haber podido conservar con ella su honestidad. Viéndola llevar como una esclava al estupro, creí que le era mejor morir honrada que vivir prostituida, y por compasion me arrojé á lo que parece crueldad. Yo no sobreviviria á mi hija sino conservase en vosotros la esperanza de vengarla. Tambien teneis, hijas, hermanas y mugeres. La liviandad de Apio Claudio no se ha apagado con la sangre de Virginia: si queda impune será mas desenfrenada. Escarmentad en mi infortunio. Yo he perdido á mi esposa, arrebatada por la muerte: mi hija, que ya no podia vivir con honestidad, ha caido infeliz, pero honrada. Ya no tiene víctimas en mi familia la liviandad de Apio Claudio. Yo sabré libertarme de toda violencia como liberté á Virginia: ¡que los demas miren por sí mismos y por sus hijos!"

A estas palabras se levanta un grito general: todos juran vengarle. Las noticias de Roma llegan en este momento. El ejército toma las armas y las banderas y marcha á la ciudad:

los decemviros quieren detenerle: los soldados les dicen que sabrán hacer buen uso de sus espadas. Atraviesan toda Roma llamando los ciudadanos á la libertad, y toman posicion en el Aventino. En medio de este desorden el decemviro Opio convoca el senado: éste envió al ejército tres individuos suyos para calmarlo y restablecer la paz. Las legiones declaran que no tratarán sino con Valerio y Horacio. Como estaban sin gefes, Virginio les aconsejó nombrar diez tribunos militares. Siguióse su dictámen y él fue el primer elegido; pero rehusó este honor, incompatible con la afliccion de su ánimo. El segundo ejército siguió el ejemplo del primero, y se reunió con él en el Aventino. En estas tristes circunstancias, alborotado el pueblo, rebeladas las tropas y sin poder la magistratura, el senado se juntaba inútilmente todos los dias, y no podia lograr que los decemviros abdicasen su autoridad hasta acabar la redaccion completa de las leyes. Horacio y Valerio se negaban á tratar con las legiones mientras subsistiese el decemvirado. Esta incertidumbre aumentaba el desorden y el riesgo. Los dos ejércitos, disgustados de estas lentitudes, pasaron del Aventino al monte Sagrado, donde los siguió la mayor parte del pueblo, dejando convertida á Roma en una vasta sole-

dad. Entonces preguntaron los senadores á los decemviros si querian mandar en las paredes. «¿No os avergonzais de ver en el foro mas lictores que ciudadanos? ¿Qué hareis si el enemigo acomete la ciudad, ó la plebe indignada éntra en ella con armas? ¿Quereis que perezca Roma con vuestro mando?" La ostinacion de los tiranos cede en fin á la necesidad. Prometen abdicar con tal que se les den seguridades contra el furor del pueblo. Horacio y Valerio van al ejército, que les pide el restablecimiento del tribunado y de la apelacion, y el castigo de los decemviros. Horacio y Valerio aceptan las dos primeras proposiciones, é instan al pueblo á que desista de la venganza y ponga fin á las turbulencias que afligian la república. El pueblo y el ejército, vencidos por su virtuosa elocuencia, declararon que se remitian al senado en todos los puntos. Cuando los diputados dieron cuenta de su mision Apio dijo: «No ignoro la suerte que me amenaza: se difiere la pelea contra nosotros hasta que se den armas á nuestros enemigos. El ódio pide sangre; sin embargo no por eso dejaré de abdicar."

El senado mandó á los decemviros, por un decreto, que abdicasen, y al gran pontífice Furio, que nombrase los tribunos del pueblo

y prohibió que se hiciesen pesquisas acerca de los autores de la sublevacion del ejército. Este decreto restableció la tranquilidad y convirtió en alegria la consternacion. El pueblo volvió á la ciudad: los tribunos nombrados fueron Virginio, Icilio, Numitorio, Sicinio y Duilio. Se eligieron cónsules á Valerio y á Horacio. Como la caida del gobierno decemviral era el triunfo del pueblo, no se limitó éste á destruir la tiranía: se aprovechó de la victoria para pedir y obtener nuevos derechos en perjuicio de los patricios. Horacio y Valerio se creian obligados por sus nombres mismos á ser populares, y dieron una arma terrible á la plebe, estableciendo que las decisiones de los comicios por tribus serian tan obligatorias como las de las centurias. Otro decreto prohibió bajo pena de muerte, crear una magistratura, de la cual no pudiese haber apelacion al pueblo: y se fulminó la misma pena contra todo hombre que maltratase á un tribuno. En fin, el depósito de los senatus consultos, que estaba en el templo de Céres, se puso bajo la salvaguardia del pueblo. El senado tuvo que aceptar estas leyes, que le debilitaban sin hacerlo mas popular: porque cediendo á la fuerza, no daba un beneficio sino sufria una derrota: y el sacrificio á que se le obligaba, ins-

piraba la desconfianza mas bien que el amor.

Los tribunos citaron á Apio en juicio: la presencia de los jovenes patricios que le acompañaban, recordaba sus vicios y atentados. Apio, careciendo del valor que solo la virtud puede inspirar, se mostró tan bajo en la desgracia como insolente habia sido en la prosperidad: empleó inútilmente los ruegos para aplacar á un pueblo ofendido: celebró la justicia de su código, y recordó que su amor al pueblo le habia grangeado el ódio de los patricios. Virginio no le permitió que divagase fuera del hecho de que se le acusaba: y como la denegacion era imposible, solo respondió: *apelo al pueblo.* Esta apelacion, que él habia destruido, fue su primer castigo: pues buscaba su salud en el mismo pueblo que habia tiranizado El tribuno le señaló dia para que el pueblo le juzgase, condescendiendo con su demanda: pero entre tanto le puso en prision con el pretesto de que no podia gozar del privilegio de la ley que él mismo habia quebrantado: rigor, que pareció venganza y no justicia, quitándole á su enemigo la proteccion de las formas legales. El venerable tio de Apio lo habia atacado valerosamente cuando era decemviro; y tomó su defensa cuando fue reo, con generosidad, pero inútilmente: sin embar-

go, causó impresion en los ánimos cuando recordó sus servicios y hazañas, los triunfos de su familia y la sabiduría de sus leyes: pero Virginio, invocando los manes de su hija, renovó los movimientos de indignacion: y el reo, perdiendo toda esperanza de sustraerse á la venganza pública, se dió muerte en la cárcel. Opio imitó este acto de valor ó de debilidad, que el honor aconseja algunas veces y que la virtud prohibe siempre Los demas decemviros fueron desterrados y confiscados sus bienes. Marco Claudio fue condenado á muerte: pero Virginio hizo que se conmutase esta pena en la de destierro. Temíase una reaccion tan terrible como la tiranía. El tribunado, como todo partido que se levanta, traspasaba los límites de la justicia. La prudencia de Duilio puso fin á los furores de sus colegas. «Basta, les dijo, de libertad y de castigos: no permitiré que en este año se forme causa ni se prenda á ningun ciudadano: porque ni quiero que se persigan los anteriores delitos, cuando los nuevos se han espiado con los suplicios de los decemviros, ni el cuidado de los dos cónsules en defender nuestra libertad, dará lugar á que sea preciso poner en actividad la fuerza tribunicia.» Esta declaracion firme y moderada restableció la paz en

Roma. Las doce tablas grabadas de nuevo, se presentaron á la aprobacion del pueblo. Ciceron hace de ellas el mayor elogio, llamándolas *la razon escrita.*

Los enemigos esteriores, animados por las disensiones de la república, continuaron sus correrias y saqueos. Los cónsules, fuertes con la union restablecida, los vencieron y se apoderaron de sus campamentos. Eran dignos del triunfo: el senado lo negó y el pueblo lo concedió: y por la vez primera triunfaron los generales por un plebiscito. Si el orgullo estraviaba á los patricios, no era menos intolerable el de los tribunos. Quisieron continuar en sus destinos: pero Duilio, que era presidente el dia de la eleccion, declaró que no permitiria el nombramiento de ninguno de los actuales: y asi se eligieron otros tribunos y otros cónsules, y el aprecio público premió el desinteres de aquel magistrado virtuoso.

Algun tiempo despues, nuevas disensiones, escitadas por la enemistad de los dos ordenes del estado, dieron tanta confianza á los volscos, que hicieron correrías hasta las mismas puertas de Roma. Los plebeyos, animados por sus tribunos, no querian tomar las armas: el cónsul Quincio Capitolino junta los comicios y censura su vergonzosa conducta. « Esos co-

bardes enemigos, les dijo, ¿á quién desprecian, á los romanos ó á su cónsul? si la culpa está en mí, despojadme del consulado, castigadme despues; pero si es vuestra arrepentíos de ella, ya que no estais sujetos á ninguna autoridad. Los volscos no os han despreciado por cobardes ni han confiado en su valor, como que han aprendido lo que son ellos y lo que sois vosotros, en tantas batallas en que han sido vencidos y ahuyentados, con pérdida de sus reales y la ignominia del yugo. La discordia de los ordenes es el veneno de esta ciudad; las altercaciones entre los padres y la plebe han dado osadía á los enemigos: vuestro ódio á los magistrados patricios y el nuestro á los plebeyos, la falta de moderacion en el imperio de los unos y en la libertad de los otros, ¿cuándo tendrán fin? Quisisteis que la plebe tuviese tribunos, los concedimos para tener paz: quisisteis decemviros, los tuvisteis: llegasteis á aborrecerlos, el senado los obligó á abdicar, recobrasteis el tribunado y la apelacion: adquiristeis el derecho de obligar á los padres á obedecer á los plebiscitos. ¿Qué mas quereis? El enemigo saquea vuestras tierras: ¿los tribunos os resarcirán? Sus eternas acusaciones contra nosotros ¿llenarán vuestro tesoro? Yo sé que podria deciros cosas mas agra-

dables, pero prefiero vuestra salud á vuestro placer. Si renunciais á las declamaciones de los tribunos, y volveis á las costumbres vuestras y de vuestros padres, consiento que se haga un escarmiento en mí, sino venciere dentro de pocos dias á esos ladrones de vuestros campos, quitándoles sus reales y llevando el terror de la guerra á sus ciudades.» Ninguna oracion popular ha producido nunca tanto efecto como este discurso severo. Su verdad, que no ofendió á nadie, produjo la admiracion y con ella el entusiasmo. Toda la juventud se alistó y el senado encargó á los cónsules por un decreto, que cuidasen de la conservacion de la república. Entrambos debian gozar de la autoridad absoluta: pero Agripa la cédió á Quincio, cuya superioridad reconocia. Se dió una gran batalla á los enemigos: la resistencia hizo dudosa por muchas horas la victoria. Agripa viendo que retrocedia su ala cuando la de Quincio iba vencedora, arrojó un estandarte entre las filas de los volscos. Los romanos por recobrarle se arrojaron con furor sobre el enemigo, y la victoria fue completa. Los cónsules no pidieron el triunfo que se habia rehusado á Valerio y Horacio, temiendo, si lo obtenian, que se atribuyese al favor mas que al mérito.

Florecian entonces en Roma la magnanimidad y la virtud: sin embargo, un juicio interesado y contrario á los sentimientos romanos, eclipsó la una y la otra. Los habitantes de Aricia y los de Ardea se hacian guerra por un territorio, cuya propiedad reclamaban ambas ciudades. El respeto que inspiraba la severa equidad del pueblo romano, hizo que le eligiesen por árbitro. Los diputados de las ciudades defendieron su causa en el foro de Roma, é iba á darse la sentencia, cuando se levantó un romano octogenario, y dijo que se habia hallado en el sitio de Coriólos, y podia asegurar, que el territorio de que se trataba pertenecia á esta ciudad, y que habiendo pasado al dominio de los romanos, Ardea y Aricia disputaban una propiedad, que era de Roma. Los cónsules impugnaron inútilmente este dictámen, que sustituia el interés á la justicia, transformaba al juez en parte, y burlaba la noble confianza de dos pueblos en la imparcialidad del árbitro. Los tribunos no fueron mas felices apoyando las virtuosas observaciones de los cónsules: la plebe, enardecida con el discurso del anciano guerrero, y ciega por la codicia, adjudicó á Roma el territorio. Esta decision inícua, y sobre todo indecente, manchô la gloria de la república, y aumentó el

número de sus enemigos. Los ardeates se unieron á los volscos y á los écuos para atacar la fortaleza de Verrugo, que los romanos habian construido en sus fronteras. Los patricios y plebeyos estaban entonces mas divididos que nunca.

Era imposible dar fin á estas discusiones, porque la barrera que separaba al senado del pueblo, era á un mismo tiempo muy fuerte y muy débil. Las leyes humillaban mucho á la plebe, y sin embargo le daban mucho poder; Roma habia instituido la aristocrácia á la monarquía; y sin poder defenderse, caminaba á grandes pasos á la democrácia. El senado solo tenia en su favor el antiguo respeto y los triunfos y virtudes de sus miembros. Pero la fuerza pública estaba en el pueblo: con solo rehusar el alistamiento, obligaba á los padres á hacer continuos sacrificios; y el derecho de juzgar todas las causas, de aprobar ó desaprobar todas las leyes, y de citar en juicio á los magistrados, colocaba realmente el poder en la clase, á la cual se irritaba constantemente, separándola de todos los honores. La plebe, pues, participando ya del poder, habia de aspirar á las dignidades, y en efecto aspiró. En el consulado de Marco Genucio y Cayo Curcio, el tribuno Canuleyo propuso dos leyes:

una para que pudiesen celebrarse matrimonios entre patricios y plebeyos: y otra, para que los plebeyos pudiesen ser cónsules. Estas dos proposiciones causaron gran terror al senado: decia que los verdaderos enemigos de Roma eran los tribunos que atacaban sucesivamente todas las instituciones, y que pagaban las concesiones de los patricios esigiendo otras nuevas: que la mezcla de las familias quitaria al senado toda su magestad, y pondria la confusion en lugar del orden: que el consulado se daria á los mas facciosos, y que no se debia responder sino con las armas en la mano á aquellos tribunos turbulentos que preferian la invasion del enemigo al yugo de las leyes. Los partidarios del pueblo respondian: «nosotros solo queremos que se nos trate como á ciudadanos; el senado nos trata como á esclavos, y nos niega el vínculo del matrimonio que concede á los estrangeros. Esos orgullosos patricios creen que el acercarnos á ellos los mancha: piensan que el consulado se envileceria en nosotros, como pudiera en los libertos. Solo el nacimiento les parece digno de esta magistratura, y no la virtud ni el mérito. Apénas creen que somos hombres: nos conceden, á pesar suyo, la palabra y la forma humana, y se indignan de respirar el mismo aire que noso-

tros. Muchos estrangeros han llegado á ser patricios y senadores; ¡y este honor se niega á los ciudadanos romanos! El pueblo es la fuerza del estado, y no se confiesa esta verdad, sino para hacernos sufrir los gravámenes. El pueblo hace las leyes, y no se le permite proponerlas. El pueblo compone el ejército, y no se quiere que pueda mandarlo un hombre de su orden. Pues que los patricios quieren ser los únicos señores de Roma, defiéndanla ellos solos. No tomaremos las armas, hasta que se nos haya hecho justicia.»

Creacion de los tribunos militares. (A. M. 3562. A. J. 442). El senado oprimido por la violencia del pueblo y por la cercania del enemigo, adoptó la ley de los matrimonios. Los tribunos insistian en la del consulado: los patricios eludieron la dificultad diciendo, que en lugar de cónsules, se elegirian tribunos militares con potestad consular, los cuales podrian ser nombrados indiferentemente de los dos órdenes. La eleccion se verificó, y el pueblo, mostrándose generoso en su victoria nombró á tres patricios, que fueron Sempronio, Atilio y Elelio. Restablecida en Roma la tranquilidad, se pensó en hacer la guerra, que no produjo sucesos decisivos: pero al hacer el alistamiento, se conoció un nuevo desorden

que se habia introducido en la república.

Creacion de la censura. (A. M. 3564. A. J. 440). No se habia hecho censo en el espacio de los diez y siete años últimos: y muchos ciudadanos estaban sin inscribirse y podian substraerse á los gravámenes militares y civiles. Para remediar este abuso se resolvió confiar la formacion del censo á dos magistrados, que tomaron el nombre de *censores*. El pueblo, no previendo la estension que se daria á esta dignidad, la abandonó á los patricios. La ley fue propuesta por Geganio Macerino y Tito Quincio Capitolino, elegidos cónsules despues de la dimision de los tribunos militares. Los censores no tardaron en tener nuevas atribuciones: encargados de inspeccionar las costumbres y de conservar la disciplina, castigaban con la degradacion á los que tenian mala conducta. En lo sucesivo borraron á los senadores de la lista, privaron á los caballeros de sus títulos, y transferian á los ciudadanos de la primera centuria á la última. Despues se les confió el cuidado de los edificios y caminos públicos y la intendencia de las rentas. Escepto los lictores, tuvieron todas las insignias de la dignidad consular, á la cual se igualaba casi la censura. La duracion de esta magistratura fue á los principios de cinco años, y era necesario

haber sido cónsul para obtenerla. Los primeros censores fueron Papirio y Sempronio. Montesquieu dice, con razon, que esta dignidad fue el dique que contuvo por mucho tiempo la corrupcion y prolongó la duracion de la república.

Los mismos cónsules, que crearon un obstáculo tan grande para las innovaciones, y una barrera tan poderosa contra la inmoralidad, fueron los primeros que repararon la injusticia cometida por el pueblo romano contra Ardea. La plebe de esta ciudad, rebelada contra los nobles, se habia reunido á los volscos para robar sus tierras, y sitiaron á sus enemigos en la misma plaza. Geganio derrotó completamente á los volscos y los obligó á capitular y á pasar bajo el yugo: restableció la tranquilidad entre los ardeates, haciendo degollar á los gefes de los facciosos, y entró triunfante en Roma, precedido de los ricos despojos de los enemigos, y trayendo encadenado ante su carro á Cluilio, general de los volscos. La virtud y la sábia firmeza de Quincio, su colega, le adquirieron una gloria menos brillante y mas rara. Conteniendo el orgullo de los patricios y la licencia de los plebeyos, conservó la paz interior y se concilió el respeto del pueblo y el amor del senado. Bajo el gobierno de

estos cónsules virtuosos, Roma se lavó de la mancha que le habia impreso una sentencia injusta y restituyó á los ardeates el territorio que les habia quitado. Al mismo tiempo envió á Ardea una colonia para reparar las pérdidas que habian causado á su poblacion las guerras civiles.

Conjuracion de Espurio Melio. (A. M. 3566. A. J. 438). El estado contínuo de guerra y el desprecio de los romanos al comercio los esponia á frecuentes carestías. Roma se vió desolada por un hambre tan espantosa, que muchos ciudadanos se arrojaron desesperados al Tíber. Espurio Melio, caballero romano, quiso aprovecharse de esta calamidad para usurpar la autoridad suprema. Compró en Etruia una gran cantidad de trigo, que distribuyó á los pobres para ganarse partidarios. Los agentes de Lucio Minucio, encargados de los víveres, descubrieron las intrigas de Melio, de que se informó al senado, avisándole al mismo tiempo, que en casa de aquel caballero se celebraban asambleas nocturnas, y se reunian armas: que su partido queria hacerle rey, y que muchos tribunos, corrompidos por él, habian entrado en la conspiracion. El peligro parecia inminente: el cónsul Quincio propuso que se nombrase un dictador. Cincinnato fue revestido de esta dig-

nidad y dió á Servilio Ahala el cargo de general de la caballería.

El pueblo quedó al dia siguiente espantado y sorprendido de ver en la plaza al dictador precedido de los lictores. Preguntaba qué peligro imprevisto amenazaba á la república en medio de la paz. Nadie conocia el enemigo contra quien se armaba Roma sino Melio. Cincinnato le manda comparecer ante él: el reo, incierto del partido que debia tomar, dilataba la obediencia y procuraba huir. Servilio manda á los lictores que le prendan. Melio implora el socorro del pueblo, que engañado por su liberalidad, se conmueve y lo arranca de las manos de los lictores, y le dá escape: pero el general de la caballería le persigue, le alcanza, le atraviesa con su espada, y cubierto de su sangre vuelve al tribunal. »Hiciste bien, le dijo el dictador, has salvado la república." Sin embargo, este homicidio causó una grande agitacion en el pueblo: la ciudad estaba alborotada, y todo era clamores y vocerías. El dictador convoca los comicios y les dice: «aun cuando Melio no aspirase á la tiranía, su muerte fue justa; pues llamado por el general de la caballería, no quiso venir al tribunal donde le esperaba el dictador para juzgarle y decidir de su suerte segun su mé-

rito. Empleó la fuerza para libertarse del jui-
cio, y la fuerza lo oprimió: ni se podia tra-
tar como á ciudadano al que nacido en un
pueblo libre entre los derechos y las leyes, y
en la ciudad donde no ignoraba que en el
término de un año habia sido abolida la mo-
n arquía, castigados de muerte por el mismo
c nsul libertador de la patria, sus hijos y so-
brinos conjurados para la resticion de los Tar-
quinos, y obligado á abdicar Colatino Tarqui-
no su magistratura y á salir de Roma en ódio
de su nombre: donde algunos años despues
fue condenado al último suplicio Espurio Ca-
sio, que aspiraba al trono: donde en fin, poco
ha vimos á los decemviros perder los bienes,
la patria ó la vida por su soberbia tiránica,
se atrevió á concebir la esperanza de reinar.
¿Y quién? un hombre sin mérito, nobleza ni
dignidades. A los Claudios y Casios animaron
para la maldad los consulados y decemvira-
dos, las dignidades y esplendor de sus antepa-
sados. Pero que Espurio Melio, que mas bien
podia desear que esperar el cargo de tribuno,
enriquecido en el tráfico del trigo, haya espe-
rado comprar con dos libras de harina la liber-
tad de sus conciudadanos, reducir á la servi-
dumbre un pueblo dominador de todos sus ve-
cinos, y adornarse con las insignias del fun-

dador Rómulo, hijo de dioses y admitido entre los dioses, cuando apenas podria Roma sufrirle como senador, mas que delito es un prodigio. Ni basta que lo haya espiado con su sangre sino se destruyen las paredes y los techos entre los cuales se concibió tan gran locura, y sino se confiscan los bienes destinados á comprar la diadema. Y asi mando á los cuestores que los vendan y entreguen su producto en el erario."

Ejecutáronse las órdenes del dictador; pero no se hizo pesquisa de los cómplices. Este rigor austero y esta condenacion sin formalidades escitaron el furor de los tribunos, y amenazaron á Servilio Ahala que le citarian en juicio en concluyéndose la dictadura. La mayor parte del pueblo los apoyaba; pero el senado los desarmó, decretando que se nombrarian seis tribunos militares en lugar de cónsules. Los tribunos esperaban obtener uno de estos cargos: pero su esperanza fue engañada; el pueblo habituado á respetar el senado cuando no se irritaban sus pasiones, no quiso elegir mas que tres tribunos militares, y los escogió todos patricios. Poco tiempo despues los veyentes cometieron hostilidades, y atrajeron á su partido á Fidenas, colonia romana. El senado les envió embajadores para quejarse de

la infraccion de la paz. Folumnio, rey de Veyos, los mandó matar. La necesidad de vengar una ofensa tan grave, contuvo el espíritu turbulento de los tribunos de la plebe, y no hicieron oposicion á que se creasen cónsules. Sergio, uno de ellos, ganó una batalla que le adquirió el renombre de Fidenate; pero no fue decisiva, y costó tanta sangre, que causó en Roma mas lágrimas que regocijos. Los faliscos se unieron á los veyentes, y lo grande del riesgo obligó á nombrar dictador á Mamerco Emilio. Dióse otra batalla, en la cual la infantería etrusca fue arrollada por los romanos: pero la caballería mandada por Folumnio combatia ventajosamente con la del dictador. En este momento Cornelio Coso, guerrero romano, viendo al rey de los veyentes que esparcia en todas partes la muerte y el terror, esclamó: «este es el quebrantador de todo derecho de humanidad y de gentes. Si los dioses quieren que haya algo sagrado en las tierras, yo inmolaré esta víctima á los manes de nuestros embajadores." Dichas estas palabras arremete á él, y le derriba de una lanzada. Folumnio se levanta: Coso deja su caballo, lo acomete de nuevo, lo derriba y lo cose contra la tierra. Despues le quita las armas, le corta la cabeza, y la pone en la

punta de su lanza. Este sangriento trofeo reanima el valor de los romanos, y aterra á los enemigos que se ponen en fuga. Se hizo en ellos una espantosa carnicería. La victoria fue completa. Emilio logró la pompa, y Coso el honor verdadero del triunfo. Este héroe fue el segundo que consagró despojos opimos en el templo de Júpiter Feretrio.

La peste se añadió á los males de la guerra para estenuar las fuerzas de Roma: pero á pesar de tantas calamidades, el dictador Servilio venció de nuevo á los veyentes, y tomó á Fidenas. (A. M. 3570. A. J. 434). Mas no se hizo la paz: se nombró otro dictador, y el senado y el pueblo obligaron á los cónsules, que se resistian, á elegir á Postumio, que venció á los volscos, les tomó el campamento, vendió un gran número de prisioneros, y abdicó despues de haber triunfado.

En este tiempo un pueblo, poco conocido entonces, pero temible despues á los romanos, aumentó su poderío por medio de un crímen. Los Samnites, despues de haber disputado á los etruscos el territorio de Vulturno, obtuvieron por el tratado de paz, el permiso de establecer alli una colonia: pero apenas llegaron, atacaron de improviso la ciudad por la noche, sorprendieron á los habitantes

en los desórdenes de una fiesta, los mataron, y su gefe Capis dió el nombre de Capua á esta sangrienta conquista. Durante muchos años, la guerra continuaba entre los romanos, veyentes y volscos, sin mas resultado que algunos triunfos inútiles obtenidos ya por cónsules, ya por tribunos militares. El cónsul Sempronio, peleando contra los volscos, se vió abandonado por sus legiones que huyeron poseidas de un terror pánico: el valor intrépido de un solo decurion llamado Tempanio, salvó el ejército. Eshortó á algunos caballeros que le seguian, á que echasen pie á tierra, defendió con ellos heróicamente un desfiladero, y contuvo al enemigo, que se retiró creyéndose atacado de nuevo. Asi los dos ejércitos se creyeron vencidos, y Tempanio quedó por único dueño del campo de batalla. Los fugitivos alarmaron á Roma, y ya los senadores se habian armado en defensa de las puertas, cuando se supo que no habia nada que temer. Los tribunos creyeron favorable esta ocasion para acusar á los cónsules, y contaban con la declaracion de Tempanio: pero este guerrero, tan generoso como valiente, justificó á Sempronio, elogió el valor de sus gefes, no habló del suyo, y adquirió mas gloria por su modestia que por su intrepidez. En

este tiempo se establecieron en el ejército cuestores encargados de la caja militar, de la provision de víveres, y del repartimiento del botin. Despues ejercieron las mismas funciones en los paises conquistados y reducidos á provincias romanas: y esta magistratura fue el primer grado para ascender á las demas dignidades de la república. Al mismo tiempo se descubrió una conspiracion de esclavos que querian incendiar á Roma: mas el suplicio de los gefes le puso fin. Los tribunos, que no gustaban de la paz interior porque las turbulencias eran favorables á su ambicion, comenzaron sus quejas y declamaciones contra el repartimiento desigual de las tierras. La discordia que escitaban en la ciudad pasó á los campamentos. Los tribunos militares, divididos entre sí, se dejaron rodear por los ecuos; una parte del ejército romano pereció y otra huyó. Los generales y sus lugartenientes se refugiaron á Tusculo. Servilio Prisco nombrado dictador, reparó este reves. Los enemigos en lugar de aprovecharse de la victoria, se entretuvieron en banquetes. Servilio los sorprendió en este desorden, se apoderó de su campamento, tomó una de sus ciudades, hizo un rico botin, y abdicó la dictadura que solo habia durado ocho dias. El repartimiento de las tierras escitó en el

ejército una nueva sedicion. Postumio, tribuno militar que se apoderó de la ciudad de Volas, habia prometido á sus soldados repartirles el territorio: pero siendo hombre de carácter ligero y violento, faltó á su palabra Los soldados se rebelaron, y como el tribuno quisiese refrenarlos con el rigor, le mataron á pedradas. El senado consternado por este crímen, no se atrevia á castigar á los soldados, que eran protegidos por el pueblo, ni podia absolver á hombres delincuentes de una infraccion tan grave contra la disciplina. Los cónsules propusieron que se dejase al pueblo el juicio de esta causa: el pueblo lo cedió á los cónsules. Todos querian la justicia, y todos temian al ejército. Los cónsules Cornelio Coso y Furio Medulino condenaron á muerte algunos soldados. Esta moderacion no calmó los ánimos, y la discordia continuó en el campamento y en la ciudad. La guerra, la peste y la hambre no pudieron destruir el espíritu de faccion, y la desgracia no logró reconciliar sus víctimas.

Los ecuos y los volscos, aprovechándose de estas disensiones, tomaron una fortaleza romana con su guarnicion. Los cónsules no podian obtener de los tribunos permiso para alistar un ejército. El senado tuvo que ceder

y nombrar tribunos militares: pero como crecia el número y el atrevimiento de los enemigos, fue preciso recurrir á la dictadura. En medio de este desorden, que si se prolongaba podia esponer la ciudad á los mayores riesgos, Servilio Ahala, uno de los tribunos militares, obedeció al senado contra la opinion de sus colegas, y nombró dictador á Publio Cornelio, que venció á los enemigos, taló sus campos y abdicó. Los nuevos tribunos militares vencieron á los volscos y tomaron á Anxur, llamada despues Terracina. Concedieron al ejército el saqueo de esta ciudad, y ganaron con esta generosidad el afecto del pueblo. Si la lucha perpetua de los romanos contra las naciones vecinas les dió un espíritu guerrero, el hábito de los peligros y las armas y la fuerza invencible que les hizo conquistar el mundo, las intrigas de los tribunos, la frecuencia de las sediciones, el temor de los juicios populares y la ambicion orgullosa de los plebeyos, obligaban al senado á estudiar constantemente la política, á hacerse superior por sus virtudes á toda censura ó acusacion, á reunir la astucia y el poder para dirigir espíritus tan indóciles, y á aprender el arte de gobernar el mundo. Esta hábil corporacion penetró cuál era el vicio radical que inutilizaba los esfuer-

zos de los guerreros mas valientes y de los generales mas esperimentados. Las tropas no devengaban sueldo: y los ciudadanos, militando á su costa, veian muchas veces sus heredades arruinadas y sus tierras incultas. Por eso tenian que pedir prestado, recurrian á los usureros, y estaban dispuestos á las sediciones: tomaban las armas con disgusto, y siempre se les hacía tarde para dejarlas. Las guerras no eran mas que correrías: las campañas no duraban mas que un mes, y el licenciamiento del ejército hacía perder el fruto de las victorias mas brillantes. El senado hizo una revolucion, y hechó los cimientos del poder romano, concediendo sueldo á la infantería por un decreto, que el pueblo aceptó con sumo placer, acudiendo á alistarse, besando las manos de los senadores, llamándolos padres, y jurando derramar su sangre en defensa de una patria tan benéfica. Los ejércitos pagados, que suelen ser en otros paises favorables á la usurpacion del poder, no lo eran en Roma donde el pueblo ecsaminaba los gastos, aterraba con su tribunal á los ambiciosos, tenia parte en la legislacion, y elegia los magistrados. El aumento de la fuerza armada, no era, pues, dañoso á la independencia. Los tribunos solos no participaban de la alegría general, y desa-

probaban la innovacion que les quitaba uno de los pretestos mas fuertes de turbulencias. Representaron al pueblo que se le pagaba de su dinero, y que se compraba su obediencia con el producto de las contribuciones que se le imponian. Muchos ciudadanos movidos con estas reflesiones, se mostraban dispuestos á no pagarlas; pero los patricios fueron los primeros en contribuir, y al ver su dinero conducido en carros al erario, se escitó el amor propio de los plebeyos: imitaron aquel ejemplo, y hasta los proletarios querian pagar el impuesto.

Sitio de Véyos. (A. M. 3593. A. J. 411.) El senado teniendo á su disposicion tropas regulares, formó proyectos mas vastos y resolvió poner sitio á Véyos, una de las ciudades mas fuertes de Italia, y casi igual á Roma en poblacion, riqueza y denuedo de sus habitantes. Los tribunos militares dividieron sus fuerzas. Unos pelearon con los volscos y les quitaron á Artena, una de sus ciudades, y los demas sitiaron á Véyos. Este cerco duró diez años: despues de muchos asaltos inútiles fue necesario convertir el sitio en bloqueo. Los veyentes, temiendo que sus peligros se aumentasen con las disensiones interiores, eligieron un rey; pero esta medida les fue perniciosa, porque la asamblea general de los etruscos resolvió no ausi-

liarlos sino restablecian el gobierno republicano. Nadie se atrevió, por temor del rey, á dar esta noticia en la ciudad; de modo que se quedó sin socorros, entregada á sus propias fuerzas. El bloqueo de Véyos obligaba al soldado romano á pasar el invierno en el campamento, lo que hasta entonces no habia sucedido. El descontento que la ausencia de la juventud causaba en la ciudad, pareció á los tribunos un motivo oportuno para declamar contra el senado. "Por esto ha sido, decian, la paga de las tropas: no nos engañábamos en creer que los dones de nuestros adversarios estaban envenenados. La plebe vendió su libertad: los jóvenes son desterrados para siempre de la ciudad y de la república: ni aun se les permite ver en el invierno su familia y su casa. ¿Por qué creis que continúan el servicio? por quitar á la plebe el nérvio de su juventud, la cual enseñan en el campamento á sufrir la tiranía militar." Estas palabras causaban impresion en la muchedumbre, cuyos grandes móviles son las pasiones y la costumbre. Apio, tribuno militar que habia quedado en Roma, temió que estas intrigas no destruyesen el nuevo edificio que el senado habia erigido. Y asi dijo al pueblo: "Si alguna vez, romanos, ha podido dudarse por qué causa mueven sediciones los tribunos, por

la vuestra ó la suya, ahora ha sucedido á la duda la certidumbre; y no solo me complazco en ver destruido vuestro error, sino tambien me felicito á mí, á vosotros y á la república, porque lo ha sido para vuestro bien. Nunca se han ofendido tanto por las injurias, si es que las ha habido, hechas á la plebe como ahora por el beneficio de la paga de las tropas: porque nada los irritó entonces mas, nada quieren ahora perturbar con mas ansia que la concordia de los órdenes. Juzgan propio de su dignidad los contínuos tumultos y las disensiones que os impidan ser el mas poderoso de los pueblos. Si los soldados, de quienes fingen compadecerse, me oyeran, estoy cierto que me aplaudirian. Si solo fueran mercenarios, les diria que el trabajo debe ser proporcionado á la recompensa, y que si se les paga todo el año, todo el año deben militar. Pero son romanos, y el bien de Roma debe persuadirlos. Los de Véyos han roto siete veces los tratados; han talado nuestras tierras, sublevado á los fidenates, degollado una colonia y asesinado nuestros embajadores. Quieren tambien armar toda la Etruria contra nosotros. ¿Debemos pelear blandamente con enemigos de esta especie? ¿Abandonaremos los cuarteles y trincheras para darles lugar á nuevas correrías? Y aun cuando

estos motivos no esigiesen que se prolongase el sitio, creed que nada es mas importante que establecer la disciplina en el ejército. Hasta ahora hemos sabido vencer, mas no aprovecharnos de la victoria. Dejábamos el campo á mediados de otoño como las aves de paso que desaparecen con el estío. Aprendamos, si la guerra es larga, á esperar animosamente su ésito: arrostremos el hielo y la nieve por la gloria, como los arrostramos por el vano placer de la caza. Sepan los enemigos que Roma, tan perseverante como impetuosa, no pone fin á un cerco sino con la toma de la ciudad, ni á una guerra sino con la victoria. Declarad á vuestros tribunos que no los habeis elegido para que sean defensores de la molicie y de la cobardía, y prohibidles que engañen á los soldados, llamando libertad á la licencia é indisciplina.» La firmeza de este discurso impuso respeto á los facciosos.

Poco tiempo despues se supo que los veyentes, en una salida nocturna, habian destruido los trabajos y máquinas de los romanos. Esta noticia indignó al pueblo. Los plebeyos mas ricos se ofrecieron á servir en caballería de voluntarios hasta que se tomase á Véyos. El senado, aprovechándose de este celo para completar su sistema, concedió á los ginetes

un sueldo triple del de los infantes. Los generales patricios habiendo sido vencidos por los volscos, nombró el pueblo tribunos militares de la clase plebeya. Un fenómeno escitó grande inquietud en Roma. Las aguas del lago Albano crecieron prodigiosamente sin haber antecedido lluvias. La credulidad lo atribuyó á portento; y como fuese muy celebrada entonces la ciencia de un anciano de Véyos, que era adivino, lo trajeron á Roma para que esplicase aquella crecida súbita. El dijo, refiriéndose á una antigua prediccion, que Roma estaba amenazada de un gran desastre, si el agua llegaba hasta el mar, y que sino la rendicion de Véyos era cierta. El senado consultó al oráculo de Delfos, y su respuesta fue conforme á la del adivino. Mandó pues abrir zanjas que alejaron del mar las aguas del lago, y la política se aprovechó de la supersticion para aumentar el valor de los sitiadores y el temor de los sitiados. Dos tribunos militares fueron vencidos por los capenates y faliscos, y el terror se apoderó del ejército y de la ciudad; porque en el campo de Véyos se decia que el enemigo marchaba contra Roma, y en Roma que los veyentes habian ganado una victoria completa.

En esta consternacion cesaron las intrigas de los ambiciosos, y la envidia misma invocó

el ausilio del génio. Fue nombrado dictador Camilo, y eligió por general de la caballería á Cornelio Escipion. Las virtudes y hazañas de Camilo le habian grangeado la estimacion universal. La juventud se alistó á su llamamiento con ardor y confianza; y no solo la de Roma, sino tambien la de los latinos y hérnicos. El dictador prometió á los dioses que si terminaba la guerra con felicidad, celebraria los grandes juegos del circo y reedificaria el templo de la diosa Ino, conocida en Roma bajo el nombre de la madre Matuta. Sale á campaña, vence á los faliscos y capenates, y va al campamento de Véyos, que no habia sido atacado como se creia; pero estaba muy desordenado y sin disciplina; mal todavia peor que una derrota. Convencido de que no podria rendir á fuerza descubierta una ciudad tan populosa, hizo abrir en secreto una mina que llegaba hasta debajo de la ciudadela. Concluida esta obra sin que los sitiados tuviesen ni aun sospecha de ella, consultó al senado acerca del destino que habia de darse al rico botin de aquella plaza. El senado resolvió entregarlo al pueblo, y distribuirlo á todos los ciudadanos que fuesen á militar en el campamento, y la mitad de los habitantes de Roma se presentó. El dictador conformándose á la antigua costum-

bre que esigia tener propicios, no solo á los dioses de Roma, sino tambien á los de Véyos, recibidos auspicios favorables dijo: « Apolo pitico, por tu mandado voy á arruinar esta ciudad enemiga: te consagro el diezmo de sus riquezas: y tú reina Juno, que hoy habitas en Véyos, te suplico que despues de la victoria nos sigas á Roma, que será tu ciudad, y donde tendrás un templo digno de tí." Para divertir la atencion de los veyentes del verdadero peligro que los amenazaba, dispuso un asalto general; y cuando las legiones marchaban hácia las murallas con mucha griteria, un cuerpo elegido penetrando por debajo de tierra, atraviesa y sale con grande estruendo al templo mismo, donde el rey de los veyentes hacia un sacrificio á los dioses, y en el mismo instante que el adivino, consultando las entrañas de las víctimas, declaraba vencedor al que consumase aquella ceremonia. Los romanos oyendo estas palabras, se arrojan sobre los veyentes y dan cumplimiento al oráculo, ofreciendo al cielo el holocausto. Tito Livio refiriendo este hecho, que no se atrevió ni á creer ni á refutar, confiesa sin embargo que es mas propio del teatro que de la historia. Los romanos, dueños de la ciudadela, pasaron á la ciudad y quemaron los edificios, al mismo tiempo que

las legiones salvaban las murallas. La carnicería fue espantosa: Camilo al fin consiguió que cesase: mandó que se perdonase á los desarmados, y cuando estos se libertaron dió la señal del saqueo. Viéndose dueño de una ciudad tan grande dijo: «Si mi fortuna y la de Roma parece demasiado brillante á los dioses ó á los hombres, y ha de ser espiada por grandes calamidades, pido al cielo que caigan sobre mí y no sobre la república.» Al decir esto tropezó contra una piedra y cayó. La supersticion creyó despues que esta caida habia sido presagio del destierro de Camilo y del incendio de Roma por los galos. El dictador vendió todos los prisioneros, y el producto de esta venta fue la única parte del botin que entró en el erario. Los romanos mas distinguidos, vestidos de ropages blancos, condujeron á Roma en procesion la estátua de Juno (A. M. 3611. A. J. 393.) La credulidad contaba que Camilo preguntó á la diosa si queria que la trasladasen, y que ella respondió con la cabeza que sí. Véyos fue mas bien sorprendida que vencida. Ninguna victoria habia causado en Roma una alegria mayor: ningun triunfo habia sido mas magnífico. Camilo fue el primero que se mostró con cuatro caballos blancos uncidos á su carro, como se representaba á Júpiter y á

Apolo. Este orgullo desagradó; pero es mas fácil á los héroes hacerse inaccesibles al veneno, como Mitridates, que resistir á las seducciones de la fortuna y de la gloria. Despues de haber dado las órdenes necesarias para erigir el templo de Juno, hizo la dedicacion del de Matuta y abdicó la dictadura. El senado concedió la paz á los ecuos y volscos; pero se hallaba en grande apuro porque no podia adquirir la cantidad de oro necesaria para cumplir el voto de Camilo á Apolo délfico. Las matronas romanas, que sabian sacrificar á la patria su vanidad, como los ciudadanos sus vidas, ofrecieron sus ornamentos y joyas con los que se formó una copa de oro, de valor de ochenta mil escudos. Un honor inmortal fue el premio de este sacrificio: se les permitió ir á los juegos públicos en carros, y el privilegio de que se les hiciese el elogio fúnebre, no concedido hásta entonces sino á los hombres mas célebres.

Los faliscos no habian querido someterse. Camilo fue elegido tribuno militar, los venció y se apoderó de su campamento donde halló un rico botin, que reservó todo entero para el tesoro público. Los soldados, que admiraban su virtud y temian su severidad, no murmuraban de esta determinacion. Camilo

sitió á Falerios. Los niños de las familias mas distinguidas de aquella ciudad vivian bajo la direccion de un maestro, que concibió el proyecto de hacer fortuna con una traicion. Llevaba sus discípulos fuera de la ciudad para que jugasen. Prolongando sus paseos, los llevó últimamente á Camilo, y le dijo: «Te entrego los hijos de los principales ciudadanos de Falerios, y en ellos la ciudad.» «Malvado, le respondió el héroe, haces tu vil presente á un general y á un pueblo que no te semejan. Ningun tratado hemos hecho con los faliscos; pero el lazo sagrado de la naturaleza nos liga con ellos: y nosotros respetamos los derechos de la guerra como los de la paz. Hemos tomado las armas no contra débiles niños, sino contra hombres que sin haber recibido agravio, nos atacaron cuando sitiabamos á Véyos. Tu quieres que los dome con una maldad desconocida hasta ahora: los romanos no conocen mas medios de vencer que el valor, la actividad y las armas.» Dichas estas palabras mandó desnudar al maestro, atarle las manos á las espaldas, y dar varas á los discípulos para que le fuesen azotando hasta la ciudad. Los faliscos, que lloraban la perdida de sus hijos, al verlos volver convirtieron su dolor en alegría, y su ódio á los romanos

en admiracion : y aunque estaban decididos como los veyentes, á la guerra, pidieron la paz. Sus embajadores dijeron al senado. «Padres conscriptos: vosotros y vuestro general nos habeis vencido ; pero vuestra victoria ni escitará la envidia de los hombres ni nos causa ignominia. Nos rendimos, persuadidos de que seremos mas felices bajo vuestro imperio que con nuestras leyes. Damos en esta guerra dos grandes ejemplos á las naciones: vosotros de la buena fé que prefiere los peligros honrosos á un triunfo cierto, pero malvado; y nosotros de la generosidad que cede la victoria á la virtud. Enviad, pues, comisarios, que reciban nuestras armas y rehenes, y tomen posesion de la ciudad. No tendreis que quejaros de nuestra lealtad, ni nosotros de vuestro dominio.» Asi la virtud de un hombre adquirió á su patria una conquista importante.

El bajel que llevaba á Delfos la copa de oro fue apresado por los piratas de Liparia. Timasiteo, su gefe, digno de ser romano por su generosidad y respeto á los dioses, restituyó el buque y la copa, y escoltó á los enviados en su viaje á Delfos y en su vuelta á Roma. El senado creyendo que la situacion próspera de la república le permitia volver al

antiguo gobierno, hizo que se celebrasen comicios consulares, interrumpidos durante quince años. El pueblo dió un nuevo motivo de temor á los padres; porque deseaba abandonar á Roma y establecerse en Véyos. Camilo, que se opuso á esta resolucion, aunque con buen ésito, se grangeó sin embargo el aborrecimiento de los plebeyos. El senado concedió en el territorio de aquella ciudad siete yugadas á cada niño varon de los que habia en Roma, lo que multiplicó los casamientos y aumentó la poblacion. El pueblo ingrato, escitado por la envidia, que es la sombra perpetua de la gloria, olvidaba las hazañas de Camilo, y se indignaba de su constante oposicion á las pretensiones de los tribunos. En la ceguera de su ódio ni aun reparó si eran ó no verosimiles los pretestos de su persecucion, y asi acusó á Camilo de haberse apropiado una parte del botin de Véyos. El héroe, no esperando justicia de una muchedumbre apasionada, se anticipó al juicio, y se desterró á Ardea. Menos grande que Aristides, antes de salir de la ciudad, pidió á los dioses que sus ingratos ciudadanos tuviesen algun dia necesidad de él. Este deseo inmoral se cumplió.

Batalla del Alia. (A. M. 3622. A. J. 382.). La tempestad, que amenazaba á Ro-

ma venia de una nacion, cuyo nombre apenas conocia. La Galia, despues tan temible al pueblo romano, y últimamente una de sus mas brillantes conquistas, estaba dividida en tres partes, la Aquitania, la Céltica, y la Bélgica. Sus límites eran el Océano, el Rhin, los Pirineos y los Alpes. Su territorio era habitado por tribus selváticas, que se hacian continuamente la guerra, y que transmigraban frecuentemente á la gran Britania, á la Germania, á España y á Italia. En el reinado de Tarquino Prisco era Ambigato, rey de la Galia Céltica: y su pueblo demasiado numeroso, envió á otros paises colonias que buscaron una nueva patria con sus armas bajo los gefes Sigoveso y Reloveso. El primero corrió la Germania y las Pannonias: el segundo al frente de los Bituriges, pueblos que habitaban el Berry y Borgoña actuales, pasó los Alpes, conquistó el Noroeste de Italia y fundó las ciudades de Milan, Brescia y Verona. Los galos recibieron nuevos refuerzos de su patria se estendieron al sur del Po, y al pais que ocuparon se dió en Italia el nombre de Galia Cisalpina. Poco tiempo despues del destierro de Camilo, Arunte, ciudadano de Clusio, deseando vengarse de sus compatriotas, que le habian maltratado injustamente, se retiró á

la comarca de los galos que habitaban cerca de los Alpes, y les celebró la fertilidad de su pais y la escelencia de sus vinos. Aquellos hombres belicosos y poco sobrios, cayeron en la tentacion, y guiados por Arunte, penetraron en Etruria, y sitiaron á Clusio. La grande estatura, la espesa cabellera, las espadas largas y tajantes, y las costumbres fieras de estos nuevos enemigos, esparcieron el terror en todas partes. Clusio invocó el ausilio de Roma, y el senado envió de embajadores á los tres hijos de Fabio Ambusto. Llegaron al campo de los galos y los ehsortaron á desistir de la guerra contra los de Clusio, cuya defensa tomaria Roma á su cargo, si continuaban las hostilidades. Brenno, gefe de los galos, respondió á los embajadores: «nosotros no conocemos á los romanos: pero deben de ser valientes, pues los clusinos imploran su socorro en el caso del riesgo. Consentiremos en la paz si los de Clusio nos dan tierras, que tienen en abundancia, á nosotros que carecemos de ellas: mas si se niegan á esto, combatiremos á vuestra vista para que podais contar en Roma que los galos esceden en valor á todos los pueblos de la tierra." «Pero, replicó el mayor de los Fabios, ¿con qué derecho quereis quitar la tierra al que la posee?» «Con

el mismo, respondió Brenno, que vosotros habeis ocupado tantos paises: nuestros derechos estan en la espada: los valientes son los dueños del mundo.» Los fabios, demasiado jóvenes y ardientes para dar oidos á la prudencia, salieron indignados de la asamblea de los galos: y olvidando la moderacion propia de los mediadores, no solo aconsejaron la guerra á los clusinos, sino tomaron ellos mismos las armas, y se pusieron al frente de una salida contra los bárbaros. La suerte quiso que Quinto Fabio, habiendo muerto á un gefe galo con su lanza, fue reconocido al tiempo de quitarle las armas. Corre la noticia en el ejército, y escita el furor de Brenno, que variando de proyecto, abandona el sitio y la guerra de Clusio, y vuelve contra Roma su ódio. La juventud gala queria marchar al instante; pero sus gefes respetando el derecho de gentes, violado por los romanos, resolvieron enviar diputados á Roma para pedir justicia y el castigo de los fabios. El senado, despues de haber oido su embajada, no pudiendo negar el delito, ni resolverse á infligir la pena merecida á unos jóvenes patricios, estimados por sus hazañas y sostenidos por el crédito de su familia, remitió al pueblo la decision de este negocio. La plebe romana, admirando impru-

dentemente un valor inoportuno y una temeridad culpable, rehusó toda satisfaccion á los diputados, y para irritarlos mas eligió por tribunos militares para el año siguiente, á los tres Fabios con Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio y Servio Cornelio Maluginense. Roma en tiempos de menos peligro, habia nombrado un dictador. Su ceguedad fue tal que en circunstancias tan críticas no apeló á este recurso; y sin embargo, el terror, aumentado por la superstición, precedia á este nuevo enemigo; pues se esparció la noticia de que una voz desconocida, habia anunciado mucho tiempo antes la llegada de estos bárbaros.

Entre tanto los galos marchaban rápidamente, infundiendo terror á todos los pueblos, aunque no cometian ninguna violencia y repetian constantemente este grito. «¡Guerra solo á los romanos!» El senado les opuso cuarenta mil hombres, mal elegidos y peor ordenados. Los galos eran sesenta mil, cuya terrible gritería, repetida por las montañas, causaban un espanto que los romanos no habian conocido nunca. Los dos ejércitos se encontraron á cuatro leguas de Roma, en el confluente del Tiber y del Alia. Quinto Fabio, que mandaba el ejército romano, ni consultó los auspi-

cios, ni hizo sacrificios ni atrincheró su campo: apostó su izquierda sobre el rio, su derecha en una montaña y su reserva en una altura. Temiendo ser rodeado, estendió sus alas y asi debilitó el cuerpo de batalla. Brenno, habiendo arrollado la caballería romana, atacó la colina donde estaba la reserva: y solo en este punto halló resistencia. El resto del ejército, asombrado de los sables largos del enemigo, de sus cabelleras ondeantes y de sus gritos, huyó. Ni los generales mostraron habilidad, ni valor los soldados. El ala izquierda quiso refugiarse á Véyos y una gran parte de ella se ahogó en el Tiber. En la batalla, que duró poco tiempo, no fueron muchos los muertos; pero en el desórden de la retirada fue grande la carnicería. Algunos fugitivos del ala derecha anunciaron en Roma la pérdida de la batalla: y los galos hubieran entrado con ellos en la ciudad, á no haberse detenido tres dias en saquear los reales y en celebrar con banquetes la victoria.

Los romanos consternados al principio, recobraron en el peligro su antiguo valor. Recogieron en el Capitolio y la ciudadela los últimos recursos de la república, la flor de la juventud y del senado, las armas y los víveres. El sacerdote de Quirino y las vestales llevaron le-

jos de la ciudad, las imágenes de los dioses, los ornamentos, vasos y libros sagrados. Resolviéronse tambien á no salvar sino lo que era útil á la patria, y á entregar á la muerte todo lo demas. Solo quedaron en la ciudad los viejos é incapaces de tomar las armas. Los ancianos dictadores y consulares, los senadores mas venerables por sus triunfos, edad y dignidades, declararon que no consumirian inútilmente los víveres de la ciudadela, y moririan en Roma con los demas inválidos; y recomendaron al valor de la juventud la suerte de una república ilustrada por cuatro siglos de victorias. Roma presentaba el espectáculo mas sublime y doloroso: jóvenes guerreros, que encerraban en el capitolio la última esperanza de la libertad, al mismo tiempo que los ancianos iban á sepultarse entre las ruinas de su patria. Las mugeres llorosas é inciertas no sabian si seguir á sus maridos é hijos, ó quedarse á servir de último consuelo á sus padres. Los pobres se derramaron en los campos y se enterraron en las cuevas todas las riquezas que pudieron sacarse de los templos. El respeto á la religion estaba tan profundamente gravado en los ánimos, que Lucio Albino, del órden plebeyo, que llevaba en su carro su familia y sus bienes, encontrando en

el camino del Janiculo las vestales que salian á pie llevando los vasos sagrados, se detiene, baja con los suyos, arroja sus riquezas, y deja el carro á las sacerdotisas. Solo quedó armado el Capitolio, los templos quedaron vacíos y la ciudad desierta; solo los viejos y los senadores erraban por ella. Prefiriendo la muerte á la fuga, se visten sus ropas de púrpura y se sientan en sus sillas curules en los vestíbulos de sus casas. Brenno llega: halla los muros indefensos y las puertas patentes: se detiene temiendo alguna asechanza; pero el silencio y la quietud le dan seguridad. Entra en Roma como en un vasto sepulcro. Los galos llegan hasta la plaza pública, sin hallar señales de vida y de guerra escepto en los muros del Capitolio: colocan guardias y se dispersan por las calles. Todas las casas del pueblo estan cerradas; pero hallan abiertas las de los grandes. Entran los bárbaros en ellas, y miran con admiracion aquellos ancianos venerables que segun la creencia del siglo se habian consagrado á sí mismos y á los enemigos, á las deidades del Averno. Estaban aquellos respetables consulares sentados en sus sillas, con las insignias de su dignidad, silenciosos, inmóviles, apoyados sobre sus báculos de marfil, sin dar señales de sorpresa ni de es-

panto. Su aspecto encadenaba la osadía: su noble gravedad inspiraba una veneracion religiosa: y los galos imaginaron al principio que eran dioses. Uu bárbaro mas petulante que sus camaradas, se acercó á Marco Papirio y le tomó la barba. Papirio no pudo sufrir esta injuria y le dió con el báculo: y el galo le sepulta la espada en el seno. Esta fue la señal de la carnicería. Aquellos ilustres patricios perecieron todos en sus sillas. Los bárbaros, despues de matar el corto número de ciudadanos que encontraron, saquean la ciudad y queman las casas, esperando que el terror del incendio obligaria á los defensores del Capitolio á rendirse.

Los romanos encerrados en su última fortaleza, veian desesperados el incendio que devoraba á sus padres y á sus hogares. Los gritos de los enemigos, los gemidos de las víctimas, despedazaban sus corazones. El horror de este dia funesto, se aumentó con las tinieblas de la noche. Cada instante añadia una nueva amargura á su dolor: pero mientras menos esperanzas tenian, mas fuerte era la resolucion de defender hasta el último suspiro el único asilo de la patria. Los galos, no pudiendo infundirles miedo, se prepararon á asaltar el Capitolio. Suben á él cubiertos con sus escudos

y dando grandes voces segun su costumbre. Pero cuando llegaron á la mitad de la colina, los romanos salen de sus muros, se arrojan enfurecidos sobre ellos, y los derrotan completamente. Brenno, viendo la inutilidad de este ataque, convirtió el sitio en bloqueo, esperando del tiempo y del hambre la victoria: y como el incendio de la ciudad le dejó sin recursos para subsistir, conservó en Roma una parte de sus tropas, y envió las demas á buscar víveres. Uno de estos destacamentos galos, llegó á Ardea. Camilo lloraba en ella los males de su patria, y no podia concebir como se habia apoderado el desaliento de los esforzados romanos, tantas veces victoriosos bajo sus órdenes. Sabe que los galos se acercan, y que los ardeates consternados deliberan tímidamente sobre el partido que tomarian para escaparse del riesgo que los amenazaba. Camilo, que nunca habia asistido á sus juntas, se presentô entonces y les dijo: "Ardeates, que siempre fuisteis mis amigos y ahora sois mis conciudadanos, no creais que he olvidado la ley que me destierra; pero en riesgo tan grande todos deben contribuir á la salvacion del estado. No puedo manifestaros mejor mi gratitud que peleando por vuestra defensa. La fortuna no me ha sido infiel sino en tiempo de paz. Con-

fiad en mis consejos: aprovechaos de la ocasion que se os presenta para probar á Roma vuestra amistad y adquirir gloria eterna. Los galos se acercan: estos hombres, creedme, son mas espantosos por la prosceridad de su estatura, que temibles por su valor. La fortuna, y no ellos, vencieron á Roma. ¿Qué han hecho despues de la batalla del Alia? Se han apoderado de una ciudad desierta: han degollado ancianos indefensos, y un corto número de romanos, ha bastado para derribarlos del Capitolio. Ahora se dispersan por los campos, como animales voraces, sin órden, disciplina ni centinelas. Roban de dia y se embriagan de noche. No permitais que la Italia pierda su nombre y reciba otro vergonzoso de estos bárbaros. Tomad las armas y seguidme: os prometo, no el combate, sino la matanza cierta de los enemigos. Sino os los entrego como víctimas, consiento en que me desterreis como me desterró mi patria." Los ardeates, enardecidos con este discurso, siguen sus consejos. Camilo despues de reconocer á los enemigos que estaban acampados con el mayor desórden, cae sobre ellos á media noche, los espanta con el sonido repentino de gritos y trompetas, y los degüella medio dormidos. Algunos, que probaron escaparse por el cami-

no de Ancio, fueron perseguidos y hechos pedazos. Al mismo tiempo los etruscos quisieron aprovecharse de la situacion de Roma para recobrar á Véyos; pero los romanos que habia en esta ciudad, les salieron al encuentro y los vencieron matándoles mucha gente. El sitio del Capitolio continuaba y sus valientes defensores espantaban al enemigo con rasgos de estraordinaria intrepidez. Un dia Cayo Fabio Dorson, para cumplir un sacrificio que por costumbre antigua debia hacer su familia, baja del Capitolio con los vasos sagrados, atraviesa el campo enemigo, llega al monte Quirinal, donde cumplió su voto, y vuelve á su puesto con una gravedad tan augusta, que los galos, ó por respeto religioso ó espantados de su temeridad, no opusieron ningun obstáculo á su tránsito. La victoria de Camilo habia alentado á los romanos de Véyos y de las ciudades vecinas. Armanse todos, y se ponen bajo las órdones de su antiguo dictador, que fiel á las leyes de su patria, rehusa la autoridad que le dan, hasta que el senado la confirme. Poncio Cominio, soldado de este ejército, baja el Tiber en un gran coche, llevando la peticion de las tropas, y al favor de la noche sube sin ser visto de los galos al Capitolio, y da cuenta de la victoria de Camilo. El senado nombra dicta-

dor á este héroe, y Poncio vuelve á Véyos con igual osadía y felicidad. Algunos galos repararon en las pisadas de aquel intrépido guerrero, y conocieron que habia sendas para subir al Capitolio. Aprovéchanse de este descubrimiento en medio de una noche: afianzándose en las malezas, llegan al pie de la muralla: su silencio los libra de la vigilancia de las centinelas y aun de los perros de guarda. Los romanos, aunque sin vívires, no se habian atrevido á matar y comer los ánsares consagrados á Juno, y este respeto religioso salvó á Roma. Al acercarse el enemigo, los ánsares se asombran, gritan y baten las alas. Marco Manlio varon consular despierta al ruido, dá el alarma, y mientras las tropas se reunen, corre á la muralla y derriba en el precipicio á un bárbaro que estaba abrazado á la almena. En su caida arrastró á muchos de sus compañeros; llegan los romanos, arrojan al enemigo, y el Capitolio queda salvo. Manlio fue colmado de honores y elogios: y aunque la escasez de víveres era tan espantosa, cada guerrero le dió una porcion considerable de los suyos. Por un decreto fueron condenados á muerte todos los centinelas; pero la clemencia mitigó este rigor, y el comandante de ellos pagó la negligencia de todos. Entretanto Camilo aumentaba dia-

riamente sus fuerzas, destruia todos los destacamentos enemigos, ocupaba las cercanias de Roma, cerraba sus avenidas, y causaba hambre en el ejército enemigo, devorado al mismo tiempo de una peste cruel. Nada se sabia en el Capitolio de los progresos del dictador, y ya no quedaban casi subsistencias, aunque para disimularlo, arrojaban panes de cuando en cuando al campo de los enemigos. Igualmente fatigados unos y otros, hicieron treguas, pero al fin los soldados romanos, sucumbiendo á la necesidad, obligaron al senado á capitular. Sulpicio, tribuno militar, bajó con plenos poderes á tener una conferencia con Brenno, y convinieron en que Roma pagaria un tributo de mil libras de oro, y los galos evacuarian el pais. Hecho el tratado se comenzó á pesar el oro, y el galo empleó una balanza falsa. Sulpicio se quejó de este fraude, y Brenno, poniendo su espada que era muy pesada, en el lado del contrapeso, le dijo: ¡"*Ay de los vencidos*! En este momento Camilo, cuyo ejército se habia aprocsimado á Roma, llega á la plaza con sus oficiales y se le dá cuenta de la negociacion, del artificio y de la insolencia de los galos. "Romanos, dijo Camilo, recoged el oro, y tú galo, quita de ahí esa balanza, y prepárate á pelear." Brenno

sorprendido le hecha en cara quebrantar el tratado. " No hay tratado, respondió Camilo, donde no ha intervenido el dictador. Declaro que la tregua está concluida. » Vuelve á sus tropas, las dispone en batalla sobre las ruinas de Roma, y les recuerda que van á combatir por todo lo que es mas sagrado entre los hombres, los dioses, la patria, los hogares y la libertad. Los galos toman las armas: su furor peleaba con el génio de Camilo: á pesar de su obstinada resistencia, fueron vencidos y derrotados. El dictador los persigue, y los alcanza á ocho millas de Roma, los vuelve á derrotar y se apodera de su campamento. La fuga no los libertó de la espada del vencedor: ni uno solo quedó que pudiese llevar á la Galia la noticia de su desastre. Roma despues de siete meses de invasion, fue libertada con la misma rapidez que habia caido en poder de los enemigos. Los vencedores de los galos y los defensores del Capitolio, unieron sus lágrimas y su júbilo sobre las ruinas de su patria y los sepulcros de sus padres: y Camilo recibió los honores del triunfo en una ciudad destrozada de la cual vino á ser segundo fundador.

CAPITULO IV.

Desde la espulsion de los galos, hasta la primer guerra púnica.

Reedificacion de Roma. Conspiracion de Manlio. El consulado concedido á los plebeyos. Muerte de Camilo. Primer dictador plebeyo. Principio de la guerra con los Samnites. Batalla de Capua. Batalla de Vesubio. Publilio, primer procónsul. Dictadura de Papirio Cúrsor. Horcas caudinas. Guerra de Tarento. Batalla de Heraclea. Batalla de Asculo. Batalla de Benevento. Toma de Tarento.

Reedificacion de Roma. (A. M. 3619 A. J. 385.) Los tribunos olvidaban siempre los grandes intereses de la república, y solo pensaban en aumentar su crédito halagando las pasiones del pueblo. Arrojados los galos renovaron sus intrigas para lograr que la mitad de

los ciudadanos y del senado pasase á establecerse en Véyos. Camilo se opuso á este proyecto con todas sus fuerzas. "Romanos, dijo: aborrezco tanto las disputas tribunicias, que solo estar lejos de ellas me consolaba en mi destierro, y no hubiera vuelto de él, á no ecsigirlo la suerte de la patria. ¿Qué os aconsejan los tribunos? Abandonar la ciudad donde nacisteis y ultrajar los dioses que os han salvado. Mientras fuimos fieles á su culto prosperaban nuestras cosas: tal es el documento de la edad presente y la pasada. Roma fue edificada por la voluntad de los dioses: ha crecido bajo sus auspicios: no hay dia en el año, ni sitio en la ciudad, que no esté consagrado por alguna ceremonia. ¿Podreis llevar á otro suelo todo lo divino que hay en Roma? ¿Tendreis la cobardía de abandonar vuestros templos, en vez de imitar el valor de Fabio, que para cumplir sus obligaciones religiosas, atravesó el campo enemigo? En Véyos, dicen, hay mas abundancia; y por este interes, ¿tomareis el nombre de un pueblo vencido? y ¿dejareis que los ecuos y volscos se establezcan aqui y tomen el glorioso título de romanos? ¿No es mejor habitar en cabañas cerca de vuestros penates, que condenaros al destierro? Llevareis, es verdad, á otro suelo vues-

tro denuedo é intrepidez; pero ¿llevareis la proteccion de los dioses, que tan magníficas promesas han hecho á la ciudad de Roma? Aqui fue, en los cimientos del Capitolio, donde se encontró la cabeza de hombre emblema del imperio del mundo prometido á nosotros. Aqui se guarda el escudo que bajó del cielo: aqui el fuego eterno de Vesta, presagio de la eternidad de la república: de aqui no quisieron salir, ni la diosa Juventud, ni el dios Termino, fijando en este suelo las esperanzas de un imperio sin fin. En Roma y solo en Roma, pueden cumplirse los oráculos repetidos de vuestra gloria, prosperidad y señorío.» Estas palabras religiosas hacian mucha impresion en el pueblo; pero aun estaba incierto, cuando un centurion que mandaba una guardia pasó en este momento por la plaza, y gritó al porta-estandarte: *fija aqui la bandera que este es buen sitio.* Esta palabra produjo mas efecto que todas las eshortaciones de Camilo. El senado y el pueblo esclamaron: *aceptamos el agüero*, y no se pensó mas en la translacion.

Camilo, que miraba la religion como el apoyo mas útil de la política, quiso que se espiase la negligencia, cometida mucho antes de la irrupcion de los galos, en no haber hecho caso de Cedicio, un ciudadano romano, que

decia haber oido una voz del cielo, anunciadora de la llegada de los bárbaros: con este motivo se edificó un templo á Ayo Locucio, dios que segun Ciceron, «hablaba cuando no se le conocia: y enmudeció apenas fue célebre y tuvo casa y altares." Los mismos motivos religiosos hicieron establecer una procesion, en la cual se llevaba un ánsar y á los de Juno se les señaló una pension en memoria de la salvacion del Capitolio. Camilo, aunque habia salido con su intento, perdió su popularidad. No obstante, el pueblo, determinado ya á quedarse en Roma, trabajó con ardor en la reedificacion, pero con poca regularidad y sin precauciones para la salida de las aguas: lo que hizo mal sano el aire y mas frecuentes los contagios. Los ecuos, volscos y etruscos tomaron las armas contra la república. Camilo, elegido dictador por la tercera vez, salió contra ellos con Servilio Ahala, general de la caballería y los venció y sometió.

Conspiracion de Manlio. (A. M. 3624. A. J. 380.) El aumento de la poblacion hizo que se aumentase el número de las tribus, que eran veinte y una hasta veinte y cinco. Mientras Camilo se distinguia con nuevas hazañas y victorias, Manlio, orgulloso por haber defendido el Capitolio, envidiando la gloria del

dictador y enojado contra los senadores que no recompensaron, como á él le parecia justo sus servicios, formó con sus liberalidades un gran partido en el pueblo, y concibió el proyecto y la esperanza de trastornar el gobierno. El número de cómplices era demasiado grande para que la conspiracion pudiese estar secreta. El senado la supo al mismo tiempo que los volscos se rebelaban, y confió la dictadura á Valerio Coso, cuyo general de caballería fue Quincio Capitolino. El dictador, despues de haber vencido al enemigo y gozado los honores del triunfo, citó á Manlio en juicio y le mandó prender; mas el pueblo, que le amaba como su salvador y apoyo, se conmovió en su favor, se vistió de luto como en las calamidades públicas, y sostuvo al acusado tan ostinadamente, que á pesar de la fuerza de la acusacion y la debilidad de la defensa, fue absuelto y puesto en libertad.

Este buen suceso aumentó su osadía: y conspiró mas á las claras, creyendo poder ya burlarse de las autoridades y de las leyes: pero Camilo, destinado á salvar siempre á Roma, era entonces tribuno militar, y citó á juicio al conspirador. El aspecto del Capitolio, que se descubria desde el tribunal, defendia al acusado, el cual en lugar de responder á los car-

gos, escitó los afectos de la muchedumbre, y preguntó llorando si los romanos le darian muerte á la vista de la montaña, que su valor habia salvado. El pueblo, movido siempre por el sentimiento mas que por el raciocinio, se conmovia y parecia dispuesto á libertarle. Camilo que lo conoció, transfirió su tribunal al bosque de Petelino, lejos de las murallas sagradas, que no pudieron proteger al reo como él las habia defendido. Allí fue condenado y despeñado de la roca Tarpeya: y para infamar su memoria, se prohibió á los manlios tomar el prenombre de Marco.

Despues de este acto de severidad, rigoroso, pero necesario, marchó Camilo contra los volscos, revelados de nuevo. Una enfermedad le asaltó en el camino: su colega, despreciando sus prudentes consejos, atacó al enemigo que estaba en una posicion fuerte, y á pesar de su valor, fue vencido y derrotado. Camilo, apenas lo supo, sale de la cama, monta á caballo, reune las tropas dispersas, las reanima con sus palabras y ejemplo, restablece el combate y logra una victoria completa. La grande desigualdad de clases y fortunas era en Roma un germen perpetuo de disensiones. Los pobres, oprimidos por la usura, causaron nuevas turbulencias. Los de Preneste, ciudad latina,

aprovechándose de estas discordias, hicieron correrías hasta las puertas de la ciudad. Contra estos males interiores y esteriores recurrió el senado al remedio ordinario, y nombró dictador á Quincio Cincinnato, que contuvo á los facciosos, alistó un ejército, venció á los enemigos y les tomó nueve ciudades, rindió á Preneste, le quitó la estátua de Júpiter *imperator*, que mandó colocar en el Capitolio, y despues de estas rápidas victorias, abdicó. Es digna de observacion la influencia de las mugeres en un pueblo tan grave y belicoso como el romano. En todos tiempos contribuyeron á las mudanzas y engrandecimiento de Roma. Las sabinas le dieron la paz y dos reyes. Lucrecia fue causa de la abolicion de la monarquía: Virginia, de la ruina de los decemviros: Veturia salvó á Roma de la venganza de Coriolano. Ahora veremos como una muger terminó la antigua lucha entre patricios y plebeyos: y en tiempos posteriores, Octavia y Cleopatra, armando á Augusto contra Antonio, tendrán gran parte en la revolucion que cambió la suerte del mundo, y sometió á un señor todos los señores de la tierra.

El consulado concedido á los plebeyos. (A. M. 3640. A. J. 364). Fabio Ambusto tenia dos hijas, una casada con un patricio, y la

otra con Licinio Estolon, plebeyo. La muger de este último, estando un dia en casa de su hermana, oyó dar un golpe á la puerta, que la asombró, y su miedo hizo reir á la patricia. El marido de ésta, que era entonces tribuno militar, entró precedido de sus lictores, y seguido de una brillante comitiva. Este esplendor, y estos honores escitaron la envidia de la muger de Licinio; y atormentada desde entonces por esta pasion, lloraba en presencia de su padre, y le suplicaba que emplease su crédito en destruir aquella desigualdad tan humillante entre sus hijas: al mismo tiempo irritaba por todos los medios que estaban á su alcance, el orgullo de su marido. Consiguió en fin ponerlos en accion. Reuniéronse con Lucio Sextio, plebeyo, amigo de Licinio: estos dos solicitaron ser tribunos de la plebe, y lo consiguieron. Renovando las antiguas querellas, y arengando al pueblo, ya con arte, ya con vehemencia, le movieron á votar un proyecto de ley, segun el cual, uno de los cónsules habia de ser plebeyo en lo sucesivo. Esta decision escitó grandes agitaciones en el senado. Los patricios se opusieron obstinadamente á una innovacion, que les quitaba la mas noble de sus prerogativas y destruia la distincion entre los dos órdenes del estado. Los

senadores no querian ceder sus derechos; el pueblo persistia en su pretension. No pudiendo vencer ninguno de los partidos, ni convenirse pasaron cinco años en disputas contínuas, sin crear cónsules ni tribunos militares. En fin, se creyó terminar estas diferencias con la autoridad de Camilo, á quien se nombró dictador: pero sus esfuerzos para templar el espíritu del pueblo, fueron inútiles y abdicó. Manlio Capitolino, que le sucedió, siguió un camino diferente: manifestóse muy popular: nombró general de la caballería á Licinio Estolon, el primer plebeyo que obtuvo esta dignidad. Pero todas las concesiones irritaban el ardor de la plebe en lugar de calmarlo. La querella entre los dos órdenes era mas viva cada dia cuando se supo, que los galos marchaban por la costa del Adriático para acometer de nuevo á Roma. El miedo, mas elocuente que la razon, suspendió las animosidades: todos los ciudadanos se alistaron para salir al encuentro á un enemigo tan formidable: hasta los pontífices tomaron las armas; y se estableció por ley, que en caso de guerra contra los galos, ni la edad ni las dignidades dispensarian del alistamiento. Camilo fue nombrado dictador, y escusándose con su larga edad y quebrantada salud, el senado le respondió: «no ne-

cesitamos de tu brazo, sino de tu cabeza." Obedeció y nombró por general de la caballería á Quincio Cincinnato. Estas dos elecciones fueron presá́gio de la victoria. Camilo la preparó con su prudencia antes de obtenerla por su valor. Ejercitó á los romanos en el juego de la espada, y en defenderse contra los sables largos de sus adversarios, y dió á los soldados yelmos de hierro, y escudos guarnecidos de cobre. Marchó despues contra los galos, encontrólos junto al Anio, batiólos completamente, y se apoderó por sorpresa de la ciudad de Velitras. Al volver á Roma, encuentra al senado lleno de temores, y al pueblo en sedicion. Se prolonga su dictadura: quiere oponer su firmeza á las olas alborotadas del pueblo, y es insultado: un edil faccioso levanta la mano contra el libertador de la ciudad: los tribunos mandan prender á Camilo: los lictores resisten: el pueblo se arroja al tribunal para echar de él al dictador; y Camilo, invencible contra los enemigos, pero vencido por sus conciudadanos, se retira, entra en el senado, le aconseja sacrificar la vanidad al bien público: y le persuade á decretar la anulacion del tribunado militar, y que uno de los cónsules sea siempre del orden plebeyo.

Este decreto que destruyó la aristocrácia

en Roma (1), dejándole solo el poder de los recuerdos, sustituyó la avidez de las riquezas al orgullo del nacimiento (2), y dió orígen á la corrupcion (3), y por su medio á la tiranía. Esta gran mudanza se hizo ciento cuarenta y tres años despues del establecimiento del consulado, y veinte y cuatro despues del incendio de la ciudad. La igualdad que introdujo, no hubiera sido peligrosa, si un tercer poder independiente del pueblo y del senado, los hubiera balanceado y contenido; pero el pueblo, siendo á un mismo tiempo legislador

---

(1) Esto nos parece inesacto: porque nunca faltó en Roma aristocrácia. Se sostituyó á la aristocrácia patricial, ó de nacimiento, la de ilustracion, ó de dignidades y triunfos. En otros términos: se abrió la puerta á la plebe para que pudiese aspirar á la nobleza. La verdadera república comenzó en la última dictadura de Camilo: la de Bruto solo fue un régimen aristocrático. (N. del Tr.)

(2) Otro error: el efecto inmediato de la admision de los plebeyos á las dignidades, fue la noble emulacion de las virtudes civiles y militares. Décio Mus, Coruncanio, Curio Dentato y otros muchos héroes de la plebe, que ilustraron á Roma, fueron pobres. (N. del Tr.)

(3) La corrupcion de Roma tuvo su orígen en la conquista de pueblos afeminados y entregados al lujo y á las delicias; y la tiranía en el gobierno proconsular; consecuencia necesaria del espíritu de conquista. (N. del Tr.)

y elector, el patriciado quedó sin autoridad (1), y solo la fuerza de las costumbres retardó la caida de la república. Sin embargo Roma gozó en toda su plenitud los triunfos de esta victoria popular. La paz se estableció: el pueblo se reconcilió con los patricios, y se cumplió un voto que habia hecho Camilo, de edificar un templo á la concordia. Al mismo tiempo se puso en ejecucion otra ley, propuesta por los tribunos Sextio y Estolon; y era que ningun ciudadano pudiese poseer mas de quinientas yugadas de tierra. El primero que la infringió y pagó una multa por ello, fue el mismo Estolon.

El senado creó un pretor, que presidiese sus juntas y los comicios en ausencia del cónsul, y administrase la justicia en la ciudad: se le concedió la ropa pretexta ó conconsular, silla curul y seis lictores: junto á su tribunal se ponian una lanza y una espada. Despues se creó otro

---

(1) No nos parece que están bien calificados en este periódo los poderes de Roma: éstos eran el pueblo, el senado y el consulado. El senado servia de cuerpo intermedio entre la autoridad ejecutiva y la legislativa. Y la prueba es, que cesaron los disturbios interiores, apénas los plebeyos pudieron aspirar al título de senadores. El senado no por eso perdió las facultades que tenia desde que Rómulolo instituyó. (N. del Tr.)

para juzgar á los estrangeros: el primero se llamaba pretor *urbano*, y el segundo *peregrino*. Los patricios obtuvieron de la benevolencia pasagera del pueblo, que para la pretura se nombrarian esclusivamente individuos de su orden. Para celebrar la reconciliacion del pueblo con el senado, se añadió otra feria á las tres latinas, y el pueblo consintió que se nombráran cada año dos ediles patricios, para celebrar los juegos. Se llamaron ediles curules porque tenian la silla de marfil.

Muerte de Camilo. (A. M. 3642. A. J. 362). Cuando Roma descansaba de las agitaciones políticas, fue atormentada por las calamidades naturales. La peste la afligió y le robó al gran Camilo. Pocos héroes han adquirido una gloria mas pura y brillante. Solo se le puede acusar de haber formado, al salir para el destierro, votos contra su patria. El contagio duró dos años, y la supersticion romana creyó que los dioses se aplacarian con espectáculos teatrales. Enviaron pues á Etruria por cómicos, llamados *histriones*. Al principio no se representaban sino danzas rústicas al compas de la flauta, y un actor recitaba despues versos satíricos y groseros. El primer espectáculo que hubo en Roma, se verificó cuarenta años despues de la muerte de Sofocles y Eurípides. El teatro

no puso fin á la peste, y la avenida del Tiber agravó las desgracias públicas. Acordáronse los romanos que en otro tiempo habia cesado un contagio cuando el dictador fijó un clavo en la pared del templo de Júpiter, y nombraron dictador á Manlio Capitolino solo para que renovase esta ceremonia ridícula. Despues de haberla cumplido abdicó. Al mismo tiempo se abrió en la plaza un boqueron terrible; y como no pudiesen llenarlo por mas tierra que echaban, se consultó á los dioses. La respuesta fue que solo se cerraria *echando en él lo que constituia la fuerza de Roma.* Marco Curcio se arrojó al abismo armado y á caballo, creyendo que la fuerza de la república consistia en los guerreros, y la boca se cerró al instante, segun las tradicciones romanas.

Los hernicos creyendo debilitada la ciudad con una peste tan larga, tomaron las armas y vencieron y mataron al cónsul Genucio. Apio Claudio, nombrado dictador, lo vengó con una victoria completa: mas no obtuvo el triunfo sino la ovacion, por haberla conseguido de súbditos rebelados. Forzoso era que el pueblo romano poseyese mas grandes hombres que los demas paises para haber fijado la fortuna, á pesar de la contínua mudanza de generales. Una nueva irrupcion de galos causó en Roma

grande terror. El enemigo avanzó hasta una legua de la ciudad. Saliéronle al encuentro el dictador Quincio Penno y Cornelio Maluginense, general de la caballería. Iba á darse la señal del combate, cuando un galo de estatura gigantesca se adelenta á su campo y desafia al mas valiente de los romanos. Tito Manlio salió con permiso del general á castigar su audacia á vista de los dos ejércitos, atravesó con su lanza al bárbaro, y le quitó el collar de oro que llevaba, por lo que recibió de los suyos el sobrenombre de Torcuato, ó *collariego.* Esta hazaña, presagio de la victoria, dobla el ardor de los romanos é intimida á los bárbaros El dictador penetra en sus filas, las desordena y ahuyenta. Pero ausiliados los galos por los tiburtinos y los hérnicos, talaron el Lacio durante un año. Esta calamidad fue útil á Roma, porque sus latrocinios obligaron á los latinos á unirse mas estrechamente con la república. El dictador Servilio Ahala comprimió los pueblos rebelados; y su sucesor Cayo Sulpicio libró á la ciudad de todo susto con una gran victoria que consiguió de los galos.

Primer dictador plebeyo. (A. M. 3656. A. J. 348.) Roma aumentaba siempre su poder, á pesar de los obstáculos que renacian incesantemente. Las naciones de Italia preveian la sub-

yugacion y defendian su independencia. Los doce pueblos de Etruria reunidos hicieron alianza con los faliscos, y declararon la guerra á la república. Esta fue la primer vez que un plebeyo, Cayo Marcio Rutilo, obtuvo la dictadura. Nombró general de la caballería á Plancio Próculo, plebeyo tambien. Los patricios irritados quisieron hacer que saliese sin honor de la lucha; á pesar de sus intrigas derrotó á los enemigos, y mereció y obtuvo el triunfo. El senado, ofendido de su gloria, violó su promesa, é hizo que se eligiesen dos cónsules patricios. El descontento que hubo en Roma, animó á los etruscos para renovar sus ataques; pero Tito Manlio, nombrado dictador, los venció y persiguió tan ostinadamente que se vieron obligados á hacer la paz. El senado cumplió su palabra, y permitió elegir un cónsul plebeyo. Pero á pesar de este acto de justicia, las desgracias ocasionadas por la usura prolongaron el descontento. Los cónsules para remediar este daño, pagaron del erario público las deudas de los indigentes.

Si los patricios eran demasiado orgullosos, los plebeyos eran siempre insaciables. Pidieron que se nombrase de la plebe uno de los censores, y fue preciso condescender con ellos, porque Fabio, nombrado dictador para sosegar

los alborotos que causaba esta pretension, no pudo contener el ardor del pueblo. Poco tiempo despues se renovó la guerra contra los galos: al principio consiguieron ventajas los romanos; pero habiendo quedado herido uno de los cónsules y enfermo el otro, se nombró un dictador para celebrar los comisios consulares, en los cuales fueron creados cónsules Lucio Furio Camilo y Publio Claudio Craso. Este murió y no se le sustituyó otro. Camilo marchó contra los galos. Uno de sus guerreros desafió al mas valiente de los romanos. Valerio, jóven tribuno, aceptó el desafio y mató á su adversario. Los romanos, que en la tradicion de sus hazañas añadian siempre lo maravilloso á lo verdadero, contaron que durante el duelo un cuervo, posándose en el casco de Valerio, habia espantado al galo picándole y batiendo las alas: lo cierto es que Valerio tomó el sobrenombre de Corvo, y lo transmitió á su posteridad. Camilo logró una victoria señalada de los galos. Despues se nombró dictador á Manlio para presidir los comicios, y aunque Valerio solo tenia veinte y tres años, se le nombró cónsul. En su año hubo paz: al siguiente se rebelaron las seis naciones del Lacio, y Camilo, nombrado dictador, las sometió. Los progresos de Roma estendian su fama al mismo

tiempo que sus dominios. El año cuatrocientos cinco de Roma, Cartago solicitó su amistad é hizo con ella un tratado de alianza.

Principio de la guerra con los Samnites. (A. M. 3664. A. J. 340.) La república habia sometido á los latinos, volscos, ecuos, rutulos, hérnicos y auruncos, y una parte de la Etruria y de la Sabinia. Vengada de la invasion de los galos, habia adquirido un ascendiente considerable, cuando tuvo que sostener una nueva guerra contra los samnites, el enemigo mas pertinaz que habia encontrado hasta entonces. Esta guerra célebre, que duró medio siglo, y dió materia á treinta triunfos, comenzó el año cuatrocientos doce de Roma, y catorce antes de la conquista del Asia por Alejandro. Los samnites eran sabinos de orígen, y ocupaban lo que hoy se llaman el Abruzo y el condado de Molisa. Roma habia estado separada de ellos por los pueblos que acababa de subyugar. Los Picentinos, Marsos, Vestinos, Hirpinos, Pelignos y Marrucinos estaban sometidos á los samnites, que eran tan belicosos como los romanos. Entre ellos el amor y el himeneo coronaban la gloria, y el mas valiente tenia el derecho de elegir por esposa á la mas bella. Los samnites atacaron á los sidicinos, y los vencieron á pesar del socorro de los campanos

Capua amenazada por el vencedor, imploró el ausilio de Roma. En aquellos tiempos el senado, religioso observador de los tratados, no emprendia guerras injustas; pero atacado una vez era escesivo en sus venganzas. Habia paz jurada entre romanos y samnites; y asi respondió á los de Capua que no podia defenderlos contra sus aliados. Los campanos no viendo medio alguno para sostener su independencia, y prefiriendo la dominacion de los romanos á la de los samnites, declararon solemnemente que se entregaban á Roma. El senado informó de este suceso al gobierno de los samnites, y les envió á decir que siendo la Campania posesion de la república, la tratasen como aliada y no como enemiga. Los samnites enfurecidos se declararon contra los romanos, é hicieron horribles estragos en aquella provincia.

Batalla de Capua. Los dos cónsules Valerio y Cornelio salieron contra ellos al frente de dos ejércitos. Valerio les dió batalla cerca de Capua. Jamas los romanos habian encontrado enemigos mas valientes ni mas dignos de ellos. La victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; pero la resistencia convirtió en rabia el ardor de los romanos: precipitáronse en masa sobre el enemigo, penetraron en sus filas y las pusieron en huida. Tito Livio, adoptando todas

las circunstancias capaces de halagar la vanidad de los suyos, dice que admirándose estos de que enemigos tan valerosos se hubiesen dejado vencer, los prisioneros samnites les dijeron que no tanto los habian aterrado las armas como las miradas de los romanos, y que no habian podido resistir las llamas que parecian salir de sus ojos.

Cornelio penetró en el Samnio, y entró inadvertidamente en un desfiladero, donde estuvo para ser destruido: pero un valiente tribuno llamado Decio, apoderándose con un cuerpo escogido de la altura que dominaba el paso, llamó contra sí todas las fuerzas enemigas, y dió tiempo al cónsul para salir de entre las montañas. Despues de haber logrado esto, bajó Decio de su posicion, atacó al enemigo, atravesó sus divisiones, y se reunió al ejército romano que ya le creia víctima de su consagracion, y le lloraba muerto. Cornelio marchó despues contra los samnites, los derrotó y mató treinta mil de ellos. Se decretó que triunfasen los dos cónsules, y Decio participó de su gloria. Una parte del ejército romano pasó el invierno en Capua: los soldados, seducidos por la amenidad del clima y por las riquezas de la ciudad, formaron el proyecto de apoderarse de la Campania y substraerse á

la autoridad de Roma. Ya habian fijado dia para la ejecucion de su plan, cuando fue descubierto. Se dió orden de mudar las guarniciones; y las tropas, para libertarse del castigo que merecian, se rebelaron abiertamente, obligaron á Tito Quincio, varon consular, á ponerse á su frente, y marcharon contra Roma. El diciador Valerio Corvo salió á su encuentro con un ejército muy superior: mas prefiriendo la dulzura á la fuerza, negoció en lugar de combatir favorecido por Tito Quincio. Su moderacion y elocuencia sometieron á los rebeldes: su gran número les dió la impunidad, y con una amnistía general se restableció la union. No se pensó mas que en hacer la guerra á los samnites; y se hizo con tanta actividad, que el enemigo pidió y obtuvo la paz. Cuando se firmó el tratado, los samnites pidieron que se prohibiese á los campanos y latinos socorrer á Sidicino. La respuesta del senado, aunque equívoca, satisfizo á los samnites, y descontentó á los latinos y campanos que se rebelaron. Enviose contra ellos un ejército mandado por los cónsules Manlio Torcuato y Decio Mus.

Batalla del Vesubio. (A. M. 3667. A. J. 337). El pueblo dudaba del buen écsito de esta guerra, porque los pronósticos y auspi-

cios eran desfavorables. Se decia que á los dos cónsules se les habia aparecido en el silencio de la noche un espectro horrible, anunciándoles que un general romano y otro latino perecerian en aquella campaña, y que los dioses prometian la victoria al ejército, cuyo general se consagrase por él á la muerte. Turbados con esta aparicion, convinieron uno y otro cónsul que se consagraria aquel cuyas tropas llevasen lo peor en el combate. Los ejércitos se encontraron al pie del Vesubio, y comenzó la batalla. Los latinos, unidos mucho tiempo habia con los romanos, tenian las mismas armas y los mismos reglamentos militares que ellos, el mismo valor, la misma táctica y la misma esperiencia, de modo que era dudoso el suceso, pues Roma peleaba contra Roma.

Manlio consiguió al principio alguna ventaja: pero los latinos hicieron retrogradar el ala que mandaba Decio. Fiel á su voto este romano, se decide á cumplirlo. Llama en alta voz al pontífice Valerio, y le dice: «necesitamos del socorro de los dioses: díctame lo que debo hacer y decir para consagrarme por las legiones.» El pontífice le manda vestirse una ropa bordada de púrpura, cubrirse la cabeza con un velo, tener su diestra levantada sobre

el vestido, poner un dardo debajo de sus pies: y pronunciar estas palabras: »Júpiter, padre Marte, Quirino, Belona, dioses Lares, deidades que teneis potestad sobre nosotros y nuestros enemigos, dioses manes, os invoco confiadamente. Os suplico que deis al pueblo romano valor y victoria, y que derrameis en sus enemigos el espanto y la muerte: conforme á esta súplica, me ofrezco por la república, por el ejército, por los aliados: y consagro á los dioses manes y á la tierra las legiones enemigas, sus tropas ausiliares y á mí mismo." Pronunciada esta imprecacion, toma sus armas, monta á caballo, y se arroja en medio de los enemigos. Su vista amenazadora, su ardor heróico, su velo, sus armas y su intrepidez le daban la apariencia de un ser sobrenatural y divino. Los dos ejércitos aterrados le miraban como un enviado de los dioses para apartar su cólera de los romanos y derramarla sobre sus enemigos. El terror le precedia: los latinos caian á sus golpes como heridos del rayo. Los que estaban lejos le dispararon sus armas, y cuando esta noble víctima cayó atravesada de dardos, empezaron á desbaratarse las filas de los latinos. Los romanos, convencidos de que los dioses peleaban ya en su favor, redoblaron su esfuerzo, y se lanzaron en masa sobre los

enemigos. Estos resistieron mucho tiempo; pero en fin, despues de una horrible carnicería, en la cual perecieron las tres cuartas partes del ejército latino, huyeron los demas en el mas completo desorden. Los romanos, apesar de su espíritu supersticioso, juzgaron con equidad á sus dos cónsules, y atribuyeron la victoria tanto á la habilidad del uno como al sacrificio del otro; y la mayor parte de los historiadores dicen que Manlio, en cualquiera de los ejércitos que mandase, hubiera conseguido el triunfo por su valor y sus talentos militares. Pero adquirió una funesta inmortalidad por su bárbaro rigor. Desde que Camilo habia restablecido la disciplina en el ejército romano, estaba prohibido, pena de la vida, pelear sin permiso ni orden. Antes de la batalla el joven Manlio, hijo del cónsul, estando al frente de su legion, fue desafiado á combate singular por Mecio, gefe de los tusculanos Desobedece la ley para cumplir con su honor, acepta el desafio, y mata á su adversario. Orgulloso por su victoria, va á su padre esperando hallar elogios y abrazos en premio de su triunfo; pero el cónsul mirándole con severidad: «en verdad, le dijo, tú, Tito Manlio, sin respeto á la autoridad consular ni á la magestad paterna, peleaste sin orden, que-

brantaste mi edicto, y en cuanto has podido, disolviste la disciplina militar, apoyo hasta ahora de la república; y me obligaste á ser ó mal padre ó mal ciudadano: pero Roma triunfará. Demos un grande ejemplo de firmeza; yo ordenando tu muerte, y tú sufriéndola. Vé, lictor, átale al palo. La cabeza del joven Manlio cayó en presencia de todo el ejército, horrorizado de tanta atrocidad. Desde entonces quedaron en proverbio *los decretos manlianos*, para denotar la demasiada severidad ó injusticia. Manlio, cuyo corazon no tenia mas sentimientos que el de la gloria de su patria, aceptó los honores del triunfo que debia haber escusado por el luto. Los viejos, endurecidos por la edad, y los partidarios de las máccsimas rígidas, salieron á recibirle; pero ningun joven se presentó en la comitiva. Los latinos hicieron la paz despues de la batalla: de alli á algun tiempo se rebelaron otra vez; y fueron vencidos de nuevo por los cónsules Emilio y Publilio. Este último mereció y obtuvo solo los honores del triunfo. Emilio quedó envidioso, y su discordia obligó al senado á decretar que se nombrase un dictador.

Emilio, encargado de la eleccion, sorprendió estraordinariamente al senado que lo aborrecia, dando la dictadura á su rival Publilio,

cuyo mérito, á los ojos de Emilio, era ser plebeyo. Publilio nombró por general de caballería á Junio Bruto, de su mismo orden. El nombramiento de un dictador plebeyo era el golpe mas fuerte que habia recibido hasta entonces la autoridad de los patricios, que tèmian con razon las consecuencias de esta medida. El nuevo dictador hizó que se adoptasen tres leyes muy democráticas: la primera, que los plebiscitos obligarian tambien á los patricios: la segunda, que las leyes hechas en comicios centuriados, debian ser propuestas por el senado antes de proceder á la votacion: y tercera, que uno de los censores fuese plebeyo. Al mismo tiempo los romanos tomaron las armas para reprimir las rebeliones de Ancio y otros pueblos. En el consulado de Furio y Melio fue enterrada viva la vestal Minucia, convencida de impureza. El suplicio se ejecutó en el campo *Malvado*, llamado asi porque en él se acostumbraba castigar á los incestuosos. Publilio, despues de su dictadura, fue nombrado pretor, dignidad que hasta entonces solo habian obtenido los patricios. Asi cayeron todas las barreras que los separaban de los plebeyos. Hubo, es verdad, una diferencia de autoridad entre el senado y el pueblo; pero la de nacimiento solo quedó en la opinion.

La virtud de las matronas romanas, tan célebre en los primeros tiempos de la república, fue mancillada el año cuatrocientos veinte y dos de Roma con un horrible delito: ciento setenta fueron convencidas de envenenamiento, y condenadas á muerte. Este contagio moral era mas terrible que la peste: y los romanos le aplicaron el mismo remedio: crearon dictador á Quincio Varo, para que fijase un clavo en el templo de Júpiter.

Publilio, primer procónsul. (A. M. 3680. A. J. 324). Durante algunos años empleó Roma sus armas en castigar á los auruncos y privernates por sus hostilidades y robos. La rebelion de Palépolis tuvo consecuencias mas importantes. Los habitantes de esta ciudad, llamada hoy Nápoles, en lugar de desanimarse por las victorias de los romanos, creyeron, instigados por los samnites y los tarentinos, que podrian atacar á Roma, afligida entonces por la peste, y ocupada en reprimir algunas rebeliones en Cumas y Falerios. El cónsul Publilio Filon puso sitio á Palépolis, y no habiéndola podido rendir en el año de su consulado, se le prorogó el mando con el título de procónsul. Palépolis fue tomada, y los tarentinos continuaron la guerra sostenidos secretamente por los samnites.

El año cuatrocientos veinte y cuatro de Roma, un crimen muy escandaloso produjo en la legislacion mudanzas favorables al pueblo. La usura ejercia siempre su tiranía, y los infelices deudores se veian entregados sin defensa á la crueldad de sus acreedores. Un joven llamado Papirio, desesperado de ver á su padre oprimido por Publio, el mas desapiadado de los usureros, se condenó voluntariamente á la esclavitud por libertar al autor de sus dias de aquella persecucion. Publio, lejos de conmoverse por este sacrificio de la piedad filial, ultrajó á su nuevo esclavo, y le hizo azotar inhumanamente. Papirio se escapó de sus manos, invocó el ausilio del pueblo, y escitó su piedad é indignacion mostrando su cuerpo destrozado. Las centurias reunidas dieron dos leyes que aprobó el senado: primera, que pudieran obligarse á la paga los bienes, mas no la persona del deudor: segunda, que no se pudiese azotar á ningun ciudadano sino en caso de ser convencido de delito. Asi la desgracia de un particular produjo un bien general, y la crueldad de un usurero dió libertad á todos los que estaban en la cárcel, víctimas de la usura, porque la injusticia y la tiranía producen casi siempre la independencia.

Dictadura de Papirio Cúrsor. (A. M.

3682. A. J. 322). Los samnites, que habian reparado sus fuerzas, se unieron descubiertamente á los vestinos y tarentinos contra Roma. Mientras que el cónsul Bruto Esceva vencia á los vestinos, su colega Furio Camilo, habiendo caido enfermo en el Samnio, nombró dictador á Papirio Cúrsor. Este, observantísimo de la religion como todos los romanos, no quiso combatir antes de tomar en Roma los acostumbrados auspicios. Dejó el ejército á las órdenes de Fabio Ruliano, su general de caballería; y aunque el general estaba á la vista, le prohibió dar batalla por mas que se le provocase. Fabio, sabiendo que los samnites ocupaban una mala posicion y la guardaban con negligencia, sale de su campamento, los sorprende, y los ahuyenta haciendo en ellos una gran carnicería. El dictador vuelve al ejército, y en lugar de los enemigos halla al vencedor culpable, y le condena á muerte sin atender á la victoria. El ejército, cómplice de ella, se subleva contra la sentencia, y obliga á Papirio á suspender su ejecucion. El dictador se queja delante del senado y del pueblo, de que las leyes militares eran violadas: los exhorta á no dar un egemplo peligroso, dejando impunes las infracciones de la disciplina. El senado y el pueblo, queriendo salvar á Fabio,

porque en aquel caso la severidad era una ingratitud, obtuvieron con sus ruegos que el dictador lo perdonase. Su estremo rigor le habia hecho perder el amor de los soldados hasta tal punto, que estuvo en peligro de verse abandonado por las tropas. Pero poco á poco fue perdiendo de su severidad, ganó el afecto de los guerreros, y venció á los samnites obligándolos á pedir la paz.

Horcas caudinas. (A. M. 3685. A. J. 319.) Esta paz no podia ser mas que una tregua entre pueblos enconados. Los samnites no descansaban sino para vendar sus heridas. Bien pronto reunieron todas sus fuerzas y entraron en combate con el valor de la desesperacion. La fortuna de Roma triunfó de sus esfuerzos. El dictador Cornelio Arvina marchó contra ellos, y despues de una batalla, disputada con encarnizamiento, hizo tan horrible estrago, que perdiendo toda esperanza y temiendo los furores del vencedor si continuaban resistiendo, se sometieron enviando á Roma todo el botin que habian hecho en los veinte años anteriores, todos los prisioneros que habian caido en su poder, y por colmo de humillacion, el cuerpo mismo de su general que se habia dado la muerte de pesadumbre por haber sido autor de una guerra tan infausta, y no pedian

mas favor sino que cesasen las hostilidades. El senado recibió los prisioneros, aceptó los dones y rehusó la paz. Esta inícua dureza costó cara á los romanos, y les acarreó una grande ignominia y un gran desastre.

La desesperacion reanimó el valor de los samnites. Poncio, uno de sus mas valientes guerreros, aprovechándose de la indignacion general, los persuadió á morir con honra ó á vengar el ultrage. Nombrado general, reunió un cuerpo de tropas, débil en número, pero temible por el ardor que las animaba. Se adelantó hasta Caudio, lugar llamado hoy Arpaja, entre Capua y Benevento; y manda á diez soldados que se disfracen de pastores, marchen á Calacia donde acampaban los cónsules Veturio Calvino y Espurio Postumio, se dejen coger por los puestos avanzados de los romanos, y digan, cuando sean preguntados, que el ejército samnite estaba sitiando la ciudad de Luceria en la Apulia con esperanzas de tomarla en breve. Este estratagema produjo completamente su efecto. Los cónsules, engañados por los fingidos pastores, tomaron la resolucion de marchar prontamente á socorrer aquella ciudad no atacada. Habia dos caminos para ir á Luceria, uno facil, atravesando la llanura, pero largo: otro, mucho mas corto,

pasaba entre dos montañas escarpadas que formaban dos desfiladeros estrechos separados por un llano de corta estension. Los cónsules, no queriendo perder tiempo para libertar á Luceria, escogieron este último camino. Desde que hubieron entrado en el desfiladero, los samnites cerraron con atrincheramientos sus dos gargantas. Colocaron en ellas sus mejores tropas, ocuparon las alturas y desde ellas arrojaban dardos y piedras á los romanos. El ejército de estos sorprendido y consternado, procuró inútilmente forzar las dos salidas. Jamas se han encontrado ningunas tropas en una situacion mas deplorable. Estos valerosos guerreros, no pudiendo ni subir por las rocas, ni atacar ni defenderse, fortificaron con tristeza su campo que, segun las apariencias, debia ser su sepulcro. Los samnites, burlándose de este inútil trabajo, los insultaban desde lo alto de las peñas. Los cónsules, oficiales y soldados se preguntaban unos á otros como podrian vender caro sus vidas y no perecer cogidos en el lazo como animales. Los samnites deliberaban tambien: pero era sobre el fruto que sacarian de una victoria cierta. Estaban divididos los pareceres, y enviaron á consultar á Herennio, padre de su general, respetable por su esperiencia, virtudes y edad. Este viejo

les aconsejó concluir una paz honorífica con Roma, y dejar al ejército romano salir libremente del desfiladero. Despues envió á decir por un segnndo correo, que podian tomar otro partido para libertarse de los enemigos, y era, matar todos los soldados romanos que tenian cogidos. La contradiccion de estos dos dictámenes sorprendió á Poncio y á los demas gefes de los samnites. Herennio vino al campamento para esplicarla, y entrando en el consejo; «Los romanos, dijo, están en vuestro poder: no podeis hacer mas que una de dos cosas: ó escitar su reconocimiento y merecer su amistad por una accion generosa, ó destruirlos para quitarle á Roma su fuerza y hacer imposible su venganza.»

Hablaba el lenguage de la razon á hombres apasionados y no pudo convencerlos. Segun los generales samnites, el primer estremo no satisfacia á sus corazones esasperados, y el segundo era demasiado cruel: y asi decidieron que los romanos no obtendrian la paz ni la libertad de retirarse sino despues de pasar bajo el yugo, entregar las armas y prometer que renunciarian á todas sus conquistas. Añadióse que no se les dejaría mas vestido que una sola túnica. En vano Herennio les predijo que algun dia se arrepentirian de esta fatal

resolucion. «Perdeis, les dijo, la sola ocasion de tener amigos poderosos, y dejais fuerzas á un enemigo, que injuriado, será implacable. El pueblo romano no transige nunca con la ignominia: sus derrotas le inspiran el deseo de combatir, y no hace la paz sino cuando es vencedor.» El consejo persistió en su determinacion y la intimó á los cónsules. Los romanos desesperados pedian la muerte y no podian sufrir la idea de la humillacion. «Perezcamos todos, esclamaban, antes que envilecernos. Imitemos á nuestros abuelos, que no cedieron á los galos. Vale mas que Roma esista sin nosotros, débil pero gloriosa, que verla manchada con la vuelta de sus legiones envilecidas.» Este dictámen honrado aunque funesto, iba á prevalecer, cuando Léntulo, uno de los guerreros mas prudentes y valerosos de Roma, dijo: «Nuestros mayores abandonaron las piedras y paredes de la ciudad para salvar la fuerza romana, que estaba encerrada en el Capitolio. Ahora ciegos por la desesperacion, queriendo salvar el honor de la patria, la arruinais á ella misma. Roma no vive por sus murallas, sino por sus legiones: si perecemos, la entregamos indefensa al furor de sus enemigos. Suframos la adversidad, doblemos la cerviz á la fortuna, sacrifiquemos nuestro or-

gullo á la salvacion de Roma y reservemos nuestros brazos para la venganza. Yo daria el ejemplo del valor, si fuese posible combatir: pero juzgo que si en otro tiempo se quiso comprar la salud de la patria á precio de oro, ahora debemos inmolar por ella nuestro honor personal. Si este sacrificio es indispensable, conjuro á los cónsules á ir al campamento enemigo y declarar que entregamos las armas.»

Este parecer de un ciudadano decidido y de un guerrero intrépido, ganó todos los votos. Los cónsules se presentaron á Poncio, y se sometieron á todo, menos á firmar el tratado de paz, que solo podia hacerse con el consentimiento del senado y del pueblo. Los samnites se contentaron con la promesa; y los cónsules y las legiones desfilaron con la vista baja, la humillacion en la frente y la rabia en el corazon, por debajo del yugo en presencia de sus soberbios é imprudentes vencedores. Despojados de sus vestidos, como esclavos que han recibido el castigo, volvieron á Cápua y despues á Roma. El espectáculo de las legiones desnudas y desarmadas causó al principio grande consternacion en la ciudad. Apenas se atrevian á hablarse ni mirarse: pero no tardaron en suceder al silencio de la ver-

güenza, movimientos de furor y gritos de venganza. Los cónsules abdicaron el consulado juzgándose indignos de esta magistratura, y no volvieron á presentarse en público. Valerio Flaco, elegido dictador, no pudo conseguir que se nombrasen cónsules, y este interregno fue un tiempo de insolencia para los estrangeros y de ignominia para los romanos y sus aliados. En fin, los comicios reunidos de nuevo nombraron cónsules á Papirio Cúrsor y á Publilio Filon. Los cónsules anteriores propusieron en el senado que se rompiese la paz prometida en las horcas caudinas, y que se les entregase á ellos en poder de los samnites para ser víctimas de su resentimiento. Se aceptó su proposicion, y fueron enviados al Samnio: pero los samnites los devolvieron con menosprecio.

La guerra empezó otra vez, y se cumplió la prediccion de Herennio. Papirio venció en muchos encuentros á los samnites, sorprendió y rodeó uno de sus ejércitos y lo hizo pasar bajo el yugo, recobró á Luceria, y las demas plazas perdidas, los obligó á entregar seiscientos rehenes que tenian desde la capitulacion de Caudio, y terminó su brillante campaña con una tregua que duró dos años. Al cabo de ellos, los samnites, ausiliados por los etruscos,

tomaron las armas. El dictador Emilio y Fabio Máximo, su sucesor, los vencieron en muchas batallas, y estendieron las posesiones romanas. La dictadura de Junio Bubulco fue célebre, por la grande obra que emprendió el censor Apio Claudio, del hermoso camino que, pasando por Cápua, iba desde Roma á Brundusio. Aun quedan de él vestigios muy notables. Los etruscos, ausiliares de los samnites, se habian mantenido á la defensiva, disputando el terreno con habilidad, y evitando toda accion general. Papirio, nombrado otra vez dictador, los obligó con sus rápidos movimientos á entrar en accion, y los derrotó tan completamente, que no fueron poderosos en lo sucesivo para retardar los progresos de la dominacion romana. Cuatro años despues se sublevaron de nuevo: el dictador Valerio Máximo destruyó el resto de sus fuerzas: y este pueblo valiente, que habia luchado cuatro siglos contra Roma, se sometió en fin á su señorío. Los samnites se habian visto obligados á hacer la paz y renovar su antigua alianza con los romanos; pero el recuerdo de su gloria pasada y el deseo de recobrar las plazas que habian perdido, les hicieron consultar de nuevo la fortuna de la guerra. Al principio fueron felices y vencieron un ejército romano,

mandado por Fabio Gúrges: pero su padre Máximo, siempre feliz en la guerra, vengó la derrota y ganó una batalla, en que pereció Poncio, el mas célebre de los generales samnites. Curio Dentato consiguió de ellos nuevas victorias, que agotaron sus fuerzas, y les quitó las ciudades que les quedaban. Tres colonias romanas, enviadas á Castro, Sena y Adria, aseguraron las posesiones de la república, que se estendieron hasta el golfo de Tarento por la subyugacion de los lucanos, á quienes Roma declaró la guerra para vengar las injurias que habian hecho á los pueblos de la Apulia, aliados suyos.

Guerra de Tarento. (A. M. 3722. A. J. 282). El último pueblo de Italia que peleó contra la fortuna de Roma, fueron los tarentinos. El senado les declaró la guerra, porque habiendo robado algunos bajeles de la república, rehusaron darle satisfaccion. Los de Tarento hicieron alianza con los samnites, lucanos, mesapios, brucios y ápulos, y llamaron en su socorro al célebre Pirro, rey de Epiro, cuyo padre Alejandro, hermano de Olimpias, y tio de Alejandro el grande, habia militado ya en Italia en favor del pueblo de Cápua.

Esta guerra, en la cual pelearon los roma-

nos por primera vez contra los griegos, empezó el año cuatrocientos setenta y tres de Roma, doscientos setenta y nueve antes de Jesucristo. Durante la prolongada lucha de la república contra los samnites, los tribunos del pueblo habian turbado algunas veces su tranquilidad interior. El año cuatrocientos cincuenta y tres de Roma, despues de grandes contestaciones, habian conseguido que los plebeyos pudiesen ser sacerdotes y augures. El senado aumentó el número de unos y otros, para conservar á los patricios las mismas plazas que tenian ántes. Los esfuerzos de los romanos, para conquistar el mediodia de Italia, no les impedian atender con fuerzas considerables á las invasiones de un enemigo, cuyo nombre solo anunciaba grandes peligros. El año cuatrocientos sesenta y nueve de Roma, los galos senones sitiaron á Arezo, ciudad de Etruria: el cónsul Lucio Cecilio Metélo, encargado de socorrer la plaza, fue vencido, perdió trece mil soldados y pereció en la batalla. Roma envió legados para hacer la paz, y los bárbaros los asesinaron. Curio Detanto vengó á Roma de esta derrota, talando el pais de los galos: pero éstos marcharon entretanto contra Roma: el cónsul Dolabela les salió al encuen-

tro, y los batió tan completamente, que no quedó un galo que pudiese llevar á su patria la noticia de este desastre.

Batalla de Heraclea. (A. M. 3785. A. J. 219). Pirro, cediendo á las súplicas, á las promesas y á las adulaciones de los tarentinos, y mas que todo, á su ambicion de gloria, envió tresmil hombres á Tarento bajo las órdenes de Cíneas su amigo. Siguióle despues con veinte mil de á pie, tres mil caballos, veinte elefantes, dos mil arqueros, y quinientos honderos. Una tempestad furiosa dispersó su escuadra: pero al fin, despues de haber sido juguete de los vientos por algunos dias, entró con felicidad en el puerto. Pirro, al llegar á Tarento, quiso ganarse los ánimos por su popularidad; pero educado en los campamentos macedonios, vió con indignacion la molicie de aquella ciudad, cuyos habitantes no conocian mas ocupaciones que los placeres y espectáculos. No era el deleite buen medio para pelear contra los romanos duros y belicosos. Pirro probó á los tarentinos, que un aliado poderoso es un verdadero señor. Su presencia produjo una mudanza momentánea en las costumbres: se dejaron las diversiones y se habló de la gloria. Arrancó la juventud de los placeres, la trajo á los campamentos, le dió ar-

mas y disciplina, la ejercitó, y sin esperar los socorros lentos de los aliados, marchó contra los romanos. Antes de pelear, propuso al cónsul Levino su mediacion entre Roma y Tarento. Levino respondió que no lo queria por mediador, ni le temia como enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Heraclea, separados por el rio Siris. Los romanos lo pasaron y desvarataron las primeras tropas que encontraron. Pirro los cargó al frente de la falange, insigne por la riqueza y brillo de sus armas, y aun mas por su actividad y valor. Los romanos dirigen á él todos sus golpes y le matan el caballo. Un oficial epirota levanta al rey, trueca sus armas con él, y perece víctima de su lealtad. Los romanos forman un trofeo de las armas, cuya vista enardece el valor de las legiones y llena de espanto á los griegos, que, creyendo muerto su rey, empiezan á retroceder. Pirro se presenta, levanta la visera, corre por las filas y las anima. El combate vuelve á ser mas terrible: la victoria está indecisa, hasta que el rey manda soltar los elefantes: su vista espanta á los romanos, no acostumbrados á ellos, y su olor asombra á los caballos. Pirro, aproveehándose de este momento de desorden, hace avanzar la caballería tesala, que penetra en las legio-

nes y las ahuyenta. En esta batalla perdió el rey trece mil hombres, y los romanos quince mil muertos y mil ochocientos prisioneros. El rey trató á los cautivos con humanidad, y dió orden de enterrar los muertos de entrambos ejércitos. Ecsaminando el campo de batalla admiró la constitucion fuerte del soldado romano: y creyendo descubrir en sus rostros, á pesar de la palidez cadavérica, un resto de fiereza, esclamó: «con estos soldados me haria dueño del mundo.» Los samnites, brucios y lucanos, lentos para la batalla, y prontos despues de la victoria, aumentaron su ejército, que avanzó hasta Preneste, á doce leguas de Roma.

La derrota de Levino tenia atemorizada la ciudad. El patricio Fabricio, respetable por sus hazañas y triunfos, calmó los espíritus diciendo que Pirro habia vencido al cónsul y no á las legiones. El amor de la gloria y de la patria hizo que se levantase otro ejército con tanta prontitud, que Pirro, admirando el valor de los romanos, prefirió la negociacion á la guerra, y envió á Cíneas á Roma á proponer la paz. El rey confiaba mucho en la elocuencia de aquel discípulo de Demóstenes, y solia decir: «Cíneas ha conquistado mas ciudades con su lengua, que yo con mis armas.» El emba-

jador griego empleó toda su habilidad en lisonjear el orgullo de los patricios, en engañar al pueblo con promesas, y en seducir las matronas con regalos. Valióse de la elocuencia despues de las liberalidades. Se presenta al senado, le prodiga los mayores elogios, le pondera el aprecio de Pirro á los romanos, y le declara que el rey está dispuesto á dar libertad sin rescate á los prisioneros, y á ausiliar á la república, si ella quiere, á conquistar la Italia, sin pedir otro premio de estos servicios que la alianza de Roma para sí y sus aliados. El senado, movido por este discurso, se inclinaba á tratar de paz: pero Apio Claudio, cuyo vigor no habian debilitado ni la edad ni las enfermedades, habló así: «Padres conscriptos: yo sufria con dolor la pérdida de mi vista: pero hoy quisiera ser sordo para no oir los viles consejos que os dan, y cuyo efecto seria la mengua del nombre romano. ¿Habeis olvidado vuestra dignidad? ¿Qué es del orgullo con que deciais que si Alejandro magno se hubiera presentado en Italia, no se le celebraria ahora como un guerrero invencible? Ese lenguage tan altivo se tendrá por una vana arrogancia: pues tanto temeis á un puñado de molosos, nacion que los macedonios sometieron sin dificultad. Temblais en presencia de un hombre,

que ha sido durante muchos años cortesano servil de un satélite de Alejandro, y que no ha venido á Italia, sino huyendo de los enemigos, cuyas armas temia en Grecia. Os ofrece para conquistar la Italia un ejército, con el cual no ha podido conservar una pequeña parte de la Macedonia. Si os someteis á su influencia, no creais que la paz os libertará de su yugo: vuestra debilidad aumentará los enemigos de Roma y todos los pueblos que habeis subyugado, reuniéndose á los samnites y tarentinos, os despreciarán y acometarán confiadamente, cuando sepan que sois tan fáciles de abatir; y que deponeis las armas á la voz de Pirro, sin vengar la injuria que os ha hecho.» El senado, convencido por estas nobles palabras, y volviendo á su antigua costumbre de no hablar de paz sino despues de la victoria, respondió al embajador que Roma no negociaria con Pirro hasta que sus tropas saliesen de Italia. Cíneas, cuando volvió al rey, le dijo que el senado parecia una junta de dioses, y el pueblo una hidra, cuyas cabezas renacian á medida que se cortaban; que el cónsul tenia ya un ejército mas numeroso que el vencido en Heraclea, y que Roma podria levantar otros cuando quisiese.

El senado creyó conveniente corresponder

á la cortesía del rey en cuanto á los prisioneros, y le envió una embajada, cuyo gefe era Cayo Fabricio. El rey, instruido del mérito de este grande hombre, se aplicó á ganarle. Conocia su pobreza pero no su desinterés; y asi dándole muestras de la mayor estimacion, le ofreció presentes magníficos y grandes posesiones en el Epiro, si queria favorecer sus intenciones; pero le halló incorruptible. Al dia siguiente, para probar su intrepidez, ocultó detrás de unos tapices el mayor de sus elefantes, y en medio de la conferencia se mostró repentinamente aquel terrible animal, armado con la trompa levantada sobre la cabeza del romano y dando un grito espantoso. Fabricio sin mostrar emocion, le dijo al rey: «ahora soy el mismo que ayer, ni tu elefante me asombra ni tu oro me gusta. «El rey, apreciando su altiva osadía, declaró que por consideracion á Fabricio enviaba sin rescate todos los prisioneros á condicion que Roma los devolviese, si persistia en hacer la guerra. Los envió efectivamente; y el inflecsible senado les mandó, bajo pena de muerte que se volviesen al campamento de Pirro.

Batalla de Asculo. (A. M. 3726. A. J. 278.) La actividad de los romanos probó al rey que Cineas no se habia equivocado en el

juicio que habia hecho de ellos. La guerra que sostenian contra los epirotas no les impidió levantar otro ejército al mando de Levino contra los etruscos revelados, á los cuales venció y subyugó en poco tiempo. Segun el censo que se hizo entonces, habia doscientos setenta y ocho mil doscientos veinte y dos ciudadanos capaces de tomar las armas, comprendidos los aliados que gozaban del derecho de ciudadanía en Roma. Los cónsules Publio Sulpicio y Decio Mus salieron al encuentro á Pirro y le hallaron cerca de Asculo. El rey habia tomado posicion en un terreno interrumpido por bosques, donde no podia hacer uso de su caballería. El combate fue de infantería, se prolongó hasta la noche y quedó indeciso Al dia siguiente mudó el rey su posicion y órden de batalla: arregló su ejército en una gran llanura, con los elefantes en el centro y los honderos y flecheros en los intervalos de los escuadrones. Los romanos, apiñados en un terreno estrecho, no podian maniobrar: pero se arrojaron en masa con intrepidez, hicieron gran matanza en los griegos, penetraron por sus filas y llegaron hasta su centro. Allí los detuvieron los elefantes y la caballería enemiga, que acometieron y desordenaron las legiones, y las obligaron á retirarse á su campo. Los romanos

perdieron seis mil hombres, y Pirro cuatro mil: como quedó dueño del campo de batalla, le dieron la enhorabuena de la victoria y él respondió: «con otra victoria como esta soy perdido." La batalla de Asculo terminó la campaña.

Al año siguiente los cónsules Cayo Fabricio y Quinto Emilio se presentaron con un poderoso ejército para combatir á los griegos. Ya estaba prócsima la batalla cuando Fabricio recibió una carta del médico principal de Pirro, que le ofrecia terminar la guerra dando veneno al rey, si se le concedia una recompensa proporcionada á la importancia del servicio. Fabricio indignado informó á Pirro del proyecto tramado contra su vida en estos términos: «Pirro no sabe escoger ni sus amigos ni sus enemigos. Hace la guerra á hombres virtuosos y se confia de traidores. Los romanos detestan todo género de perfidia: conquistan la paz con las armas y no con la traicion." Pirro, admirado de la generosidad del cónsul, esclamó: «Mas fácil es separar al sol de su carrera que á Fabricio del camino de la virtud." Elogio magnífico, que podia aplicarse entonces á todo el pueblo de Roma. El rey mandó dar muerte al traidor, y dió libertad á todos los prisioneros romanos. El senado por no ser vencido en generosidad, devol-

vió al rey de Epiro los cautivos samnites, griegos y tarentinos. Pirro peleaba muy á su disgusto contra un pueblo que habia conquistado su estimacion. De nuevo ofreció la paz; pero el senado, fiel á sus mácsimas, persistia en ecsigir la evacuacion de Italia: lo que ponia al rey en una grande incertidumbre, porque ni queria ceder al orgullo de Roma, ni continuar una guerra ruinosa, cuyo buen écsito le era cada dia menos probable. Los sicilianos le dieron un pretesto oportuno para salir de esta situacion, implorando su socorro contra los cartagineses. Pasó, pues, á Sicilia, y los romanos se vengaron á su placer de los tarentinos, samnites, lucanos y brucios. Mientras que asolaban estos pueblos, la peste hizo grandes estragos en Roma, y un dictador fijó un clavo en el templo de Júpiter.

Batalla de Benevento. (A. M. 3729 A. J. 275.) Pirro, echados los cartagineses de Sicilia y fastidiadó de la indocilidad de los pueblos de esta isla, volvió á Italia, llamado por los tarentinos. Curio Dentato y Cornelio Léntulo eran cónsules. El pueblo, agitado por el espíritu faccioso de los tribunos, se oponia al alistamiento mandado hacer por el senado: Curio, burlándose de esta oposicion, echó suerte en las tribus; y cuando llegó la

vez de la tribu poliana, mandó presentarse al ciudadano, cuyo nombre salió primero de la urna: este se ocultó en lugar de obedecer, y el cónsul mandó que se vendiesen sus bienes. El ciudadano apeló al pueblo, y Curio le condenó á ser vendido como esclavo, diciendo que un rebelde era una carga, de la cual debia libertarse la república. Los tribunos no se atrevieron á defender al reo: y esta sentencia fue despues una ley que convirtió en esclavos á los que no querian alistarse. Pirro, habiendo desembarcado en Tarento, reunió á sus fuerzas las de los aliados y marchó al Samnio, donde Curio Dentato reunia su ejército. La marcha rápida de los griegos habria sorprendido al cónsul sino se hubiera estraviado en un bosque; y esta tardanza salvó el ejército romano. Es verdad que la llegada imprevista del enemigo causó al principio alguna confusion; pero remediola la prudencia del cónsul, y mientras un cuerpo escogido rechazaba la vanguardia de Pirro, dispuso sus tropas en órden de batalla en la llanura de Benevento. Trabóse la lid con igual valor y obstinacion de ambas partes. Los elefantes cargaron, cuando ya estaban los romanos fatigados del combate, desordenaron sus filas, y los hicieron huir hasta el frente de su campamento, que

estaba colocado sobre una altura. Pero el cónsul habia puesto alli un cuerpo de reserva que reanimó el valor de las tropas é instauró el combate. La posicion era ventajosa para los romanos; porque no perdian ninguno de sus dardos, como lanzados desde lo alto. Las filas griegas caian succesivamente haciendo vanos esfuerzos para superar la colina, desde cuya cumbre lanzaban al enemigo cuerdas embreadas y encendidas Los animales espantados huyen sobre las falanges griegas, y las destruyen. Los romanos, aprovechándose de este desorden, acometen con furia al enemigo, lo derrotan completamente, le matan veinte y tres mil hombres, y se apoderan del campamento del rey. Admirados de su simetría, fuerza y atrincheramientos, le tomaron por modelo en lo succesivo, y contribuyó en gran manera á los triunfos ulteriores de la república; porque Roma siempre se aprovechó de todo lo que hallaba útil en el armamento, táctica, legislacion y costumbres de sus enemigos.

Curio trajo á la ciudad sagrada sus legiones victoriosas: mil y trescientos cautivos, cautro elefantes, una inmensa cantidad de oro, plata, vasos y muebles preciosos, ricos despojos del lujo tarentino y griego adornaron su

triunfo. Estos trofeos daban orgullo á los romanos sin corromperlos; porque eran todavía tan afectos á la simplicidad de costumbres, que en este mismo año los censores Fabricio y Emilio echaron del senado á Rufino, que habia sido cónsul y dictador, solo porque se servia de bagilla de plata. Pirro, que ya no podia sostenerse en Italia, disimuló sus intenciones, y dijo á los aliados que iba á buscar refuerzos en Grecia. Este lenguage engañó á los tarentinos, y aun á los romanos, que no se atrevieron á licenciar sus ejércitos. El rey antes que se pudiese conocer su designio, se embarcó furtivamente de noche, y volvió á Epiro con ocho mil hombres de infantería y quinientos caballos, reliquias miserables de una guerra de seis años. Poco despues murió en el sitio de Argos. Los romanos aprendieron de él el arte de acamparse, de escoger las posiciones, y de resistir los ataques de la caballería con los infantes dispuestos en falange. La fuga de Pirro estendió la gloria de Roma en la Grecia y oriente. Apenas fue conocido su poder, hubo quien solicitase su amistad. Filadelfo, rey de Egipto, célebre por su aficion á las artes y ciencias, fue el primero que felicitó á los romanos por sus victorias, y pidió su alianza, aunque nada temia ni esperaba de ellos.

Toma de Tarento. (A. M. 3732. A. J. 272). Los tarentinos, abandonados por los griegos, pidieron socorro á Cartago, que les envió tropas y naves; mas no por eso dejaron de ser vencidos, encerrados en su ciudad, y sitiados. Milon, que habia quedado de orden de Pirro con pocas tropas en la ciudadela, la entregó por capitulacion. La ciudad, ya sin ausilios ni esperanzas, se rindió á los romanos, y sus muros fueron desmantelados.

Las conquistas de Roma eran ya mas sólidas, porque en lugar de licenciar sus ejércitos como antes, los hacian invernar en los paises conquistados. Pero este sistema nuevo ecsigia una disciplina mas rigurosa, como lo probaron varias sediciones. La legion llamada campana, que se hallaba de guarnicion en Regio, se rebeló, se apoderó de esta ciudad, y se declaró independiente: pero en breve fue cogida y diezmada. En este tiempo dió Roma una prueba grande de su justicia entregando á los embajadores de Apolonia, ciudad de Albania, unos jóvenes que los habian insultado. La república, habiendo reunido á sus posesiones la Etruria, el Samnio, el pais de los lucanos y el de los tarentinos, empezaba á enriquecerse: y asi en esta época acuñó la primer moneda de plata, no habiendo usado an-

tes sino la de cobre y bronce. Los juegos públicos se celebraron con mayor magnificencia. El año cuatrocientos ochenta y ocho de Roma, Marco y Décimo Bruto dieron combates de gladiadores para celebrar los funerales de su padre: este espectáculo, cruel pero acomodado al genio belicoso de los romanos, llegó á ser objeto de una aficion desenfrenada.

Las armas romanas, libres ya de toda oposicion en Italia, se apoderaron de Espoleto, Hidrunte y Brundusio; y estendieron su dominacion desde las fuentes del Tiber hasta el estrecho de Sicilia. Cartago, la mayor potencia de Occidente, señora de una parte de Africa, España y Sicilia, dominadora de los mares y dueña del comercio del mundo, no podia mirar con indiferencia la conquista de Italia. Es verdad que habia admirado y aun animado á los romanos cuando no hacian mas que defenderse contra los pueblos que los atacaban: pero apenas tuvo á Roma por potencia rival, le juró un ódio implacable. Estas dos repúblicas ambiciosas aspiraban entrambas al imperio del mundo: una queria domarlo con sus buques, otras con sus legiones. Ya no podian ecsistir las dos: y la guerra que produjo su rivalided, no podia concluir sino con la destruccion de Roma ó de Cartago.

CAPÍTULO V.

Guerras púnicas.

Principios de la primera guerra púnica. Sitio de Agrigento. Batalla naval de Milas. Espedicion de Régulo al Africa. Batalla de Drepano. Batalla de las Egates, y fin de la primer guerra púnica. Conquista de Cerdeña. Guerra de Iliria. Batalla de Telamon. Batalla del Adda. Batalla de Acera. Principios de la segunda guerra púnica. Espedicion de Annibal á Italia. Batalla del Trasimeno. Batalla de Cánnas. Sitio de Cápua. Batalla del Metauro. Batalla de Zama. Primera guerra de Macedonia. Batalla de Cinocefalas. Guerra de Siria. Batalla de Magnesia. Segunda guerra de Macedonia. Batalla de Pidna. Tercera guerra púnica.

PRINCIPIOS *de la primera guerra púnica* (A. M. 3738. A. J. 266). Roma tardó quinientos años en echar lentamente los cimientos de su poder. Ahora va á elevarse el edificio: pero antes de

dominar el mundo, temblará en sus mismas bases y llegará al punto de destruirse. Roma, conmovida por Cartago, triunfará de su soberbia rival, y someterá sin dificultad el Oriente afeminado y dividido.

Despues de la muerte de Agatocles, tirano de Siracusa, unas tropas mercenarias suyas se habian apoderado de Mesana degollando á sus habitantes. Hicieron despues alianza con los sublevados de Regio, é infestaban sus corsarios las playas de Italia y Sicilia. Los romanos sometieron y castigaron á los de Regio; y los mamertinos (este nombre se habian dado los usurpadores de Mesana), fueron vencidos y sitiados por Hieron, rey de Siracusa Una parte de los mamertinos queria entregarse á los cartagineses, y otra á los romanos. Estos segundos temian menos á una nacion sin marina como Roma, que á Cartago, señora del mar y de las dos terceras partes de la Sicilia. La oferta de los mamertinos causó en Roma una viva discusion. Aunque ecsistia un tratado entre esta ciudad y Cartago, su mútua rivalidad lo habia hecho casi nulo: asi Roma no aceptó los socorros que le ofreció Cartago contra Pirro, y ésta ausilió á los tarentinos contra los romanos. Ademas un cuerpo de cartagineses mandado por Annibal, habia entrado en Me-

sana favorecido de sus partidarios, y era de temer que los africanos, conquistada la Sicilia, pensasen en llevar sus armas á Italia. Por otra parte no podia decentemente favorecer á los mamertinos habiendo castigado á los de Regio, cuya causa era igual. Remitió, pues, á los comicios la decision de este negocio; y el pueblo resolvió que se defendiese á Mesana y se castigase á los cartagineses por haber dado socorro á los tarentinos arrojándolos de Sicilia.

El cónsul Apio Claudio, encargado de la ejecucion de estas órdenes, envió un legado á los mamertinos para sondear sus disposiciones. Este en la asamblea del pueblo probó la injusticia de los cartagineses en haber ocupado la ciudadela, desde la cual eran mas bien señores que ausiliares. Los mamertinos aplaudieron este discurso, y los cartagineses, obligados á evacuar aquel punto, se reunieron á Hieron, y declararon la guerra á Mesana. El cónsul no podia enviar facilmente a esta ciudad los socorros que le habia prometido; porque el puerto estaba bloqueado por una escuadra cartaginesa, otras cruzaban el estrecho, y Roma carecia de bajeles. Claudio tenia su ejército en Regio, y no pudo reunir mas medios de transporte que algunos bateles seme-

jantes á las canoas de los salvajes. A falta de fuerzas recurrió al ardid: echó la voz de que teniendo el paso por imposible, resolvia volver á Roma con su ejército. Los espias de Cartago dieron cuenta á Annibal de esta resolucion fingida: el cartaginés los creyó, y retiró su escuadra de aquel pasage peligroso. El consul, aprovechándose de su negligencia, embarcó aceleradamente sus tropas en una noche sobre unos buques miserables llamados *caudices*, y llegó en pocas horas á Sicilia. Sin dejar tiempo al enemigo para volver en sí de la sorpresa, marchó contra los siracusanos, y los derrotó tan prontamente, que Hieron decia que los romanos le habian vencido antes de verlos. Derrotó despues el ejercito cartaginés, y volvió á Roma con un gran botin á gozar del triunfo, tanto mas brillante cuanto esta fue la primer victoria que los romanos conseguian mas allá del mar. Diósele el sobrenombre de *Caudex*, en memoria de los buques en que se habia atrevido á pasar el estrecho.

El año siguiente pasó el cónsul Valerio á mandar las tropas que habian quedado en Sicilia: derrotó á los enemigos en muchos reencuentros: consolidó el dominio de Roma en Mesana, se acercó á Siracusa, y concluyó un

tratado de paz y alianza con Hieron, que pagó seiscientos talentos y fue aliado fidelísimo de Roma. Valerio se apoderó de Catana y de otras muchas ciudades, y recibió el renombre de *Mesana*, que despues se trocó en *Mesala*. Obtuvo los honores del triunfo, y trajo á Roma el primer relox de sol que hubo en aquella ciudad. Algunos historiadores dicen que Papirio Cúrsor, treinta años antes, habia hecho construir uno mas imperfecto Cinco años despues Escipion Nasica mandó construir un relox que servia de dia y de noche llamado *clepsidro*, é indicaba las horas por medio del agua que caia gota á gota en un vaso.

La alianza de Hieron daba mucha ventaja á los romanos para la guerra de Sicilia, porque les proporcionaba puertos, ausilios y subsistencias

Sitio de Agrigento. (A. M. 3740. A. J. 264.) Los cónsules Postumio Gemelo y Mamilio Vítulo. sitiaron á Agrigento y la tomaron al cabo de cinco meses. Fueron muchas las salidas de la guarnicion que rechazaron los romanos. Hannon desembarcó con un ejército poderoso para defender la plaza. Postumio, fingiendo temerle y encerrándose en su campamento, escitaba su temeridad: y cuando le vió acercarse á él sin órden y lleno de una

imprudente confianza, salió repentinamente con sus legiones, cayó sobre el enemigo, lo derrotó y se apoderó de su campo. Agrigento se rindió por falta de víveres, despues de haberse escapado por mar la guarnicion cartaginesa. Hannon justificó en esta ocasion el proverbio de la fé púnica. Como se quejasen los galos mercenarios de que se les retardaban las pagas, los envió á una ciudad vecina é hizo que Postumio fuese advertido de esta marcha. El cónsul emboscado en el camino los pasó á todos á cuchillo. Cartago castigó la derrota de Hannon con una multa, cuando su perfidia y crueldad eran dignas de muerte.

El quinto año de la guerra iba á comenzar: los triunfos de Roma aumentaban su gloria, sin hacer grande daño á su rival, que era dueña del mar y gozaba de tranquilidad en Africa, cuando las costas de Italia estaban espuestas á sus invasiones. El senado mandó que se construyese una escuadra, y estuvo pronta en tan breve tiempo, que segun Floro, parecia haberse transformado los árboles en bajeles. Sirvió de modelo una galera cartaginesa, que habia dado al través. En sesenta dias estuvieron al ancla cien galeras grandes y veinte y tres de menor fuerza. Los romanos no tenian pilotos ni marineros, sino soldados, cuyo

valor suplió la falta de instruccion. Es verdad que entonces era muy limitada la ciencia náutica. Las galeras no eran mas que buques chatos: las escuadras se alejaban poco de la costa, y se guarecian de las tempestades, echándolas sobre la playa y sacándolas á tierra. La ambicion romana, contenida hasta entonces por el mar, como un incendio por las aguas de un rio, atravesó en fin las olas con el ausilio de los vientos para devorar la rica presa que Cartago presentaba á su avidez.

Batalla naval de Milas. (A. M. 3742. A. J. 262.) Los cónsules Cornelio y Duilio, se embarcaron con la confianza que les inspiraba la fortuna de Roma Cornelio iba en la vanguardia y fue apresado por los enemigos á la altura de las islas Eolias: pero Duilio reparó este revés, apoderándose de cincuenta galeras africanas. Hallándose á vista de la escuadra enemiga, mandó construir una especie de puente con un garfio que servia para aferrar el buque enemigo en cada nave romana. A esta máquina se le dió el nombre de cuervo. Convertida asi la lucha marítima en terrestre, la victoria no era dudosa Los cartagineses perdieron cincuenta galeras. Duilio, señor de la mar, hizo levantar al enemigo el sitio de Egesta, tomó por asalto á Macella y volvió á Roma, donde dió

al pueblo el primer espectáculo de un triunfo naval. La columna rostral formada con los espolones de las galeras vencidas, recuerda aun la gloria de aquel héroe. El senado, creyendo que una victoria de un género nuevo merecia una recompensa estraordinaria, concedió á Duilio el honor de ser conducido por las noches á su casa con hachas encendidas y al son de instrumentos. Nadie conoció mejor que los romanos el arte de multiplicar los grandes hombres con los homenages tributados á la victoria. Roma consolaba á los generales desgraciados y recompensaba á los felices, cuando Cartago ingrata á los vencedores, castigaba con severidad á los vencidos. Annibal, temiendo las leyes severas de su patria, envió un oficial á Cartago, despues de su derrota para preguntar lo que debia hacer con una escuadra superior de los enemigos que tenia á la vista. "Que pelee, respondió el senado" "Peleó, respondió el oficial, y fue vencido." El senado no se atrevió á condenar lo mismo que habia mandado.

Al año siguiente sorprendió á los romanos en Sicilia y les mató cuatro mil hombres; pero el cónsul Cornelio Escipion, derrotó á Hannon en una gran batalla y se apoderó de Córcega y Cerdeña. Algunos tiempos despues, Annibal,

volviendo de Africa, encontró una escuadra romana, y no atreviéndose á pelear con ella, se retiró. Sus propios soldados indignados de su cobardía, le formaron causa y lo crucificaron. El año de Roma cuatrocientos noventa y dos, el cónsul Atilio Calatino, que mandaba en Sicilia, entró imprudentemente en un desfiladero; y rodeado por los cartagineses, hubiera perecido con su ejército cuando Calpurnio Flamma, tribuno de una legion, tan valiente, tan decidido como Leonídas en las Termópilas, pero mas feliz, toma trescientos hombres escogidos, cae repentinamente sobre el enemigo, se apodera de una altura, atrae contra sí casi todo el ejército africano, y el cónsul sale delpeligro. Los trescientos romanos perecieron todos, despues de haber esterminado un gran número de enemigos. Calpurnio, herido mortalmente sobrevivió al combate lo que bastaba para gozar de su gloria y ver salvo el ejército. Se le dió sepultura en el campo de batalla con sus ilustres compañeros, y se les erigió un monumento que el tiempo ha consumido: la historia les consagra otro mucho mas durable. El senado, conmovido por fenómenos naturales que se creian prodigios, nombró un dictador para hacer sacrificios espiatorios. (A. M. 3745 A. J. 259.) La mul-

tiplicidad de los dictadores hacia perder á esta dignidad gran parte de su estimacion y aun de su peligro. Manlio y Régulo, elegidos cónsules, se apoderaron de la isla de Melite, hoy Malta. Queriendo dar al enemigo un golpe mayor, se dirigieron al Africa con una escuadra de trescientos treinta bajeles: los cartagineses les opusieron trescientos cincuenta: la victoria quedó por los romanos en las tres partes en que se dividió el combate: echaron á pique treinta naves de los enemigos y apresaron cincuenta y cuatro, sin haber perdido por su parte mas que veinte y cuatro.

Espedicion de Régulo al Africa. (A. M. 3746. A. J. 258.) Los cónsules desembarcaron en Africa, y se apoderaron de Clipea, edificada antiguamente por los sicilianos en el promontorio de Hermes. Su caballería taló la provincia y llegó hasta las puertas de Cartago. El senado cometió el yerro de ordenar á Manlio que volviese á Sicilia, para acabar de conquistarla, y dejó á Régulo muy pocas fuerzas: cuando pudo haber concluido la guerra en esta campaña. Roma pagó esta resolucion imprudente en la segunda guerra púnica, cuando se vió á pique de caer en manos de su rival. Régulo pidió al senado que le ecsonerase de la dignidad de procónsul, dando por motivo que

era necesaria su presencia para cultivar un campo de seis yugadas, único bien suyo, porque su administrador lo habia desamparado, llevándose los rebaños y los instrumentos de labranza. Se le continuó en el mando del ejército, y su heredad fue cultivada á espensas del público. Muchos historiadores cuentan que Régulo peleó, en la orilla del Bagrada, con un monstruo, mas temible á los romanos que las cohortes cartaginesas y los elefantes: era un dragon enorme, impenetrable á los dardos, y devoraba todos los soldados que se ponian á su vista. El valor y el número hicieron vanos esfuerzos contra él, muchos valientes fueron víctima suya, hasta que Régulo empleó las máquinas de guerra, como si fuese una torre y asi lo destruyó. Envió su piel al Capitolio y Aulo Gelio dice que tenia ciento y veinte pies de largo.

Cartago que se creyó perdida cuando desembarcaron los romanos, cobró ánimo sabiendo la retirada de Manlio, y levantó un ejército. Régulo lo derrotó y se apoderó de Tuneto, hoy Tunez. Los cartagineses pidieron entonces la paz; y el procónsul les dictó condiciones durísimas, como eran renunciar á Sicilia, Córsica y Sardinia, y pagar un tributo. Cartago se fió de la habilidad y esperiencia de

Xantipo, gefe de un cuerpo ausiliar espartano, y le dió el mando de su ejército. Régulo, arrebado de su ardor, acometió al enemigo en una llanura donde la superioridad de la caballería numida era muy ventajosa para los cartagineses: y á pesar de que penetró en sus filas, los elefantes, la caballería y la falange de los griegos, pusieron las legiones en derrota. Régulo, de quien poco antes temblaba Cartago, quedó prisionero: las reliquias de su ejército se encerraron en Clipea, donde el enemigo las sitió.

A penas se supo en Roma la desgracia de Régulo, se redobló la actividad para repararla. Los cónsules Emilio Paulo y Fabio Nobilior, salieron de Sicilia con trescientos cincuenta bajeles, atacaron la escuadra cartaginesa en la costa de Africa, la derrotaron completamente, quemaron ciento y cuatro buques de ella y apresaron treinta, hicieron levantar el sitio de Clipea, y talaron la llanura de Africa: mas no quisierou detenerse en ella, ya porque preferian á toda otra conquista la de Sicilia, ya porque las legiones amedrentadas rehusaban esponerse de nuevo al furor de los elefantes. A la vuelta, despreciando los consejos de los pilotos mas esperimentados, se ostinaron en permanecer en la costa meridional

de Sicilia para apoderarse de algunas ciudades marítimas. Una tempestad horrible los sorprendió, dispersó sus naves y las estrelló contra las rocas. En pocas horas se cubrió la playa con los despojos de aquella armada victoriosa, y con los cadáveres de los cónsules y de los soldados. Los pocos que escaparon de este naufragio fueron acogidos con benignidad por Hieron y remitidos á Mesana. Cartalon, general africano, se aprovechó de este suceso para recobrar muchas plazas, entre ellas á Agrigento, cuyas fortificaciones arrasó. Los romanos, cuyas almas fuertes se endurecian con el infortunio, en lugar de debilitarse, pusieron en la mar doscientos veinte navíos, y aunque Cartago habia enviado á Sicilia la flor de su ejército, los cónsules Atilio y Cornelio tomaron muchas ciudades. Al año siguiente sus sucesores Sempronio y Servilio, para dividir las fuerzas enemigas desembarcaron en Africa, y aterraron sus playas; pero al volverse, los vientos desencadenados contra los nuevos dominadores del mar, atacaron con furia su armada, y sumergieron en las olas ciento y cincuenta naves.

Mientras que los romanos procuraban resarcir tantas pérdidas, los censores velaban por la conservacion de las costumbres y arrojaban

del senado á diez pàtricios, convencidos de malversacion. Los enemigos de Roma debieron observar con desaliento, que en medio de una guerra tan funesta, el censo dió á conocer que habia en la ciudad trescientos mil ciudadanos capaces de tomar las armas. El cónsul Cecilio Metelo, se mantuvo algun tiempo á la defensiva en Sicilia, porque desde la derrota de Régulo los elefantes eran el terror de las legiones. El senado tuvo por inútil emplear tantas fuerzas cuando no se podia acometer, y llamó á Italia una parte del ejército Asdrubal, animado con la debilidad del enemigo, hizo correrias hasta las puertas de Panormo y sus soldados insultaban á los romanos, que estaban guarecidos en la ciudad. Metelo, conociendo la imprudencia del general cartagines, que se arriesgaba, en un pais quebrado, donde no podian maniobrar los elefantes, se aprovecha de esta falta, ataca al enemigo y finge huir: los africanos le siguen con ardor, y cuando los elefantes se acercan á las murallas, les disparan dardos. Enfurecidos se vuelven y patean filas enteras de cartagineses. Metelo sale con las legiones, se arroja sobre los enemigos, mata veinte mil, toma su campo y se apodera de veinte y seis elefantes, que despues sirvieron de ornamento en su triunfo. Esta victoria

sometió á Roma toda la Sicilia, escepto su playa occidental. Asdrubal huyó á Cartago, donde espió su yerro con el último suplicio, recurso cruel y propio de los gobiernos débiles. En esta época cuentan algunos historiadores la embajada de Régulo á Roma, enviado por los cartagineses para tratar del cange de los prisioneros, la fuerza de alma con que se opuso él mismo á que se hiciese este cange, y la religiosidad con que cumplió su palabra volviendo á Cartago, donde le esperaba una muerte cruel. Cuentan ademas que el senado para vengarle entregó á Marcia, su esposa, los prisioneros cartagineses mas distinguidos: que ella los amontonó en un armario guarnecido de puntas de hierro en lo interior, y los dejó allí cinco dias sin darles de comer. Amilcar, uno de ellos resistió á este suplicio, á la hambre y á la infeccion de los cadáveres que le rodeaban. El senado apiadado de él, le dió libertad, envió á Cartago las cenizas de los otros, y trató con humanidad á los demas prisioneros para mostrar á sus enemigos que sabia vengarse y poner límites á sus venganzas.

Batalla de Drepano. (A. M. 3753. A. J. 251). El deseo de concluir la conquista de Sicilia era uno de los motivos del senado para continuar la guerra: pero la resistencia de Li-

libeo, y la inconstancia de la fortuna engañaron otra vez la esperanza de los romanos. El pueblo nombró cónsul á Claudio Pulcer, patricio altanero, temerario é irreligioso, que habia heredado los defectos y no los talentos de su familia. Dispuso mal su escuadra, atacó sin órden la de Aderbal, cerca de Drepano, dejó cortar su línea, no supo volverse á reunir, y perdió ciento veinte galeras. Antes del combate los augures le dijeron, que los auspicios eran contrarios, y que los pollos sagrados no querian comer. *Pues que beban*, replicó el cónsul, y los mandó echar al mar, privándose así del socorro que podian darle los soldados animados por la superstición. Su cólega Junio no tuvo mas prudencia: despreciando los consejos de los pilotos como Claudio el de los augures, se espuso á una tempestad que destrozó su armada contra las rocas.

Roma, eshausta por estas pérdidas, renunció durante algunos años á los armamentos marítimos, permitiendo á los particulares equipar bajeles á su costa, y cediéndoles las presas que hiciesen al enemigo. De este modo, sin gravar el erario, arruinó el comercio de los cartagineses. El censo celebrado en este año probó que la guerra y los naufragios habian disminuido la poblacion en mas de cincuenta

mil hombres. Poco tiempo despues Claudia, hermana del cónsul, vencido en Drepano, y cuya temeridad habia costado la vida de tantos ciudadanos, viendo en una ocasion que volvia del teatro, que su carro se detenia por el gran concurso del pueblo, dijo: «¿Por qué no vive mi hermano y manda otra vez los ejércitos? en verdad que mi carro no encontraria tanta dificultad para andar." Esta palabra cruel, mas ofensiva quizá para su hermano que para Roma, no quedó sin castigo. El pueblo romano, apasionado como Horacio por la patria, citó á juicio á esta nueva Camila, y la condenó á una multa cuantiosa; con la cual mandó el pretor construir una capilla á la Libertad.

Batalla de las Egates y fin de la primer guerra púnica. (A. M. 3761, A.J. 243). Metelo continuaba el sitio de Lilibeo, y Fabio el de Drepano: los cartagineses, dueños del mar, reforzaban las guarniciones y las socorrian con víveres, y sus ejércitos, mandados por Amilcar Barca, luchaban con igualdad contra los romanos. Despues de varias campañas sin resultado decisivo, resolvió el senado hacer otra vez la guerra por mar. El cónsul Cayo Lutacio mandó la escuadra; á la cual opusieron

los cartagineses cuatrocientas naves. Estas dos armadas, que debian decidir la suerte de Sicilia, se encontraron junto á las islas Egates. Los romanos, inferiores en número, tenian el viento en contra: pero sus soldados y marineros eran valientes, y estaban ejercitados y llenos de ardor. Cartago, que en los ocho años anteriores no habia tenido adversarios en la mar, habia descuidado sus bajeles, y las tripulaciones de los buques se componian de nuevas levas y de marineros poco aguerridos y sin esperiencia. Aterrados al primer choque ni supieron resistir con valor, ni retirarse en orden. Su derrota fué completa. Lutacio, mas prudente que Régulo, dió oidos á negociaciones de paz y concluyó un tratado, por el cual los cartagineses evacuaron la Sicilia, y todas las islas comprendidas entre ésta é Italia, entregaron sin rescate los prisioneros, pagaron los gastos de la guerra, y prometieron no hostilizar á Hieron ni á sus aliados. El senado ratificó esta paz, que fue consumada por un sacrificio solemne y los juramentos de entrambos pueblos. Roma logró el objeto que se habia propuesto en esta guerra, de alejar de Italia á su rival. Redujo á la clase de provincia toda la Sicilia, escepto el reino de Siracusa, y

estableció en la isla un pretor para el gobierno, y un cuestor para la percepcion de las contribuciones.

Mientras que Roma gozaba con seguridad de la gloria que solo habia debido á sus propios medios, Cartago estaba amenazada por los mercenarios que se levantaron. Concluyó esta guerra peligrosa por sí sola sin el ausilio que le ofrecia su rival. Si Roma hubiera persistido en esta senda de justicia y moderacion (pues desechó la promesa que le hacian los sublevados de entregarle á Utica) habria conquistado el mundo con sus virtudes en lugar de oprimirlo con sus armas. Pero los pueblos, así como los individuos, resisten mejor al peligro y á la desgracia, que á la ambicion y á la fortuna.

Conquista de Cerdeña. (A. M. 3764. A. J. 240). Los mercenarios de Cartago, que estaban en Cerdeña, se rebelaron como los de Africa. Amilcar los echó de esta isla, se refugiaron á Roma, y el senado á instigacion de ellos, declaró á los cartagineses que la Cerdeña pertenecia á Roma por derecho de conquista; que debian restituirla y aun pagar los gastos de la espedicion necesaria para someterla. En vano los vencidos invocaron la justicia. Cartago tuvo que ceder, y procuró indemnizarse

de sus pérdidas con la conquista de España, donde Roma no le hubiera permitido hacer progresos, á no hallarse amenazada de los galos, que tomaron las armas de nuevo. Aumentándose el poder de los romanos, no solo se aumentó su riqueza, sino que las ciencias y las artes, hijas de la opulencia y del ócio, comenzaron á unir sus palmas con los laureles de la victoria. Libio Andrónico componia tragedias y comedias regulares. Nació en esta época Ennio, el primer poeta que hizo conocer á los romanos la elegancia del estilo. Caton, el censor, floreció pocos años despues, y fue tan célebre por la vehemencia de su elocuencia varonil, como por la austeridad de sus virtudes republicanas (1).

Los galos, boyos y ligures continuaban preparándose para la guerra. Publio Valerio los acometió con un ejército, y vencido en la primer batalla, volvió á reunir sus tropas y consiguió una victoria que costó catorce mil hombres á los galos: pero su primer derrota impidió que triunfase. Tito Graco, su cólega,

---

(1) La historia prueba que estas virtudes no eran las de la humanidad. Digalo la injusticia con que no cesó de esortar á los romanos á la ruina de Cartago. (N. del Tr.).

batió á los ligures, se apoderó de sus fortalezas, y entregó sus costas al saquéo. Con el ausilio de los mercenarios de Cerdeña, desembarcó en esta isla, sometió á los habitantes rebelados, y volvió á Roma con tantos cautivos, que *un esclavo sardo* se hizo proverbio de las mercaderías comunes y de poco precio. La guerra contra los galos continuaba. El cónsul Lentulo les dió batalla al norte del Pado, les mató veinte y cuatro mil hombres, y les hizo cinco mil presioneros. La ambicion del senado crecia á proporcion de sus victorias. Estendiendo sus miras al oriente, ofreció ausilios al rey de Egipto contra el de Siria. Pero aquel monarca los rehusó temiendo un aliado poderoso mas que un enemigo. Los juegos seculares se celebraron en Roma en un momento de grande prosperidad interior y esterior. El rey Hieron vino á verlos: su presencia causó una alegría universal, tanto porque repartió al pueblo doscientas mil medidas de trigo, como porque á su alianza se debia en gran parte el buen ésito de la guerra contra los cartagineses. Ademas, los homenages de un rey poderoso halagaban el orgullo del senado. La Córcega, destinada á desear siempre la libertad sin poder nunca gozar de ella, se rebeló, escitada por los manejos secretos de los carta-

gineses. Claudio Glicia, enviado contra los rebeldes, hizo un tratado con ellos, que no ratificó el senado. Glicia, entregado á los corsos y desechado por ellos, fue condenado en Roma al último suplicio. El cónsul Varo sometió la isla. La turbulencia de Cayo Flaminio, tribuno del pueblo, hizo renacer la discordia, que parecia desterrada para siempre de la república por la condescendencia del senado. Escitando, para hacerse popular, las pasiones de la muchedumbre, ecsigia que se repartiesen entre los pobres las tierras conquistadas á los galos. Sin hacer caso de la oposicion de los cónsules, ni de las amenazas del senado, que mandó emplear la fuerza contra él, convoca el pueblo y hace leer el proyecto de plebiscito. Entonces se conoció cuánto es superior la fuerza de las costumbres á la de las leyes. Un anciano se llega al tribunal; éste era el padre de Flaminio; y lo echa de su asiento. Aquel tribuno sedicioso, dueño de la multitud alborotada y que se burlaba del senado y de los cónsules, pierde la voz y la osadía á la vista de un viejo, y le obedece temblando, sin que el pueblo se atreviese á dar el menor grito contra este acto brillante de la autoridad paterna.

En este tiempo vió Roma el primer ejem-

plo de divorcio. Espurio Carvilio Ruga repudió su muger por causa de esterilidad: la ley le era favorable, y se le permitió valerse de ella; pero las costumbres eran contrarias á esta separacion, y el desprecio público castigó á Carvilio por una accion ignominiosa aunque legal. Despues de sometida la Córcega, se cerró el templo de Jano por la vez primera desde el reinado de Numa. A los pocos meses se volvió á abrir y no se cerró hasta Augusto. Roma daba al mundo el ejemplo de una ciudad y de una guerra eterna. La vestal Tuccia, condenada á perecer por estupro con un esclavo, se anticipó al suplicio dándose la muerte. El mismo año causaron un incendio y una inundacion grandes estragos en Roma, mas instruida en el arte de esterminar los hombres que en el de conservarlos. En este tiempo se representaron los primeros dramas del poeta Nevio, cuyas obras, segun el testimonio de Horacio, eran celebradas por su antigüedad en el reinado de Augusto, aunque nadie las leia.

Guerra de Iliria. (A. M. 3773. A. J. 231.) La república ocupada en la guerra pertinaz que le hacian los galos y los ligures, tuvo que sostener otra contra los ilirios, cuyos piratas infestaban las costas de Italia, cautivaban los mercaderes de Brundusio, y acababan de roba

la isla de Isa perteneciente á los romanos. Antes de emplear las armas para obtener satisfaccion de estas injurias, dos patricios, de la familia de los Coruncanios, pasaron de órden del senado á Iliria á dar sus quejas á Teuta, madrastra del rey Pineo, y regente del reino. Està les respondió que los bajeles de su gobierno respetarian á los romanos; pero que los reyes de Iliria no tenian la costumbre de impedir á sus vasallos que se enriqueciesen por medio del corso. El mas jóven de los embajadores replicó: «La costumbre de Roma es valerse de sus fuerzas para vengar las injurias de sus ciudadanos, y en breve obligará á los reyes de Iliria á renunciar á sus hábitos." La reina disimuló su ira y dejó partir los embajadores; pero envió en su seguimiento á unos corsarios que se apoderaron de los buques en que iban, echaron al mar los comandantes, apresaron las tripulaciones y asesinaron al jóven Coruncanio. Roma declaró la guerra, que fue corta y feliz. Aquella nacion bárbara, sin táctica ni disciplina, no podia resistir á los romanos. Estos se apoderaron de Córcira: Apolonia y Dirraquio se sometieron voluntariamente, prefiriendo la dominacion de una república ilustrada á la tiranía casi selvática de los reyes de Iliria. Teuta vencida quiso entrar en negociacion; pero el

senado no concedió la paz sino al jóven Pineo. Se convino que pagaria un tributo, cederia una parte de la Iliria, y se obligaria á no tener mas marina que dos buques sin armas. Se quitó la regencia á Teuta y se dió á Demetrio de Faros. Entretanto Cartago hacia grandes progresos en España, y Roma, temerosa de su engrandecimiento, celebró un tratado con Asdrubal, yerno de Amilcar y gobernador en la península. Por esta convencion se aseguraba la independencia de Sagunto, aliada de Roma, y se ponian en el rio Ebro los límites de las conquistas cartaginesas.

Roma, tan activa en estender sus alianzas y autoridad, como en quitarle á su rival sus posesiones y amigos, buscaba ya los medios de penetrar en Grecia y echar los cimientos de su dominacion en aquel pais. El procónsul Posdumio, que habia quedado en Iliria, envió desde Córcira embajadores á los etolos y aqueos, informándoles de la guerra que habia emprendido la república, para libertar la Italia y la Grecia de los piratas ilirios. Otra embajada fue con igual mision á Atenas y Corinto. En todas partes fueron recibidos con el aprecio que inspira la victoria. Los pueblos desunidos y flacos de la Grecia buscaban la amistad del fuerte que debia subyugarlos á todos. Los co-

rintios concedieron á los romanos el derecho de asistir á los juegos istmicos. Los atenienses hicieron alianza con ellos, los admitieron á los misterios eleusinos y les dieron la ciudadanía. El senado habia permitido á los habitantes de Córcira gobernarse por sus propias leyes: política hábil y propia para ganar la amistad de los griegos, que se dejaban encadenar siempre que se les mostrase una sombra de independencia.

Batalla de Telamon. (A. M. 3777. A. J. 227.) Mientras Roma comprimia á Cartago en el occidente con sus amenazas, y abria las puertas del oriente á su política, se vió acometida de nuevo por los galos, enemigos ostinados y temibles, cuyo nombre solo aterraba á la ciudad. Se consultaron los libros sibilinos, y como estuviese escrito en ellos que los griegos y galos se apoderarian de la tierra romana, enterraron vivos un galo y una gala, un griego y una griega, para eludir el oráculo. Despues de haber aplacado, segun creian, la cólera de los dioses con este crímen, el senado empleó un medio mas eficaz para conjurar la tormenta. Todo el pueblo corrió á las armas: todos los aliados dieron los socorros estipulados; y los historiadores dicen que Roma reunió para esta guerra un ejército de setecientos mil

hombres. El contingente solo de los venetos ascendió á veinte mil.

Los galos atraidos por la fertilidad del pais, la suavidad del clima y el ardor del pillage, habian reunido una multitud innumerable de guerreros, que entraron como un torrente por la Toscana. Los bárbaros atacaron al cónsul Emilio antes que hubiese reunido todas sus fuerzas y le hubieran oprimido, á pesar de su resistencia, á no retardar la marcha de los galos el deseo de conservar su botin. Atilio, colega de Emilio en el consulado, acababa de desembarcar con sus legiones viniendo de Cerdeña, y atacó la retaguardia de los galos. Emilio, aprovechándose de este socorro no esperado, los acometió por el frente. Aunque puestos entre dos enemigos, disputaron largo tiempo la victoria, lo que hizo mas espantoso el estrago. Murieron cuarenta mil galos, y diez mil quedaron prisioneros. Uno de sus reyes quedó cautivo y otro se dió la muerte. El cónsul Atilio pereció en el combate, y Emilio gozó de los honores del triunfo y condujo encadenados al Capitolio al rey y á los príncipes galos prisioneros, que habian jurado subir á él vencedores.

Batalla del Adda. (A. M. 3779. A. J. 225.) Dos años despues los romanos prosiguiendo el

curso de sus victorias, pasaron el Pó; pero diversos presagios, un temblor de tierra y la caida del coloso de Rodas, hicieron creer al senado que habia sido mal hecha la eleccion de los cónsules Cayo Flaminio y Publio Furio, y les mandó que volviesen á Roma. Flaminio tenia mas amor á la gloria que respeto á los auspicios, y persuadió á su cólega no abrir la carta del senado hasta despues de la batalla. La fortuna favoreció su osadía: las lanzas romanas inutilizaron los sables de los galos, que fueron derrotados completamente con pérdida de nueve mil hombres; los romanos saquearon el pais.

Flaminio, ya vencedor, respondió que no obedeceria al senado; pues su victoria refutaba suficientemente á los augures. Terminada la campaña volvió á Roma, donde el senado le negó el triunfo y el pueblo se lo concedió; y como los galos, siempre presuntuosos, habian ofrecido al dios Marte un collar de oro hecho con los despojos de los romanos, Flaminio ofreció á Júpiter collares y brazaletes que les habia quitado. Los cónsules satisfechos de su triunfo cedieron al senado y abdicaron. Sucediéronle Claudio Marcelo y Cornelio Escipion.

Batalla de Acera. (A. M. 3780. A. J. 224). Marcelo pasó el Pó al frente de las legiones romanas, y dió una gran batalla á los enemi-

gos cerca de Acera. Al principio de ella se espantó el caballo del cónsul con la gritería de los bárbaros, y se volvió atras. El cónsul, temiendo que este movimiento pareciese un mal presagio, detiene el caballo, lo vuelve al lado del sol, y promete á Júpiter Feretrio la armadura mas rica de los enemigos. Al mismo instante ve al rey Viridomaro cubierto de armas brillantes de oro y plata, que adelantándose valerosamente le llamaba y desafiaba al combate. Marcelo le acomete, le derriba de una lanzada, lo atraviesa con su espada, le quita la armadura y dice: «Júpiter, soy el segundo general romano que logra despojos ópimos: los debo á tu ausilio: continúa protegiéndonos mientras dure la guerra.» La muerte de Viridomaro esparció el terror entre los bárbaros: los romanos se arrojan á ellos, y los derrotan matándoles mucha gente. Despues de haber seguido el alcance se reunió Marcelo con su colega, que habia tomado á Acera y sitiado á Mediolano. Se apoderaron de esta ciudad, que ya era grande y opulenta, y de Como. Los galos pidieron la paz, se sometieron á pagar un tributo, y cedieron á Roma una parte de su territorio. La primer vez que Roma oyó hablar de los germanos fue durante esta gloriosa campaña. Un cuerpo numeroso de aquella nacion ha-

bia pasado el Rheno y se habia unido á los galos, con la esperanza de tener parte en el saqueo de Italia El triunfo de Marcelo fue tan brillante como útil su victoria, que completó la conquista de Italia hasta los Alpes. Llevó los despojos de Viridomaro al templo de Júpiter Feretrio; el senado envió á Delfos una copa de oro, é hizo regalos magníficos al rey Hieron, fiel aliado de Roma.

Entretanto el grande Annibal, nombre funesto á la república, sucesor de Asdrubal su cuñado en el gobierno de España, se preparaba á vengar las injurias de Cartago. Antes de combatir contra este enemigo formidable, los romanos tuvieron que sostener una nueva guerra contra los istrios y los ilirios que se habian rebelado. Emilio los sometió y se hizo dueño de la ciudad de Fáros. El regente Demetrio, vencido, se retiró á la corte de Filipo rey de Macedonia, al cual inspiró contra Roma el aborrecimiento que le arruinó á él, á su familia y á su reino. El senado hizo la paz con el rey de Iliria y Emilio triunfó. En su consulado, Arcagato trajo la medicina del Peloponeso á Roma: pues aunque en esta ciudad habia un templo consagrado á Esculapio, la templanza habia sido hasta entonces el único preservativo de las enfermedades, y no por

eso dejó de crecer rápidamente la poblacion. El nacimiento del lujo y de las costumbres corrompidas hizo sentir la necesidad del arte médica. Los romanos, para contener á los galos, fundaron las colonias de Placencia y Cremona: freno que irritó á los bárbaros é incitó á los insubres y á los boyos á favorecer los proyectos de Annibal. Este gran capitan sitiaba entonces á Sagunto en desprecio de los tratados, y daba la señal de la guerra entre dos repúblicas demasiado ambiciosas, poderosas y enemigas, para que pudiesen ecsistir á un mismo tiempo.

Principios de la segunda guerra púnica. (A. M. 3784. A. J. 220). Muchos historiadores atribuyen la segunda guerra púnica á la infraccion del tratado de paz, cometida por los cartagineses haciendo guerra á Sagunto. Polibio observa sagazmente que la toma de esta ciudad fue el principio y no la causa de la guerra. Habia entre las dos repúblicas motivos de enemistad eterna: el socorro dado por los cartagineses á los tarentinos; la usurpacion de Córcega y Cerdeña por los romanos: la humillacion de Cartago y la pérdida de Sicilia, y la inseguridad del poder de Roma, mientras no arruinase á la única nacion que podia disputarle el imperio del mundo. La

paz no habia estinguido los ódios: solo fue una tregua de enemigos cansados: y reparadas las fuerzas de ambos pueblos, el menor pretesto era suficiente para volver á tomar las armas. El senado envió á Annibal embajadores para eshortarle á levantar el sitio de Sagunto: no fueron oidos, y aquella ciudad, sin esperanzas de socorro, fue abrasada por sus mismos defensores, víctima de la alianza jurada con Roma. La indignacion fue general cuando se supo en el Tiber la ruina de Sagunto. Se enviaron nuevos embajadores á Cartago, que trajeron la guerra de aquel senado, sometido al partido de Annibal.

Espedicion de Annibal á Italia. (A. M. 3786. A. J. 218.) Roma, no temiendo á los enemigos en Sicilia, creia segura la Italia, porque no conocia el genio de Annibal; y pensaba que el teatro de la guerra serian España y Africa. Armó varias escuadras y preparó legiones destinadas á pelear en el Ebro. Annibal entretanto atraviesa la España con la rapidez del rayo, pasa los Pirineos, y ya estaba junto al Ródano, cuando los romanos le creian en Sagunto. La celeridad de sus victorias y el terror de sus armas le adquirian aliados en todas partes, cuando los pueblos, á quienes querian atraer los romanos, les respondian con

desprecio: *Buscad amigos donde se ignore el desastre de Sagunto.* Es verdad que el senado, á pesar de su prevision, habia cometido un grave yerro ocupando sin necesidad todas sus fuerzas en Iliria, en lugar de enviar el ejército de Emilio al socorro de sus aliados de España. Asi no le quedó mas que un amigo al otro lado de los Alpes, que fue la república de Masilia, colonia griega, rica y poderosa. Al mismo tiempo se le rebelaron los galos cisalpinos y batieron al pretor Manlio. El cónsul Cornelio Escipion salió para Marsella con su ejército, determinado á pasar á España. Pero al llegar á esta ciudad, supo con admiracion que Annibal atravesaba el Ródano. Quinientos ginetes, que envió á hacer un reconocimiento, vencieron, no sin pérdida, á un cuerpo de caballería numida que encontraron. Con este presagio favorable quiso acometer á Annibal antes que pasase los Alpes: pero el cartaginés le llevaba tres dias de marcha. Varió entonces su plan, no atreviéndose á colocarse entre los galos y los africanos y se embarcó para Genua con el intento de salir al encuentro á Annibal cuando bajase á las llanuras de Italia.

Facil es de conocer la imprevision de Roma en una invasion, cuya temeridad era sin ejem-

plo. Cuando Alejandro invadió el Asia, tenia los recursos que le habia preparado Filipo: la memoria de Maraton y Platea animaba á los griegos: la retirada de los diez mil, y las victorias recientes de Agesilao probaban la facilidad de la conquista: la disciplina griega debia conseguir triunfos rápidos de la molicie persiana. Pero Annibal, gefe de un pueblo vencido en cien batallas, atacaba á Roma, circundada de hierro y poblada de héroes. Ausiliado de solo su génio y lejos de su patria, dejaba tras sí veinte pueblos enemigos y marchaba temerariamente á Italia, aislado de todos los puntos que podian socorrerle, y privado de recurso en el caso de una derrota.

Al bajar de los Alpes, cuyo tránsito le costó una gran parte de su ejército, halló á Escipion junto al Ticino. El senado dió orden á su colega Sempronio de pasar de Sicilia á Italia para reunirse con el otro cónsul. La prontitud de Annibal impidió esta reunion: la superioridad de la caballería numida le dió la victoria, y Escipion, herido en el combate, abandonó al enemigo toda la Galia transpadana y se retiró á Plasencia. Los insubres y boyos se hicieron aliados de Annibal, y se le pasaron dos mil galos que militaban en el ejército de Escipion. El cónsul Sempronio,

despues de vencer una escuadra cartaginesa que atacó á Lilibeo, pasó á Italia y se reunió con Escipion junto al Trebia. Los ejércitos consulares cônstaban de cuarenta mil hombres, pero bisoños. Escipion queria retardar el combate para darles tiempo de ejercitarse. Sempronio, temiendo mas á un sucesor que al enemigo, y deseando aprovecharse para adquirir gloria del momento en que la herida de su colega le dejaba el mando, resolvió dar la batalla: ataca al enemigo, cae en una emboscada donde le precipitó su temeridad, y deja en poder de Annibal la victoria y toda la Italia, que está al norte del Apenino.

Batalla del Trasimeno. (A. M. 3787. A. J. 217). Sempronio, siempre arrogante, escribió á Roma que le habia vencido la naturaleza, no el enemigo: y que hubiera ganado la batalla á no ser por el escesivo rigor del frio. En estas críticas circunstancias el senado, con su acostumbrada actividad, tomó las medidas necesarias para conjurar la terrible tempestad que le amenazaba: pidió ausilio á Hieron, aliado raro, pues permaneció fiel en la desgracia; armó sesenta navíos y envió á España á Cneyo Escipion, el cual, mas venturoso que su hermano, venció y dió la muerte á Hannon, gobernador de las provincias del

Ebro, y conquistó desde los Pirineos hasta aquel rio. Los nuevos cónsules Servilio y Flaminio, mas cuidadosos de obtener el mando que de cumplir las formalidades religiosas, dieron con su imprudencia al enemigo el apoyo de la superstición. Flaminio, que habia vencido á los galos burlándose de la autoridad del senado y de las amenazas de los augures, salió de Roma sin tomar los auspicios: lo que al pueblo le pareció un presagio funesto. Annibal penetró en Etruria por el camino de la laguna de Clusio, irritó con sus depredaciones la temeridad del cónsul Flaminio, fingió dirigirse á Roma atravesando un desfiladero colocado entre el lago Trasimeno y las montañas vecinas, y atrajo á su imprudente enemigo á aquel parage peligroso, donde pereció con la mayor parte de su ejército, dejando toda la Italia á merced del vencedor.

Cuando llegó á Roma la noticia de este desastre, el senado no trató de debilitar la impresion que debia causar, con vanas palabras. El pretor subió á la tribuna, y dijo: *hemos sido vencidos en una gran batalla.* El pueblo romano no se abatia en el infortunio como las naciones cobardes. Mas, aunque no mostrase un abatimianto vergonzoso, la inquietud era estrema: se ecsageraba la pérdida en vez de

atenuarla : y las mugeres morian de placer, viendo volver á los hijos ó esposos que creian perdidos. La república, hallándose en un gran peligro, nombró dictador á Fabio, uno de los mas grandes hombres de su siglo. Solo su prudencia y su firmeza, podian contener los progresos de Annibal, como un dique opuesto á la impetuosidad de un torrente. Su general de caballería fue Minucio Rufo, semejante en la presuncion á los generales vencidos por el cartagines. El dictador, habiendo cumplido escrupulosamente las ceremonias religiosas, levantó un poderoso ejército y se puso á su frente, encargando al cónsul Servilio la defensa de las costas. Annibal no tardó en conocer que los romanos habian mudado de sistema, y que su adversario era mas dificil de sorprender que Flaminio. Fabio entra con su ejército en la Apulia, evita los llanos, ocupa las alturas, corta los víveres al enemigo, ataca y degüella sus forrageadores y se mantiene siempre á tal distancia que estaba en su mano aceptar ó rehusar el combate. La tala de los campos, el incendio de las aldeas, las provocaciones de la caballería numida, las maniobras y astucias de Annibal, no pudieron hacer bajar á Fabio á las llanuras. El general africano tenia necesidad de batallas, y solo se le

daban acciones de puestos, en las cuales siempre salian gananciosos los romanos. Minucio y las tropas, enfurecidos de ver encadenado su brio, daban á esta sábia contemporizacion el nombre de timidez, y á la prudencia de su general, el de cobardía. Pedian á gritos la batalla: las vociferaciones de la tropa se repetian en Roma: toda la república conspiraba contra su salvador, mas admirable por haber resistido á los suyos que á Annibal. Este, no pudiendo subsistir en la Campania, pasó á Apulia: Fabio le rodeó en el desfiladero de Casilino: pero el génio fecundo de Annibal le libertó de este peligro. Hizo marchar hácia las alturas un gran número de bueyes con teas encendidas atadas en las astas, que no tardaron en enfurecerlos y en abrasar los bosques. Los romanos que guardaban la salida del valle, creyeron atacado al dictador, volaron á su socorro, y Annibal escapó.

Sin embargo, la fortuna, segun parecia, se cansaba de ser contraria á los romanos. Cneyo Escipion sorprendió en la embocadura del Ebro la escuadra cartaginesa, le apresó veinte buques y taló el pais hasta las puertas de Cartago Nova. Asdrubal marchó contra él con un ejército poderoso, y perdió dos ballas y veinte mil hombres: los romanos victoriosos se apo-

deraron de muchas plazas. Servilio derrotó con una armada de ciento y veinte bajeles, la de los cartagineses que se habia aprocsimado á las costas de Italia. Publio Escipion reforzó á su hermano con otro ejército, y los dos reunidas tomaron á Sagunto y se apoderaron de los rehenes españoles que los cartagineses conservaban en aquella plaza: lo que les proporcionó la alianza con muchas ciudades de España. Mientras que la prudencia del senado, el valor de los Escipiones y la habilidad de Fabio neutralizaban la fortuna de Annibal, las locas pasiones del pueblo romano estuvieron para destruir la obra de la política. El dictador vino á Roma á cumplir deberes religiosos, habiendo prohibido á Minucio pelear en su ausencia. Este gefe presuntuoso desobedeció, sorprendió á los cartagineses que se habian dispersado para forrajear, les mató mucha gente y los persiguió hasta las puertas de su campamento. Este triunfo, nada decisivo, pero brillante, llevó á su colmo la arrogancia de los detractores de Fabio y el descontento de la muchedumbre. Un tribuno del pueblo censura la timidez de Fabio. "Los romanos, dice, mandados por un general tan débil, no se atreven á mirar la cara de los enemigos. Otras veces las legiones se armaban para pelear: hoy

para huir: atacaban á los bárbaros en sus campamentos, ahora se quedan encerradas en las tiendas, y sufren las insolentes provocaciones de los africanos y el robo de los campos de Italia. Sin la ausencia del dictador hubieran quedado impunes todos estos ultrages: al fin los romanos, libres de su presencia, han sacado la espada y los cartagineses han huido. Si quereis concluir la guerra, dad á vuestros valientes guerreros un adalid digno de mandarlos."

Annibal, que no ignoraba estas altercaciones, las ensangrentaba con habilidad dando órden á los númidas de que respetasen en sus saqueos los campos de Fabio. Ultimamente el pueblo, alucinado por los envidiosos de este gran general, dió un decreto sin ejemplo, dividiendo la dictadura entre Fabio y Minucio. Un alma comun no hubiera oido mas voz que la del orgullo ofendido, y hubiera hecho la dimision de su empleo. Fabio consideró el peligro de su patria y obedeció. Volvió al campamento y dió á Minucio la mitad del ejército para tener salva la otra mitad, y no quiso el mando alternativo que hubiera comprometido las legiones. El arrogante general de la caballería no tardó en caer en una asechanza que le puso Annibal, y en la cual hubiera in-

faliblemente perecido, á no acudlr Fabio con sus tropas; venció y rechazó al cartagines, y se volvió modestamente á su campo. Minucio, curado de su orgullo, tuvo el mérito, muy raro, de reconocer y confesar su error. Junta sus legiones y les dice: "El hombre no es infalible; pero el prudente debe aprovecharse de las faltas pasadas. La fortuna me ha sido mas favorable que adversa, porque me ha enseñado en un dia lo que no habia aprendido en un largo estudio. Conozco que no poseo todas las prendas que se requieren para mandar, y que tengo todavía necesidad de ser dirigido. No me ostinaré, pues, en ser el igual de un hombre á quien es mas glorioso ceder.: y declaro que el dictador será vuestro gefe escepto ahora en que me pondré al frente de vosotros para espresarle nuestro reconocimiento y daros el ejemplo de la obediencia que le debemos." Dicho esto marcha al campamento de Fabio, acompañadó de los estandartes y seguido de las tropas. Fabio, que ignoraba su proyecto, salió á recibirle. Minucio al verle le rindió las banderas y le llamó padre. Sus soldados siguieron su ejemplo y llamaron á los de Fabio, patronos, nombre con que denotaban los libertos á los que habian roto sus cadenas. Cuando cesaron estas aclamaciones, Minucio

dijo á Fabio: "has vencido á Annibal por tu valor, y á mi por tu prudencia y generosidad: te doy pues, el nombre de padre, porque no hay otro que esplique mejor el beneficio de la vida." Dicho esto, abrazó al dictador. Los soldados de entrambos ejércitos se enlazaron mútuamente con sus brazos y Fabio gozó las dulzuras del triunfo que sometió el orgullo á la prudencia y trocó la envidia en reconocimiento.

Batalla de Cánnas. (A. M. 3788 A. J. 216). Fabio abdicó la dictadura, cuando concluyó la campaña. Los cónsules Servilio y Régulo siguieron el sistema de guerra del dictador costeando sin cesar á Annibal, y no ofreciéndole nunca la batalla. De este modo faltaron los víveres en el campo africano, y con una poca de contemporizacion Annibal estaba perdido. Mas el pueblo romano, deseoso de batallas, aborrecia esta lentitud saludable. Nombró cónsul á Emilio, el vencedor de Iliria, capitan hábil y prudente, y le dió por colega, movido de las declamaciones de los tribunos, á Terencio Varron, hombre nuevo, hijo de un carnicero y muy amado de la plebe, porque era enemigo de los patricios y uno de los mas ardientes detractores de Fabio. Este cónsul turbulento y jactancioso, acusaba abiertamente á

los senadores de haber llamado á Annibal á Italia para oprimir con este pretesto al pueblo. "Mientras ellos manden, decia, su ambicion prolongará la guerra: porque gustan del mando, aunque no de las batallas. En lugar de llevar cobardemente nuestras legiones á las montañas y á los bosques, acometeré en derechura al enemigo, y dentro de poco no habrá africanos en Italia." Marcelo fue de pretor á Sicilia, y Postumio Albino á la Galia Cisalpina. Los procónsules Servilio y Régulo tuvieron órden de no pelear hasta la llegada de los cónsules al ejército: lo que les impidió oponerse á los movimientos de Annibal: éste se apoderó de la ciudadela de Cannas, que dominaba la Apulia y le proporcionaba víveres. En las demas guerras la república no alistaba anualmente mas que cuatro legiones, compuesta cada una de cuatro mil infantes y doscientos caballos. Pero en este año esperando acabar la guera con un golpe decisivo, se armaron ocho legiones de á cinco mil infantes y trescientos caballos. Segun una costumbre antigua y prudente, se dividian los ejércitos consulares para no compromoter á un solo trance todas las fuerzas del estado: pero entonces se reunieron, y formaban una masa de ochenta mil infantes y siete mil caballos. An-

nibal tenia cuarenta mil hombres de infantería y diez mil ginetes. Cuando Emilio partió de Roma, Fabio, preveyendo su infortunio, le dijo que temia para el la ignorancia presuntuosa de su colega mas que el valor y la habilidad del enemigo. Los ejércitos romanos se acamparon en las dos orillas del Aufido, á dos leguas del campo cartagines. Emilio aconsejaba que se difiriese el combate y se atrajese el enemigo hácia un pais cortado donde la caballería númida perdería su superioridad. Fiel á su sistema, contuvo mientras pudo el ardor de sus tropas; pero cuando llegó el dia en que tocaba mandar á Varron, llevó el ejército mas poderoso que habia tenido Roma al degolladero preparado por Annibal, é hizo célebres los campos de Cánnas con la derrota mayor que sufrió la república romana. Al empezar el combate, como se admirase Giscon, oficial africano, del gran número de los enemigos, le replicó Annibal: "lo mas admirable es que entre tantos hombres no hay ninguno que se llame Giscon como tú » Quedaron muertos setenta mil entre romanos y aliados, y diez mil fueron prisioneros. Varron huyó á Uenusa con cuatrocientos ginetes: Emilio, Minucio y los dos procónsules murieron en la batalla. Léntulo abriéndose paso por medio de los enemi-

gos con un escuadron escogido, encontró á Emilio sentado en una peña y cubierto de sangre. Se detuvo y le instó para que se salvase en su caballo. "Salvate á ti, replicó el cónsul y á esos valientes. Yo no sobreviviré á tantos intrépidos guerreros. Dí á Fabio que al morir me acuerdo de sus consejos y de su amistad."

No habiendo podido retirarse á Roma ninguna de las reliquias de Cánnas, las noticias primeras del desastre fueron vagas é inciertas: pero algunos hombres del campo supieron lo bastante para causar una terrible consternacion. Enmedio del abatimiento universal, Fabio solo, firme é invencible, consolaba los ánimos y alentaba las esperanzas. Por su consejo se enviaron correos á todos los caminos para tomar informes de los fugitivos, y preguntar si aun quedaba ejército: se colocaron cuerpos de guardia en las puertas de la ciudad para impedir que los ciudadanos saliesen sin permiso: se mandó á todos los hombres tomar las armas: las mugeres que corrian por las calles, aumentando con su dolor la afliccion comun, tuvieron órden de no salir de sus casas. Y los senadores, visitando á las familias, procuraron despertar el valor é inspirar la confianza. Despues del primer momento de cons-

ternacion, viendo que Annibal no se acercaba á Roma, renacieron las fuerzas de esta ciudad. Todos los ciudadanos llevaron al tesoro público el dinero que tenian : se levantaron cuatro legiones y se alistaron ocho mil esclavos. Se abrieron las cárceles, y dieron seis mil soldados. Los trofeos anteriores proveyeron de armas, viejas á la verdad, pero que recordaban la gloria é inspiraban denuedo. Se contaba con las tropas de los pretores, cuando se supo que Postumio habia caido en una emboscada y perecido con todo su ejército. El pueblo se entregó á las crueldades de la supersticon, é inmoló dos galos y dos griegos. A pesar de lo inminente del riesgo, el senado, fiel á sus antiguas macsimas, no quiso rescatar ocho mil prisioneros, que Annibal le ofrecia, para aumentar la intrepidez del soldado con el temor de un cautiverio perpetuo. El cónsul Varron, habiendo reunido diez mil hombres de las reliquias de su ejército, volvió á Roma. Todos los órdenes del estado, en vez de imitar la crueldad de Cartago con sus generales, salieron á recibirle, y le dieron solemnes acciones de gracias por no haber desesperado de la salud de la república. Esta conducta política disminuia á los ojos del pueblo la impresion del peligro y alentaba su confianza. La desgra-

cia de las armas romanas inspiró en este tiempo á muchos oficiales del cuerpo que reunia el cónsul, el deseo de abandonar la Italia. Metelo era el principal autor de este proyecto. El jóven Escipion, hijo de Publio, encargado del mando interino en ausencia del cónsul, marcha con algunos soldados á la casa donde estaban reunidos Metelo y sus parciales, entra con la espada en la mano, y les declara que van á morir, sino juran que jamas abandonarán la república. Asi fue como este guerrero, destinado á triunfar de Cartago, restituyó con su firmeza á la patria y al honor aquellos valerosos, que no tardaron en avergonzarse de su debilidad. Marco Junio, nombrado dictador y Sempronio, su general de caballería, desplegaron tanta actividad, que en breve tuvo Roma un ejército: pero la derrota de Cánnas le habia quitado muchos aliados. Los samnites y campanos la abandonaron, y Annibal estableció en Cápua su cuartel general.

Despues de tantos reveses amaneció la aurora de la prosperidad. Marcelo venció junto á Nola un cuerpo del ejército cartagines, y los dos Escipiones, despues de haber derrotado completamente á Hannon en España, hicieron un gran servicio á la república, destruyendo el ejército de Asdrubal, cuando se

preparaba á pasar á Italia. La faccion, contraria á Annibal en el senado de Cartago, impidió que se le reforzase; solo partieron algunas tropas á Sicilia y Cerdeña, donde perdieron dos batallas: tropas, que reunidas con Annibal, podrian haber consumado la destruccion de Roma. El senado, siempre firme en sus proyectos y activo en sus operaciones, intimó á Filipo, rey de Macedonia, que entregase á Demetrio de Fáros, y declaró la guerra á aquel monarca, porque habia hecho alianza con Annibal. En el momento que Roma adquiria un nuevo enemigo, perdia un aliado fiel. Hieron, rey de Siracusa, murió. Su sucesor Hieronimo fue asesinado, y el partido cartagines, predominó en aquella ciudad. El cónsul Marcelo la cercó, y despues de un sitio memorable, que hicieron muy largo los talentos mecánicos de Arquimedes, tomó la plaza por sorpresa, y puso en poder de los romanos toda la Sicilia. Annibal mostraba cuanto puede hacer un grande hombre con un pequeño ejército. Sin refuerzos, y debilitándose aun con sus mismas victorias, se sostenia sin embargo en Italia, lo que era un verdadero prodigio. Uniendo la astucia á la fuerza, se aprovechaba de todos los yerros del enemigo para hacerle daño. Cuando se le creia ocupado únicamente en defenderse, sorprendió y tomó á Tarento.

Sitio de Cápua. (A. M. 3791. A. J. 213). Los romanos, para privarle del centro de sus operaciones, pusieron sitio á Cápua: Annibal voló á socorrerla, atacó las líneas romanas, y no pudo forzarlas. Entonces marchó á Roma, y se presentó inopinadamente delante de la puerta Colina, para librar á Cápua con esta diversion. El senado, con el terror de su llegada, queria llamar el ejército de Campania. Fabio se opuso á ello, y fue aprobado su dictámen de que se continuase el sitio y solo viniese á Roma quince mil hombres. Los romanos no se limitaron á defender la ciudad, sino que se acamparon fuera de los muros. Dos dias seguidos se creyó que una batalla sangrienta iba á decidir la suerte de ambas repúblicas, y dos veces, al momento de dar la señal, una tempestad espantosa y lluvias abundantes separaron á los combatientes. La supersticion hizo creer que el cielo se oponia á que se diese la batalla. Los romanos, léjos de temer viendo á Cartago á sus puertas, enviaron en aquellos dias numerosos refuerzos á España, y el campo donde Annibal tenia sus reales, se vendió sin perder nada de su precio. El cartaginés, no pudiendo ni pelear ni aterrar á sus enemigo, movió con su ejército hácia Neápolis. Cápua cayó en poder de los

romanos, y para castigarla por sú defeccion, ejercieron venganzas atroces, dando muerte á todos los senadores, y reduciendo el pueblo á la esclavitud. Por otra parte los dos Escipiones, cuya union les habia dado tantas victorias en España, dividieron sus ejércitos: yerro que espiaron, siendo vencidos y muertos uno despues de otro por los cartagineses. Neron, que les sucedió, no pudo reparar sus pérdidas, y acabó de perder lo que habian conquistado los romanos en aquel pais. Cuando se trató en Roma de remplazarlo, los mas atrevidos huian de solicitar un empleo, espuesto á tantos riesgos y que daba tan pocas esperanzas de victoria, y así nadie se presentaba como candidato. Plubio Escipion, de edad entonces de veinte y cuatro años, fue el único que osó pedir el gobierno de España, y á pesar de su corta edad, lo obtuvo por su elocuencia y talento. Este nombramiento fue la salvacion de Roma y la ruina de Cartago.

Las armas romanas comenzaban ya á transferir á Grecia el temor que Pirro habia inspirado en Italia. Levino atacó al rey de Macedonia y le venció. Su triunfo y el de Marcelo vulgarizaron en Roma las riquezas de las artes griegas. Levino, nombrado cónsul, conquistó á Agrigento y consumó la reduccion

de Sicilia, primer objeto de la rivalidad entre Roma y Cartago. La estrella de Annibal se iba eclipsando. Roma, ilustrada por la esperiencia, no le oponia ya ni flaminios, ni varrones, sino á Fabio y Marcelo. El primero recobró á Tarento; Marcelo, vencido en una accion, ganó otra contra Annibal: siguiendo el prudente sistema de su colega; pero con mas actividad, picaba la retaguardia á los cartagineses, se aprovechaba de todas las ocasiones de hacerles daño, y evitaba las acciones generales; pero su prudencia le abandonó al fin. Nombrado cónsul por la quinta vez, quiso reconocer por sí mismo el campo enemigo, cayó en una emboscada y pereció. Su muerte fue llorada en gran manera por las legiones, á quienes tantas veces habia guiado á la victoria. Le llamaban *la lanza* de Roma, y á Fabio *el escudo*: sobrenombres que les quedaron, como en fin dados por la tropa, y dictados por la justicia y no por la adulacion. Cuando se presentó á Annibal el cadáver de Marcelo, lloró el general cartagines y pagó tributo á su gloria, poniéndose en su dedo el anillo de su enemigo, y en la cabeza de éste una corona de oro, haciéndole suntuosas eesequias y enviando sus cenizas al jóven Marcelo, su hijo. Annibal probó en esta ocasion,

que no era un guerrero bárbaro, como quieren hacer creer los historiadores romanos: porque solo un alma generosa es capaz de procederes tan nobles con los vencidos.

Batalla del Metauro. (A. M. 3796. A. J. 208). Cartago, viendo perdida la Sicilia y el peligro de Annibal en Italia, resolvió socorrerlo y envió desde España un ejército poderoso á las órdenes de Asdrubal su hermano. Este atravesó sin obstáculos los Alpes y la Galia: pero la rapidez de su marcha fue la causa de su ruina, porque Annibal no le esperaba tan pronto. Hallábase en Lucania, y tenia á su frente el ejército del cónsul Claudio Neron. Sabiendo éste la llegada de Asdrubal por un correo interceptado, salió de su campamento con seis mil hombres y se reunió en la Cisalpina á su colega Livio. Entrambos marcharon contra Asdrubal, que trataba de evitar el combate hasta incorporarse con su hermano. Pero estraviado en su marcha, por la perfidia de sus guias, se encontró con los cónsules junto al Metauro, y peleando valerosamente pereció con casi todo su ejército. Neron volvió á su campamento y arrojó la cabeza de Asdrubal al campo enemigo. Annibal no habia sabido nada de su marcha.

Entretanto Escipion vengaba en España á

su padre y á su tio, y reparaba todas sus pérdidas. Valor á toda prueba, prudencia nada comun, gran firmeza y virtudes suaves inspiraban hácia él el respeto, la admiracion y el amor. Restableció la disciplina por su severidad, espant á los enemigos por su osadía, y se concilió el amor de los españoles por su justicia. La suerte de las armas hizo cautiva suya una princesa de estraordinaria hermosura. Segun las costumbres de aquel tiempo, el honor de aquella jóven le pertenecia: pero las virtudes no dependen de las preocupaciones, y son eternas como la justicia de Dios. Escipion, vencedor de sus propias pasiones, la devolvió al príncipe Alucio, al cual estaba prometida por esposa. Esta generosidad le valió homenages mas sínceros y aliados mas firmes que sus victorias. Este hábil general, en lugar de seguir un sistema lento y tímido, y de recobrar sucesivamente las plazas perdidas, marchó rápidamente á Cartago nova, ciudad que se creia inespugnable, se apoderó de ella y destruyó de un solo golpe el centro de las fuerzas enemigas. La superioridad de la caballería númida era el apoyo mas firme de Cartago: Escipion le quitó esta ventaja, ganando por aliado á Masinisa, príncipe númida, el mas distinguido por su valor y esperiencia. En fin,

consiguió arrojar para siempre á los cartagineses de España y someterla á los romanos. Cuando volvió á Roma solo tenia veinte y nueve años : pero el pueblo contó el número de sus hazañas y le nombró cónsul.

Instalado en esta dignidad, dijo al senado que el único medio de echar á Annibal de Italia, era llevar la guerra al Africa. Fabio, enemigo de toda resolucion audáz, y quizá demasiado contemporizador en esta ocasion, impugnó vehementemente el dictámen del jóven cónsul. El senado, incierto, no sabia decidir entre la osadía afortunada del conquistador de España, y la esperiencia del antiguo dictador; y no queriendo admitir ni desechar en aquel momento el parecer de Escipion, se tomó tiempo para deliberar sobre una empresa tan importante: y solamente le dió el mando de Sicilia y el permiso de pasar al Africa si lo juzgaba conveniente. Escipion, firme en sus planes, pasó á Sicilia, é hizo los preparativos necesarios para la espedicion contra Cartago.

En el año quinientos cuarenta y nueve de Roma se celebró el nuevo lustro, y se vió que á pesar de la guerra, la poblacion se habia aumentado en los últimos cinco años en setenta y ocho mil ciudadanos. Al mismo

tiempo se supo que Escipion, aprovechándose del permiso del senado, habia salido de Lilibeo con un ejército numeroso, y derrotado la escuadra cartaginesa matando á Annon, general de ella, y tres mil enemigos: que habia desembarcado en Africa y reunídose con Masinisa y su caballería númida, terror en otro tiempo y ya esperanza de los romanos. Escipion puso inmediatamente sitio á Utica, hoy Bisesta. Sifas, que le habia quitado á Masinisa la Numidia, vino á socorrer la plaza con su ejército. Escipion, cuya osadía estaba siempre acompañada de la prudencia y que reunia al valor de Marcelo la sagacidad de Fabio, dejó su empresa para mejor ocasion, levantó el sitio, y tomó cuarteles de invierno. Al acercarse la primavera volvió sobre Utica; y sabiendo que los enemigos para defenderse del frio, en lugar de tiendas tenian barracas cubiertas de esteras, cañas y maderos secos, disfrazó de esclavos á algunos oficiales y soldados determinados que fueron al campo del enemigo; se dispersaron por él y le pusieron fuego. Los cartagineses y númidas acudieron desordenadamente á apagarlo: llega Escipion con sus legiones, cae sobre los enemigos que estaban sin armas, y los degüellan. Cuarenta mil quedaron en el campo de batalla, y seis

mil fueron prisioneros. Los restos del ejército se reunieron: pero Escipion, sin dejarles tiempo de respirar, los atacó de nuevo, y los derrotó completamente. Cartago aterrada hizo proposiciones de paz; pero como al mismo tiempo envió orden á Annibal para que pasase al Africa, el senado no las aceptó. Sifas volvió á pelear con Escipion, y fue vencido y hecho prisionero. Masinisa recobró su reino, y con él á Sofonisba, esposa de Sifax, de la cual estaba enamorado. Casóse con ella; pero como aquella muger peligrosa, hija de Asdrubal y sobrina de Annibal, podia inclinar á su nuevo esposo á la alianza con Cartago, Escipion se acercó con su ejército á Numidia, reprendió á Masinisa su debilidad, y á pesar de las súplicas del rey, le declaró que Sofonisba, causa de que Sifas hubiese abandonado la alianza de Roma, era prisionera suya. Masinisa desesperado no encontró mas medio para libertar á su esposa de la ignominia, que enviarle una copa de veneno. Sofonisba la aceptó con gratitud, y la bebió sin terror. Escipion, para recompensar la obediencia servil del númida, le confirmó en el trono y dispuso una pompa estraordinaria para su coronacion.

Batalla de Zama. (A. M. 3803. A.J. 201). Annibal entretanto pasaba al Africa desespe-

rado de la inutilidad de sus triunfos. Antes de embarcarse, puso cerca de un templo de Juno una columna, en la cual se gravó en letras griegas y fenicias la historia de sus espediciones: monumento de fugitivo que fue un nuevo trofeo para el vencedor. Durante la travesía solo hablaba de sus hermanos y de tantos gefes valerosos muertos en la guerra. Este hombre ambicioso, dormido á la sombra de los laureles, despertó bajo la de los cipreses. Al llegar á Cartago ecsaminó las fuerzas de su patria, las estimó insuficientes, y aconsejó la paz: pero entonces era mas dificil hacerla; porque los cartagineses, arrebatados por la codicia, acababan de violar una tregua hecha con Escipion, apoderándose de una escuadra romana que la tempestad arrojó á la playa de Cartago. Fue necesario pelear, y Annibal se acampó con su ejército delante de los romanos en la llanura de Zama. Antes de combatir solicitó y obtuvo una conferencia con Escipion, por ver si podia moverle á pláticas de paz. Hízole presente las variaciones é inconstancia de la fortuna, presentándose á sí mismo por ejemplo, para inclinarle á la moderacion, y le propuso por condiciones renunciar á todos los dominios cartagineses escepto al Africa. Escipion le respondió: «no ignoraba que tu venida

movió á los cartagineses á romper la tregua; y ni aun tú lo disimulas cuando nada prometes en las condiciones de paz que no esté ya en nuestro poder. Si tú debes cuidar de justificar la esperanza de tus conciudadanos, yo de que no adquieran como premio de su perfidia una paz mas ventajosa de aquella á que se habian convenido, cuando la merecen mas dura. Ni nuestros antepasados ni nosotros hemos sido los primeros en hacer la guerra. El peligro de nuestros aliados los mamertinos y la ruina de Sagunto nos pusieron en las manos las armas que los dioses favorecieron entonces como favorecen ahora y favorecerán. En cuanto á mí, no ignoro las vicisitudes de la fortuna; por eso no he querido desechar con soberbia tu plática de paz; pero tampoco quiero ni debo ceder á tergiversaciones. Y asi, si á las anteriores condiciones, que sabes cuales son, se añade algo por la última violacion de la tregua, podré dar lugar á conferencias; pero si aun parecen duras aquellas condiciones, preparaos al combate, pues no sabeis sufrir la paz." El coloquio cesó, y al dia siguiente se dió la memorable batalla de Zama, que decidió la suerte del universo. Uno y otro general animaron sus tropas con la perspectiva del imperio universal que iba á

poner en sus manos la victoria. Annibal hizo prodigios de valor y habilidad: pero la prudencia de Escipion, el valor y la fortuna de los romanos, los ataques de la caballería númida mandada por Masinisa y de la romana á las órdenes de Lelio, en fin, la superioridad de las armas de la infantería de Escipion decidieron la victoria: veinte mil cartagineses murieron, y otros tantos quedaron prisioneros. Los romanos solo perdieron mil y quinientos hombres. El campamento del enemigo quedó en poder de Escipion.

Annibal volvió á Cartago, y dijo al senado que no quedaba mas esperanza de salud que en la paz. Se hicieron treguas, y Roma envió diez comisarios para que la tratasen de acuerdo con Escipion, á quien dió plenos poderes. Concluyóse esta guerra que habia durado diez y siete años bajo las condiciones siguientes: Roma retiró de Africa sus ejércitos: Cartago renunció á la España y á todas las islas del Mediterráneo: devolvió los desertores: se convino en no tener mas que diez buques de guerra: y prometió no hacer la guerra ni en Africa ni fuera de ella sino con el permiso de Roma: restituyó á Masinisa y á sus aliados todo lo que les habia tomado: se obligó á pagar diez mil talentos en el es-

pacio de cincuenta años dando cien rehenes; y mientras se ratificaba el tratado, fue de cargo suyo mantener el ejército romano. El senado ratificó la paz sin mas alteracion que abreviar los términos de los pagamentos. Esta segunda guerra púnica duró siete años menos que la primera, y concluyó el año 553 de Roma, 3804 del mundo, 338 despues del establecimiento de la república, 129 despues del incendio de Roma por los galos, y 200 antes de Jesucristo.

Primera guerra de Macedonia. (A. M. 3805. A. J. 199). Roma habia salido triunfante de su rival en una guerra que en el principio amenazó su propia ecsistencia. Pero la victoria, asegurándole el imperio, no le dió la tranquilidad. Nuevas guerras ocuparon sus armas y su ambicion. Los españoles vencidos, pero no sometidos, altivos, valerosos y habitantes de un pais lleno de montañas y asperezas, opusieron una resistencia duradera á los esfuerzos de los vencedores. En Italia los galos y ligures, impacientes del yugo, tomaban las armas todos los años. Emilio, célebre despues bajo el nombre de Paulo Emilio, subyugó la Liguria. El pretor Furio y los cónsules Valerio, Cetego y Marcelo no pudieron domar á los galos sino despues de muchos

años y batallas sangrientas; en la última pereció toda la nacion de los boyos. La república romana, dominando en Sicilia, Africa y en el Mediterráneo, probaba á la europa que la pobreza y la disciplina deben triunfar á la larga de las fuerzas facticias que producen el comercio y la opulencia.

Faltábale todavía que vencer un pueblo temible por su gloria. Los macedonios desde Alejandro Magno, eran tenidos por invencibles. El terror precedia á su célebre falange; las demas naciones los miraban como maestros en el arte de la guerra: y la lid que empezó entre ellos y los romanos, elevó á lo sumo la gloria militar de Roma, destruyendo el prestigio que aun conservaban los conquistadores del Asia. Ademas de la ambicion romana, otras causas hacían indispensable esta nueva guerra. Filipo, rey de Macedonia, habia conseguido muchas victorias en Grecia; y obtuvo grande gloria mientras siguió los consejos de Arato, pretor de los aqueos. Pero estraviado por las sugestiones de Demetrio de Faros, hizo alianza con Annibal para oprimir á Roma: con Antioco, rey de Siria, para subyugar las ciudades griegas del Asia y someter el Egipto: con el rey de Bitinia para desposeer al de Pérgamo: con los étolos para robar

la Grecia. Estas hostilidades dierón aliados á los romanos: los espartanos, atenienses, ilirios, y hasta los mismos étolos se unieron con la república. Los rodios, poderosos en la mar, vejados por Filipo, aumentaron el número de sus enemigos. Roma disimuló, sin embargo, mientras temió á los cartagineses. Pero despues de la batalla de Zama, declaró la guerra á los macedonios. El cónsul Publio Sulpicio Galba desembarcó en Iliria con dos legiones, y conquistó muchas plazas de Macedonia, al mismo tiempo que una escuadra romana de veinte y siete bajeles, reunida con la de Atalo, echaba al enemigo de las Cicladas y de Eubea, y le obligaba á levantar el sitio de Atenas que Filipo habia emprendido socolor de vengar una injuria hecha por los atenienses á los acarnanios aliados suyos.

Batalla de Cinocefalas. (A. M. 3807 A. J. 197). El año siguiente hizo pocos progresos el cónsul Vilio. Sucedióle Tito Quincio Flaminino, que despues de una conferencia inútil con Filipo, forzó los desfiladeros que separan el Epiro de la Tesalia, batió al rey, le obligó á encerrarse en sus estados y sitió á Corinto, declarando que solo queria libertarla de la guarnicion macedonia que la oprimia; con lo cual los aqueos se separaron del

partido de Filipo, y los beocios y espartanos se adhirieron á Roma, ganando Quincio mas conquistas con su política que con sus armas. Segun el uso antiguo de Roma, los nuevos cónsules debian suceder á los antiguos en el mando de los ejércitos ; pero el interés de la ambicion pública, pudo mas que la costumbre, y Flaminino quedó en Grecia con el título de procónsul. Filipo, reunidas todas sus fuerzas, tomó posicion en Tesalia en la sierra de Cinocefalas. Esta fue la vez primera que los romanos pelearon con la falange macedónica. La movilidad de las legiones romanas triunfó de aquella masa terrible, y Filipo vencido con perdida de trece mil hombres, aceptó la paz á condicion de no conservar mas dominios que la Macedonia, entregar toda su escuadra y los prisioneros, y pagar á Roma un tributo anual. Los romanos debian guarnecer á Calcis en Eubea, á Demetriada en Tesalia y á Corinto en Acaya, mientras no estuviesen seguros de las disposiciones de Antíoco, rey de Siria. Quincio convocada en Corinto una asamblea de los pueblos de Grecia, los declaró libres á todos. (Año de Roma quinientos cincuenta y siete) El senado con esta aparente moderacion ocultó sus proyectos, engañó á los griegos y ganó su afecto, de mo-

do que en lugar de oponerse á los romanos conquistadores, sufrieron con alegría el yugo que se presentaba con la forma de apoyo, y creyeron lo que Ciceron decia muchos años despues; á saber, que *los romanos eran mas bien patronos que señores del universo.* Sin embargo, Nabis y los étolos no tardaron en temer, el primero quiso recobrar á Argos, fue vencido por Flaminino, que hizo la paz con él, porque Roma queria en Esparta un tirano mas bien que reyes legítimos y las instituciones de Licurgo. Los étolos acusaron al proconsul por su falta de sinceridad: este se disculpó con destreza en la asamblea de los griegos; y asegurado de que sus divisiones intestinas los tendrian siempre dependiente de Roma, volvió con las legiones á Italia y triunfó.

Casi al mismo tiempo consiguieron los romanos una gran victoria contra los galos, y se estableció la ley Porcia, que prohibia á los lictores, bajo pena de muerte azotar á un ciudadano romano. La consideracion personal de cada individuo de la república se aumentaba en razon del poder y de la gloria nacional. Cuando las victorias de Annibal amenazaban á Roma su prócsima ruina, la ley opia habia prohibido á las matronas usar joyas y telas costosas y servirse de carros, esceptos los dias

en que iban á los sacrificios públicos. Mudadas las circunstancias por la evacuacion de Italia y los triunfos de la república, las matronas pidieron con ardor la abolicion de dicha ley. Sus intrigas habian ganado todos los sufragios menos el del inflecsible Caton. «Si cada uno de nosotros, dijo, supiera hacer respetar la autoridad doméstica, no tendriamos hoy que responder á esta reunion estravagante de mugeres; pero como no hacen caso del poder de los maridos, vienen á la plaza pública á atropellar las leyes. ¿Quién les resistirá estando juntas, cuando hemos cedido á los caprichos de cada una? Nada es tan peligroso como permitir las asambleas é intrigas de las mugeres. Yo cónsul me avergüenzo de tener que atravesar por sus filas para llegar á esta tribuna. No les falta mas que retirarse, como el pueblo en otro tiempo, al monte Aventino, para imponernos leyes. Sino hubiera querido escusarles la ignominia pública de recibir las reprensiones de un cónsul, les hubiera dicho: ¿Os permite vuestro pudor correr de ese modo por las calles, detenernos al paso y rogar á hombres que no son de vuestra familia? ¿Creeis tener mas influjo con ellos que con vuestros esposos? Si os contuvierais en los límites debidos, ignorariais lo que pasa en

el foro. ¿En dónde estamos? La ley prohibe á las mugeres pleitear sin autorizacion, ¡y nosotros les permitimos entrometerse en el gobierno y asistir á nuestras deliberaciones! Si hoy cedeis á ellas, ¿á que no se atreverán en lo sucesivo? ¿Qué disculpa tiene la actual licencia? ¿qué motivó sus temores y asambleas? ¿Son prisioneros de Annibal sus hijos y maridos? Estamos libres de estas calamidades? ¿Se juntan para alguna solemnidad religiosa? No: la madre Cibele no viene ahora de Frigia. Escuchadlas: os piden la libertad de cubrirse de oro y púrpura, de brillar en carros magníficos, y de triunfar de las leyes. El hijo es el azote destructor de los imperios. Marcelo, trayéndonos las riquezas de Siracusa, introdujo en Roma sus mas peligrosos enemigos. En tiempo de Pirro desecharon las matronas los regalos de Cíneas: hoy le saldrian á recibir para aceptarlos. El ódio de la igualdad es el que reclama las distinciones de la opulencia; guardaos de escitar esa vana emulacion. Cuando la pobreza del marido no le permita satisfacer la vanidad de su esposa, acudirá esta á los de fuera, cuyos sufragios solicita hoy. No corrompais las costumbres con vuestra debilidad: no abrogueis la ley opia.' Lucio Valerio defendiendo la causa de las matronas, *le res-*

pondió: «Las invectivas de Caton contra las romanas son injustas. Yo refutaré una opinion á la cual da tanto peso el carácter conocido del cónsul. Orador austero, y aun tal vez demasiado duro, tiene sin embargo un corazon dulce y humano. No piensa todo lo que dice contra estas mugeres virtuosas, que muchas veces ha celebrado mas que yo. Censura la reunion de las matronas; pero yo apelo de Caton á él mismo que en su libro de los *Orígenes* alaba en gran manera á las sabinas porque terminaron la guerra de sus padres y de los romanos: las admira cuando fueron á desarmar la ira de Coriolano. Despues de entrados los galos en Roma, ¿no se reunieron para dar el oro que iba á rescatar nuestra libertad? ¿No llevaron todo su dinero, en la última guerra, al erario público, ya agotado? Se han sacrificado muchas veces por nuestros intereses: permitáseles ahora defender los suyos. Si oímos los ruegos de un esclavo, ¿desecharemos el de las matronas mas respetables? El cónsul confunde dos clases distintas de leyes: las generales que deben durar siempre, y otras que cesan con las circunstancias á que debieron su promulgacion. No se dirige un bajel en tiempo de bonanza como en el de tempestad. La ley opia se publicó cuando An-

nibal despues de la batalla de Cánnas, estaba á las puertas de Roma: cuando la afliccion de las matronas era tan grande que fue necesario limitar los lutos á un mes. ¿Quereis que ellas solas queden sin gozar de la prosperidad restituida? ¿Usaremos de severidad contra los inocentes placeres de su adorno, cuando nos presentamos vestidos de púrpura con armas y trenes magníficos? ¿Quereis que los jaeces de nuestros caballos sean mas brillantes que los velos de nuestras esposas? ¿No es ya Roma el centro del imperio? ¿Sufrireis que las mugeres de los ecuos y latinos pasen en sus carruages junto á las vuestras, que irán á pie? Teneis la autoridad, las magistraturas, los sacerdocios, los triunfos; os adornais con los despojos del enemigo. Las mugeres no tienen mas gloria sino la de que las ameis: otro placer sino el de adornarse para agradaros. Sus deseos son inocentes, su peticion justa. Sus reuniones no son sediciosas: este secso débil os está siempre sometido; usad con moderacion de vuestro poder. Voto por la abrogacion de la ley.» El concurso de las mugeres se aumentaba, y despues de largos debates triunfaron del severo Caton, y la ley fue abrogada por los sufragios de todas las tribus.

Este año, que fue el quinientos cincuenta

y ocho de Roma, el cónsul Valerio derrotó á los galos; volvieron á tomar las armas y fueron vencidos por Sempronio, que hizo en ellos un gran destrozo. Caton, á quien tocó la España por provincia, mas feliz contra los españoles que contra la decadencia de las costumbres y el lujo de las matronas, logró una victoria señalada cerca de Emporio, y tomó muchas plazas. Fue envidioso de la gloria agena y poco modesto. Cuando volvió á Roma se jactó de haber sometido mas ciudades que dias habia empleado en su campaña. El año quinientos cincuenta y nueve de Roma se celebró la *primavera sagrada*, ofrecida veinte y cuatro años antes. Esta ceremonia consistia en sacrificar á Júpiter todos los animales que nacian en aquella estacion. Los senadores, que poco á poco habian concedido al pueblo tantas prerogativas importantes, ofendieron imprudentemente su vanidad, arrogándose en los juegos públicos sitios distinguidos. Atribuyóse esta innovacion á Escipion el Africano, *príncipe* entonces del senado, y que por esta calidad votaba el primero. Este leve defecto le robó el amor de la multitud inconstante, borró casi la memoria de sus grandes servicios, y contribuyó á las desgracias que la ingratitud y la injusticia le causaron despues. No tardó en conocer que su

crédito disminuia; porque cuando solicitó el consulado para su pariente Escipion Nasica, el pueblo prefirió al hermano de Flaminino, que gozaba entonces de todo su favor. Escipion Nasica reparó en España la derrota del pretor Digicio, sucesor de Caton. Los cónsules Minucio y Cornelio Mérula vencieron á los ligures y á los galos.

Una guerra mas importante llamaba la atencion del senado. Antíoco III, rey de Siria, por sobrenombre el Grande, despues de sometido el Asia, aumentaba sus relaciones en Grecia y daba asilo á Annibal, fugitivo de Cartago. Reinaba en Egipto Epifanes, cuyos estados habian querido repartirse Antíoco y Filipo de Macedonia. Este, vencido por los romanos, quedó reducido á la impotencia; y para libertarse de Antíoco imploró Epifanes, que era menor, el ausilio del senado: Roma admitió la tutela, y nombró por regente de aquel reino á un griego llamado Aristómenes. Antíoco se desembarazó de la guerra de Egipto, dando su hija en casamiento á Ptolemeo, y prometiéndole en dote la Palestina. Volvió despues al Asia, se apoderó de Efeso, conquistó el Quersoneso de Tracia, fortificó á Lisimaquia, y sitió á Esmirna y Lampsaco. Estas dos ciudades se pusieron bajo la proteccion de Roma, que

empleó inútilmente su influencia para libertarlas de Antíoco, aunque todavia ocultaban su ódio recíproco bajo las apariencias de la amistad: Roma, porque no queria atacar al señor del Asia hasta haber domado á los macedonios; y Antíoco, porque esperaba para declararse la sublevacion de Grecia y Cartago contra los romanos.

Guerra de Siria. (A. M. 3801. A. J. 193.) Esta era la situacion de las cosas, cuando Annibal perseguido en su misma patria por los romanos, que querian se les entregase, se refugió á la corte de Antíoco; y aunque este príncipe no adoptó el sistema de guerra propuesto por Annibal, que le aconsejaba llevar sus armas á Italia, se resolvió á pelear contra Roma y desembarcó con un ejército en Grecia, donde contaba con la alianza de los étolos. Roma, temerosa de sus proyectos, le envió una embajada para quejarse de ellos; y como ya habia vencido á Fílipo, arrojó la máscara de la moderacion y habló al rey de Siria en un tono que solo le permitia elegir entre la guerra y la sumision. Los embajadores le declararon que si queria vivir en paz con Roma, renunciase al Quersoneso, devolviese la libertad á las ciudades griegas del Asia, y al rey de Egipto las provincias que le tenia usurpadas. Antíoco se

negó á todo y se declaró la guerra. Diez mil sirios solamente desembarcaron en la isla de Eubea, porque el rey contaba con Nabis, Filipo y Cartago. Pero Nabis murió, Cartago estaba sin fuerzas y Filipo se unió á los romanos. El ejército sirio fue vencido por Acilio Glabrion en el desfiladero de las Termópilas, y Antíoco se volvió al Asia. Caton se distinguió tanto en esta batalla, que el cónsul encargándole que llevase á Roma la noticia le dijo: «mas son los servicios que habeis hecho á la república, que los beneficios que habeis recibido de ella.» Los rodios batieron la escuadra siria: el cónsul se apoderó de Eubea. Antíoco se creia seguro; pero Annibal le dijo: «no habeis querido pelear con los romanos en su pais, ahora tendreis que pelear con ellos en el Asia y por el Asia.»

Batalla de Magnesia. (A. M. 3812. A. J. 192.) Su prediccion se verificó. Los cónsules Lucio Cornelio Escipion y Cayo Lelio solicitaban entrambos el honor de concluir esta guerra. Lelio consiguió que el senado, con cuyos votos contaba, señalase las provincias en lugar de sacarlas á la suerte. Pero el senado habiendo prometido Escipion el Africano acompañar á su hermano en la espedicion, dió á Lucio por provincia la Grecia, con el permiso de pasar

al Asia. El cónsul, siguiendo la prudente política de los romanos, concedió á los étolos una tregua de seis meses, dió esperanzas á Filipo, y consiguió de él todo lo que era necesario para la subsistencia del ejército. Atravesó rápidamente la Macedonia y la Tracia, y llegó al Quersoneso. Antíoco aterrado abandonó las costas, que hubiera podido defender facilmente. Sus escuadras fueron batidas y los romanos pasaron al Asia menor. Encontráronse los dos ejércitos cerca de Magnesia del Sipilo. El de Antíoco constaba de todas las naciones del oriente, como si hubiesen acudido solo para ser testigos de la victoria de los romanos, que fue pronta y decisiva, y el botin inmenso, sin que les costase mas que trescientos hombres de á pie y veinte y cinco ginetes. El rey de Siria perdió cincuenta mil hombres y toda el Asia menor. Antíoco envió embajadores al cónsul con una carta en que le decia: «vuestro triunfo os hace dueños del universo: imitad pues á los dioses, y usad de clemencia con los flacos mortales en vez de enojaros contra ellos.» Escipion le respondió: «Ni la adversidad nos abate, ni la fortuna nos ensoberbece. Te proponemos ahora las mismas condiciones que antes de la batalla. Piensa que es mas dificil debilitar las fuerzas de un rey cuando estan enteras,

que destruirlas cuando ya han descaecido.»
Antíoco aceptó la paz: renunció á todos los paises al occidente del Tauro, prometió entregar á Annibal, que huyó de sus estados, entregó sus escuadras y pagó los gastos de la guerra. El general romano mandó quemar los bajeles sirios.

Vencidos Filipo y Antíoco, Roma era ya la capital del mundo. A ella acudian los reyes, los príncipes y los diputados de las repúblicas y ciudades de Grecia, Africa y Asia á rendir homenages al senado, de cuyas decisiones dependia la fortuna de todas. Este cuerpo soberano ratificó el tratado, premió los servicios de Eumenes, rey de Pérgamo, dándole la Licaonia, la Frigia, el Quersoneso y la plaza de Lisimaquia; regaló á los rodios la Licia y una parte de la Caria, y declaró libres las ciudades griegas del Asia Diez comisarios arreglaron las cosas de este pais. Estas liberalidades despues de la victoria servian de velo á la ambicion de la república conquistadora. Los pueblos, libres del yugo de Siria, miraban á los romanos como protectores generosos; y el universo se anticipaba á recibir un yugo tan dulce creyendo erradamente que Roma solo era de temer para los monarcas. Jamas hubo un triunfo mas magnífico que el de Lucio Escipion, llamado desde

entonces el Asiático. Ostentó á los ojos de los romanos todas las riquezas del oriente. Si las armas de Roma invadieron el Asia, el lujo y la molicie asiática invadieron la Italia, y de estas dos irrupciones la última fue quizá la mas funesta, pues corrompió las costumbres y dió herida de muerte á la virtud, sin la cual no pueden ecsistir las repúblicas.

Manlio, sucesor de Escipion, venció á los galos establecidos en el Asia menor con el nombre de galogrecos ó gálatas. Mientras que Lucio domaba el Asia, su colega Lelio no hizo mas que contener á los galos y ligures. Los étolos se rebelaron, mas fueron vencidos por Fulvio Nobilior con el ausilio de los epirotas. En este tiempo hizo el senado un acto de justicia, entregando á los cartagineses dos jóvenes patricios llamados Mirtilo y Manlio, que habian insultado á los embajadores de aquella república Los dos Petilios, tribunos del pueblo, incitados, segun se cree, por Caton, acusaron á Escipion el Africano de haberse dejado sobornar por Antíoco para suavizar á favor de aquel rey las condiciones del tratado. El vencedor de Annibal y de Cartago se vió obligado, merced á la envidia, á presentarse ante el pueblo como reo. Despues de haber oido las declamaciones de sus enemigos, en lugar

de justificarse esclamó: «hoy es aniversario del dia en que vencí á Annibal: romanos, vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses." Subió al Capitolio, todo el pueblo le siguió, y los tribunos quedaron solos en la plaza con sus aparitores. Poco tiempo despues se renovó la acusacion; pero Escipion, cansado de tantas injusticias, se retiró á Literno, donde murió y mandó enterrarse diciendo: «ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos.» La amistad unió á sus cenizas las del poeta Ennio, protegido suyo en los dias de su gloria, y que nô le abandonó en su destierro. Los envidiosos mordiendo la gloria de este grande hombre, inmortalizaron su propia ignominia. Tiberio Graco, aunque enemigo personal del Africano, hizo que cesase el proceso dirigido contra él, mas injurioso, decia, al pueblo que al mismo acusado. Este generoso tribuno se asoció á la gloria de aquel héroe y casó con su hija Cornelia, que fue la madre de los gracos. Los Petilios, mas irritados que desalentados, pidieron que se restituyese el dinero dado por Antíoco. En virtud de esta ley fue condenado á una multa Escipion el Asiático, y de la venta de sus bienes no se pudo sacar la suma que le ecsigian. Su pobreza le justificó y deshonró á sus acusadores.

La Liguria no tenia mas tesoros que su independencia y sus armas: los cónsules Emilio y Flaminino se la quitaron. Como era necesario tener en pie grandes ejércitos permanentes, temiendo que la ociosidad relajase la disciplina, Roma ocupó sus soldados durante los tiempos de inaccion en construir los grandes caminos de Italia, cuya solidéz admiramos todavia, y asi la tropa romana se conservó por muchos siglos sumisa, infatigable é invencible. La afluencia de los estrangeros á la capital comenzaba á ser gravosa, y se mandó salir de ella á doce mil latinos que se habian introducido fraudulentamente en el censo. Eumenes y los tesalos se quejaron de que Filipo les habia quitado algunas plazas. El senado envió á Macedonia comisarios, ante los cuales hubo de comparecer el sucesor del grande Alejandro, y se le condenó á restituir las ciudades: humillacion que le obligó á buscar medios para volver á tomar las armas. El mismo año que murió Escipion (570 de Roma), Annibal, refugiado en la corte de Prusias, rey de Bitinia, que trataba de entregarle á los romanos, se anticipó á la traicion tomando un veneno, y Filopemen, el último héroe de la Grecia, feneció á manos de los mesenios. Habia entre los aqueos una faccion muy poderosa, la cual no

conocia mas ley que las órdenes de Roma, y perseguia á los amantes de la independencia. Calicrates, gefe de este partido, dijo al senado que no tenia mas medio para dominar en Grecia que proteger á los suyos y espantar á sus enemigos. Roma lo hizo asi; el número de delatores se multiplicó, y no hubo persona segura en toda la confederacion aquea. La guerra continuaba siempre en España y en el norte de Italia. Marcelo derrotó un ejército galo que habia pasado los Alpes para establecerse en las cercanias de Aquileya. Los ligures se rebelaron y Paulo Emilio los sometió, haciendo en ellos gran destrozo. Comprimiéronse algunas sediciones en Córcega y Cerdeña. El pretor Fulvio Flaco venció á los celtíberos, y Manlio á los lusitanos. Comenzábase á tocar la necesidad de poner freno á los progresos del lujo, y el tribuno Orcio hizo promulgar una ley suntuaria. La guerra de España no se terminaba con victorias sino con el esterminio de la poblacion. El pretor Sempronio Graco ganó cuatro batallas y no pudo someter el pais. El año 575 de Roma el cónsul Manlio invadió la Istria. Aquellos pueblos belicosos, mandados por su rey Ebulon, sorprendieron el campamento romano é hicieron huir al cónsul; pero como se entregasen á la intemperancia, Manlio informado

de ello reune sus tropas, ataca á los bárbaros, mata ocho mil y desbarata á los demas. El cónsul Claudio, su sucesor, terminó esta guerra con la toma del Nezarte, capital del pais. Los sitiados, habiendo perdido toda esperanza de defensa, degollaron sus mugeres é hijos á vista de los romanos y se dieron la muerte sobre sus cadáveres. El rey Ebulon les dió el ejemplo de esta atrocidad.

Segunda guerra de Macedonia. (A. M. 3831. A. J. 173). Una guerra mas importante alimentó poco despues la actividad y la ambicion de Roma. Filipo, rey de Macedonia, despues de dar muerte á su hijo legítimo Demetrio por las calumnias de Perseo, tambien hijo suyo, pero natural, murió en breve dejando el trono vacante al fratricida. Como Filipo antes de morir meditaba hacer la guerra á los romanos, habia hecho alianza con los bastarnas, pueblo bárbaro del Boristenes, para que hiciesen una irrupcion en Italia. Los bastarnas, que ya estaban en marcha, sabida la muerte del rey, ocuparon la Dardania, cuyos habitantes se quejaron al senado; al mismo tiempo que Perseo, manifestaba con respecto á Roma las disposiciones mas pacíficas, sin dejar por eso de agitar contra la república las ciudades griegas de Europa y Asia. El senado

sabedor de sus maquinaciones, le declaró la guerra.

Perseo pudo tener muchos aliados: pero era irresoluto y avaro. Los romanos empezaron la lucha con su actividad ordinaria, y el cónsul Licinio Craso pasó á Tesalia con un ejército. Perseo en lugar de marchar contra él, cuando sus tropas estaban fatigadas de la marcha penosa por los desfiladeros del Epiro, le dió tiempo para que descansasen y se reuniesen á ellas cinco mil hombres, que Eumenes, rey de Pergamo, les enviaba. Hubo un combate de caballería, en que los romanos, abandonados de los étolos, fueron vencidos. La victoria hubiera quizá sido completa, si Perseo hubiera hecho que la falange acometiera: pero se detuvo, y Licinio se retiró sin gran pérdida. Perseo vencedor pidió la paz bajo las mismas condiciones que se habian impuesto á su padre despues de la rota de Cinocéfalas. Licinio le respondió orgullosamente que no la lograria sino rindiéndose á discrecion. Quinto Marcio, sucesor de Licinio, penetró en Macedonia sin precauciones, y se halló encerrado en medio de las montañas: pero se salvó, porque Perseo, poseido de un terror pánico, se retiró á Pidna, y dejó el pais abierto al enemigo. A pesar de las faltas del rey,

los romanos no hicieron progresos y aun fueron batidos en algunos reencuentros parciales.

Batalla de Pidna. (A. M. 3834. A. J. 170). Preveyendo el senado, que si la lid se prolongaba, podria reunir contra él los pueblos y los reyes humillados por los triunfos de Roma, conoció la necesidad de elegir un general hábil. Paulo Emilio, olvidado muchos años por sus conciudadanos, se consolaba de su ingratitud retirado en el campo y entretenido en educar sus hijos y en cultivar la literatura y la filosofia. Fue nombrado cónsul y se le dió por provincia la Macedonia. Este grande hombre merecia la confianza pública por la severidad de sus virtudes y la estension de sus talentos. Estricto observador de las leyes y amante de las costumbres antiguas, se oponia á las novedades. «Las revoluciones, decia, no empiezan por grandes ataques contra el gobierno, sino con ligeras mudanzas en la observancia de las leyes. Lo que no se respeta, pronto cae.» Por esta razon sostenia rigorosamente en el ejército la disciplina antigua y la práctica de las ceremonias religiosas. Habia tenido dos hijos de su primera muger: el uno dió á Fabio y el otro á Escipion para que los adoptasen. Este segundo fue Escipion Emiliano, ruina de Cartago y Numancia. Emilio,

aunque habia vencido á los galos, á los celtíberos y á los ligures, no pudo obtener el segundo consulado; por cuyo desaire estuvo separado de los negocios públicos 14 años. Cuando se le nombró cónsul contra Perseo, tenia 60. Al llegar á su casa de Roma, encontró llorando á su nieta Porcia; y como le preguntase la causa, la niña le respondió abrazándole: «¿no sabes que ha muerto nuestro Perseo?» (Este era el nombre de su perrillo). Emilio dijo: »Hija mia yo acepto el vaticinio.» Obligado á arengar al pueblo, segun la costumbre, dijo asi: «en otro tiempo solicité el consulado por mi propio honor: y hoy me lo dais por vuestra utilidad: nada tengo que agradeceros. Si hallais otro mas capaz, le cederé mi puesto: pero si me juzgais el mas digno, obedecedme; y no comenceis como siempre, á censurar á quien sabe mas que vosotros, y á dar consejos á vuestros magistrados. Cuando llegó al ejército, su primer cuidado fue restablecer la disciplina. Buscó despues los medios de penetrar en Macedonia, cuyos desfiladeros eran casi intransitables y estaban bien guardados. Fabio Máximo su hijo y Escipion Nasica, puestos al frente de dos destacamentos robaron sus marchas al enemigo, le rodearon y abrieron paso á los romanos. Nasica instaba al cónsul

que marchase rápidamente á los macedonios y les diese batalla: el anciano general le respondió: «si yo tuviese tu edad, seria tan ardiente como tú: pero las victorias que he conseguido y las batallas que he visto perder, me han enseñado que no se debe llevar la tropa al combate, sin haberla hecho descansar.»

Perseo ocupaba una fuerte posicion cerca del mar al pie del monte Olimpo. Los dos ejércitos estaban frente á frente separados por el rio Enipeo. La casualidad, segun unos, ó un ardid de Paulo Emilio, segun otros, aceleró el paso del rio y el combate. Una bestia de carga se escapó atravesando las aguas: los macedonios y romanos entran en ellas, los primeros para cogerla, los segundos para recobrarla. Este juego se convirtió pronto en escaramuza, la escaramuza en accion parcial y esta en batalla. Los romanos, pasado el rio, arrollaron con facilidad las tropas ligeras de Perseo y la infantería de sus aliados: pero al llegar á la falange, firme como una muralla inespugnable, y herizada de lanzas, todos sus esfuerzos fueron inútiles contra aquella fortaleza animada. Los macedonios, cuyas filas eran impenetrables, clavaban sus lanzas en los escudos de los romanos é inutilizaban las espadas cortas de estos. Salio, oficial legiona-

rio, enfurecido con la resistencia, tira su estandarte en medio de los enemigos: los romanos se arrojan sobre la falange, pero en vano: mueren sin penetrar en sus filas. Aquella temible masa se adelanta ácia los vencidos lenta y ordenadamente, derramando la muerte y el terror, y obliga al enemigo á retirarse. Paulo Emilio, indignado de huir por la vez primera, rompe su cota de armas, reprende á los soldados su cobardía y consigue reunirlos. La falange continuaba marchando: el cónsul advierte que la desigualdad del terreno la desune, y que pierde en el balanceo de la marcha la fuerza de su masa. Aprovechándose de este momento favorable, divide sus soldados en pequeñas tropas y les manda que penetren por los intervalos de la falange. Los romanos se precipitan con rapidez sobre los griegos: las cohortes entran en los vacíos y desbaratan en un momento aquel cuerpo formidable. No detenidos ya por las picas, peleaban cuerpo á cuerpo: las lanzas en esta lucha eran mas embarazosas que útiles: los macedonios caian sin defensa bajo las espadas cortas y mazizas de sus enemigos. Marco Caton, hijo del censor, perdió la suya en el combate. Sus amigos le cubrieron con sus escudos y se arrojaron con él á las filas griegas hasta que la en-

contraron. La matanza fue tal que quedaron teñidas de sangre las aguas del Enipero. Los macedonios perdieron veinte y cinco mil hombres en esta batalla: la falange quedó casi enteramente destruida. El jóven Escipion no parecia, y Paulo Emilio, á pesar de su victoria, estaba sumergido en una profunda afliccion: pero su hijo volvió á la noche con tres de sus compañeros, cubierto de sangre. Habian seguido hasta la oscuridad el alcance de los enemigos.

Perseo huyó. Paulo Emilio subyugó la Macedonia. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que en el sacrificio que celebró en Anfipolis, el fuego del cielo habia consumido la leña colocada en el altar.

Perseo se refugió á Samotracia; y al acercarse los romanos quiso escaparse por una ventana; mas no pudiendo huir se entregó á Octavio y le pidió que lo condujese á la presencia de Paulo Emilio. El cónsul, viéndole llegar, le salió al encuentro y consoló con lágrimas generosas su infortunio. Pero Perseo no supo hacerlo respetable, pues se arrojó á los pies de Emilio, abrazó sus rodillas, y quiso escitar su compasion á fuerza de bajezas. Despues de levantarle le reprendió por la guerra que habia movido á Roma, y le des-

pidió con buenas esperanzas. Entonces dijo á los circunstantes: « ved ese grande escarmiento de las vicisitudes humanas. A los que sois jóvenes lo digo principalmente. No seais soberbios ni violentos confiados en la fortuna; porque nadie sabe por la mañana lo que será de él á la tarde. El verdadero hombre es aquel á quien ni ensoberbece la prosperidad, ni quebranta el infortunio." Paulo Emilio hablaba como un filósofo: sin embargo, pasando por Delfos y viendo un pedestal en el cual debia ponerse una estátua de oro de Perseo, mandó que se pusiese la suya, diciendo que el vencido debia ceder al vencedor. Esta debilidad no refutó su escelente discurso; sino demostró cuán dificil es sobreponerse á los alhagos de la fortuna. Su triunfo en Roma duró tres dias. En el primero pasaron doscientos cincuenta carros cargados de pinturas, estátuas y muebles preciosos: en el segundo otros doscientos cincuenta con armaduras, cuyo resplandor, movimiento y ruido causaban espanto creyendo oir el fragor de las armas de los vencedores de Darío: se admiraba despues un gran número de copas magníficas y setecientos cincuenta vasos llenos de monedas de oro y plata. El tercer dia desfilaron ciento veinte toros coronados de flores segui-

dos de carros, en que venia una copa de oro de diez talentos, la vajilla del monarca vencido y sus ornamentos reales. Seguian los hijos del rey tendiendo las manos al pueblo como implorando su piedad, y Perseo vestido de negro, con los ojos bajos, enmedio de sus principales oficiales, cuyas lágrimas anunciaban la vergüenza y la desesperacion. El débil monarca habia pedido á Paulo Emilio que le escusase la ignominia del triunfo. «Eso está en tu poder», respondió el fiero romano sonriéndose. Detras del rey cautivo iban oficiales que llevaban cuatrocientas coronas de oro. Detras venia Paulo Emilio sentado en el carro triunfal vestido de una ropa de púrpura con bandas de oro, y llevando en su mano un ramo de laurel. Los soldados que le rodeaban venian cantando himnos de victoria. Paulo Emilio, compadecido de la desgraciada suerte de Perseo, obtuvo del senado que no se le tuviese preso en la carcel, y se le pusiese con decencia en una casa particular: pero el monarca destronado, aunque menos infeliz, no pudo tolerar su oprobio, para el cual no habia remedio, y se dejó morir de hambre. Dos de sus hijos le imitaron: el tercero, llamado Alejandro, tomó el oficio de carpintero de lo fino, se instruyó despues en la literatura ro-

mana, y pudo obtener la plaza de notario. Paulo Emilio, que nada reservó para sí de un botin inmenso, trajo al erario tantas riquezas, que el pueblo romano no volvió á pagar tributo alguno hasta la guerra civil entre Antonio y Octavio. Cuando abdicó el consulado, se le nombró censor, y poco despues murió casi de repente. Su virtud fue tan estimada generalmente, que no solo sus conciudadanos, sino tambien los ligures, españoles y macedonios que se hallaban en Roma, á pesar de haber sido sus enemigos, asistieron á sus funerales, y disputaron el honor de llevar su cadáver al sepulcro. Sus victorias le habian servido tan poco para enriquecerse, que la herencia de sus hijos ascendió apenas á la suma de cien mil pesetas.

Parece que despues de la conquista de Macedonia, todos los pueblos y reyes siguieron el carro triunfal de Paulo Emilio. Enviaron diputados á Roma, unos para hacer protestas de fidelidad, otros para disculparse de su conducta equívoca. Los rodios perdieron la Caria y la Licia: mil aqueos fueron deportados á Etruria sin mas delito que el anhelo de conservar su independecia: setenta ciudades del Epiro fueron saqueadas, y ciento cincuenta mil epirotas vendidos por esclavos. En Etolia

la faccion favorable á los romanos, degolló ciento cincuenta ciudadanos distinguidos del partido contrario. En vano se quejaron las familias de las víctimas: el senado, orgulloso con su poder, no creyó que tenia necesidad de ser justo. La debilidad de los pueblos y la bajeza de los reyes eran causa, y en cierto modo disculpa, de la tiranía de Roma. Prúsias, rey de Bitinia, se presentó al senado con un gorro de liberto, y llamó á los senadores *sus dioses salvadores*. «La vergüenza me impide, dice el historiador Polibio, insertar todo el discurso de este monarca. El senado se fastidió de las importunas adulaciones de estos esclavos coronados; y no queriendo ni recibir á Eúmenes ni desobligarle, prohibió por un decreto á todos los reyes el viaje á Roma. Al mismo tiempo repartió el reino de Egipto entre Filometor y Fiscon; protegió á los judíos rebelados contra los reyes de Siria; hizo con ellos un tratado de alianza, favoreció á un impostor llamado Alejandro Bala, y le ausilió para que usurpase la corona de los Seleucidas. Al fin estos cayeron: pero los partos, mas temibles que ellos, dominaron el Asia y opusieron á la ambicion de Roma una barrera inespugnable.

Lo que prueba mas la sagacidad de Anni-

bal en aconsejar á Antíoco el grande que llevase la guerra á Italia, es ver que Roma, tan temible en Africa, Grecia y Asia, no estaba todavía asegurada en su península. Los galos, ligures, etruscos y samnites sufrian mal el yugo. ¡Qué no habrian hecho protegidos por un poderoso aliado, cuando solos y sin apoyo hicieron tantos esfuerzos para lograr su independencia, que fueron necesarios el esterminio de la nacion de los boyos y los continuados triunfos de Escipion Nasica para someter la Galia Cisalpina! Los pretores y procónsules romanos, burlándose de la severidad de los censores, del rigor de los decretos del senado, y despreciando la antigua sencillez de costumbres, á la cual debieron una gloria tan pura los Cincinnatos, los Fabios y los Escipiones, se entregaron á una avidez vergonzosa, oprimieron con vejaciones las provincias conquistadas, y reduciendo á la desesperacion los pueblos vencidos, les dieron valor para rebelarse. Los españoles sobre todo, mas altivos y mas aborrecedores del yugo que los otros pueblos, volvieron á tomar las armas, y vengaron muchas veces sus injurias con la sangre de los opresores. Los celtiberos destrozaron muchas legiones; y los ejércitos romanos, cercados de enemigos, ni hacian una marcha sin

riesgo, ni pasaban un dia sin combate. La juventud de Roma desalentada, no queria alistarse para servir en este pais belicoso, donde habia tantos enemigos como habitantes. El senado no se atrevia ni á retractar sus órdenes, ni á castigar una desobediencia casi general. El hijo de Paulo Emilio, Escipion Emiliano, indignado de la cobardía de sus compatriotas, ofreció servir en España en cualquier grado que se le diese. Este ejemplo generoso alentó á los hombres mas tímidos, la vergüenza desterró el miedo, y el alistamiento se hizo con rapidez. Tocó en suerte la provincia de España al cónsul Licinio Luculo. Cuando llegó el procónsul Marcelo acababa de aceptar una paz poco honrosa dictada por los celtiberos. No se atrevió á romperla; pero deseando enriquecerse, invadió el pais de los vacceos, sin motivo ni autorizacion. Tomó una de sus plazas, y aunque los defensores habian capitulado, degolló veinte mil de sus habitantes, y vendió los demas. Pasó despues á Lusitania para socorrer al pretor Sulpicio Galba, que habia sufrido una derrota, y saqueó horriblemente el pais. Lo mismo hizo Galba por su parte. Muchos pueblos, asombrados de tantos destrozos, solicitaron, como único remedio, la paz con Roma. Galba les señaló un lugar

para que se reuniesen á jurar la alianza, y cuando su buena fé los hubo puesto en el lazo que les tendia, hizo que sus soldados los cercasen y degollasen. Este crimen escitó en Roma una justa indignacion. Galba á su vuelta de España, fue citado en juicio ante el pueblo; pero el mucho oro que traia hizo que se le absolviese.

Ya se conoce bien lo que era Roma conquistadora: la corrupcion minaba su virtud, único cimiento sólido de su grandeza. Sus costumbres seguian la depravacion de su política. En el año 567 de Roma, el senado juzgó necesario abolir las fiestas bacanales: consagradas al dios del vino, no habian tenido antigüamente otro objeto que entregarse á la alegria, interrumpir los trabajos con los placeres y celebrar los dones de la divinidad que presidia á las vendimias. Bajo este pretesto se formó una sociedad infame, que se entregó á la licencia mas desenfrenada, y formó reuniones deshonestas de ambos secsos. En medio de las tinieblas de la noche, á la luz de las antorchas cometian crímenes horrendos: muchos ciudadanos distinguidos desaparecieron: otros murieron envenenados: se insultaba el honor de las matronas. Para cubrir estas maldades y ahogar los gritos de las víctimas,

apagaban las teas, daban grandes ahullidos y tocaban trompetas. Reveláronse todas estas iniquidades al senado. El cónsul Postumio, encargado de la causa, halló que estaban complicadas en ella nada menos que siete mil personas de uno y otro secso. Los que fueron presos, pagaron su delito en el suplicio: otros se anticiparon al castigo con el destierro ó el suicidio. La esperiencia de los desastres causados por las enfermedades contagiosas no enseñaba á los romanos las precauciones necesarias para impedirlas. El año 578 de Roma hizo la peste tantos estragos en la ciudad, que segun Tito Livio dice, los cadáveres se quedaban amontonados en las calles. Sin embargo, la poblacion crecia y con ella el lujo y las artes. El poeta Terencio, que comenzaba entonces á brillar en la capital del mundo, amigo de Lelio y de Escipion, fue el primero que hizo conocer á los romanos la perfeccion del estilo. Su primer comedia se representó un año despues de la conquista de Macedonia.. Antes de él habia merecido Plauto por su afluencia cómica los sufragios del pueblo, y se habia erigido una estátua al poeta Ennio. La vanidad de muchos particulares llenó la ciudad de los monumentos que se erijian á sí mismos. Los censores Escipion Nasica y Popilio Lenate,

mandaron quitar todas las estátuas erigidas sin la aprobacion del senado. Este Popilio Lenate, fue el mismo que ordenó á Antíoco Epifanes, responder antes de salir del círculo que le habia trazado con el báculo.

El año 596 de Roma, los dálmatas, dependientes de Iliria, se proclamaron libres é hicieron incursiones en los paises vecinos, aliados de la república. El senado pidió satisfaccion, no la obtuvo, y les declaró la guerra. El cónsul Marcio Figulo, vencido al principio por estos bárbaros, reparó su derrota con algunos combates ventajosos. Escipion Nasica, su sucesor, terminó la guerra, apoderándose de la capital de Dalmacia, y rehusó modestamente el triunfo que el senado le decretaba, y el título de *imperator* (general victorioso) que las legiones querian darle. Caton el censor cuya rigidez se aumentaba con la edad, se mostraba siempre enemigo implacable de toda innovacion, sin esceptuar los que eran útiles é inevitables. Oponiéndose á los progresos de las luces, como á los del lujo, pronunció en el senado un discurso vehemente para que se echase de Roma á Carnéades, Cristolao y Diógenes, filósofos y oradores célebres, enviados por Aténas á una negociacion. Quiso ademas desterrar á los mé-

dicos, diciendo que afeminaban al hombre socolor de cuidar de su salud. Como los hombres sienten mas la necesidad de curar sus dolencias que sus errores, la filosofia fue desterrada: pero la medicina triunfó de Caton. Al fin del siglo VI de Roma, llevaron las legiones sus armas por la vez primera mas allá de los Alpes, y vencieron á un pueblo galo, ligur de orígen; que habia acometido á Masilia, aliada constante de la república.

Tercera guerra púnica. (A. M. 3853. A. J. 151). Un objeto mas importante fijaba la atencion del mundo. La paz, que habia ecsistido cincuenta años entre Roma y Cartago, se rompió. La inejecucion del tratado sirvió de pretesto á esta nueva guerra, cuyo objeto era la ruina total de Cartago. Se habia estipulado en la paz que esta república restituria á Masinisa todas las posesiones que le habia quitado. El númida, contando con la parcialidad del juez y la debilidad del enemigo, ecsigió mas de lo que le tocaba, y se apoderó de Leptina. Cartago se quejó á Roma, y los comisarios del senado en Africa, siendo Caton el principal de ellos, lejos de hacer justicia, aconsejaron la ruina de Cartago. Caton, envidioso de Escipion, cuyo tratado reclamaban los cartagineses, y para el cual no habia mas principio

de justicia que el engrandecimiento de su patria, concluia todos sus discursos, sobre cualquier materia que fuesen, con esta frase; *debeis destruir á Cartago.* Escipion Nasica se oponia con vehemencia á tan inícuo dictámen. Aunque no se elevó este romano á la celebridad de los otros Escipiones, adquirió una gloria mas pura y menos comun: pues fue declarado unánimente en una ocasion el hombre mas honrado de la república. Decia que para conservar en Roma la fuerza de las leyes y costumbres, no se debia destruir, sino antes sostener la única potencia capaz de escitar la emulacion: y en fin, que si se deseaba contener los progresos de la corrupcion, era necesario renunciar al espíritu de conquista. El parecer de Caton, que favorecia las pasiones, fue preferido á la razon y á la justicia. Cartago atacada por Masinisa y no protegida por Roma, trató de defenderse. Fue vencida por el rey de Numidia, y Roma le declaró la guerra porque se habia defendido. Los cónsules pasaron con las legiones á Sicilia. Despues de su salida de Roma, llegaron á esta ciudad embajadores de Cartago, y declararon que su república se sometia al pueblo romano. Se les ofreció que conservarian sus leyes, tierras y libertad, si enviaban 300 rehenes á Lilibeo y hacian todo

lo que les mandasen los cónsules. En esta respuesta artificiosa, indigna de un gobierno fuerte, no se hablaba sino de *libertad*, *leyes* y *tierras*: y no se espresaba la conservacion de las *ciudades*, porque la destruccion de Cartago estaba decidida.

El cónsul Marcio Censorino recibió los embajadores en Lilibeo, y les dijo que les responderia en Utica, donde desembarcó poco despues con ochenta mil hombres. Utica temerosa abandonó á Cartago y se rindió. Presentáronse alli los magistrados de la infeliz república, y se les mandó entregar todas las armas, elefantes y máquinas de guerra. Obedecieron; y entonces se les ordenó salir de Cartago y establecerse en una nueva ciudad en el sitio que eligiesen con tal que fuera á 20 millas de la costa.

La desesperacion, producida por tan injusta crueldad, dió armas á los cartagineses. Los cónsules sitiaron la plaza, fueron rechazados en muchos asaltos y atacados en sus mismos cuarteles. Asdrubal, general cartagines, quemó la escuadra romana, y la peste, introducida en el campo de los cónsules, aumentó la pérdida y la indisciplina de las tropas. Al mismo tiempo que Roma hallaba en Africa ostáculos imprevistos, un jóven aventu-

rero se apoderaba de Macedonia, que desde la conquista se gobernaba republicanamente y por sus propias leyes. Este impostor, llamado Andrisco, se fingió hijo de Perseo. Fue preso al principio, pero logró escaparse y se refugió en Tracia, de donde volviendo á Macedonia, fue reconocido y elevado al trono. Justificó esta eleccion por el valor que mostró en la conquista de Tesalia, y venció las legiones enviadas contra él, con muerte del general romano. Al mismo tiempo el senado para humillar á los aqueos favoreció á los espartanos que querian separarse de la liga. Los aqueos irritados insultaron en Corinto á los diputados de Esparta y amenazaron á los de Roma. La república, que hacia la guerra en España, Africa y Macedonia, creyó que debia disimular por entonces su ira, y entró en negociacion. Pero la liga creyó que esta prudencia era debilidad. Dieo, gefe de ella, respondió á Metelo, que entonces sosegaba la Macedonia, "que para ser libre, basta quererlo;" como si la Grecia, corrompida y destrozada por facciones, pudiese tener la voluntad firme, que es necesaria para la independencia. Metelo le venció: el cónsul Lucio Mummio abrazó á Corinto, y la Grecia fue una provincia romana.

El cónsul Calpurino Pison, que sucedió á Censorino en el sitio de Cartago, no mostró mas talento ni adelantó mas que sus antecesores. Los cartagineses adquirian esperanzas: su escuadra era ya formidable, y los reyes de Oriente le prometian socorros. Roma comenzó á recelar, y dió el consulado á Escipion Emiliano, que habia militado en Grecia, España y Africa, siendo el primero en subir al asalto, y cuyo valor y vigilancia acababa de libertar el campamento del cónsul atacado por el general cartagines Faneas. El hijo de Paulo Emilio, adoptado por el vencedor de Annibal, pedia modestamente la edilidad. La confianza pública, fundada en su mérito y no en su edad, le dió el consulado, y le asignó la provincia de Africa sin sacarla á la suerte. Apenas llegó al ejército restableció la disciplina, venció á los africanos, destruyó la escuadra cartaginesa en un combate naval, estrechó la plaza, dió un asalto que duró seis dias y seis noches; la tomó y la arrasó. La ciudadela capituló y sus defensores se dispersaron por los campos de la provincia. Los desertores, que no esperaban clemencia, abrasaron el templo que les servia de asilo y perecieron en el incendio. El senado prohibió con horribles imprecaciones la reedificacion de Cartago. Su ter-

ritorio fue cedido á los ciudadanos de Utica. Masinisa y Caton, que habian muerto antes, no pudieron gozarse en la ruina de su enemiga. Masinisa habia encargado á Escipion la tutela de Micipsa, su hijo y sucesor. Cartago y Corinto perecieron casi á un mismo tiempo, el año 3859 del mundo, 145 antes de J. C., 607 de Roma, 362 despues de la espulsion de los tarquinos.

FIN DEL TOMO CUARTO.



INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO

HISTORIA DE ROMA.

Capitulo i.


278
85


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm